

CATHERINE ISAAC

*Tú
yo
todo*

«Si te gustó *Yo antes de ti* de Jojo Moyes, *Tú, yo, todo* te enamorará.
Una conmovedora historia que te romperá el corazón.»

Clare Mackintosh

Tú, yo, todo

Catherine Isaac

Traducción de Laura Fernández



Rocaeditorial

TÚ, YO, TODO

Catherine Isaac

UNA CONMOVEDORA NOVELA SOBRE LO LEJOS QUE PODEMOS LLEGAR PARA
DEFENDER AQUELLO QUE AMAMOS.

Cansada de que su novio Adam no dejara de mentirle, engañarle y de que no mostrara ningún tipo de interés en ser padre, Jess le echó de casa apenas unos meses después de haber dado a luz a su hijo William. Su madre le ayuda a cuidarlo, mientras Adam se traslada a Francia persiguiendo sus sueños y liberándose de cualquier compromiso con el niño que nunca quiso.

Diez años después, la madre de Jess se encuentra ingresada en una residencia, luchando contra una enfermedad que la está matando a sus cincuenta y tres años. Allí es donde obliga a su hija a reconocer algo que nunca ha querido admitir: William necesita un padre en su vida. Así, en su primer viaje al extranjero en años, Jess y William, ahora con diez años, se disponen a pasar el verano en Château de Roussignol, en las ricas y soleadas colinas de la Dordoña. Allí se reencontrarán con Adam, y Jess deberá conseguir que este acepte y empiece a querer a su propio hijo. Sin embargo, lo peor no es que Adam esté lejos de implicarse en este juego, sino que Jess vive atormentada por un secreto terrible que nadie, y especialmente William, deberá descubrir.

ACERCA DE LA AUTORA

Catherine Isaac nació en Liverpool, Inglaterra. Estudió historia en la Universidad de Liverpool y Periodismo en la Glasgow Caledonian University antes de comenzar su carrera como reportera en el *Liverpool Echo*. Escribió su primera novela durante su baja por maternidad bajo el seudónimo de Jane Costello. Sus siguientes nueve novelas han sido todas best sellers del *Sunday Times*. *Tú, yo, todo* es la primera novela que publica como Catherine Isaac y próximamente será llevada a la gran pantalla. Vive en Liverpool con su marido y sus tres hijos.

www.catherine-isaac.com

ACERCA DE LA OBRA

«Todo lo que necesitas de una lectura conmovedora, divertida y tierna. Una historia para celebrar el poder del amor y para sobreponerse a cualquier miedo.»

SUSAN WIGGS

«Qué lectura tan bella; te desgarrará el corazón.»

REA'S BOOK REVIEWS

Para mi familia

Prólogo

Mánchester, Inglaterra, 2006

A veces, la vida elige lo mejor y lo peor que tiene y te lo suelta todo el mismo día.

Probablemente, muchas mujeres lleguen a esta conclusión durante el parto, pero, en mi caso, no fue la combinación habitual de felicidad y dolor lo que me condujo a ella. Fue porque, a pesar de que por fin iba a conocer al diminuto ser humano con el que había compartido mi cuerpo durante nueve meses, también pasé esas agónicas ocho horas intentando encontrar a su padre llamándolo al móvil para arrancarlo de cualquiera que fuera el bar, el club o la mujer que lo retenía.

—¿Te has acordado de traer los papeles, Jessica? —me preguntó la comadrona después de que hubiera llegado sola al hospital.

—Tengo los papeles. Lo que he perdido es a mi novio —contesté esbozando una sonrisa cargada de frustración.

La mujer me miró por debajo de las pestañas mientras yo me apoyaba en el mostrador de la recepción de maternidad y esperaba a que se me pasara el abrasador dolor de barriga.

—Estoy segura de que llegará enseguida. —El sudor me resbalaba por la nuca—. Le he dejado un par de mensajes. —Doce, para ser exactos—. Está en una reunión de trabajo. Supongo que no debe de tener cobertura.

En ese momento, una parte de mí seguía confiando en que aquello fuera verdad. Siempre quise ver la parte buena de Adam, incluso cuando me topaba con alguna prueba clara de lo contrario.

—Antes aquí no entraba ningún hombre —me recordó—. Así que, si lo tenemos que hacer sin papá, no tendremos ningún problema.

«Papá.» No podía negar la evidencia biológica, pero aplicado a Adam el título parecía equivocado.

La comadrona tenía un reconfortante aspecto de matrona: tenía las piernas

recias, un pecho sobre el que se podía apoyar una maceta y un pelo que debía de ondularse con rizadores de espuma durante toda la noche. En su placa identificativa ponía que se llamaba Mary. Conocía a Mary desde hacía tres minutos y ya me caía estupendamente, cosa que era perfecta teniendo en cuenta que estaba a punto de examinarme la cervix.

—Venga, preciosa; vamos a buscarte una habitación.

Hice ademán de coger la bolsa que me había ayudado a traer el taxista, pero ella se me adelantó, la agarró del asa y se tambaleó de lo mucho que pesaba.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó sonriente, y yo me esforcé cuanto pude por reírme hasta que me di cuenta de que tenía otra contracción.

Me detuve presa de una muda agonía y entorné los ojos, pero estaba decidida a no ser ese tipo de mujer que aterroriza a todo el mundo gritando como una loca.

Cuando pasó el dolor, seguí despacio a Mary por el pasillo de luz tenue mientras sacaba el móvil para comprobar si tenía algún mensaje. Tenía una docena de ellos de mi madre y de Becky, mi mejor amiga, pero seguía sin noticias de Adam.

Se suponía que esto no tenía que pasar así.

No quería estar sola.

Me daba igual lo mucho que me hubiera preocupado nuestra relación los últimos meses; en ese momento, habría hecho cualquier cosa para tenerle conmigo, dándome la mano y diciéndome que todo iba a salir bien.

Había descubierto que estaba embarazada el día después de cumplir veintidós años. Aunque no estaba planeado, me había pasado los nueve meses siguientes convenciéndome de que iba a ser una madre segura. Y de pronto esa convicción se me antojó muy frágil.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Mary cuando llegamos a la puerta de la sala de partos.

Asentí en silencio pese a la realidad: incluso en las capaces manos de aquella mujer, me sentía sola, aterrada y convencida de que esa sensación continuaría hasta que Adam llegara para limpiarme el sudor de la frente y cogermelo de la mano.

La sala era pequeña y funcional, con unas finas cortinas estampadas que le daban aspecto de hotel viejo. El cielo que se veía fuera era de color melaza, negro e impenetrable, y había una luna perlada escondida entre las sombras.

—Sube —dijo Mary dando una palmada en la cama.

Seguí sus instrucciones, me tumbé y abrí las piernas. Entonces dijo con frialdad: «Entro». Fue justo antes de internar la mano por mis partes mientras yo abría los ojos como platos y me olvidaba de respirar.

—Has dilatado cuatro centímetros. —Se irguió, sonrió y se quitó el guante de látex cuando yo empezaba a sentir otra contracción—. Estás de parto, Jessica.

—Qué emocionante —contesté, demasiado respetuosa para mencionar que su anuncio no era muy sorprendente; hacía pocas horas que había bautizado el suelo de la cocina con líquido amniótico.

—Lo mejor que puedes hacer es subirte a la pelota de dilatación y dejar que la gravedad siga su curso. Voy a ver cómo está la paciente de al lado. Pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en apretar el botón. ¿Hay alguien más que pueda venir a hacerte compañía? ¿Una amiga? ¿O tu madre?

Becky no vivía muy lejos, pero mamá siempre era la mejor elección, por muy humillante que me resultara llamarla y decirle que Adam estaba en paradero desconocido.

—Mi madre está esperando. Si no tengo noticias de mi novio antes de las dos de la mañana, vendrá ella.

—Perfecto —dijo, antes de dejarme sola con mi pelota saltarina deforme, un iPod lleno de canciones de Jack Johnson y un respirador que no sabía manejar porque había olvidado preguntar cómo iba.

Llamé a mamá a las dos en punto. Llegó seis minutos después con unos vaqueros ajustados, una blusa de lino suave y la fragancia del perfume Beautiful de Estée Lauder en el cuello. Traía una bolsa de gimnasio enorme donde llevaba su «kit de partos» de última hora. Consistía en una videocámara, una almohada de plumas de ganso, un tubo de pasta de dientes, un puñado de uvas, dos fiambreras enormes con una surtido de pastelillos recién hechos, algunas toallas rosas y (no estoy de broma) un peluche.

—¿Cómo estás? —me preguntó nerviosa arrastrando una silla mientras se ponía un mechón de su corto pelo rubio detrás de la oreja. Llevaba una capa de maquillaje muy fina: tenía una piel preciosa y nunca había necesitado mucho; sus brillantes ojos azules eran muy luminosos.

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy genial. En realidad, estoy encantada de estar aquí.

Iba dando golpecitos con el pie en la cama mientras hablaba: el sonido metálico resonaba por toda la habitación. Mamá siempre había conservado la calma en las situaciones de crisis, pero últimamente yo había empezado a advertir sus tics nerviosos. Aquella noche, su pierna tenía vida propia.

—No puedes haber tardado seis minutos en llegar desde casa —señalé tomando una bocanada de gas por primera vez, pero me dio un ataque de tos porque se me quedó alojado en la garganta.

—Llevo aparcada en el parking desde medianoche. No quería quedarme atrapada en ninguna retención.

—Ojalá Adam hubiera sido igual de considerado —murmuré.

Le flaqueó la sonrisa.

—¿Has intentado volver a escribirle?

Asentí e intenté esconder lo molesta que estaba.

—Sí, pero está claro que tenía algo más importante que hacer que estar aquí.

Mi madre alargó la mano y me estrechó los dedos. No estaba acostumbrada a escucharme hablar con resentimiento. Casi nunca me enfadaba de verdad con nadie o por nada, con la posible excepción de nuestra terrible conexión a Internet.

Pero aquella noche las cosas eran distintas.

—Le odio —dije resoplando.

Mi madre negó con la cabeza mientras me acariciaba los nudillos con las yemas de los dedos.

—No le odias.

—Mamá, tú no sabes ni la mitad de las cosas que han pasado últimamente.

Tenía mucho miedo de explicárselo, porque eso habría hecho explotar la burbuja, la idea de que mi vida familiar con Adam nunca podría compararse con la que me habían dado ella y mi padre. Siempre recordaba mi infancia como muy afortunada, segura y feliz, incluso a pesar de algunos momentos difíciles que ahora ya habían quedado atrás.

Soltó un suspiro.

—Bueno, no te alteres por eso ahora. Nunca recuperarás este momento. ¿Tienes hambre?

Abrió una de las fiambreras.

Conseguí esbozar una sonrisa.

—¿Lo dices en serio?

—¿No? —contestó, sorprendida—. Yo estaba hambrienta cuando te di a luz. Me comí medio bizcocho de limón antes de romper aguas.

Mi madre era una compañera de parto estupenda. Me hacía reír entre contracciones y me ayudó a mantener la calma hasta que todo parecía estar tan descontrolado que no pude evitar ponerme a gritar.

—¿Por qué no te han dado algo para el dolor? —preguntó entre dientes.

—Les dije que no quería la epidural. He seguido un plan para tener un parto natural. Y... he hecho yoga.

—Jess, estás intentando sacar a otro ser humano de tu vagina, creo que necesitas algo más que algunos ejercicios de respiración y una vela.

Resultó que tenía razón. Cuando vomité por enésima vez, estaba experimentando un dolor tan agudo que me habría fumado una pipa de crac si me la hubieran ofrecido. Un sol mudo empezó a asomar borroso por la ventana y

una comadrona distinta (quien probablemente se había presentado mientras yo tenía la cabeza en otras cosas) entró a examinarme.

—Lo siento, cariño, ya estás demasiado dilatada para la epidural. Te puedo poner una inyección de petidina si quieres, pero tu bebé nacerá muy pronto.

Empezaron a temblarme las piernas de forma descontrolada, el dolor me entrecortaba la respiración, me robaba la capacidad para hablar como es debido o para pensar racionalmente.

—Solo quiero que venga Adam. Mamá..., por favor.

Mi madre empezó a pelearse con el teléfono para llamar a su número. Pero se le cayó el auricular y maldijo su torpeza mientras se agachaba para perseguirlo por el suelo como si fuera una pastilla de jabón resbalando por la bañera.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo con mucha claridad porque no estaba pensando en llamadas telefónicas ni en la aguja que me clavaron en el muslo; estaba asombrada de la terrible y milagrosa fuerza de mi cuerpo.

Mi bebé llegó al mundo aproximadamente un minuto y tres empujones después de que me administraran la petidina.

Era una cosita asombrosa, mi niño, con las piernecitas gordas y cara de sorpresa. Parpadeó y estiró su carita arrugada cuando la comadrona me lo puso entre los brazos.

—Oh, Dios mío —jadeó mamá—. Es...

—Precioso —susurré.

—Enorme —contestó ella.

Los recién nacidos siempre me habían parecido delicados y frágiles, pero William era un mastodonte de 4,220 kilos. Y no lloró, no soltó ni una sola lágrima en aquellos primeros minutos; se acurrucó en la cálida curva de mi pecho y me hizo sentir que todo era perfecto.

Bueno, casi todo.

Justo cuando le estaba besando en la frente e inspirando su dulce olor tan nuevo, se abrió la puerta de par en par. Y allí estaba Adam, destrozando por completo la teoría del más vale tarde que nunca.

No sé qué me resultó más asfixiante cuando se acercó a nosotros, el olor del perfume de otra mujer o el hedor amargo a alcohol rancio. Llevaba la ropa de la noche anterior. No había conseguido limpiarse del todo el pintalabios del cuello que le había dejado una agresiva marca de golfa que le empezaba en la oreja y terminaba en su camisa.

De pronto no quería que estuviera cerca de mí y de nuestro bebé: no existía cantidad suficiente de gel antibacterial que pudiera cambiar el hecho de que estaba hecho un completo desastre. En más de un sentido. Me pregunté desolada cuánto tiempo hacía que había llegado a esa conclusión.

—Puedo... ¿Puedo cogerla? —preguntó extendiendo los brazos.

Mamá hizo una mueca de dolor y yo suspiré con fuerza.

—Es un niño, Adam.

Levantó la mirada sorprendido y retiró los brazos. Se sentó y nos miró. Por lo visto, era incapaz de decir nada; y mucho menos algo adecuado.

—Te lo has perdido —dije, limpiándome el escozor de unas lágrimas nuevas

—. No puedo creerme que te lo hayas perdido, Adam.

—Jess, escucha... Puedo explicarlo.

Diez años después. Verano de 2016

No sé cuándo se me empezó a dar tan mal hacer maletas. Hubo una época en que se me daba bien, cuando tenía el tiempo y el espacio mental suficientes para abastecerme de almohadas de viaje hinchables y artículos de aseo en miniatura. No es que me falte espacio; mi viejo Citroën va a tope. Pero no consigo quitarme de encima la sensación de que me dejo algo... o varios «algos».

El problema es que no he escrito una lista. A las mujeres de mi generación nos han hecho creer que las listas son la solución para todo, incluso cuando el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Pero ahora mismo paso de listas (llega un momento en la vida en el que tienes tantas cosas que hacer que pararte a escribir algo tan indulgente como una lista resulta completamente absurdo). Además, si he olvidado algo, puedo comprarlo cuando lleguemos, solo vamos a una zona rural de Francia, no a la Amazonia tropical.

Si el contenido de mi equipaje es aleatorio, no estoy segura de qué podría decirse del de William. En su maleta hay unos ositos de goma que ha encontrado debajo de su cama de un día que un amigo suyo se quedó a dormir, libros con títulos como *Serpientes venenosas del mundo*, varias pistolas de agua y diferentes productos de higiene íntima de olor penetrante.

Empezó a interesarse por esas cosas cuando su amigo Cameron decidió que diez años era la edad de empezar a ponerse desodorante para ir al colegio. Tuve que explicarle a mi hijo con delicadeza que ir por Francia envuelto en una nube de Lynx Africa no tenía mucho sentido cuando uno había olvidado los pantalones.

Me subo al asiento del conductor, giro la llave en el contacto y experimento la habitual sorpresa cuando el motor se pone en marcha.

—¿Estás seguro de que lo llevas todo? —le pregunto.

—Creo que sí.

La expresión emocionada que veo en su cara me encoge un poco el corazón.

Lleva así desde que le expliqué que íbamos a pasar el verano con su padre. Me inclino para darle un rápido beso en la cabeza. Me deja hacerlo, pero los días en los que me rodeaba el cuello con los brazos y declaraba «Eres la mejor madre que he tenido en la vida» pasaron hace mucho tiempo.

William es alto para su edad, casi larguirucho, pese a su enorme apetito y la reciente obsesión que tiene por comer pizza. Ha heredado la altura de su padre, además de los ojos marrones, una piel que se broncea con facilidad y un pelo oscuro que se le riza en la nuca. Como yo mido 1,62, no tardará mucho en superarme; entonces es probable que parezca menos mío. Yo tengo la piel blanca, pecosa y mucha tendencia a ponerme roja tras una mínima exposición al sol. Mi media melena rubia no se riza como el pelo de mi hijo, pero tampoco lo tengo liso, más bien ondulado, cosa que solía molestarme cuando eso era lo único por lo que tenía que preocuparme.

—¿Quién va a cuidar de la casa mientras no estemos? —pregunta.

—En realidad, no hace falta que la cuide nadie, cariño. Solo necesitamos que alguien nos recoja el correo.

—¿Y si alguien nos roba?

—No nos robarán.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta.

—Si alguien quisiera entrar en alguna casa de esta calle, la nuestra sería la última que elegiría.

Yo había comprado nuestro minúsculo adosado al sur de Mánchester gracias a un préstamo que me hizo mi padre poco después de que naciera William y (por suerte) antes de que nuestro vecindario se pusiera de moda.

Nunca me he apuntado a las irónicas noches de bingo que se celebran en el restaurante de falafel que hay al final de la calle y solo debo de haber comprado una hogaza de pan de masa madre de quinoa ecológica desde que abrió la panadería artesana. Pero me encanta esa clase de sitios, por mucho que haya hecho subir los precios de las casas.

Sin embargo, es muy probable que eso signifique que yo sea la única madre soltera de treinta y tres años que vive aquí con un sueldo como el mío. Doy clases de escritura creativa en el instituto, algo que siempre me ha proporcionado más satisfacciones laborales que económicas.

—A Jake Milton le robaron —me explica William con pesar cuando doblamos calle abajo—. Se llevaron todas las joyas de su madre, el coche de su padre y la Xbox de Jake.

—¿Ah, sí? Eso es terrible.

—Ya. Había conseguido llegar al último nivel de *Garden Warfare* —suspira negando con la cabeza—. Nunca volverá a llegar hasta ahí.

Tardaremos cuatro o cinco horas en llegar a la costa sur para coger el ferri, pero hemos salido pronto para hacer una parada cerca de casa.

Llegamos al Willow Bank Lodge diez minutos después y dejamos el coche en el pequeño aparcamiento que hay delante. Desde fuera, el edificio parece una casa de Lego gigante, con uniformes ladrillos marrones y un tejado de baldosas grises. Pero lo cierto es que nadie elige una residencia de ancianos por la arquitectura.

Tecleo el código de las dos puertas e informamos de nuestra visita en recepción envueltos en una nube de olor a carne requemada y vegetales blandos. Por dentro, la residencia es limpia, luminosa y está bien cuidada, aunque el interiorista debía de ser daltónico. El papel pintado es de un intenso color aguacate, el suelo está forrado con alfombras estampadas en rojo y azul marino; los zócalos están barnizados con un tono mermelada que alguien, equivocadamente, debió de pensar que le daba un aspecto de madera natural.

Al otro lado de unas puertas dobles y en la sala de la televisión se oyen los clásicos ruidos propios de la hora de la comida; nos encaminamos hacia allí en lugar de volver por el pasillo que conduce a la habitación de mamá.

—¿Estás bien, Arthur? —pregunto con delicadeza cuando uno de los internos sale del servicio con cara de haber entrado en Narnia. Se yergue enseguida poniéndose a la defensiva.

—Estoy buscando mis cacerolas. ¿Me habéis quitado las cacerolas?

—Nosotros no hemos sido, Arthur. ¿Por qué no intentas buscarlas en el comedor?

Cuando estoy a punto de rescatarlo para evitar que se meta en el cuartito de la limpieza, se abren las puertas dobles y aparece una de las enfermeras, Raheem, que le ofrece un brazo tranquilizador y se lo lleva.

—Eh —la saluda William.

Es una chica de veintipocos años y de descendencia somalí, y tiene una Xbox, así que siempre tienen mucho de que hablar.

—Hola, William. Tu abuela está a punto de empezar a comer. Quizás haya sobrado un poco de bizcocho de piña, si quieres.

—Sí, vale.

Mi hijo nunca rechaza la comida, a menos que sea algo que yo me haya esforzado mucho en hacer: entonces suele mirarlo como si le hubiera ofrecido un plato de humeante basura industrial.

Cuando Arthur se marcha muy despacito seguido de Raheem, vemos aparecer a un hombre. Tiene la piel de las sienes muy arrugada debido a los años de tensión alta, lo que habrá tenido más impacto sobre su salud que el hecho de que sea un alcohólico rehabilitado.

—¡Abuelo!

William esboza una sonrisa y los pálidos ojos grises de mi padre se llenan de vida.

Uno de los milagros de mi mundo es que, incluso bajo los efectos de una tensión inimaginable, mi padre sonrío con toda su alma cuando está con su nieto.

—¿Lo llevas todo, William?

—Sí. Todo en orden y listo para marcharme, abuelo.

Papá le revuelve el espeso pelo rizado y da un paso atrás para observarlo.

—Podría haberte cortado el pelo antes de que te marcharas.

—Pero a mí me gusta largo.

—Pareces un peluche.

William se ríe, incluso a pesar de que ha escuchado esa broma más veces de las que es capaz de contar.

—¿Cuántos minutos hay en cuatro horas y media? —le desafía papá.

—Mmmm. Doscientos... setenta.

—Buen chico.

Le da un abrazo rápido.

No puedo atribuirme el mérito de que mi hijo sea un genio de las matemáticas. La aritmética no es mi fuerte. Y las únicas cifras que se le dan bien a Adam son las del reloj de arena.

Pero lo cierto es que mi padre, que es contable, siempre fue más padre para William que Adam. La casa adosada de mis padres está a solo diez minutos de donde vivimos y fue una segunda casa para William antes de que empezara a ir al colegio. Era aquel lugar donde completaba rompecabezas con mi padre y horneaba magdalenas con mi madre.

Incluso más adelante, era papá quien iba a esperar a William a la puerta del colegio y se lo llevaba a casa, donde supervisaba sus deberes o lo llevaba a clase de kárate, mientras yo todavía no había salido del trabajo.

Todo ha cambiado en los dos últimos años.

Mi madre ya no es la abuela que fue en su día, alguien quien, hace siete u ocho años, habría sido la primera en lanzarse por el enorme y retorcido tobogán

del parque infantil con William sentado sobre sus rodillas. A ella nunca le preocupó parecer una niña mayor; se quitaba los zapatos y se dejaba llevar mientras William aullaba encantado. Otras mujeres de su edad (a las que no les habían diagnosticado la misma enfermedad que a ella por aquel entonces) se quedaban al margen tomando café con leche.

—Voy a darte algo para que te compres un regalo —anuncia papá rebuscando en el bolsillo del pantalón.

—No tienes por qué —murmura William poco convencido cuando mi padre le pone un billete de veinte en la mano.

—Cómprate un cómic en el ferri.

—¿Puedo comprar también una Coca-Cola?

—Claro —contesta papá antes de que yo pueda decirle que ni hablar.

—Gracias, abuelo. Te lo agradezco.

William entra en el comedor a buscar a su abuela mientras yo me quedo atrás para hablar con papá.

—Deberías haberte ido directamente a buscar el ferri, querida —me dice—. No tenías por qué pararte de camino.

—Claro que sí. Quería darle de comer a mamá antes de marcharme.

—Ya lo haré yo. Solo he salido a comprar un periódico.

—No, quiero hacerlo yo, si no te importa.

Asiente e inspira hondo.

—Bueno, escucha. Intenta relajarte en Francia. Necesitas unas vacaciones.

Sonrí con recelo.

—¿Así es como lo llamas?

—Disfrutarás si te lo permites. Y esfuérate por conseguirlo. Hazlo por tu madre, si te hace sentir mejor. Está deseando que hagas este viaje, ¿sabes?

—Sigo pensando que estaré fuera demasiado tiempo.

—Llevamos así una década, Jess. No va a cambiar absolutamente nada en cinco semanas.

Mamá está en la otra punta del comedor, junto a la ventana abierta que da al jardín; William está sentado a su lado, hablando. Es el mejor sitio a esta hora del día, cuando el sol está bien alto y ella puede sentir la caricia de la brisa fresca del verano en la piel.

Está sentada en la silla de ruedas, con el vestido turquesa que le compré en Boden hace unos meses. Podría decirse que está sentada, aunque en realidad esa postura implicaría quietud.

La verdad es que mamá no suele estarse muy quieta, pero, gracias a la potente medicación que toma, ya no se convulsiona con tanta fuerza como antes.

Aun así, soy dolorosamente consciente de que los medicamentos no hacen milagros.

Y ella se retuerce y se convulsiona, sus expresiones faciales y sus extremidades huesudas se contraen de formas imposibles. Está muy delgada, las articulaciones le sobresalen en los codos y las rodillas; tiene los pómulos tan pronunciados que a veces la miro y pienso que tiene los ojos demasiado grandes para su cara. También tiene las manos nudosas, el paso del tiempo se las ha ido retorciendo. Hubo un tiempo en que parecía joven para su edad. Ahora, nadie diría que solo tiene cincuenta y tres años.

—Hola, mamá.

Me agacho para abrazarla y la estrecho un poco más de lo habitual.

Cuando me separo, le miro la boca flácida para comprobar si es capaz de devolverme la sonrisa. Tarda mucho tiempo en contestarme, pero al final consigue emitir un inconexo:

—Oh..., cariño.

Todavía puedo comprender lo que dice la mayoría de las veces, aunque soy una de las pocas personas capaces de hacerlo. Solo formula frases de tres o cuatro palabras y, normalmente, no se entienden bien, tiene la voz ronca y habla muy flojito.

—Veo que has conseguido hacerte con el mejor sitio. Todos estarán celosos.

Sigue un largo silencio durante el cual mamá se esfuerza por encontrar las palabras necesarias.

—He sobornado —dice al fin, y me río.

Entonces aparece un miembro del personal nuevo y deja la comida de mamá en la mesa, después extiende un enorme babero de plástico y se lo anuda alrededor del cuello con delicadeza. Alargo la mano para alisarlo, pero su brazo izquierdo no deja de sacudirse hacia arriba. Desciende un momento y luego se alza otra vez.

Pienso en coger la cuchara que hay junto al plato, pero decido dejarla por si acaso a mamá le apetece probar a comer sola. Ya no lo hace casi nunca, y eso que se indignó muchísimo cuando le sugirieron que podía darle de comer otra persona.

Ya hace casi un año que se trasladó al Willow Bank Lodge. Todos queríamos que se quedara en casa tanto tiempo como pudiera, pero la cosa se complicó mucho, incluso a pesar de que papá le preparó una cama en el piso de abajo. Papá sigue trabajando, lo que le impide poder cuidarla las veinticuatro horas del día, y todo el mundo era consciente de que ella iba a necesitar más ayuda; lo ideal era que estuviera en algún sitio donde ir al baño no representara una amenaza para su vida. Y aquí nunca le faltan visitas. En realidad, tiene un

pequeño círculo de amistades que la ha ayudado a superar todos los momentos oscuros de los últimos diez años. Su mejor amiga, Gemma, viene cada fin de semana, normalmente con un audiolibro nuevo o con una hornada de los panecillos de cereza deformes que ella llama «su plato estrella».

—¿Emocionado? —le pregunta mamá a William.

—Y ¡muy impaciente! —contesta—. Papá ha planeado un montón de cosas, abuela. Vamos a alojarnos en la mejor casita de todas, ¿verdad, mamá? Vamos a ir en kayak, haremos escalada, y dejará que lo ayude a hacer algunas chapuzas.

Me preocupan mucho las expectativas que pueda tener mi madre sobre este viaje, que fue idea suya. No es que me sorprendiera que lo sugiriera, a lo que añadió, con mucho dramatismo, que era el «deseo de una moribunda». En realidad, no tiene ningún reparo en admitir abiertamente que piensa utilizarlo como más le convenga.

Cuando Adam y yo rompimos, mi madre estaba tan enfadada con él como yo y comprendió que quisiera alejarme. Pero aunque nunca albergó esperanza alguna de que volviéramos a juntarnos, si que asumía, o por lo menos esperaba, que William tendría alguna relación con su padre.

Entonces Adam se marchó a Francia y se hizo evidente que eso no iba a ocurrir.

Adam no ha desatendido su labor como padre, estrictamente hablando. Paga la pensión cuando toca, recuerda el cumpleaños de William y llama a través de Skype cuando dice que lo hará. Pero nuestro hijo no es más que una pequeña pieza en el puzzle que conforma la colorida vida de Adam. Se ven dos o tres veces al año, si llega. Y ya ni siquiera estoy segura de que Adam protestase si alguien lo acusara de falta de interés.

Mamá nunca ha dejado de hablar del tema, no solo de su falta de contacto, sino del hecho de que yo no haya dicho nada al respecto. Yo dejé de buena gana que Adam se distanciara. Para ser sincera, lo agradecí. El amor que sentía por William era más que suficiente.

Estoy bastante segura de que nunca ha imaginado que Adam y yo pudiéramos sentarnos a comer juntos los domingos por el bien de William, odiándonos en silencio mientras nos pasábamos la salsa, pero mi madre lleva años repitiendo que el niño necesita tener una relación «real» con su padre. Quizá se deba a que ella fue adoptada y nunca llegó a conocer a sus verdaderos padres.

Sin embargo, hoy día, Adam lleva un lujoso estilo de vida en la Dordoña, mientras que nosotros vivimos en un adosado de dos plantas en Mánchester. Y el hecho de que haya una panadería elegante al final de la calle no hace que nuestras vidas se parezcan lo más mínimo. Aun así, la escucho. No estoy de acuerdo, pero la escucho. Y ahora, cada vez que la miro y pienso en lo que tiene

que sobrellevar, me recuerdo que no estoy en posición de ponerme terca. Así que le escribí un correo electrónico a Adam y le sugerí que podíamos ir a visitarlo. Imagino que cuando lo leyó le faltó poco para caerse de culo.

En cualquier caso, si por lo menos pudiera lograr que ellos intimaran de alguna forma, tendría la sensación de haber conseguido algo que a mi madre le daría una pizca de tranquilidad. Además, tendré refuerzos, por lo menos parte del tiempo que estemos allí. Mi amiga Natasha se quedará con nosotros algunas semanas; después vendrán Becky, su marido y los niños.

—Me... encanta Francia —suelta mamá, mientras intenta posar sus inestables ojos en William—. Haz fotos.

Cuando yo tenía la edad de William, fuimos unas cuantas veces a Francia. Nos alojábamos en una *roulotte* en el mismo camping cada año: era un paraíso, un nuevo mundo de infinitos días soleados y desayunos con bollos con chocolate por dentro, chocolate de verdad.

—Prueba los patines acuáticos —dice mamá—. A tu mamá... le encantaban.

Noto cómo se me atenaza la garganta al recordarlo: mamá y yo pedaleando por el lago que hay al final del camping, riendo juntas al sol.

Cuando William empieza a parlotear, algo sobre una litera, tengo que apartar la vista para evitar que ninguno de los dos vea la película líquida que se me ha formado en los ojos. Trago saliva con fuerza y me recuerdo que solo estaremos fuera unas cuantas semanas. No le haría ningún favor a nadie que yo me pusiera a llorar ahora, por mucho que me duela el pecho.

Bajo la vista y veo que mamá no ha tocado la cuchara. Así que la agarro con recelo, cojo un poco de puré y se lo acerco a la boca.

—Servicio a la inglesa —murmura, y yo resoplo.

Empezamos muy animados nuestro viaje de mil trescientos veinte kilómetros y veintiocho horas, cantando las canciones de una lista de reproducción que incluye de todo, desde los Beatles a Avicii. Hablamos sobre cómo era Francia cuando yo era pequeña: las suaves playas de arena fina, los helados de ensueño. Le explico que mamá me enseñó a jugar al *blackjack* con francos y céntimos.

William juega un rato con mi iPod y se encorva sobre la pantalla hasta que empieza a preocuparme que se quede jorobado y se lo quito. A cambio ponemos el audiolibro de *El Chico del Millón*, de David Williams: me río tanto que me acaban doliendo las mejillas. De pronto, el libro menciona a un personaje que sale con una conejita de Playboy. Ni siquiera estoy segura de que William sepa lo que es eso. Lo único que sé es que experimento una sensación parecida a la que tuve cuando, a principios de año, me pidió que le explicara de dónde venían los bebés. Salí corriendo a buscar un libro sobre ese tema y otros asuntos relacionados. Le sugerí que lo leyera antes de hacerme preguntas. Así evitaríamos pasar vergüenza.

—¿Por qué tendría que sentirme avergonzado? —me preguntó con inocencia, cosa que me obligó a parecer alegremente relajada cuando le leía frases como «y eso es lo que algunas personas llaman: follar».

Cuando llegamos al ferri, William parece tener muchas menos ganas de hablar. Aparcamos en la bodega del barco y subimos por la escalera. Entonces me doy cuenta de que está pálido.

—Desde aquí disfrutaremos de unas buenas vistas —anuncio con alegría.

—Voy a vomitar —me responde.

Vomita siete veces durante las seis horas que dura el viaje (trayecto durante el que supuestamente deberíamos dormir) y baja del ferri con pinta de la niña de *El exorcista*. Paramos en la primera área de descanso que encontramos en suelo francés. Esperamos a que se le pasen las náuseas mientras bebemos agua y observamos a las familias inglesas que intentan circular en sentido contrario en

una rotonda.

William duerme durante el resto del camino, solo se despierta para ir al servicio mientras cruzamos la autopista. Eso me deja sola con mis pensamientos hasta que llegamos a la Dordoña, una zona boscosa llena de campos, y cruzamos la campiña; somos breves testigos de docenas de aldeas soñolientas, salpicadas de macetas de geranios de colores intensos y casas de piedra de color crema y con las ventanas cerradas.

A pesar de la belleza del paisaje, no puedo dejar de pensar en mamá, atormentada por los mismos pensamientos que me han provocado tanta ansiedad que (por primera vez en mi vida) a principios de año tuve que empezar a tomar antidepresivos. Nunca pensé que sería de esa clase de personas que necesitan ayuda médica para levantar el ánimo. Siempre me había considerado una mujer divertida. La primera en ponerse el gorrito absurdo en Navidad o en abalanzarme sobre el karaoke para destrozar alguna canción, o unirme a alguna de las batallas con pistolas de agua que organizaba William. Lo máximo que había necesitado para superar un mal día era un Magnum almendrado, con alguna copita de vino de vez en cuando. Mis evaluaciones del trabajo siempre ensalzaban mi «energía infinita y la popularidad de la que gozaba entre los estudiantes». Y nunca le había tenido que pagar a nadie para que dijera eso.

Pero desde que mamá ingresó en el Willow Bank, por mucho que me guste el centro, he ido cambiando poco a poco. Hace seis meses, la cosa se puso fea. Tampoco es que se note demasiado. Siempre me esfuerzo mucho y finjo ser la Jess de siempre. Pero, por dentro, las cosas son muy distintas.

Lo que comenzó siendo una preocupación comprensible pasó a tener vida propia cuando el deterioro de mamá se aceleró. La palabra «depresión» no es la más correcta para describir lo que me ocurría. Era una ansiedad aplastante, la incapacidad para pensar en otra cosa que no fuera un futuro que parecía más sombrío cuanto más complicada se le ponía la vida a mi pobre madre.

Las pastillas han ayudado, aunque todavía no me gusta tener que tomarlas. Y no han cambiado el hecho fundamental que lo empezó todo: que mi madre está en una residencia de ancianos distanciándose, poco a poco, de la persona que es. Y nadie puede hacer nada.

Estamos rodeados de nogales y la vegetación tiene un follaje exuberante. Nuestro navegador anuncia, por fin, que hemos llegado a nuestro destino. Teniendo en cuenta que estamos en medio de la nada, es evidente que nuestro navegador no dice más que chorradas.

Rebusco en la guantera el mapa que había esperado no tener que utilizar y, después de dar algunas vueltas, encuentro el camino hasta el cruce que indica la dirección al Château de Roussignol. Me interno por un camino de tierra consciente de que tengo el corazón desbocado, lo que hace que me pregunte si realmente estoy contenta de estar de vacaciones. Supongo que es normal, incluso aunque signifique estar cerca de Adam.

Lo odié durante un tiempo, pero el odio no es una emoción muy propia de mí. Me resulta agotadora.

Así que me he comportado de una forma perfectamente civilizada durante mucho tiempo: sonreía, por el bien de William, siempre que él venía a buscarlo; exclamaba «¡qué bien!» cada vez que nuestro hijo volvía ensalzando las virtudes gastronómicas del Happy Meal del McDonald's que le había dado para comer.

Aunque quisiera perder mi tiempo y mi energía estando molesta con Adam, lo cierto es que no me salía de dentro con todo lo que estaba ocurriendo en mi vida. En la actualidad, me es indiferente. Admito el pretexto de que está en Francia porque es adonde lo ha llevado el trabajo, no porque no quisiera tener que preocuparse por nada tan trivial como la monogamia o la paternidad.

Mi hijo se despereza y se incorpora; se frota los ojos justo cuando vemos por primera vez el Château de Roussignol. Yo solo lo había visto en las fotografías que Adam iba enviando durante las distintas fases de renovación, cosa que hizo casi desde el principio, cuando no era más que un montón de piedras.

Eso fue cuando William todavía no tenía edad de hablar, cuando Adam me iba enviando algún correo electrónico de vez en cuando y me mandaba fotos del castillo. Todo el mundo pensó que estaba loco cuando lo compró.

Se notaba que había un edificio imponente escondido entre los arbustos y los jardines descuidados. Pero no tenía electricidad, había ratones y el sistema sanitario era de la Edad de Piedra. Pero Adam, a pesar de todos sus defectos, siempre tuvo el empuje necesario para arreglarlo.

A medida que los correos se iban amontonando en mi buzón de entrada, cada mes durante tres años, fui testigo (a pesar de no haberlo pedido nunca y de que nunca quise tal cosa) de su nueva vida: las horas de esfuerzo físico, su planificación obsesiva, los absurdos y ambiciosos planes que tenía para aquel lugar. Me preocupé muchísimo por el riesgo financiero que estaba corriendo y por cómo afectaría eso a su capacidad para contribuir a los costes que suponía criar a William, sin lo cual no habríamos podido sobrevivir al principio.

Leía los correos con una mezcla de curiosidad, envidia, rabia y desesperación. Sin embargo, en retrospectiva, creo que su principal motivación era solo una necesidad, casi infantil, de demostrar que estaba consiguiendo hacer algo por sí mismo.

Cuando el castillo estuvo casi acabado y nuestro hijo estaba a punto de cumplir tres años, ya era evidente que Adam lo había conseguido.

Me negué a sentir amargura, por lo menos por su éxito, porque se había esforzado mucho para conseguirlo. Aunque debo admitir que nunca acabé de creerme lo rápido que empezó a acostarse con otra después de que rompiéramos, mientras que yo me acostumbraba a convivir con los pezones agrietados, la falta de sueño y la idea de que un día bueno era cualquiera en el que consiguiera lavarme los dientes antes de las tres de la madrugada.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta William—. Guau, es alucinante, ¿verdad?

—Ya lo creo. Tu padre ha hecho un gran trabajo.

El *château* es precioso, se parece más a una mansión francesa que a la idea que yo tengo de un castillo, pero con toda la imponentia y el glamur neoclásico que se pueda pedir.

Tiene tres pisos de altura, un tejado gris plateado que se inclina sobre los tonos galleta de las paredes y unos ventanales enormes flanqueados por postigos intrincados pintados de color caracola. Bajo el gigantesco arco de la entrada hay dos escalones de piedra antigua con una barandilla de hierro forjado. En la fachada hay un balcón cubierto de hiedra flanqueado por cipreses y con vistas al camino de piedra de la entrada. En el exterior del edificio se ven un montón de macetas donde crecen flores de todos los colores.

Avanzamos en silencio percibiendo el olor a tomillo y campanillas que flota en el aire. Lo único que se escucha es el canto de los ruiseñores y el suave crujido de la brisa.

—Estoy impaciente por ver a papá —comenta William—. ¿Va a venir a

recibirnos?

—Lo intentaré. Dijo que cuando llegáramos fuéramos a la recepción.

Adam juró que saldría corriendo a abrazar a William en cuanto apareciéramos, pero he decidido cambiar un poco la historia. Teniendo en cuenta que estamos hablando de Adam (y de que no me ha contestado el mensaje que le he enviado hace una hora cuando hemos parado a echar gasolina), no me voy a arriesgar. Apago el motor y abro la puerta.

—Vamos a ver si lo encontramos —sugiero sacando las piernas del coche—. No te va a reconocer. Debes de haber crecido como cinco centímetros desde la última vez que te vio.

Solo hemos visto a Adam en persona una vez desde Navidad, cuando se alojó en Londres en casa de su nueva novia, Elsa. Como muchas de las mujeres con las que ha salido Adam después de mí, Elsa es varios años menor que él y se queda completamente embobada ante su mera presencia, a merced de una brillante mirada de esos ojos marrones.

La mayor parte del tiempo, me cuesta mucho recordar haberme sentido así por él, pero la lógica me dice que debió de suceder. Porque estuvimos juntos durante más de tres años, enamorados por lo menos una parte del tiempo, y nos las apañamos para hacer un bebé, aunque fuera por accidente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, cuando Adam había dicho que no quería ser padre, lo había dicho en serio.

Él fue el primero en admitir que no tenía madera para ser la clase de padre que había tenido yo. Mi padre no era perfecto, pero me había demostrado lo mucho que me quería cada hora que había pasado jugando conmigo a las muñecas o cuando me enseñó a conducir. Y esas cosas no iban con Adam, incluso después de que la paternidad no hubiera sido una decisión vital, sino una realidad inevitable.

Y por eso tuve que poner fin a nuestra relación. Es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Pero no tuve elección.

Los escalones de piedra nos conducen a un par de puertas enormes que dan a un vestíbulo de piedra desgastada.

Nos acercamos a un mostrador muy grande con aspecto de ser muy antiguo sobre el que descansa un cuenco de cristal de fragantes flores blancas y un bloc de notas immaculado. La silla que hay detrás está vacía, lo que hace que William aproveche para tocar el timbre plateado unas cuantas veces.

Nos recibe una joven con una minifalda negra, una blusa blanca semitransparente y bailarinas. Tiene la piel húmeda, los dientes brillantes y el pelo rubio recogido en una cola de caballo.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Es inglesa y tiene una voz aguda y segura que sugiere que viene de buena cuna. Diría que tiene unos veinticinco años. No es precisamente delgada, pero no se le bambolea nada de nada, excepto las partes que se supone que deben hacerlo. Que se bambolean bastante.

—Hemos reservado una de las casitas a nombre de Pendleton. Jessica.

En su rostro florece la clase de sonrisa que esbozarías si acabaras de enterarte de que los huevos de chocolate no tienen calorías.

—¡Jess! Soy Simone.

Deja el bolígrafo, rodea el mostrador y me abraza. Por un momento, pienso que nunca he visto un servicio al cliente tan entusiasta, particularmente teniendo en cuenta que las vacaciones me van a salir gratis.

—Y ¡tú debes de ser William!

William se cambia el peso de pierna con timidez.

—Sí.

La chica sigue sonriendo.

—Cómo te pareces a tu padre.

William parece encantado de escucharlo.

—Ah.

—La verdad es que eres su viva imagen. Guapísimo. —William se ha puesto como un tomate—. Bueno, estoy encantada de conoceros. Y William, estoy segura de que este verano tendré la oportunidad de conocerte mejor, porque he conseguido convencer a Adam para que empecemos a hacer actividades infantiles este verano, y yo seré la encargada de organizarlas.

William vuelve a sonreír. De hecho, podría ponerle un lápiz en los hoyuelos que le han salido en las mejillas y se aguantaría.

—Si te gusta el fútbol, estás en el sitio adecuado. ¿Quieres que te apunte?

William es el único niño de su clase, y probablemente de los ochenta y nueve años de existencia de esa escuela, que no está nada interesado en ese deporte. Lo máximo que se ha acercado al deporte fue cuando se apuntó al equipo de *bridge* del colegio.

—Emm..., sí —contesta.

Yo me vuelvo para mirarlo.

—¿De qué equipo eres?

Mi hijo traga saliva.

—Del Manchester.

—¿El City o el United? —pregunta ella.

—Emm..., de los dos.

La chica se ríe y él hace lo mismo. Vuelve al otro lado del mostrador y teclea en el ordenador.

—Veamos, vamos a instalaros en la casita.

Por muy lujoso que sea el castillo, me alegro de no alojarme aquí, donde sé que Adam tiene su despacho. Estaría demasiado cerca como para que yo estuviera cómoda.

—Hay una tercera persona que se instalará con vosotros, ¿verdad?

—Mi amiga Natasha, pero no llegará hasta dentro de una semana o así.

—Ah, muy bien. Bueno, las habitaciones ya están preparadas. Os puedo llevar ya mismo.

Desaparece en un despacho para coger la llave, después nos pide que la acompañemos fuera, de vuelta al sol incandescente. Una vez fuera, se sube a un carrito de golf y William y yo nos subimos al coche para seguirla.

—Vaya, qué amable, ¿no?

—Sí, y olía muy bien —contesta William con entusiasmo, cosa a la que no se me ocurre qué responder.

El camino serpentea alrededor del *château* y pasa junto a una piscina preciosa salpicada de tumbonas amarillas y sombrillas a juego. Hay unas cuantas familias pasando el rato allí, niños pequeños con bañadores de rayas, y otros niños, que parecen de la edad de William, bañándose en el extremo profundo.

La piscina da a la terraza de un bar, donde hay unas cuantas mesas y sillas a la sombra de una madreSelva trepadora en flor. Al otro lado, veo un campo de tenis, un campo para jugar a diferentes deportes, así como una zona de juegos de colores, todo ello rodeado por jardines muy bien cuidados y románticos arriates de rosas y margaritas.

Mientras sigo el carrito de Simone en dirección a la arboleda, veo un cartel que indica la dirección a Les Écuries, los establos. La temperatura baja cuando llegamos a la sombra de los árboles; después de un pequeño trayecto, llegamos a un aparcamiento que está cerca de algunas edificaciones de piedra con postigos de color azul pálido y jardines individuales llenos de geranios blancos dispuestos alrededor de un atractivo patio.

—Es precioso —le digo a Simone mientras cruzamos el patio polvoriento hasta la puerta que hay al final—. ¿Cuántas casitas hay?

—Veintiuna. Algunas son de dos habitaciones; otras, de tres. Pero no están todas en el bloque del establo. También han renovado los antiguos aposentos del servicio que están al otro lado. —Se inclina hacia delante y susurra—: Pero estas son las más bonitas. Y, si tomáis el camino que cruza por la arboleda, solo tardaréis pocos minutos en llegar al *château*.

Desliza una llave de hierro fundido en la cerradura de una pesada puerta de madera y la abre. El interior de la casita es sencillo y rústico, el suelo es de baldosas pálidas y el salón está unido a una cocina americana. La parte más destacable de la casita es una enorme chimenea antigua que hay delante de un par de pequeños sofás azules. Hay una gran mesa de comedor y una cocina funcional pero bonita con un profundo fregadero de cerámica, cazuelas de hierro fundido colgadas en la pared y encimeras hechas con gruesas tablas de roble. Las habitaciones están encaladas y tienen vigas en el techo, las colchas son preciosas y hay jarrones esmaltados.

—Es fantástica. Gracias —digo mientras William toma posesión de su habitación.

—Adam estará encantado de que te guste —contesta.

—Bueno..., y ¿dónde está?

—¡Ah! Se me ha olvidado decírtelo: le ha surgido algo esta tarde —contesta con imprecisión—. Quería estar aquí cuando llegarais, pero era un compromiso ineludible.

Me muerdo el carrillo por dentro y asiento con educación. No sé cómo se lo hace, pero siempre pasa lo mismo.

6

—Las maletas no van a bajar solas del coche —le digo a William cuando ya se ha marchado Simone—. ¿Me ayudarás si lo acerco a la puerta?

—Déjame terminar una cosa —murmura con la frente a siete centímetros de mi iPad.

—¿Qué estás viendo? —le pregunto mirando por encima de su hombro.

—*La mujer de negro*.

—¿Cuándo te has descargado esa película? ¿No da mucho miedo para ti?

—Mamá, es para mayores de doce años.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Cumplir los diez años es un hito extraño. William es básicamente un niño, pero está empezando a dar muestras alarmantes de su futura adolescencia. Por una parte, ya le he explicado las cosas más importantes de la vida. Por otra parte, todavía cree en Santa Claus (creo que solo lo hace por darme gusto a mí).

—Bueno, luego no vengas a buscarme corriendo cuando tengas pesadillas —le digo.

—Mamá. No voy a tener pesadillas.

—Un minuto, ¿vale? Después te necesito. —No me contesta—. ¿William?

—Sí. No hay problema.

Mientras acerco el coche a la casita, me doy cuenta de que estoy un poco mareada del calor y el cansancio. Salgo y abro el maletero. Miro el interior y me pregunto cómo me las he arreglado para meter todas esas cosas ahí dentro. Ni siquiera estoy segura de que esté permitido obstruir de esta forma la visión de la luna trasera. Abro la puerta con suavidad y, cuando me doy cuenta de mi error, me lanzo contra el coche para evitar que se caiga todo lo que hay dentro. Me empieza a sudar la frente y me pongo a sacar las cosas como puedo, hasta que estoy rodeada de porquerías, y eso que todavía me falta por sacar la cesta de pícnic, una docena de libros y las mancuernas de dos kilos.

—¿William? —aúllo sin acabar de esperar del todo que salga corriendo en mi ayuda—. ¿WILLIAAAAAM?

—Reconocería esa voz melodiosa en cualquier parte.

Me doy media vuelta y noto un hormigueo en el cuello cuando veo que Adam se está acercando a mí.

—Ah. Hola —mascullo.

—Deja que te ayude.

Deja un ramo de preciosas flores azules en la mesa del jardín y también una bolsa de papel marrón.

—La verdad es que no hace falta —insisto, pero se acerca y coge la puerta.

—Yo la sujeto, tú sacas parte de las cosas; con un poco de suerte, podremos hacerlo sin ayuda de una carretilla elevadora.

Cuando ya tenemos una enorme pila de cosas en el suelo y ya no hay riesgo de que pueda caerse nada, me doy cuenta de que Adam me está mirando con una sonrisa ladeada.

—¿Has traído todo lo que tienes?

Coge una de mis pequeñas mancuernas y empieza a ejercitarse con ella. Son lo único que se interpone entre yo y los brazos flácidos, pero no voy a explicarle mi vida, así que me limito a quitársela.

—No hay tantas cosas. Es engañoso porque mi coche es muy pequeño. Y somos dos y nos quedamos cinco semanas. Necesitábamos cosas.

Levanta la máquina de hacer palomitas de William.

—¿Esto es para emergencias?

—Eso no es mío.

Solo hay que mirarlo una vez para darse cuenta de que Adam consume la clase de alimentos frescos y maduros que confieren ese brillo a sus ojos, que disfruta regularmente de un buen vino tinto, hace mucho ejercicio y le gusta tomar el sol. No le cuesta nada sonreír. Y no hay ni rastro de estrés en su frente. Lleva el pelo un par de centímetros más largo que cuando trabajaba en un despacho y se le caracolea en la frente con desenfado.

—Se te ve bien —le digo con educación.

Parece sorprenderse un poco, después me recorre con la mirada.

—A ti también, Jess.

Me doy la vuelta antes de que pueda ver el calor que me ha trepado a las mejillas.

Adam echa un vistazo en el maletero y coge el libro sobre los secretos de la vida. No entiendo cómo es posible que haya acabado en el coche; estoy segura de que ningún chico de diez años necesita saber más detalles sobre la aparición del vello púbico de lo que ya ha aprendido en esas páginas.

—Tendrías que haberme preguntado si necesitabas saber algo, Jess —prosigue Adam hojeando las páginas—. Te habría ayudado encantado.

—Ja, ja.

Sigue pasando hojas.

—Supongo que esto es para William.

—Muy listo.

Suspira.

—Y parece que fue ayer cuando lo estaba empujando en los columpios. En fin, siento no haber estado para recibirlos cuando habéis llegado. Me habían retenido.

Noto cómo se me tensa la mandíbula, pero me recuerdo por qué estoy aquí.

—No pasa nada. Gracias por alojarnos en una casita tan bonita. Ya sé que en verano están muy solicitadas.

—Me alegro de que te guste. Ah..., le he traído un par de cosas. —Se acerca a la mesa y coge la bolsa de papel, luego me la da—. Dulces y camisetas.

Saco una camiseta. Es tan pequeña que le valdría a un gnomo de jardín.

—Es preciosa. ¿Has guardado el tique por si no le va bien?

—Ah. No estoy seguro.

Por un momento me recuerda mucho a cuando tenía veintiún años, un amasijo de contradicciones y carisma.

—¿Por qué no vas a sorprender a William y se la das tú mismo? —le sugiero—. Está en su habitación.

Tarda un segundo en asentir y decir:

—Claro.

Hace ademán de encaminarse hacia la puerta, después se para, coge el ramo de flores de la mesa y me lo acerca poniendo bien los tallos. Lo acepto algo incómoda.

—Eres muy considerado. Gracias —murmuro advirtiendo lo desconcertante que me resulta que intente ser amable conmigo—. Adelante —añado asintiendo hacia la casita—. Se muere de ganas de verte.

No sé cómo había imaginado el reencuentro de mi hijo con su padre. Teniendo en cuenta lo emocionado que está William y lo mucho que hace que no se veían, una parte de mí se los imaginaba en un campo corriendo el uno hacia el otro a cámara lenta, como los protagonistas de un mal anuncio de perfume de los años setenta.

Pero resulta que la realidad se aleja un poco de esa fantasía, cosa de la que soy consciente cuando veo que Adam está rodeando el lateral de la casita.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto siguiéndole.

—Shhh —dice con el dedo en los labios antes de asomarse por la ventana del dormitorio—. ¡Buuuu!

—¡ARGGGHHH! ¡MAMÁ!

Miro por la ventana y veo a William cayéndose al suelo desde lo alto de la litera. Corro a la puerta principal justo cuando él se esfuerza por levantarse.

—¡He visto algo por la ventana! —parlotea convencido de que acaba de ocurrir algo sobrenatural.

—William, relájate. Era tu padre.

Haciendo el gilipollas.

El niño deja caer los hombros justo cuando Adam aparece por la esquina.

—Oh, William, lo siento —dice intentando reprimir su diversión mientras nuestro hijo aguarda presa de una muda humillación.

Le doy un codazo suave.

—Ve a abrazar a tu padre.

Da un paso adelante y Adam se abalanza sobre él, estrecha su torso flaco y se lo pega al pecho.

—Hola, tú.

William levanta la vista y parpadea.

—No me he dado cuenta de que eras tú, papá. La verdad es que me he asustado de verdad.

Todavía se nota cómo le palpita el corazón en su pecho huesudo.

—No te preocupes —dice Adam sin darse cuenta de que era el momento perfecto para disculparse—. Y dime, ¿qué tal el viaje? Tu madre me ha escrito y me ha contado que no has parado de vomitar.

William me fulmina con la mirada.

—Solo un poco.

—Bueno, ahora ya estás aquí. ¿Qué te parece este sitio?

—Es genial —dice, repentinamente animado—. Me encantan las literas. Mi amigo Josh tiene unas.

—Qué suerte.

Y entonces se quedan ahí plantados con incomodidad, a un metro de distancia el uno del otro. Y se me hace dolorosamente evidente que esto podría ser todo lo que tuvieran que decirse en todas las vacaciones.

—Bueno —dice Adam dando una palmada.

—Bueno —repite William.

—¿Te alegras de que se haya acabado el colegio?

—Ya lo creo.

—A ti te gusta el colegio —señalo.

—Ya lo sé, pero prefiero estar aquí.

—¿Mates sigue siendo tu asignatura preferida? —pregunta Adam.

William se lo piensa un momento.

—Mmmm. Me parece que Historia me gusta más. Este trimestre hemos estudiado a la reina Victoria. En realidad, es bastante triste. Cuando su marido Alberto murió, ella lo añoraba tanto que encargó un molde de su mano para poder estrecharla. —No para ni para tomar aliento—. Y eso no es lo más fascinante de su reinado —prosigue William con empeño, y a continuación le imparte a Adam una conferencia de cinco minutos que abarca desde los avances médicos de finales del siglo XIX a la subyugación de la mujer.

—Vaya. No tenía ni idea de que ignoraba tantas cosas sobre la difteria —concluye Adam con rotundidad.

—Puedo explicarte más cosas, si quieres —se ofrece William.

Le lanzo una mirada feroz a Adam para dejarle claro que es importante que conteste con cautela.

—Sí. Me encantaría. Tengo muchas cosas planeadas para tu estancia.

William sonrío.

—Voy a buscar mi iPad —dice volviendo a la casita.

—Creo que es mi iPad —le grito a su espalda.

Adam coge una de las bolsas de viaje y entra con ella.

—He pensado que esta noche podríamos cenar con parte del equipo que

trabaja aquí. Estoy impaciente por presentarles a William. Y a ti, claro.

Lo sigo dentro y veo cómo deja la bolsa y se queda quieto.

—Ya puedo yo sola con el resto de las cosas. Gracias por ayudarme —le digo.

—No hay de qué. —Sigue sin moverse—. Me alegro de que estés aquí, Jess.

Asiento con brusquedad.

—Bueno, William se muere por estar contigo.

Pone cara de haber recordado algo que ya debería haber preguntado.

—¿Cómo está tu madre?

Me pongo tensa.

—No muy bien. —Abro la cremallera de la bolsa y empiezo a colocar las cosas encima de la mesa—. Probablemente, no la reconocerías.

—Lo siento mucho. Debe de ser duro para ti.

—Pues sí, Adam —digo, y decido cambiar de tema—. Por cierto, he conocido a Simone.

—¿Ah, sí?

—¿Cuándo dejaste de salir con Elsa?

Se queda de piedra.

—¿Cómo sabes que dejé de salir con Elsa?

Levanto la vista.

—Imagino que Simone es tu novia.

—¿Es evidente?

—Para mí eres como un libro abierto. Y no eres precisamente un libro complicado.

—Menos mal que no soy un tío muy sensible —dice riendo, y se despide con la mano mientras se dirige a la puerta.

Observo cómo se le mueve el contorno de la espalda por debajo de la camiseta mientras se mete las manos en los bolsillos y se marcha pavoneándose.

—No te preocupes, Adam. De eso no podrá acusarte nadie.

La cena se celebra en una larguísima mesa comunitaria dispuesta en la terraza que hay detrás del *château*.

William y yo llegamos cuando la luz rosácea del sol poniente empieza a bañar sus viejos muros y el aire desprende olor a hierba y citronela.

La superficie de la piscina es sedosa y silenciosa; las hamacas ya están todas bien apiladas. Hay algunas familias al otro lado de la terraza compartiendo enormes platos de ensaladas de judías verdes y pechuga de pato, se oyen los brindis del cristal y el eco de las risas de los niños se pierde en el aire. Tomo asiento en la mesa larga llena de velitas de té y acepto una copa de Pastis tan frío que el cristal está recubierto de una capa de condensación.

Entre el personal que se ha reunido aquí esta noche hay varios miembros del antiguo servicio francés, como el encargado de mantenimiento Jean-Luc, así como una pareja de ancianos llamados *monsieur* y *madame* Blanchard, a los que Adam les compró el *château* hace ya tantos años. La propiedad había pertenecido a su familia durante generaciones, pero habían tenido muchos problemas para mantenerla durante la última década, lo que significó que nunca pudieron llegar a transformarla en un hotel, hasta que Adam la compró. Aunque ya hace mucho tiempo que se jubilaron, ambos son excelentes cocineros y vienen una o dos veces por semana para ayudar en la cocina y dar clases a los huéspedes. Adam siempre dice bromeando que insistió en que pasaran por allí de vez en cuando para asegurarse de que no se cargaba el castillo.

También hay un grupo de jóvenes británicos y franceses que parecen estudiantes en su año sabático, todos con sus tatuajes en los tobillos y sus anécdotas de viajes. Adam encaja con ellos a la perfección. A su edad, mi padre tenía una hipoteca, familia, y un trabajo de contable que no le ha permitido respirar hasta los sesenta y cinco.

Pero aquí Adam puede tener veintiún años toda la vida, aquí siempre brilla el sol y las chicas son complacientes. Aunque no son solo las chicas las que lo

admiran. Los chicos lo tratan como si fuera una mezcla entre un hermano mayor y un dictador benigno, que además es el centro de atención mientras fluye el alcohol. Al poco, el ardiente calor del día da paso a una noche tranquila y nos iluminan la luna naranja, la luz de las velas y el brillo azul que proyecta el fondo de la piscina.

Sirven la comida con un relajado estilo francés, empezando por una mezcla de ensaladas y un plato de embutidos con carne curada, patés y lonchas de pechuga de pato ahumadas, todo dispuesto sobre una hoja de pizarra.

—¿Qué es eso? —pregunta William observando la ensalada.

Lleva una de las camisetas que le ha traído Adam, le aprieta tanto por las axilas que prácticamente le corta la circulación.

—*Gésiers*. Pruébalos, son deliciosos —dice Adam sirviéndole algunos en el plato.

William arruga la nariz.

—Pero ¿qué son los *gésiers*?

—Mollejas. Una parte del aparato digestivo del ganso, para ser exactos, pero admito que, al decirlo así, no parecen muy apetitosas.

Adam sonrío y William esboza una mueca. Yo le señalo el salami y le aseguro que eso es como lo que él le pone a la pizza, pero más rico.

—Adam me ha dicho que eres profesora —dice Simone llevándose una copa a los labios.

—Sí. Imparto escritura creativa en un instituto.

—Fascinante. Y ¿te gusta?

—Me encanta —contesto, algo que no es del todo exacto. Es demasiado complicado explicar que hubo un tiempo en que mi trabajo me apasionaba, hasta principios de este año, cuando me sentí tan deprimida que llegué a preguntarme si algún día volvería a disfrutar de algo.

—Debes de hacer auténticos malabares, siendo como eres una madre soltera.

Pone un énfasis especial en las dos últimas palabras.

—Sí, la vida es complicada —le concedo—. Además, mi madre no anda muy fina, así que no puede ayudarme como antes.

—Oh, cielos. Espero que se recupere pronto —dice con despreocupación.

Yo sonrío y asiento, preguntándome después si este habrá sido el gesto más británico que he hecho en mi vida: no querer charlar con una desconocida sobre algo tan inconveniente como una enfermedad incurable.

—¿Sabes que me recuerdas a mi madre? —espeta Simone de repente.

Levanto la vista sorprendida.

—Vaya. Espero que tu madre sea Angelina Jolie —digo sonriendo, pero ella me mira inexpresiva.

—Ella también hace muchas cosas. Cuando las mujeres llegan a cierta edad, tienen muchos compromisos, ¿no? Mi madre va corriendo todo el día. Por eso yo estoy tan decidida a sacarle el máximo partido a mis veinte años, antes de vivir bajo el yugo de las responsabilidades y las estrías. —Sonríe, y entonces se corrige—: No estoy sugiriendo que tú tengas estrías. Vaya, eso ha sonado fatal, ¿no?

—En absoluto —la tranquilizo—. Y, en cualquier caso, me declaro culpable.

Se hace un silencio momentáneo entre Adam y yo cuando Simone se excusa para ir al servicio.

—Es simpática —le digo.

—Gracias.

—Y a William le gusta. —Pone cara de no haberse parado a considerar lo que William podría pensar de ella—. ¿Ya has conocido a sus padres?

Se atraganta con el vino y se vuelve para mirarme, gesto que me envuelve la cabeza con una inesperada ráfaga del gel de baño que esté usando en la actualidad.

—¿Es tu forma de decirme que es demasiado joven para mí?

—Que Dios me libre de juzgar. —Sonrío con los labios pegados a la copa mientras noto como me mira—. No, es simpática. En serio —insisto mientras decidido que ya no quiero seguir hablando de esto—. Oh, William: deja que te haga una foto para enviársela al abuelo.

William se para a sonreír para la foto y luego Adam se ofrece a hacernos una a los dos juntos. Elijo una fotografía y escribo un texto: «¡Hemos llegado bien y William ya se está divirtiendo después de un largo viaje! ¿Cómo está mamá? Besos».

Aprieto el botón para enviarla y veo cómo parpadea la señal de wifi.

—Me temo que aquí el wifi no es exactamente supersónico. Somos demasiado campestres —me dice Adam—. Debería acabar llegando. Si necesitas hablar por Skype con tus padres o enviar algo urgente, ven a hacerlo a mi despacho.

—Gracias.

Adam se saca unos papeles y un poco de tabaco del bolsillo de atrás.

—Pensaba que lo habías dejado.

—Ahora solo soy *fumafiestas*. —Lo observo mientras empieza a liarse el cigarrillo y miro a William. Ya sé que es un chico listo, pero no quiero que saque ideas—. Todos tenemos nuestros vicios —confiesa Adam encogiéndose de hombros.

—Sí, pero los míos son el bizcocho y Netflix. Ninguna de esas cosas es mortal.

Me lanza una mirada desdeñosa.

—Dame un respiro, Jess.

Y aunque se me ocurren una docena de respuestas, respiro hondo, tomo un buen trago de vino y busco a otra persona con la que hablar.

—¿Qué tal la casita, Jess?

El joven que está sentado junto a William tiene unos soñolientos ojos marrones y un dulce acento de Gales, pero tiene pinta de surfista, rubio y salado.

—Es preciosa, gracias.

—¿Has oído eso, jefe? —pregunta sonriéndole a Adam.

—Eres un crac. —Adam se vuelve hacia mí—. Ben la limpió antes de que llegarais. No tiene rival cuando se pone los guantes de látex.

El chico se ríe.

—Son las desventajas de trabajar en un sitio tan increíble como este. Aquí puedes disfrutar del sol y de un paisaje precioso. Pero también tienes que remangarte y limpiar baños cuando la señora de la limpieza llama y dice que está enferma.

—Pues estaba reluciente —le aseguro—. Te felicito.

—Me alegra oírlo —dice levantando la copa.

Cuando William y yo nos tumbamos en nuestras respectivas camas un par de horas después, me tiendo boca arriba y compruebo el móvil: me doy cuenta de que me ha llegado un mensaje de papá.

Me alegro de que William se lo esté pasando bien. ¿Y tú? Mamá ha pasado un buen día. He pasado la tarde en Willow Bank y hacía tan buen día que nos hemos sentado en el jardín a mirar sus libros de pastelería. Besos, papá.

Cierro los ojos y los imagino sentados entre las rosas mientras mi padre pasa las gruesas páginas brillantes y espera a que ella consiga posar los ojos en cada fotografía. No puede haber muchas recetas que mi madre no haya intentado hacer en algún momento; para mamá, la pastelería no era solo un pasatiempo, era una pasión.

Y a pesar de que ahora las elaboradas creaciones de esos libros están fuera de sus posibilidades, le gusta verlas y recordar la magia que era capaz de crear con un armario lleno de ingredientes, un poco de paciencia y su innato don artístico.

El mejor pastel que me hizo mi madre fue el que preparó para mi sexto cumpleaños. Todavía hoy se me acelera el corazón al recordarlo.

—¿Estás segura de que estará listo a tiempo? —le había preguntado mientras ella terminaba de rellenar los tres pisos del bizcocho con una montaña de esponjosa crema de mantequilla.

En aquella época teníamos una cocina pequeña (fue antes de que mis padres la unieran al comedor) con unos immaculados armarios blancos, baldosas con un estampado beis en el suelo y un microondas en el que nadie acababa de confiar del todo.

—No tienes mucha fe en mí, ¿verdad? —me preguntó riendo mientras me daba la espátula para que la chupara, cosa que, por supuesto, era la mejor parte del proceso.

—¿Eso significa que sí que estará listo? —pregunté.

Se inclinó y me dio un beso en la cabeza.

—Jess. Te prometo que mañana, cuando aparezcan esas catorce niñas en casa, tu pastel estará acabado, aunque tenga que quedarme despierta toda la noche.

No le habría importado tener que hacerlo.

Nunca había que pedirle que hiciera un pastel de cualquier cumpleaños, de bautizo o de boda: una mariquita cuando cumplí tres años, una tarta nupcial de cuatro pisos para la boda de mi prima Charlotte y otra obra de arte en la que convirtió a mi padre en Superman.

Me fui al comedor y me encontré a mi padre colgando unos adornos.

—¿Has venido a supervisar? —me preguntó desde lo alto de la escalera.

Había pegado globos azules, verdes y blancos a las molduras; también había puesto un cartel enorme donde se leía: FELIZ CUMPLEAÑOS. Las estanterías que había en tres de las cuatro paredes estaban cubiertas de serpentinas.

Debía de haber cientos de novelas en aquella sala. Mamá tenía una sección reservada para sus libros de pastelería, pero la mayoría de los libros de bolsillo

que tenían eran novelas. Lo que más le gustaba era la novela negra, desde cualquier libro de Ruth Rendell hasta *Asesinato en el Orient Express*, que leía una y otra vez.

—¡Estoy tan emocionada! —repetí.

—Sí, eso me ha parecido —dijo papá sonriendo mientras bajaba de la escalera—. A ver, recuérdamelo... ¿Cuál es el regalo que más deseas en el mundo?

—Una bicicleta —mentí.

Sonrió con recelo.

—¿De veras? Pensaba que había otra cosa, pero... ¿estás segura de que una bicicleta te parecerá bien?

No sabía si debía decir algo.

Había visto un tocador de princesa, pero de chica mayor, en el escaparate de una tienda de Londres cuando habíamos ido a visitar a mi tío Alan en verano; fue la primera vez que quise algo que no era un juguete. Era precioso, tenía una mesa en forma de riñón y un espejo decorado dividido en tres partes que escondía un laberinto de cajones de madera.

—No, de verdad. La bicicleta me va a encantar.

Noté que me sonrojaba.

Mi padre se puso serio.

—Ya sabes por qué no te pudimos comprar el tocador, ¿verdad?

Asentí.

—Sería una tontería comprar algo que vale tanto dinero, ¿verdad, papá?

—Una auténtica tontería —concedió, y volvió a ocuparse de los globos.

La mañana siguiente abrí el paquete con la bicicleta y estaba encantada con ella. También me esforcé en demostrarlo, porque hacía poco que había visto *Charlie y la fábrica de chocolate* y no quería parecerme a la malcriada de Veruca Salt.

La mañana pasó dolorosamente despacio mientras mamá terminaba los sándwiches y papá preparaba la música y los cojines para jugar a las sillas musicales, y después se escabulló para tomarse una pinta antes de comer en cuanto tuvo la ocasión. Entonces llegó la abuela Jill y me ayudó a ponerme mi vestido de fiesta rojo, medias blancas y unos zapatos de ante negro.

—¿Para qué sirven los ombligos? —pregunté mientras la abuela Jill me ponía bien el vestido.

Había leído minuciosamente la *Enciclopedia del cuerpo humano*; aunque tenía un conocimiento muy extenso sobre el funcionamiento del intestino, no recordaba haber leído nada sobre el motivo de que tuviera un agujero en el estómago.

La abuela Jill me recolocó las medias.

—Porque después de que Dios te ponga las orejas y elija tu color de pelo, te mete el dedo en la barriga y dice: «Estás acabada». Y después ya estás preparada para que la cigüeña te lleve con la mamá y el papá que ha elegido para ti.

Arrugué la nariz.

—Eso no puede ser verdad.

—Claro que sí. —Sonó el timbre—. ¡Ahí llega tu primera invitada!

Estaba demasiado ocupada divirtiéndome para darme cuenta, al principio, de que mi padre no había vuelto a la fiesta. Demasiado ocupada jugando a las sillas musicales, abriendo regalos y (básicamente) disfrutando de los jadeos de admiración que se escucharon cuando mamá sacó el pastel.

Era espectacular: una mansión de cuento de hadas de color blanco brillante con una espaldera de rosas amarillas hechas con *fondant* y unas torretas cubiertas de cientos y miles de piedrecitas brillantes.

Cuando soplé, las velas y las niñas aplaudieron a mi alrededor, me di cuenta de que la abuela Jill le tocaba el brazo a mamá.

—Probablemente sea mejor que no esté aquí.

Mamá asintió, parecía que iba a ponerse a llorar.

—¿Hay más salchichas? —preguntó Sarah Hems.

Mamá aparcó su tristeza.

—Sí, hay muchas más. ¿Qué os parece si jugamos a otra cosa?

Entonces recordé que no era mamá quien debía encargarse de organizar los juegos de la fiesta.

—¿Dónde está papá? —pregunté.

—Vendrá más tarde —contestó mamá sin concretar.

—¿Se ha olvidado de la fiesta? —No contestó—. Quizá haya pensado que era mejor dejarnos a las chicas solas, como cuando vimos *Sonrisas y lágrimas* —propuse.

—Sí, debe de ser eso —dijo.

Pero yo no me lo creía. Y me sentí muy triste cuando pensé que papá se estaba perdiendo mi gran día. A veces se olvidaba de las cosas (llegaba tarde a algunos compromisos y mamá se enfadaba mucho). Pero sabía que le entristecería darse cuenta de que tendría que haber estado aquí.

Intenté olvidarlo y disfrutar del resto de la fiesta, pero no pude evitar preocuparme. Por lo que sabíamos de él, podría haberlo atropellado un autobús. A medida que pasaba el tiempo, esa idea era cada vez más probable, en especial por la gran cantidad de veces que escuché cómo lo repetía mamá.

Cuando los padres empezaron a llegar para recoger a sus hijas, tiré de la manga de la abuela Jill.

—¿Crees que debería llamar a la policía para comprobar si ellos saben dónde

está papá?

—¿Por qué? ¿Dónde crees que está?

—Aplastado en la carretera debajo de las ruedas del autobús número ochenta y seis.

Se le arrugaron los ojos, como si estuviera muy triste y enfadada al mismo tiempo.

—¡Buenas tardes a todos!

Levanté la cabeza y allí, entre el barullo de padres que seguían reunidos en la puerta, y abriéndose paso entre ellos, estaba mi padre, con cara de felicidad y el pelo despeinado. Corrí a darle un abrazo y percibí el abrumador olor agrio que siempre desprendía su abrigo cuando volvía del pub.

—Muy bien, chica del cumpleaños. Tienes que ir al comedor un segundo. Tengo una sorpresa para ti.

Tenía la voz apelmazada y hablaba muy fuerte. Yo miré a mamá preguntándome si estaría muy enfadada con él, pero esta vez solo parecía sorprendida y un poco nerviosa, igual que todos los demás.

—Ven, colega, ¿me echas una mano? —dijo papá con un tono de machote muy impropio de él mientras agarraba al padre de Vicky Jones del brazo y lo arrastraba hacia la puerta a trompicones—. ¡Venga, lárgate, Jess!

La abuela Jill me llevó al comedor y cerró la puerta. Un minuto y mucho jaleo después, alguien hizo girar la manecilla de la puerta, que se abrió de nuevo. Entonces, papá gritó:

—¡Sorpresa!

Y allí, delante de mí, estaba el tocador de princesa, recién llegado de Londres.

Sarah Hems se quedó boquiabierta:

—¡Qué suerte tienes!

Cuando me acerqué a tocarlo, tenía la sensación de tener un pajarillo revoloteándome dentro del pecho.

—Ya lo sé —susurré.

Y me prometí que aquella noche le rezaría a Dios para agradecerle que hubiera enviado a mi cigüeña a los mejores padres del mundo. Y quizá para pedirle también que hiciera que papá dejara de preocuparnos a todos.

El paisaje que se ve desde la cocina está cubierto de niebla y parece poco prometedor, se ve un sol bajo oscurecido por la bruma. Me preparo un café y salgo de la casita.

Cuando me siento, se abre una puerta al otro lado del patio y sale un hombre acompañado de una niña que parece su hija. Él debe de tener mi edad, quizá un poco mayor; lleva unos pantalones cortos que dejan ver un par de musculosas piernas bronceadas. Lleva una camiseta bonita y muy bien planchada. La chica tiene una larga melena negra, un *piercing* en la nariz y tanto maquillaje que no se distingue si tiene doce años o veinticinco.

—¡Buenos días, mamá!

Levanto la vista y veo a William, que se está desperezando en la puerta, con los ojos soñolientos y los botones del pijama mal abrochados.

—Buenos días, cariño, ¿cómo estás?

—Muerto de hambre. —Últimamente escucho estas palabras como doce veces al día, excepto, por lo visto, cuando hay mollejas en el menú—. ¿Podemos ir a por bollos con chocolate?

—Vale, iremos paseando hasta el *château* —contesto—. Así podré practicar el francés.

Estudié algo de francés cuando iba a secundaria. Y me ha sido muy útil a lo largo de estos años, en todas las ocasiones en las que he tenido que explicar que tengo catorce años y me gusta jugar al *netball* y leer libros de Judy Blume. Sin embargo, hace poco me bajé un curso que espero que, por lo menos, me haya servido para actualizar mi repertorio de frases.

Cuando William y yo estamos listos y salimos, nos damos cuenta de que la niebla está empezando a disiparse. Parece que el día sea más fresco que ayer por la tarde. Y se ven algunas esponjosas nubes blancas en el cielo azul. Cuando salimos de la luz moteada que se cuelga por los árboles, nos encontramos con unas cuantas parejas en la terraza que leen el periódico muy relajadas durante el

desayuno. En el aire flota un delicioso olor a pastas recién hechas y café fuerte; las macetas de flores recién regadas le dan color a la escena.

Cruzamos unas puertas dobles que dan a un comedor donde hay una mesa antigua pulida y un cuenco lleno de higos maduros en el centro. En una de las esquinas se yergue un jarrón alto lleno de agapantos. La estancia huele a jabón de diseño, flores recién cortadas y lujo.

—*Bonjour, madame.* —La mujer que nos recibe es varias décadas mayor que algunos de los trabajadores, pero tiene una sonrisa alegre y una piel brillante y vital—. *Je peux vous aider? Vous avez l'air un peu perdu tous les deux.*

Habla con suavidad, como si cantara una nana. Se ríe al final de la frase. Yo también me río, aunque no tengo ni idea de lo que está diciendo.

—*Vous désirez quelque chose?* —pregunta mucho más rápido que las personas que hablan en el cursillo que me bajé.

Carraspeo y decido empezar por algo sencillo y pedir una bebida.

—*Vous avez eau?*

Le aparece una línea perpleja en lo alto de la nariz.

—*Eauuuuuu* —repito.

Digo la palabra con toda la claridad del mundo, pero ella me mira como si le estuviera pidiendo algo tan raro que tuviera que ir a buscarlo primero en Google para después enviar una petición a alguna tienda especializada en las afueras de Siberia.

—*Aaaaahhhh* —dice frunciendo el ceño muy despacio.

—*Oui!* —contesto sonriendo encantada.

—*Je ne comprends pas. Vous pouvez repetir? Si nous n'en avons pas, je peux en commander.*

Me pongo roja como un tomate.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta William.

—Sí, por supuesto —contesto decidida a demostrarle a qué me refiero.

Abro una botella, me sirvo un vaso de agua y me lo tomo con entusiasmo.

—¡Ahhh! —dice al fin, invitándonos a sentarnos fuera, después desaparece en el interior del *château* y vuelve con una carta de vinos.

—¿Os ayudo?

Adam sale vestido con unos pantalones grises y una camisa azul muy suave con el cuello abierto.

—Todo bajo control —insisto.

Entonces la mujer se dirige a él en un rápido francés, él le contesta también en rapidísimo francés. Yo me quedo allí sentada, asintiendo, para dar la sensación de que estoy siguiendo la conversación.

—¿Qué estás intentando pedir? —pregunta Adam—. Claudine cree que

quieres líquido anticongelante para el coche, pero no creo que sea eso.

—Solo quiero un poco de agua —murmuro—. Eso es todo.

—Ahhh, ¡agua! —exclama Claudine.

—Sí, agua —contesto sonriendo con impotencia—. *Eau*. Solo *eau*. Ah, y dos bollos con chocolate y *café au lait*, si no le importa.

—*Bien sûr* —contesta, y desaparece por las puertas dobles.

Adam y William me miran e intercambian una mirada divertida.

No era esa la clase de conexión que yo esperaba.

Adam vuelve a su despacho a hacer una llamada justo cuando llega una niña pequeña con un bañador amarillo y un gorrito a juego, agarrada de la mano de su padre, que, en la otra, lleva un montón de cubos de plástico y palas.

Rebusco el protector solar en el bolso y cuando levanto la cabeza me doy cuenta de que la adolescente que se aloja en la casita que hay delante de la nuestra está sentada en la mesa de al lado. Lleva unas gafas de sol oscuras, una camiseta negra y unos vaqueros cortados a la altura de unos muslos pálidos y delgados. Está enfrascada en la lectura de *La metamorfosis*, de Kafka, un libro que nunca me ha parecido lectura de verano. Levanta la cabeza y me sorprende mirándola.

—Hola. —Sonrío, pero ella arruga la nariz con recelo—. Es un gran libro. ¿Te está gustando?

—Me parece que está sobrevalorado.

—¿Sí?

—Me gustó más *El proceso*. Es más divertido. Para ser sincera me gusta más el existencialismo.

No espera a que le responda y vuelve a meter la cabeza en el libro. Yo abro el protector solar y entonces la chica vuelve a levantar la cabeza.

—Os alojáis delante de nosotros en Los Establos, ¿verdad?

—Exacto. Llegamos ayer —le digo.

—Nosotros también. Todavía nos quedan trece días por delante.

Suspira con dramatismo.

—¿De dónde sois?

—De Devon —contesta—. Bueno, yo sí, vivo allí con mi madre. Mi padre vive en Cheshire.

—Vaya, eso está cerca de donde vivimos nosotros. Somos de Mánchester.

Por un momento, pienso que va a volver a su libro, pero levanta de nuevo la cabeza.

—¿Has oído hablar de Hampson Browne?

—¿No son abogados?

La empresa tiene un anuncio que sale de vez en cuando durante las noticias locales.

—Sí. Es el despacho de mi padre.

—¿Trabaja ahí?

—Él es Hampson.

Si la chica está orgullosa, no lo parece.

Me suena el teléfono y me disculpo; cuando descuelgo, me doy cuenta de que el número que aparece en la pantalla es el de Becky.

—Hola, desconocida. ¿Cómo va todo? —le pregunto.

—Bueno, son las diez y media de la mañana y estoy pensando en abrir el Sauvignon Blanc; igual eso contesta a tu pregunta. Pero lo más importante es cómo estás tú.

Esa solía ser una pregunta demasiado directa. Pero tardo un segundo en localizar la nota de alegría en mi voz.

—Estoy bien.

—¿De veras?

—Sí, aquí hace un tiempo fantástico. Soleado pero sin demasiado calor. Y los chicos pueden hacer muchas cosas, tienen un pequeño campo de golf, un campo de fútbol..., y la piscina es genial...

Dos voces gritonas aúllan por el auricular. Enseguida me doy cuenta de que son los dos hijos mayores de Becky: James, de siete años, y Rufus, de cinco.

—¡NIÑOS, DEJAD DE PELEAROS! —grita Becky—. ¡CHICOOOOOS!

A continuación escucho un estruendo de zapatos, portazos y el alboroto mengua. Cuando vuelve a ponerse al teléfono, se ha quedado sin aliento.

—Perdona.

—¿Has encerrado a tus hijos en un armario?

—No, me he encerrado yo. Bueno, en el armario no, en el zapatero.

Me echo a reír y ella se suma a mis carcajadas.

—Solo estaba improvisando, pero es un buen sitio. Admito que huele un poco mal, pero por lo menos aquí dentro puedo escuchar lo que dices. Y a Poppy le gusta porque piensa que estamos jugando al escondite.

Poppy es su hija. Apenas tiene dos años y medio.

—Escucha —prosigue—, solo te llamo para preguntarte si en las casitas hay secador de pelo o si necesito llevármelo.

—En la nuestra hay dos. Estoy segura de que en la tuya también habrá.

—Genial. Bueno, ¿qué tal van las cosas con Adam?

—Ah. Bien.

—¿Sigue siendo tan condenadamente guapo?

—Oh, por favor.

—Lo siento. Entonces ¿sigue siendo un gilipollas?

Resoplo y miro a William con la esperanza de que no lo haya escuchado.

—Tendrás que juzgarlo por ti misma.

—Bueno, se lo perdonaré todo si conseguimos disfrutar de un minuto de paz durante las vacaciones. Oh..., no.

—¿Qué pasa?

Suspira.

—Los niños han derramado una botella de leche de dos litros, el limpiaventanas acaba de llamar a la puerta y Poppy se ha hecho caca. Esta casa es un festival.

El cruasán hojaldrado que tengo en el plato huele tan bien que se me hace la boca agua. Sin embargo, durante los últimos diez minutos han empezado a aparecer un montón de veinteañeras vistiendo esa la clase de *shorts* que yo no he tenido valor de ponerme desde los nueve años. Aparto el plato con el dedo índice.

—¿No lo quieres? —pregunta William con las mejillas llenas de chocolate.

—Claro que lo quiero. Quiero diez como este.

William alza las cejas, como si él nunca hubiera pensado en pedir diez como este, pero ahora la idea le hubiera abierto todo un mundo de posibilidades. Vuelvo a mirar el cruasán y me pregunto por qué me molesto en contenerme. Lo cojo y le doy un bocado.

—¿Por qué no vas a explorar un poco este sitio? —le sugiero cuando William acaba de comer.

—Vale —contesta encogiéndose de hombros y retirando la silla.

—No te vayas muy lejos, ¿eh?

Mi hijo pone los ojos en blanco y se marcha justo cuando Adam sale del *château* con una taza de café y se acerca a mí.

—Ah, qué ganas tengo de que llegue a la adolescencia —murmuro mientras Adam se sienta.

—Es un buen chico. Estoy seguro de que no te dará mucho la lata.

Me dan ganas de decir: «Y ¿tú qué sabes?».

—Has hecho un trabajado alucinante con este sitio —digo cambiando de tema.

El orgullo brilla en sus ojos.

—Bueno, me ha costado mucho llegar hasta aquí.

—Ya lo sé. Debes de estar encantado con el resultado.

—Sí, lo estoy.

Alarga el brazo para coger la taza de café y advierto lo distintos que tiene los

dedos, gruesos y bronceados, respecto a la época en la que trabajaba en un despacho. Siempre tuvo unas manos masculinas, pero tenía las uñas immaculadas, la piel suave y flexible. Ahora los tiene más oscuros, con un tono miel, y los nudillos, agrietados.

—Alguien me hizo una oferta para comprarme el negocio el mes pasado.

—¿Ah, sí? —contesto levantando la mirada.

—Nunca lo vendería, pero fue halagador.

Miro a William, que está cogiendo piedras y examinándolas como cuando era un niño pequeño.

—Escucha, lo de fumar... —comenta Adam de pronto—, no lo haré delante de William.

Me coge un poco por sorpresa su forma de suavizar el tema, pero no quiero presionarlo.

—Vale.

—No voy a dejarlo, pero entiendo por qué no quieres que vea a su padre haciéndolo.

—Gracias.

—Aunque creo que exageras la influencia que tengo sobre él.

—Te sorprenderías —digo entre dientes, justo cuando William vuelve a aparecer junto a la mesa.

—¿Hay algún sitio donde se puedan comprar caramelos? —le pregunta a Adam.

—¡Acabas de comerte dos bollos con chocolate! Pronto iremos al supermercado a comprar y cogeremos unos cuantos. Y mucha fruta. Bueno, ¿qué nos tienes preparado para las próximas semanas, Adam?

Se queda petrificado a medio sorbo, entonces baja la taza muy despacio con los ojos clavados en el plato. Este movimiento prolongado está claramente diseñado para ganar tiempo mientras piensa qué contestar.

—Bueno, aquí hay mucho que hacer —dice al fin.

—Eso he leído. ¿Qué has organizado?

—Pensé que sería mejor esperar a que llegais para que me dijerais qué preferís.

Entorno los ojos con cinismo.

—Eso... es muy considerado por tu parte.

Adam ignora mi tono y se dirige a William.

—Aquí tu madre y tú podréis hacer muchas cosas. Os puedo sugerir excursiones o podéis montar en canoa. Si os va la aventura, puedo ponerlos en contacto con una empresa que organiza salidas de *motocross*.

—Ya me he leído las guías —le digo—. Lo que quiero saber es lo que quieres

hacer tú con William.

Se queda callado un momento.

—¿Yo?

—Sí.

A juzgar por cómo endereza la espalda, se ha dado cuenta de su error.

—Claro. Bueno, estamos en temporada alta. Eso significa que me es imposible tomarme mucho tiempo libre. Tengo alguna tarde de vez en cuando, pero también tengo que pensar en Simone.

Me atraganto con el café.

—Pero es evidente que tú eres mi prioridad mientras estés aquí, William —se apresura a añadir—. Mira, ¿qué te parece si un día salimos a hacer un poco de barranquismo?

—¿Qué es eso? Parece peligroso.

La capacidad de Adam para juzgar qué clase de actividades son adecuadas para un niño de la edad de William es lamentablemente escasa. Cuando cumplió cinco años, le compró una locomotora enorme de Thomas y sus Amigos, a pesar de que William apenas había mostrado mucho interés por esos dibujos cuando tenía tres años. Cuando el niño tenía ocho años, le compró una bicicleta tan grande que podría haberla montado un chaval de quince: era tan grande que incluso yo tuve que intentarlo tres veces hasta que conseguí pasar la pierna por encima, fue una gran imitación de cocker spaniel.

—Lo del barranquismo está bien —dice ignorándome, y por su tono no parece que esté bien.

—Pero ¿cómo se hace?

—Hay que escalar un poco por las rocas, saltar en pozas, deslizarse por las cascadas. Es genial. Tengo un amigo que puede llevarnos.

Noto el sudor frío en la espalda.

—¿Por qué no os ceñís a algo como... montar en bici? —sugiero—. ¿O hay algún sitio donde puedan alquilarse patines para ir por el agua?

—Haré lo del barranquismo —decide William.

Cierro la boca.

—Emmm..., vale. —Me dirijo a Adam—. Tendremos que hablar de algunas cosas antes de que salgáis por ahí. Como de sus alergias. Y tiene fobia a las avispas.

—¡Yo no tengo fobia!

—El verano pasado te ponías histérico cada vez que se te acercaba una.

—Eso fue el verano pasado. Solo tenía nueve años —dice, como si hubieran pasado décadas.

Miro a Adam y me doy cuenta de que ha paseado sus ojos oscuros hasta la

otra punta de la piscina, donde hay una mujer muy elegante vestida con pantalones cortos de tenis y una pamelita muy chic. Debe de tener como cincuenta años, pero tiene un cuerpo duro y estilizado propio de una mujer que se mantiene con unos religiosos niveles de perseverancia.

Me vuelvo. Adam se da cuenta de que le estoy mirando.

—Perdona, me ha parecido reconocer a alguien. ¿Qué decías?

—Nada —contesto, preguntándome cómo pude liarme con un hombre como él. Especialmente, porque no puedo negarlo.

La reputación que Adam tuviera antes de que nos liáramos es irrelevante, porque enamorarse no tiene ninguna lógica. Cuando tu corazón canta, tu cerebro está completamente a su merced.

Nos conocimos en Edimburgo, donde ambos estudiábamos literatura en la universidad. La primera vez que me fijé en él fue en una conferencia sobre la Ilustración. Debía de hacer como una semana que había empezado el curso. No fue uno de esos momentos impactantes, no me quedé sin aliento presa de la conmoción que me provocó verlo. Sin embargo, a medida que iban pasando las semanas, cada vez que veía su cara, incluso desde la otra punta de la sala, me derretía de los pies a la cabeza.

No era el chico más guapo de la clase, pero se había ganado la fama de rompecorazones del curso, de alguien capaz de conseguir que incluso una chica inteligente perdiera la cabeza. Yo fui una de ellas. Y, sin embargo, pasé todo el primer año sentada en un lateral del aula, invisible.

Acabé confesándole a Becky lo que sentía por él durante las vacaciones de verano, mientras viajábamos por Tailandia. Durante aquel viaje, mi amiga nadaba desnuda en el mar a medianoche, hizo un trío con dos camareros suizos y empezaba a fumar marihuana en cuanto abría el ojo a las once de la mañana. Yo prefería ceñirme al café o a bajar a la playa a mojarme los pies y charlar con una mujer muy simpática de Dunstable que conocimos y que había querido viajar a ese país desde que vio *El rey y yo*.

—No entiendo por qué no vas a hablar con él —me había dicho mi amiga, como si para mí fuera tan fácil como para ella.

Así que en lugar de hablar con Adam, cuando volvimos a la universidad para cursar segundo, inicié una relación poco comprometida con un chico muy simpático llamado Carl, que hoy día es un gran agente de seguros. Lo sé porque hace algunos años él apareció en la televisión comentando que una mujer, a la que le había crecido una uña para dentro, había pagado un montón de dinero

durante las vacaciones tratando de solucionar el problema porque no había leído la letra pequeña de su póliza de seguro. No duramos mucho y cortamos justo después de Navidad. A ninguno de los dos le dolió demasiado la ruptura.

Algunas semanas después, al final de una noche de enero, yo estaba en la pegajosa pista de baile de una discoteca, la música me aporreaba el esternón y la oscuridad y la luz giraban sin descanso en mi cabeza. Becky tenía la lengua pegada a un tío que llevaba una camiseta de los Sex Pistols. Yo esperaba con incomodidad a un lado mientras me preguntaba si debía intentar llevármela de allí.

Cuando me di cuenta de que tenía alguien al lado, levanté la mirada y pensé que iba a estallarme el pecho. Adam no era un bailarín portentoso, pero se movía con ritmo y sin vergüenza. Irradiaba mucha energía. Contuve el aliento y me esforcé para no mirar sus ojos soñolientos, sus labios carnosos y el contorno de sus hombros anchos moviéndose por debajo de la camiseta. Becky me empujó hacia Adam cuando empezaron a sonar los primeros acordes de *Common People*, de Pulp.

Adam siempre dijo que esa fue la primera vez que me vio; me refiero a verme de verdad. Ahí estaba yo, precipitándome hacia su cuerpo mientras él aguantaba la serenata de Jarvis Cocker.

No nos dijimos nada. Ni una sola palabra. Adam me rodeó con los brazos mientras mi cuerpo palpitaba al ritmo de la música y presa de algo más potente. Pasamos el resto de la noche bailando y besándonos. Intentamos hablar, pero no podíamos escuchar nada por encima de la música, hasta después, cuando la discoteca cerró y paseamos cogidos de la mano buscando un taxi. Era una noche amarga y negra, y yo estaba ardiendo.

—Estudio Literatura Inglesa —me dijo convencido de que yo no lo sabía.

Me sentí avergonzada de tener que confesar.

—Sí, ya lo sé. Estoy en el mismo curso que tú.

Se sorprendió, pero también me pareció advertir una pizca de preocupación ante la idea de tener que volver a verme. Siempre he sido muy catastrofista respecto a Adam.

Pero cuando entré en clase el lunes siguiente, noté que alguien me daba una palmadita en el hombro y cuando me volví me lo encontré allí sonriéndome.

—Hola. ¿Puedo sentarme a tu lado? —me preguntó.

Y así fue como empezó todo.

Durante los tres primeros años de nuestra relación, fui muy feliz. Sin dinero, pero definitivamente feliz. Lo éramos los dos.

Como Adam no tenía lazos familiares, se vino conmigo a Mánchester cuando

nos graduamos. Nos instalamos en un apartamento pequeño y casi sin muebles en Salford. Tenía vistas a lo que hoy es el Media City UK, la moderna metrópolis que alberga la BBC, la ITV y un montón de bares chulos y de restaurantes. Por aquel entonces, había un aparcamiento. Pero no necesitábamos vistas. Nos teníamos el uno al otro. Eso era más que suficiente.

Yo me matriculé a un curso de un año para convertirme en profesora, mientras que Adam, que se había graduado con una de las medias más altas de la promoción, empezó a trabajar en una empresa energética. Teníamos un gran círculo social. Además de retomar el contacto con mis antiguas amistades de la infancia, conocí a gente nueva en el curso. Entretanto, Becky y su novio, Seb, quienes yo había imaginado que se quedarían en Edimburgo, consiguieron sendos trabajos en Mánchester y se mudaron.

Por desgracia, poco después, Adam empezó a perder interés por su trabajo. Aunque es ahora cuando me doy cuenta. Por aquel entonces, apenas me di cuenta. Ni siquiera estoy segura de que él se diera cuenta. En aquella época, la vida solo se centraba en él y en mí. Fueron tiempos embriagadores, cuando me despertaba y me encontraba con un té recién hecho y la calidez de su boca en el cuello.

—¿Por qué no vuelves a la cama? —murmuré una mañana todavía debajo de las sábanas.

Adam estaba recién afeitado y listo para irse a trabajar, guapísimo y delicioso.

—Porque tengo que asistir a una reunión de personal a las 8.45.

—Está bien —dije obligándome a apartar los brazos.

—Pero podría dejarme convencer para llegar tarde —me susurró besándome en los labios.

—No quiero que tengas problemas.

—Bueno, los trenes van fatal últimamente —dijo sonriendo mientras se quitaba la chaqueta y volvía a meterse en la cama.

Ni siquiera salió corriendo después, se negaba a salir disparado y perderse la adorable charla poscoital que siempre compartíamos entre besos. Esos momentos en los que Adam siempre hablaba del futuro. Casi nunca comentaba el presente. Y, desde luego, ni mencionaba el pasado, por motivos que solo entendí más adelante.

—¿Dónde deberíamos irnos a vivir cuando acabes el curso?

—Emm, a algún sitio glamuroso... ¿Burnley? —sugerí.

Se rio.

—Estoy impaciente.

—Aunque... Nueva York también estaría bien —comenté.

—Ya lo creo. Y ¿qué me dices de Francia? ¿O Italia?

—Todos son sitios muy caros.

—Sí, pero podríamos comprar alguna casa en ruinas y reformarla. Algún lugar que lleve siglos abandonado y que necesite un poco de chapa y pintura. Me encantaría, ¿a ti no?

—Claro que sí, Adam —le decía con sinceridad—. Aunque añoraría a nuestros amigos.

—Bueno, estaremos bien en cualquier parte siempre que estemos juntos —dijo ignorando mis preocupaciones.

—Eres un romántico —murmuré con sarcasmo, aunque, en realidad, me lo había creído.

Las laberínticas calles de Sarlat tienen un encanto atemporal que, en pleno verano, parece querer descubrir todo el mundo. La ciudad medieval ruge de actividad, sus patios color caramelo y su elegante plaza central se empapan del olor a pan recién hecho, quesos fuertes y espeso café negro.

William y yo hemos venido hasta aquí en nuestro tercer día de turismo. Nos hemos abierto paso entre las multitudes, las mansiones y las terrazas de los cafés.

—Parece que aquí hay una especie de mercadillo. Hay una época del año en la que solo venden trufas —comento levantando la vista de mi guía de viaje cuando llegamos a una esquina cubierta de la ciudad donde venden productos *gourmet* que los tenderos ofrecen en pequeños cestos dispuestos en caballetes.

William me mira con escepticismo y yo debo admitir que, de todas las cosas que he sentido la necesidad de comprar en la vida, las trufas no ocupan el primer puesto en mi lista de preferencias

Y, sin embargo, resulta sorprendentemente fácil gastar el equivalente a veintidós libras en un trozo de hongo, antes de advertir que, para el uso culinario que se le puede dar, es lo mismo que comprar media pelota de tenis.

Pero no pienso más en el tema cuando paramos a tomar un café y dos porciones de tarta en una de las preciosas cafeterías de la ciudad. Es entonces cuando dejo mi compra debajo de la mesa, allí, metida en su bolsa de papel marrón. Me doy cuenta de mi error diez minutos después de habernos marchado; sin embargo, para cuando arrastro a William de vuelta, nuestra mesa ha sido ocupada por dos caballeros con aspecto de ser muy amables, cuyo perro se ha abalanzado con alegría sobre mi trufa negra de Perigord.

Como en el curso de francés que me descargué no me enseñaron a decir «su caniche se está comiendo mi trufa», decido no molestarme y nos vamos.

Podríamos visitar otras ciudades después de esta, pero es dolorosamente evidente que incluso a William (cuyo último entretenimiento festivo consistía en

recitar en orden las esposas de Enrique VIII) le apetece poco ir a ver otra iglesia medieval.

—¿Tienes mi iPad en el bolso? —pregunta con pereza.

—Querrás decir mi iPad. Sí, aquí está.

Se anima.

—¿Vamos a comer algo?

—Supongo que lo que quieres decir es que vayamos a algún sitio con conexión wifi para que puedas jugar al *Clash of Clans*.

—¿Podemos?

—Vamos —cedo apoyándole el brazo en su hombro huesudo mientras serpentecemos por la calle adoquinada.

—¿Qué te parece este sitio? —pregunta William, claramente desesperado por empezar a jugar.

El restaurante parece bonito (todos lo son). Tiene unas sombrillas enormes de color nata que protegen del sol las hileras de mesas.

No puedo negar que la ausencia de Adam en estas salidas ha empezado a preocuparme. Todavía no se ha materializado ni una sola de las actividades que nos prometió. La verdad es que no tiene pinta de que vaya a ocurrir. En lugar de venir con nosotros, se pasa los días corriendo de una punta de la propiedad a la otra, recogiendo cosas o asistiendo a reuniones con personas misteriosas pero muy importantes.

William no se ha quejado del tema, cosa que también me preocupa. Está demasiado acostumbrado a las decepciones y a la falta de esfuerzo de su padre. Y aunque entiendo que estamos en temporada alta, después de conducir mil trescientos veinte kilómetros no creo que fuera una esperanza tan descabellada. Particularmente cuando he dejado a mi madre en casa, al cuidado de papá (que hace todo lo que puede), mientras ella se va alejando, poco a poco, de la persona que era.

Nada de esto me reconforta lo más mínimo con vistas al futuro. No dejo de intentar imaginar situaciones en las que Adam debería estar presente para hacer cosas que los demás padres hacen a medida que van creciendo sus hijos. Llevar a Adam a la universidad o ayudarlo a mudarse a su primer piso. Me parece que eso será imposible.

Además, tengo la sensación de estar decepcionando a mamá, hasta tal punto que la pasada noche acabé mintiendo cuando hablé con papá por teléfono.

Era la primera vez que llamaba a casa desde que llegamos, aunque papá y yo nos hemos enviado un montón de mensajes de texto. No deja de preguntarme si me estoy «relajando», a lo que respondo: «¡Sí, claro!». Pienso que es más sencillo para ambos que le siga la corriente. Pero anoche necesitaba oír el sonido

de su voz, incluso a pesar de haberlo escuchado decirme una docena de veces que nada va a cambiar de forma dramática solo porque yo esté aquí. Probablemente tenga razón: el cuerpo de mi madre lleva años deteriorándose, no semanas.

Cuando William y yo volvemos al Château de Roussignol ya son más de las tres de la tarde. No vemos a Adam por ninguna parte. Me topo con Simone, que me dice que le ha surgido una reunión en Salignac, pero que volverá más tarde.

—¿Quieres que le diga algo?

Lo pienso muy bien antes de contestar.

—Solo que estaría bien saber cuándo podrá hacer las actividades que le ha prometido a William.

A la chica le falla la sonrisa cuando mi hijo levanta la mirada, expectante.

—Estoy segura de haberle escuchado decir que tenía algo bueno en perspectiva —dice con alegría; casi puedo ver cómo le crece la nariz algunos centímetros—. Entretanto, he organizado un partido de fútbol para los niños mayores. William, ¿por qué no te apuntas? Y Jess: en la piscina van a hacer *aquagym* si te apetece. Está justo en tu calle.

—A William no le gusta mucho el fútbol, ¿verdad, cariño?

Me vuelvo para mirarlo y me doy cuenta de que está rojo como un tomate.

—Lo probaré —murmura—. Tú ve a eso del agua, mamá. Ya sé que te gustan esas cosas.

Sé cuándo alguien quiere deshacerse de mí.

Poco después estoy en la piscina esperando a que empiece la sesión de *aquagym*. Según mis estimaciones, puedo decir que soy, aproximadamente, medio siglo más joven que la media de las participantes.

Solo hay otras cinco mujeres, pero tienen entre setenta y ochenta años, excepto la señora de la joroba que tengo justo delante, que podría haber llegado a vivir la Segunda Guerra Bóer. Cuando empieza la clase, el movimiento más atlético que hacemos implica balancearse con suavidad arriba y abajo sin movernos del sitio mientras suena una versión francesa del *Eye of the Tiger*. Todo esto transcurre a las órdenes de una mujer con unos juveniles sesenta años que está plantada en una esquina de la piscina con un conjunto rosa fosforescente capaz de quemarle las retinas a cualquiera. Está sudando como una loca y tiene aspecto de poder desplomarse en cualquier momento.

Enseguida decido salir de la piscina. Pero cuando estoy a punto de salir, la profesora apaga la música y empieza a gritarme en francés.

—*Pardon?! —digo.*

—Quiere que le devuelva el corcho.

Me doy media vuelta y me encuentro al tipo que está alojado en la casita de enfrente, «la mitad de Hampson Browne». Señala el artilugio de poliestireno azul que tengo en la mano.

—Ah, perdón. *Pardon!* —repito dejándolo en un lateral de la piscina antes de escabullirme.

—No sé si estabas muy integrada en ese grupo —dice cuando me siento en una tumbona a su lado, donde había dejado la toalla.

Él está rodeado de periódicos, pero después de un par de días al sol ha perdido la pinta de oficinista. El cambio es notable. Ahora parece que siempre haya vivido al aire libre.

—La próxima vez me iré a correr —digo llevándome la toalla al pecho un tanto avergonzada.

—Hay un buen camino alrededor del lago. Tiene unos cinco kilómetros, no es muy largo.

Me pregunto si pareceré en muy mal estado de forma.

—Genial. Entonces lo haré dos veces.

Se ríe. Me siento como una imbécil. Soy imbécil.

—Bueno, tengo que ir a ver si ya ha acabado el partido de fútbol de mi hijo —digo levantándome—. Es agradable ver que de vez en cuando levanta la cabeza de los videojuegos. Quiero sacarle provecho.

—Déjame adivinar, ¿un adolescente?

—Todavía no, tiene diez años.

—Bueno, vas a divertirte mucho. Y te lo digo como padre de una chica de catorce años.

—Te comprendo. Aunque ayer conocí a tu hija y me pareció absolutamente encantadora.

A la comisura de sus labios asoma una pizca de orgullo paterno.

—Sí, Chloe no está mal, ¿eh? Especialmente cuando sonrío o conversa sobre algo, lo que sucede cada dos semanas o así.

—Me llamo Jess.

Le tiendo la mano y él alarga el brazo para estrechármela.

—Charlie. Encantado de conocerte. Bueno, ya me he dado cuenta de que eres británica, pero ¿de dónde?

—De Mánchester —contesto, cosa que nos lleva a una conversación de diez minutos sobre el actual desarrollo de la ciudad y los conciertos que cada cual ha visto en el estadio Etihad; después acabamos dándonos cuenta de que su despacho está muy cerca de mi casa.

—Es una zona fantástica —comenta—. Muy buena para las familias.

—Sí, a William y a mí nos gusta mucho.

Se hace un segundo de silencio.

—¿No estás casada?

Niego con la cabeza.

—Yo tampoco —contesta.

Y me da un vuelco el corazón. En parte, es por cómo me está mirando. En parte, es por descubrir que todavía me gusta ese tipo de mirada.

Cuando despertamos el sábado, está lloviendo. Me acurruco en el sofá con el pijama puesto y me pego las rodillas al pecho mientras me tomo una taza de café y veo cómo el agua resbala por el cristal de la ventana. Es un recuerdo opresivo de la oscuridad que reina en mi vida, de que hay cosas que sencillamente no puedo olvidar solo porque esté en un lugar bonito, rodeada de flores, comida y vino.

Oigo un ruido fuerte en la ventana. Es Adam. Antes de que pueda siquiera moverme, William ya ha salido de su habitación y lo está invitando a pasar.

—¿Te apetece darte un baño? —le pregunta a William.

—¡Vale!

—Genial. Necesitarás las deportivas, unos pantalones cortos y una toalla.

—¿Deportivas? —pregunto desconcertada—. ¿Para qué necesita zapatos si va a la piscina?

Adam se vuelve y me sonrío.

—¿Quién ha dicho nada de una piscina?

Dos horas después, la lluvia da paso a lo que debe de ser el día más frío de la Dordoña del que se tiene constancia. Bajo los dudosos cuidados de un guía llamado Enzo, recorremos una distancia corta por un camino de montaña y llegamos a una cascada que cae con tanta fuerza que tenemos la cara cubierta de rocío blanco. Llevamos trajes de neopreno, espinilleras y cascos, cosas que, en mi opinión, no tienen nada que ver con unas vacaciones como Dios manda.

—¿Te acuerdas de que William ha tenido asma? —le digo a Adam.

—Todo irá bien —contesta ignorándome.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Le hace señas a William para que se acerque a él.

—¿Cuánto hace que utilizó el inhalador por última vez? Llevaba pañales, ¿no?

Decido no contestar mientras observo cómo Adam comprueba el cierre del casco de William.

—Pero mira esto. En serio, Adam. Esto no puede ser una actividad adecuada para un niño de diez años.

Se vuelve hacia Enzo, que es más bajo que yo, tiene la piel morena y los hombros de una figurita de Lego. Mantienen una conversación en francés que no consigo seguir.

—Enzo confirma que no pasa nada —me dice Adam.

—No podemos confiar en lo que diga Enzo —murmuro entre dientes.

Enzo me sonrío.

—Confíe en mí, no se preocupe. Yo cuidaré de su hijo.

Asiento y me muerdo el nudillo del pulgar.

—Mamá, no tengo miedo —interviene William—. Además, tú también vienes con nosotros, ¿no? Así podrás vigilarme si tanto te preocupa.

Ese es otro tema: no quiero ir con ellos. Preferiría hacer cualquier cosa antes que esto: rellenar formularios en Hacienda, pagar una multa de aparcamiento, hacerme una citología. Cualquier cosa de esas me parecería muchísimo más divertida. Porque, aunque sé que trepar por las rocas y deslizarse por las cascadas es la idea que muchas personas tienen del paraíso (la clase de actividades que uno ve hacer a otros en los anuncios de muesli), la verdad es que no es lo mío.

Miro a William, que no parece nada preocupado ante la perspectiva de tener que lanzarse a pozas de agua congelada, o por las lesiones potenciales o (tal como apuntaba el formulario de descargo de responsabilidades que acabo de firmar alegremente) por la muerte. A juzgar por el rubor que la excitación le ha pintado en las mejillas, las probabilidades que tengo de convencerlo para que lo deje todo y venga conmigo a visitar la catedral del siglo XIV más cercana parecen remotas.

—*La première chose à faire, c'est d'entrer dans l'eau comme ça, tout doucement, pour éviter une crise cardiaque* —dice Enzo.

Adam se deshace en carcajadas.

—¿Qué ha dicho? —pregunto torciendo el gesto y dándole una palmadita en el hombro a Adam mientras Enzo se mete en la primera poza.

—Ha dicho que nos metamos en el agua. Podría estar fría.

Adam se sienta en el agua, le llega hasta la cintura y ni se inmuta. Yo le sigo y someto mis partes íntimas a una experiencia tan gélida y profundamente desagradable que estoy convencida de que pasarán días hasta que consiga descongelarme.

—*Vous me remercieriez de vous avoir avertis* —declara Enzo.

Miro a Adam para que me traduzca.

—Dice que acabarás dándole las gracias.

Antes de tener la oportunidad de preguntar «por qué», Enzo empieza a balancear la pierna hacia delante como si fuera un psicópata para salpicarme con el agua, que se me mete por la nariz y los ojos. Se me corta la respiración. Cuando deja de hacerlo, me doy cuenta de que, si no estuviera tan conmocionada, estaría llorando. William y Adam, que también están empapados, se están muriendo de risa.

—¿Estás bien? —me pregunta Adam posándome la mano en el brazo. Me separo de él por impulso e intento dejar de tiritar—. Claro —contesto quitándome un mechón de pelo mojado de las fosas nasales—. Tú vigila a tu hijo.

Vuelve a mirarme y frunce el ceño.

—Jess. Te lo prometo. Todo irá bien.

Durante la siguiente hora y media experimentamos la naturaleza en toda su crudeza. Es una de las peores experiencias de toda mi vida adulta.

Ni siquiera es el riesgo de hipotermia lo que me preocupa. El problema es que, al contrario de todo lo que han dicho Adam y Enzo, este pasatiempo me parece clarísimamente peligroso y completamente inadecuado para un niño. Por lo menos, para mi niño, que es tan ajeno a todo esto que parece estar pasárselo en grande.

Mientras nos deslizamos por cascadas y nos sumergimos en profundas pozas de agua, solo puedo pensar en huesos rotos, pulmones encharcados, heridas lacerantes y en que vamos a quedarnos todos atrapados aquí con un paquete de patatas fritas para compartir.

—Mamá, ¡esto es alucinante! —anuncia William.

—Ah..., qué bien —gimoteo.

Justo cuando empiezo a tener la esperanza de estar llegando al final, Enzo se da media vuelta y me sonrío.

—Este es el examen de valentía. Solo para ti.

Me guiña el ojo. Me cuesta mucho sentir antipatía por alguien, pero creo que Enzo podría haberlo conseguido.

—*Voici comment il faut faire. Si vous ne faites pas comme moi, vous vous ferez mal, donc écoutez-moi bien.*

—Dice que tienes que hacer exactamente lo mismo que él o te harás daño —me dice Adam.

Enzo se coloca en lo alto de una roca, una corriente de agua le acaricia las espinillas.

Y entonces salta.

Pasa un segundo antes de que escuche el chapuzón en la poza que hay debajo. Miro por el borde y veo que Enzo emerge al fin y nos enseña ambos pulgares antes de subirse a la orilla.

—Mi hijo no va a hacer eso —le digo a Adam.

Adam evalúa el extremo de la roca y aprieta los dientes.

—Vale.

—Hablo en serio, Adam. Esto es ridículo. Tiene diez años.

—Estoy de acuerdo —dice—. Creo que tienes razón en...

El chapuzón que interrumpe nuestra conversación me provoca una oleada de adrenalina que me recorre de pies a cabeza. Levanto la vista y me doy cuenta de que hay un espacio vacío donde hace un segundo estaba William. Adam y yo corremos hasta el borde y miro el agua, a la sombra que hay debajo, las burbujas que emergen a la superficie justo por donde se ha hundido mi hijo.

Se me aflojan las piernas.

Ya sé que no tiene sentido esperar a que lo salve ninguno de esos dos, así que corro hasta la orilla resbalando y tropezando en el barro hasta que encuentro una abertura. Y entonces hago lo único que me permite hacer el instinto maternal: me deslizo de culo mientras me agarro a los puñados de hierba, barro y las piedras que voy encontrando para no perder el equilibrio. Caigo al agua de culo y no soy capaz de describir la blanca ráfaga cegadora que me engulle durante cinco segundos, tiempo que paso sumergida con la boca llena de agua congelada. La única forma de explicarlo que se me ocurre es que me siento como un hámster al que alguien ha tirado por el retrete.

Agito los brazos como una loca hasta que me agarro a algo que parece la pierna de William. Estoy pensando en mi siguiente movimiento (tengo la cara arrugada y los oídos bloqueados por el sonido) cuando tomo conciencia de que mi hijo está vivito y coleando. En realidad, está tan vivo que me está dando patadas.

Nado contracorriente hasta la orilla pateando con todas mis fuerzas y salgo escupiendo agua y limpiándome los ojos. Y allí está William, mirándome y negando con la cabeza.

—Podrías haber esperado a que yo saliera, mamá —murmura—. Todavía no te tocaba.

Después, nos cambiamos de ropa en una tienda de campaña, que es la única clase de instalación que uno puede encontrar en el campo. A pesar de haber pasado toda la mañana actuando como un marine en miniatura (capaz, sólido, dispuesto a enfrentarse a cualquier reto que le presente la naturaleza), de pronto William es incapaz de quitarse el calcetín él solo.

—Es que está muy mojado —se queja—. Está encallado. No puedo quitármelo.

Paso los tres minutos siguientes intentando quitarle los calcetines, tiritando como una loca; después lo mando con su padre para poder tener espacio para vestirme. Esto significa que tengo que contorsionarme y adoptar un buen número de posturas imposibles. La tienda se bambolea a mi alrededor mientras intento ponerme el sujetador. Cuando salgo, el sol está asomando entre las nubes y Enzo está metiendo el equipo en la furgoneta. Le doy el neopreno.

—Gracias —digo forzando una sonrisa.

—Tú hijo lo ha hecho bien. Valiente —me dice.

Siento una extraña punzada de orgullo.

—¿Verdad que sí? —Enzo cierra de un portazo—. ¿Dónde está ahora? —pregunto.

Señala la otra orilla de la carretera. Adam y William están sentados junto al lago. Los rayos de luz se abren paso a través de los rincones oscuros del cielo. Me acerco a ellos caminando muy despacio.

No escucho lo que dicen, pero los dos se están riendo, mucho, a carcajadas. Adam rodea a William con el brazo y lo estrecha.

Me paro y saco el teléfono para hacerles una foto.

La relación entre mi hijo y su padre es mucho más frágil y complicada de lo que insinúa la fotografía, incluso con el filtro de Instagram que le añade un poco de brillo. Pero sigue siendo una imagen bonita. Tanto que espero que mi madre la conserve en su corazón mientras siga latiendo.

El problema con Adam es este: es un hombre del que es fácil enamorarse. Si no lo conoces mucho, me refiero a conocerlo de verdad, sus defectos quedan ocultos bajo sus virtudes: es un hombre inteligente y divertido, carismático y atractivo. Tiene la habilidad de hacerte sentir que eres el centro de su mundo (por lo menos, durante un momento), que es lo que está sintiendo William esta tarde.

Sin embargo, me preocupa que acabe sintiéndose herido y decepcionado, que la faceta maravillosa de Adam lo absorba, que después su joven alma acabe herida por la versión negligente y egoísta de Adam. Conozco muy bien a ese Adam, incluso a pesar de no poder afirmar que viera venir el declive de nuestra relación hasta que fue demasiado tarde.

El primer obstáculo al que nos enfrentamos fue cuando el trabajo que Adam toleró en un principio se convirtió en algo que odiaba.

Supe que había llegado a ese punto cuando empecé a ponerme nerviosa cada vez que le preguntaba «¿Qué tal el día?» cuando él volvía de trabajar. Porque ya sabía que solo habría sentido estrés y vacío existencial. Eso siempre dejaba un regusto amargo en la mayoría de nuestras tardes.

—¿Cómo te lo explico? —había dicho apareciendo en el comedor una noche y dejándose caer en el sofá, donde yo estaba sentada con mi portátil y la televisión puesta de fondo—. Lo mejor de mi día ha sido que he ganado tres veces en el bingo al que jugamos durante las reuniones.

Dejo el portátil encima del cojín que tengo al lado, le rodeo el cuello con los brazos y le doy un beso en la barba incipiente de la mejilla.

—Siento que estés pasando tan mal momento.

—No quiero quejarme. Es que odio ese sitio.

No sé si el problema era que Adam estaba atrapado en una mala relación con una empresa sin alma y una «carrera» de lo más rutinaria. Puede que algunas personas, sencillamente, no estén hechas para la vida corporativa. Mi novio, un

hombre soñador con alma de aventurero, era una de esas personas.

—Mi curso no tardará mucho en acabar y después podremos hacer todas esas cosas de las que hemos hablado —dije—. Pero quiero que sepas lo agradecida que me siento, Adam.

—¿Por qué?

—Porque me estás manteniendo mientras yo termino mis estudios. Porque sé que yo soy el motivo de que desayunemos judías estofadas cada mañana. Porque lo que apporto a esta casa es una miseria.

—Sí, la verdad es que visto así no eres muy buen partido, ¿eh?

Sonrió.

—Ja, ja.

—Eso no me importa, Jess. No será para siempre. ¿Volvemos a echarle un vistazo a esa página web de trabajos en el extranjero esta noche?

—Tú sí que sabes divertirte.

Se agachó y me dio un breve y tierno beso.

—Ah, por cierto, ¿te importa que salga con Georgina el jueves? Pasará la noche en la ciudad.

Adam había salido con Georgina durante algunos meses cuando solo tenía diecisiete años. Habían roto de forma amigable cuando él se marchó a la universidad, pero habían mantenido el contacto: eran buenos amigos.

—Claro que no.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Tengo mucho trabajo, Adam. Y no tengo dinero.

—Pagaré yo. Venga, preferiría que tú también vinieras.

—Adam, no puedo. Ve tú solo —insistí—. Pásatelo bien y dale recuerdos.

No sentí esa intranquilidad que experimentarían muchas novias ante la idea de que ellos salieran a tomar algo: técnicamente, Georgina había significado algo para él en el pasado, pero sabía que en ese momento no había nada entre ellos. Además, cuando la conocí, recordaba haber pensado que no era tan guapa como me la había imaginado, a pesar de sus largas piernas y su escote voluptuoso. Tenía una cara más impactante que bonita, con unos labios carnosos que resaltaba con un pintalabios rosa brillante; su piel de porcelana estaba enmarcada por una cortina de pelo negro.

Era ingeniosa y hablaba como un tren de mercancías: demasiado rápido y alto, como si tuviera prisa por llegar al final de la frase. Me caía bien. O, por lo menos, fue así hasta que me di cuenta de que había pasado la noche con Adam cuando se suponía que él tenía que estar presente en el nacimiento de nuestro bebé. Pero me estoy adelantando.

Lo que quiero decir es que siempre estuvieron unidos y que a mí me parecía

perfectamente bien. Y yo me prometí que un día compensaría a Adam todos los sacrificios que había hecho por mí y que haríamos el viaje que tanto deseaba.

Y entonces ocurrió algo que no formaba parte del plan.

Me quedé embarazada.

Cuesta saber cómo vas a sentirte respecto a un embarazo no planeado hasta que pasa. Y mi reacción fue completamente opuesta a la de Adam. No se trataba solo de que no estuviera preparado, que tuviera toda la vida por delante, un mundo por el que viajar y la cabeza llena de ideas.

El problema era que nunca iba a estar preparado.

Y eso quedó claro no solo por la cara de terror que puso cuando le enseñé el test de embarazo, que confirmaba que las náuseas que yo llevaba experimentando varios días no eran la consecuencia de haber comido un pollo Madras un poco sospechoso, sino por el hecho de que, una semana después, cuando ya había tenido mucho tiempo para asimilar la idea, seguía estando igual de horrorizado.

—Mira, ya sé que esto no es lo que habríamos planeado, pero podemos arreglárnoslas —argumenté escuchando cómo mi voz se elevaba varias octavas mientras él estaba plantado en el sofá mirando un episodio de *Fawlty Towers* con el que no se había reído ni una vez.

Estaba asustada y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Sabía que no era el momento adecuado y que existían un millón de razones por las que debíamos pensar que aquello era un desastre.

Sin embargo, a medida que iban pasando los días, también me sentía más ligera, tenía un extraño rubor en las mejillas y se me aceleraba el pulso cada vez que pensaba que iba a ser madre. No solo me sentía físicamente diferente; algo había cambiado ya dentro de mí. Aunque lo hubiera intentado, no podía evitar que se me hinchara el corazón cada vez que pensaba en ello.

Adam no compartía tales sentimientos.

—Entiendo que no quisieras que pasara. Pero ha pasado —proseguí, desesperada por que Adam dijera algo—. No podemos deshacerlo.

Levantó la cabeza muy despacio, con los ojos inexpresivos.

—Bueno..., sí que podríamos.

Me atravesó una punzada de adrenalina cuando descodifiqué lo que estaba diciendo.

—¿Estás hablando de abortar?

—Jess... En este momento, solo tendrías que tomarte una pastilla. Y así resolveríamos todo el problema. Sería tan sencillo como ir a una clínica y...

—Y la rayita del test de embarazo desaparecería y las cosas podrían volver a

ser como eran —concluí por él.

En sus ojos ardía un desafío.

—¿Tan terrible es desear algo así?

Me marché del comedor, pero él se levantó de un salto y me siguió.

—No me hagas sentir como un desgraciado, Jess, solo por discutir sobre el tema.

Me di media vuelta.

—Pero no estamos solo discutiendo, ¿verdad? Tú ya te has decidido y quieres que me deshaga del bebé que está creciendo dentro de mí.

—Esto también me afecta a mí, ¿sabes, Jess? —En mi estómago ardía una bola de indignación, pero no contesté—. Pensaba que estabas a favor del derecho a elegir —murmuró.

—Y «elegir» es la palabra clave, Adam. Y mi elección no podría ser más clara. Yo no tenía ninguna intención de quedarme en estado, pero ha ocurrido. Y... me voy a quedar con el niño.

Estaba gritando porque sabía que si dejaba de hacerlo me pondría a llorar.

—Muy bien. Entonces fin de la historia —me soltó.

Después me dijo que salía a dar un paseo para aclararse las ideas, algo que, por lo visto, le llevó tres horas.

Lo que vino a continuación no fue precisamente lo que uno imagina como la cuenta atrás ideal hacia la paternidad. Pasamos semanas discutiendo y peleando. Yo nunca había experimentado nada parecido (ni con él ni con nadie). Cada noche había algún conflicto, cada noche todo lo que había sentido por el hombre por el que había estado loca se iba agrietando. Su reacción me parecía poco razonable y quisquillosa.

Sí, ya sé que William no era William en aquel momento (Adam solo lo veía como una línea azul en un palito y como el fin de todas sus ambiciones). Sin embargo, para mí, mi bebé era un latido que tenía dentro. Yo lo quería. La idea de él, desde el momento en que supe que existía. Así que no, lo siento, no estaba dispuesta a abortar. Ni por Adam ni por nadie. No podía alegrarme más de que aquel bebé, de que aquel útero, de que aquella decisión dependieran solo de mí, aunque fuera por una cuestión puramente biológica.

Cuatro semana después, me dijo que lo aceptaba. Supongo que tenía que hacerlo. Estaba atrapado. Y quedó muy claro que a los hombres como Adam no les gusta sentirse atrapados.

Pasó los siguientes meses culpándome de todo. No tenía ni que decirlo, lo llevaba escrito en los ojos. Además, cuando una pareja es descuidada con los métodos anticonceptivos, siempre parece que sea culpa de la mujer. Yo había sido la que se había negado a tomar la píldora porque me provocaba náuseas. Yo

había sido quien había decidido utilizar preservativos. Preservativos que se nos acabaron una noche de borrachera en la que decidimos arriesgarnos.

Vi cómo se iba desenamorando de mí delante de mis ojos. Era evidente por lo distraído que estaba. También parecía extrañamente irritable. Ya no volvía corriendo a casa y besarme había dejado de ser una prioridad para él.

Y empezó a mantener una estrecha relación de amistad con una mujer que se había convertido en su confidente.

—¿Con quién te escribes? —le pregunté una noche mientras estaba tumbada en el sofá viendo *Los Soprano* con los tobillos hinchados apoyados en el reposabrazos.

—¿Acaso importa?

—Solo me interesaba —murmuré. Y después añadí—: Dile «hola» de mi parte.

Adam levantó la vista.

—¿Qué?

—He dicho que le digas «hola». A Georgina.

Me ignoró y volvió a concentrarse en el teléfono, para leer otro mensaje. No sé lo que ponía, pero bastó para sacarle la primera sonrisa de toda la noche.

Ella pasaba mucho tiempo cerca de su despacho por trabajo. Adam salía con ella a tomar algo. A mí me invitaba a regañadientes, pero no solía ir. No podía soportar sentarme allí con mi barriga protuberante y tomar agua con gas mientras escuchaba cómo se reían al recordar alguna de esas cosas que tienes que vivir para que te hagan gracia.

La única persona con la que compartía mis miedos era Becky. No podía explicárselo a mi madre. Ella adoraba a Adam. Sabía que, si le decía algo, le arruinaría la emoción de convertirse en abuela por primera vez.

Becky no creía que tuviera que preocuparme.

—Está loco por ti. Solo necesita tiempo para acostumbrarse a lo del embarazo. Además, puede que la fase de medias y ligeros esté en periodo de pausa, pero eso no significa que quiera acostarse con su exnovia.

Cómo se equivocaba.

He metido en la maleta unos *shorts* blancos cada vez que me he ido de vacaciones en los últimos ocho años. Y, la verdad, no he tenido el valor de ponérmelos ni una sola vez.

Sin embargo, mientras me cambio para ir a buscar a Natasha al aeropuerto a última hora del domingo, el sol ha reaparecido de una forma espectacular, iluminando las colinas y las praderas como si quisiera darle la bienvenida a mi amiga. Y, de pronto, los *shorts* no parecen tan mala idea.

Nunca he sido de *shorts*. Incluso cuando tenía veinte años pensaba que no tenía las piernas lo bastante largas, ni lo bastante firmes, ni lo bastante Gisele Bündchen. Pero como el médico de cabecera me había dicho que, aparte de tomar antidepresivos, debía hacer ejercicio, me había estado escaqueando a la hora de comer para asistir a una clase de media hora de *grit*.

A una parte de mí le encantaba lo agotadora que era la clase. Era tan dura que iba a tener unos glúteos de acerco quisiera o no. Así que cuando vi los *shorts* blancos pensé: al cuerno. Me sentía bastante bien conmigo misma, teniendo en cuenta mi situación... Eso hasta que Adam apareció en nuestra puerta, me miró y exclamó:

—¡Bonitos *shorts*!

Esboqué una mueca.

—Oh..., calla.

—Perdona. Pero solías llevar una medida bastante más victoriana. Aunque no pretendo desanimarte.

Intenté ocultar el rubor de mis mejillas y murmuré:

—Considérame desanimada.

Por desgracia, no he tenido tiempo para cambiarme. Así que ahora estoy plantada en el aeropuerto, atrayendo miradas y deseando haber quemado los *shorts* y haberme puesto un caftán.

Natasha sale de la puerta de llegadas como si fuera Grace Kelly llegando a

Los Ángeles: gafas de sol, bolso enorme y el pelo perfecto. Me saluda con la mano y me abraza con tanta fuerza que probablemente me haya aplastado algunos órganos vitales.

—Oh, Dios mío, cómo me alegro de verte —dice sonriendo, después da un paso atrás y me mira de arriba abajo—. Guau.

—¿Qué? —pregunto.

—Bonitos *shorts* —comenta. Y después añade—: Bonitas piernas.

—Gracias —contesto sintiéndome mucho mejor al escucharlo de su boca—. ¿Qué tal el vuelo?

—Estupendo, pero tengo los pies hinchados. Mira, parezco un *hobbit*. —Menea una de sus cuñas Michael Kors delante de mí. Me río, aunque está exagerando—. Pero no puedo quejarme. Dos horas y un *gin-tonic* después de despegar... Y ¡aquí estoy!

—Nada de eso suena ni la mitad de divertido que la sesión de vómitos que tuve que aguantar yo.

Chasquea la lengua.

—Pobre William. —Entonces se para y me mira—. ¿Cómo está tu madre? Y ¿cómo estás tú?

—Mamá no está muy bien. Pero yo estoy bien. De verdad.

Entorna los ojos, pero me voy hacia la máquina del aparcamiento antes de que pueda seguir presionándome. Deslizo el tique en la ranura y ella me aparta con suavidad para pagar.

—Bueno, ¿ya te has acostumbrado a estar con Adam? ¿Es soportable?

—No habría venido si no creyera que fuera a serlo. Ni siquiera contando contigo y con Becky como refuerzos.

—Te mereces una medalla. La mayoría de las personas no soportaría estar en la misma habitación que sus ex —afirma mientras vamos hacia el aparcamiento y esperamos el ascensor—. Una vez vi a Stuart en Sainsbury's y me arrastré literalmente por el suelo del pasillo de vinos para no tener que saludarlo.

Yo no he salido con muchos hombres en serio aparte de Adam. Salí con Carl en la universidad, si es que eso cuenta; después con un chico llamado Toby, con el que estuve saliendo durante doce meses cuando William tenía seis años. Era majo. En realidad, no tenía nada de malo. Sin embargo, aunque yo nunca he tenido que tirarme al suelo del supermercado para evitarlo, comprendo a qué se refiere Natasha. No me desviaría ni diez centímetros para volver a verlo. Por desgracia, con Adam no tengo el lujo de poder dar un golpe de volante.

—Ese es el problema cuando tienes un hijo con alguien —le digo—. Puede que quieras estar a varios miles de kilómetros de ellos, pero estáis condenados a estar juntos para siempre. Te guste o no.

Conocí a Natasha cuando estaba casi de seis meses en una fiesta de Navidad que celebró el presidente de la empresa en la que trabajaba Adam. Yo me sentía completamente fuera de lugar en aquella celebración, que tuvo lugar en un entoldado de una mansión Cheshire una fría noche de nieve. Asistieron los clientes más importantes de la empresa y algunos empleados clave. Era un evento ostentoso, con cócteles de champán y charlas sobre trabajo. Yo solo fui porque algún invitado de la mesa de Adam había cancelado su asistencia en el último minuto.

Teniendo en cuenta que odiaba su trabajo, Adam se unió obediente al resto de los peces gordos y se puso a charlar con los clientes y los directivos hasta que los tuvo comiendo de la palma de la mano. En realidad, se le daba tan bien que hacía que su desgracia mal disimulada por tener que quedarse en el Reino Unido por culpa del bebé fuera todavía más frustrante. Yo lo iba siguiendo por la fiesta sintiéndome muy cansada y gorda, incapaz de aportar algún comentario interesante a la conversación, nada que no tuviera que ver con los meses que llevaba de embarazo.

Había visto a Natasha al principio de la velada mientras ella hablaba con el mismísimo presidente. Era tan delgada como una modelo, vestía un elegante vestido azul marino y llevaba la melena de color cobre recogida en un moño informal. Su nariz afilada y las cejas rectas le conferían un aire atento y decidido hasta que escuchaba algo que le parecía gracioso. Entonces su rostro se deshacía en voraces y desinhibidas carcajadas.

Después de la cena, cuando los invitados empezaron a alternar, Natasha se sentó a mi lado.

—Esto debe de ser aburridísimo para ti —susurró.

—¡Oh, en absoluto! —protesté con educación.

—¿Estás segura? Porque yo trabajo para estas personas. Y, ¿sabes?, por mucho que me guste hablar sobre los precios del petróleo soy consciente de que las personas normales no comparten mi pasión.

Me reí.

—Tú debes de ser Jess. —Sonrió y nos dimos la mano. Me apretó como un auténtico sargento al estrecharla—. Adam me ha hablado mucho de ti. Aunque no puedo creer que nunca mencionara que vas a tener un bebé.

Natasha y yo no deberíamos haber tenido nada en común. Ella desprendía ambición y competencia, mientras que yo estaba convencida de que el bombo de mi barriga de veintidós años me hacía quedar como una incompetente o como una mujer sin ningún interés por tener una carrera profesional.

Las demás personas que se esforzaron en hablar conmigo aquella noche

parecían hacerlo por obligación moral hacia una pobre mujer embarazada; en realidad, hubieran preferido ir a hacerles la rosca a los clientes. Pero Natasha no era así en absoluto. Natasha era cálida, era fácil estar con ella y, la verdad, era divertidísima.

Estuvimos sentadas a la mesa y hablamos de todo. Desde natación (deporte que a ella le encantaba y que yo había empezado a practicar hacía poco) hasta el hecho de que, en una ocasión, ella había dejado a un tipo por comer Pringles en la cama.

—No suelo ser tan superficial, pero una tiene un límite respecto al número de veces que puede encontrarse una patata frita en las bragas cuando se dispone a entrar en acción.

Entonces el DJ subió la música y Natasha señaló la pista de baile.

—Venga, yo me animo si tú también.

Miré a Adam, pero estaba enfrascado en una conversación con una mujer. Así que Natasha y yo nos plantamos en medio de la pista y bailamos como si no nos estuviera mirando nadie, cosa que, estoy segura, Adam habría deseado que pasara.

Después de aquello, acabamos yendo juntas a natación tres veces por semana durante todas las Navidades, hasta el día antes de que yo diera a luz. Aquellas tardes eran una maravilla. No solo por la ingravidez que sentía en mis pesadas extremidades mientras me deslizaba por el agua, sino, sencillamente, por estar con ella. En aquel momento, me sentía cada vez más insegura sobre mi relación con Adam. Y poder hablar con Natasha me ayudó muchísimo.

Ahora, mientras se sube al asiento del pasajero de mi coche y pongo el motor en marcha, deseo que vuelva a ocurrir lo mismo.

Cuando llegamos al Château de Roussignol, los campos están cubiertos de una luz melosa. Dejamos el equipaje de Natasha en Les Ecuries y nos vamos directas a la piscina, donde tenemos planeada una barbacoa familiar.

La gigantesca barbacoa está en manos de Ben (o del Joven Ben, sobrenombre por el que es inexplicablemente conocido, pues tiene la misma edad que la mayoría de los empleados). Hay un grupo de niños, de entre cuatro y doce años, reunidos alrededor de la red de voleibol, donde Simon los está organizando por equipos. William y Adam están terminando de montar una carrera de obstáculos en la extensión de césped contigua. Después se unirán al juego de Simone.

—Este lugar es increíble —dice Natasha, claramente sorprendida.

Ya había visto fotografías y la página web, claro, y había leído todas las reseñas, pero estar en el *château* es completamente diferente.

—Aunque no son las Barbados —le digo sonriendo.

Ahí es donde mi amiga se fue de vacaciones el año pasado, en un viaje para solteros.

—Bah, las Barbados están sobrevaloradas.

—¿En serio?

Suspira.

—Bueno, no. La verdad es que no.

Natasha sigue trabajando para la misma empresa en la que estaba cuando la conocí, pero ahora es directora ejecutiva y trabaja en Londres, donde vive en un pequeño apartamento céntrico con grifos de diseño y una alfombra color crema. Cuando se trasladó a vivir allí, parecía el típico piso que sale en las adaptaciones cinematográficas de las novelas de espías, pero Natasha nunca consiguió conservar el rollo minimalista. Enseguida tuvo la casa llena de libros y de recuerdos de sus viajes.

—¿Dónde está mi niño de ocho años preferido? —pregunta.

—Si te refieres a William, está allí, jugando al voleibol. Y tiene diez años.

Suspira con fuerza.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—En marzo.

—Maldita sea. ¿Eso significa que ya no le gusta Bob, *el Constructor*? — pregunta con una sonrisa.

Cuando nos acercamos a la cancha, Natasha saluda con la mano para captar la atención de William, ignorando el hecho de que lo último que quiere un niño de esa edad es llamar la atención. Cuando ve que no le contesta, mi amiga entra en la arena del campo justo cuando la pelota sale disparada hacia ella.

Sin vacilar un segundo, Natasha se adelanta de un salto y la devuelve mientras los demás jugadores, que tienen una media de siete años, se quedan boquiabiertos.

Ella parece casi tan sorprendida como todos los demás.

—Vaya. Todavía me sale. —Se ríe—. ¡Choca esos cinco, William!

Mi hijo le choca la mano con pocas ganas y después se encoge avergonzado, parece que quiera esconder la cabeza entre los hombros.

—Hola, tía Natasha —dice, y sonrío con incomodidad mientras Simone se acerca con cara de enfadada.

—Este partido es para menores de doce años —comenta con aspereza.

—Lo siento.

Natasha sonrío, aunque no parece que lo sienta en absoluto.

—Es un encanto, Jess —me dice—. Bueno, ¿qué tal una copita de vino blanco? O tinto. O lo que sea. Llevaba un mes de desintoxicación, pero he recaído en el avión. Así pues, qué más da ya.

William espera a que Natasha llegue a la barra para venir corriendo hacia mí.

—Mamá, ¿puedo salir a hacer algo con papá mañana?

—¿Te ha dicho que puedes?

—Sí, me ha dicho que podíamos ir a hacer *rafting* por la mañana.

—Ah, bueno. Le preguntaré a Natasha si le apetece. Estoy segura de que dirá que sí, a ella le gustan esas cosas. Podemos llevarnos la comida preparada.

Pero William niega con la cabeza.

—Me refería a él y yo solos. Queremos pasar un día de chicos. —Está claro que no nací con el apéndice adecuado para sumarme a esa clase de diversión—. ¿Te parece bien? Por favor, mamá.

De pronto me siento como si me estuviera pidiendo que lo dejara al cuidado de Charlie Sheen. Pero la emoción que brilla en sus ojos me obliga a tragarme mis preocupaciones. Por lo menos ahora que Natasha está aquí podré distraerme y no imaginar que William se ahogará mientras Adam se escabulle para fumarse un cigarrillo.

—Supongo que así te alejarás un rato de mi iPad.

Sonrío.

—¡Sí! Gracias, mamá. Te quiero.

—Sí, siempre me quieres cuando te sales con la tuya —le contesto con una sonrisita mientras él vuelve al partido.

Cuando Natasha vuelve con una botella de vino tinto y dos copas, no puedo evitar darme cuenta de que Ben está mirando hacia aquí, más concentrado en mi amiga que en las hamburguesas.

—Estás captando atención desde aquel sector —comento haciendo gestos hacia Ben.

Ella lo mira y esboza una sonrisa tímida con un brillo de reconocimiento en los ojos. Pero es momentáneo, un reflejo, después levanta la botella y empieza a llenar las copas.

—Indudablemente atractivo. Pero en este momento de mi vida estoy evitando a los jovencitos sugestivos.

Arrugo la nariz.

—¿Por qué?

—He tenido demasiadas aventuras durante estos últimos años, Jess. Estoy buscando algo un poco más... serio.

—Ah..., qué bien.

—Aunque es más fácil decirlo que hacerlo. Y Tinder no ayuda nada.

—¿En serio? La última vez que hablamos parecías entusiasmada con eso.

—Eso fue antes de empezar a recibir mensajes como este.

Saca el móvil y me enseña su último mensaje:

Hola, soy muy tímido, pero admito que me gustaría follarte hasta dejarte sin sentido ahora mismo. Estás buenísima.

Me deshago en carcajadas mientras desciendo por la pantalla para leer su respuesta:

Ya. Gracias, pero déjame en paz.

—¡Natasha!

Adam viene hacia nosotras, lleva unos pantalones cortos de camuflaje y una camiseta blanca de manga corta que se le ciñe al pecho. Se agacha y le da un beso. Al principio, mi amiga parece contenta de verlo, pero luego se pone seria. Enseguida vuelve a sonreír. No debe de ser fácil cuando un hombre te ha regalado unas vacaciones, pero su lealtad hacia mí le impide mostrarle demasiado entusiasmo.

—Hola, Adam. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contesta—. Estoy muy contento de que Jess y William estén aquí.

—Está claro que la vida te ha tratado bien aquí, Adam. Se te ve genial. —Se reagrupa y vuelve a mirarme—. Teniendo en cuenta que ahora eres mucho mayor.

Adam se ríe.

—Sí, un poco, ya son treinta y tres. ¿Tienes mucho lío en el trabajo?

—Sí, pero en el buen sentido. Aunque ahora lo que quiero es tomar un poco el sol y pasar tiempo con Jess y con William. Cosa que imagino que tú estarás encantado de hacer también...

—Claro. —Se vuelve hacia mí—. ¿Ya te ha preguntado William si puede venir a hacer *rafting* conmigo?

—Sí, claro que puede. Está ridículamente emocionado con el tema.

—Genial. —Parece sorprendido y encantado a la vez—. Ayer hicimos barranquismo —le dice a Natasha—. Jess disfrutó como una loca.

—Está de coña —digo arrastrando las palabras.

—Para ser completamente justo contigo, Jess, el tiempo no era el ideal. La próxima vez que te lleve me aseguraré de que haga sol para que no se te ponga la nariz azul.

—Por si acaso no quedó lo bastante claro, no habrá una próxima vez.

Natasha se ríe.

—Bueno, me sentí orgulloso de ti por probarlo —comenta Adam.

Su afirmación me hace sentir un poco rara: ¿cómo puede estar orgulloso de mí cuando ya no tengo nada que ver con él?

Miro a William, que está en el campo de voleibol. Me fijo en que Simone nos está mirando. Adam también se da cuenta y reacciona alejando un pie de mí, gesto que da la absurda impresión de que está intentando esconder algo.

—¿Ya has visto tu casita? —le pregunta a Natasha.

—Adam, es preciosa. Gracias por darme una casita tan genial.

—Natasha está acostumbrada a las villas de lujo de las Maldivas —le digo—. Cuesta estar al nivel.

—Venga, Jess, para ya. No soy una princesita mimada. Además, si me canso de vosotros dos, me iré a una habitación del castillo, de esas que tienen esas camas con cuatro postes. Las vi en Internet.

—Te prepararé un mayordomo —responde Adam—. Bueno, solo quería saludar. Tengo algunas cosas que hacer antes de poder sentarme un rato. —Hace ademán de marcharse—. Me alegro de que estés aquí, Natasha.

Cuando se marcha, mi amiga me mira.

—¿Cómo lo hace?

—¿El qué?

—Conseguir que sea imposible odiarlo.

—No quiero que la gente odie a Adam —le digo—. Es el padre de William. Y sí, pasaron cosas entre nosotros, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora ya lo hemos superado.

Natasha mira a Simone, que nos está observando de nuevo.

—Me parece que hay alguien que espera que lo que dices sea verdad.

La mañana siguiente, William entra dando brincos en mi habitación como si fuera Navidad.

—Mamá, ¿qué hora es?

Miro el móvil con la mirada empañada.

—Uff..., las siete —rujo mientras él se marcha hacia la cocina.

Estoy a punto de llamarlo para preguntarle por qué se ha levantado tan temprano, pero entonces lo recuerdo. Había olvidado por completo lo del *rafting* hasta que lo acosté anoche y descubrí que se había metido en la cama con el bañador puesto. Abrió un momento los ojos y me explicó que por la mañana iría más rápido si se iba a dormir con el equipo puesto.

Retiro la sábana de algodón y me froto los ojos mientras me levanto para abrir los postigos; la luz se desliza por el antiguo armario ropero y las vigas de roble del techo. Es muy agradable despertarse en esta habitación, con sus sencillos suelos de baldosas, la preciosa alfombra y la recia cama de hierro forjado.

Todavía soñolienta, me recojo el pelo con una goma y sigo a William hasta la cocina.

—¿A qué hora te dijo tu padre que vendría a recogerte? —le pregunto—. Tendría que haberle preguntado más cosas ayer por la tarde.

—Creo que dijo a las 8.30.

—¿Crees?

Vuelvo a la habitación a coger el móvil para mandarle un mensaje a Adam, pero, como de costumbre, no hay cobertura.

No tengo ni idea de lo que necesitará William, así que meto en una bolsa dos mudas, una toalla, deportivas, protector solar factor cincuenta, repelente de insectos, chancletas, una botella de agua y las suficientes patatas fritas con sabor a pollo (a las que William ha desarrollado una extraña adicción) como para alimentar a una familia de cinco personas.

—¿Crees que podré utilizar estas? —pregunta saliendo de su habitación con

un par de aletas.

—No creo, cariño —contesto mientras él coge mi iPad y se lo mete en la mochila—. Y tampoco puedes llevarte eso.

—Pero quiero grabar un vídeo.

—¿Dónde lo guardarás mientras vayas en la barca?

—Ah.

Vuelvo a mirar el móvil y veo que ha cogido un poquito de cobertura. No he dejado de pelearme con el teléfono desde que llegué, intentando encontrar la señal suficiente como para mandar siquiera un mensaje de texto. Lo que mejor me ha funcionado ha sido esperar a que se alineen las estrellas, ponerme a la pata coja y sostener el teléfono un metro por encima de la tostadora.

¿Tengo que preparar algo de comer para la salida o te encargas tú? Y ¿es a las 8.30? William está emocionadísimo 😊

En cuanto presiono la tecla para enviarlo, me maldigo por haber puesto la carita sonriente. Las caritas sonrientes y Adam no son una buena combinación.

Observo cómo William se sienta fuera a las 8.20 a esperar, mientras yo me sirvo una melosa taza de café y salgo con él a la luz brumosa de la mañana. El patio está tranquilo y en silencio; solo se escucha el zumbido de las abejas faenando alrededor de la buganvilla y el aleteo de los pájaros por el cielo. Sus suaves cantos anuncian el comienzo de un nuevo día. William no dice nada, pero empieza a dar golpecitos en la mesa con el pie.

Me parece que su emoción no se debe exclusivamente al *rafting*. Es por su padre. Está impaciente por estar con él. Noto cómo se me apelmaza la garganta al sentir una punzada de inesperada emoción. No sé por qué.

—¿Qué te pasa? —pregunta William.

Parpadeo para eliminar el calor de mis ojos.

—Nada. Me parece que debo de ser alérgica a algo. Quizá sea el protector solar.

Pero no está muy interesado. Mira hacia el aparcamiento buscando a Adam.

—¿Qué hora es?

Me miro el reloj.

—Las 8.32.

—Tendría que haber llegado hace dos minutos.

—Ten paciencia. Voy a prepararme algo para desayunar. ¿Has tomado algo esta mañana?

—¡AHÍ ESTÁ!

Pero enseguida me doy cuenta de que solo es un coche negro, parecido al de

Adam pero de una marca y modelo distinto.

—No es él, cariño. Pero no te preocupes, vendrá.

Quince minutos después, seguimos fuera. Ya le he dicho a William que no se preocupe unas doce veces, se lo he repetido tanto que ya no parece inquieto. Aunque no puedo decir lo mismo de mí. Miro el teléfono, pero no he recibido ninguna respuesta al mensaje que le he enviado. Por un momento me planteo acercarme caminando al *château* a buscarlo, pero, a menos que fuéramos por la carretera (que es una ruta más larga que la del camino), Adam ya podría haber salido y nos arriesgaríamos a cruzarnos. Intento llamarlo, pero me salta el buzón de voz.

—¿Me haces un test mientras esperamos? —pregunta William.

—¿Eh?

—Un test.

—Ah, bueno.

A William le encantan los test, por lo menos cuando acierta todas las preguntas. Todavía no sabe poner cara de buen perdedor.

—¿Cuál es la capital de España?

—Madrid. —Chasquea la lengua—. Ya sabes que me sabía esa.

Empiezo a pasearme por el patio.

—¿Cuál es el río más largo del mundo?

—Esa también es de geografía.

—¿Y?

—Que me acabas de hacer una de geografía. ¿No puedes hacerme una de otra cosa?

—¿Eso quiere decir que no sabes la respuesta?

—Claro que la sé: es el Amazonas. ¿Me haces una pregunta de otra cosa ya?

Miro el reloj y decido que si Adam no ha aparecido a las nueve, despertaré a Natasha para pedirle que se quede con William mientras yo voy a buscarlo.

—¿Mamá?

—Emmm. Vale. Deletrea hidrocliclorídrico.

—Uff, de deletrear no —ruge—. ¿Por qué no me haces una de cine?

—Vale. —Suspiro—. ¿Cómo se llamaba el padre de Superman?

—Jor-El.

—Muy bien.

Entonces Natasha aparece en la puerta con una camiseta tres tallas más grandes y se despereza adormilada.

—Me alegro de que estés despierta. ¿Podrías quedarte con William por si llega Adam?

Mi amiga se frota los ojos.

—Aquí me quedo. William y yo nos quedaremos aquí y hablaremos de... ¿De qué quieres hablar, William?

—¿Me haces un test sobre cine?

—¡Qué buena idea! —exclama Natasha—. Muy bien: nombra a uno de los protagonistas de la versión que hizo Hitchcock de *Pájaros* en 1966.

Tomo el camino de la arboleda y me encamino directamente hacia las enormes puertas del *château*. No veo a Adam por ningún lado. Ben está en la recepción.

—Me ha mencionado que se tomaba el día libre, Jess. Se iba al valle de Vérzère.

Dejo caer los hombros.

—Entonces se marcha. William parecía convencido de que iba a pasar a recogerlo hace cuarenta y cinco minutos. Está superemocionado.

—¿Has probado en su casita?

Adam vive a cinco minutos del *château*, alejado de la zona de huéspedes, en una pequeña casita que está al final de la propiedad. Intentó enseñármela hace unos días, pero yo solo miré por encima por educación, incómoda por saber demasiadas cosas de su día a día.

Su casita es más tosca que las de los invitados, tiene el techo de piedra, una puerta azul con la pintura descascarillada y unas paredes desgastadas rodeadas de hierba sibilante y orquídeas salvajes. Por lo que vi, por dentro también parecía una casa con mucha vida, con estanterías abarrotadas, pilas de cartas, un botellero bien surtido y fotografías antiguas que se peleaban por el espacio sobre la repisa de la chimenea.

Cuando llego a la puerta, mi corazón late a un ritmo superior a mi nivel de cansancio. Vacilo antes de llamar con fuerza. Entonces me doy cuenta de que la puerta está entreabierta.

—¿Adam? Soy yo.

Empujo la puerta y entro.

Y entonces grito. O quizá chillo. En cualquier caso, el sonido es más alto de lo que esperaba. Pero cuando una se encuentra con una mujer con la blusa completamente abierta que está enseñando un minúsculo sujetador de encaje, cuesta mucho saber cuál es la mejor forma de reaccionar.

Adam se separa de Simone y ella se da la vuelta para abotonarse. Entonces se

pone a resoplar y a exigir saber por qué no he llamado a la puerta.

—¡Sí que he llamado! —protesto poniéndome roja como un pimiento—. ¡Habías dejado la puerta abierta!

Me llevo la mano a los ojos, un acto reflejo que no me ayuda a olvidar lo que ya he visto.

—Habré sido yo, lo siento.

Simone se alisa la falda y se atusa el pelo, adoptando un aire de inocencia angelical tal que cualquiera pensaría que me la acabo de encontrar dando una conferencia religiosa.

—Es... Mira, no pasa nada —digo, reculando hacia la puerta incapaz de mirarlos a los ojos—. Aunque me alegro mucho de no haber enviado a William. Solo he venido para preguntarte a qué hora ibais a marcharos a hacer *rafting*. El pobre niño parece convencido de que tendrías que haber ido a buscarlo hace una hora.

—Hoy no puedo llevarlo a hacer *rafting* —contesta Adam—. Voy a pasar el día con Simone.

Simone se cruza de brazos y esboza una sonrisa satisfecha. Noto una presión en el pecho.

—Pero hablamos de esta salida ayer, Adam. No puedes decirle algo así a un niño de diez años y después cambiar de opinión.

—Ya lo llevaré a hacer *rafting* en otro momento, pero hoy no —prosigue con despreocupación—. Hoy no puedo.

—Pero ¡dijiste que podías!

—No lo dije.

Niega con la cabeza y la exasperación me atenaza la garganta.

—Sí que lo dijiste, Adam.

Pero se niega a discutir conmigo, a pesar del rabioso ardor de la mirada de Simone.

—Estás confundida, Jess. William vino a preguntarme sobre el tema cuando estaba arreglando una fuga en la tubería de una de las habitaciones. Estaba a punto de destrozar una alfombra que acababa de pagar y que me había costado un dineral. Estaba distraído.

Yo solo puedo pensar en William, sentado en el escalón de nuestra casita, aferrado a su mochila, cansado pero emocionado después de haber pasado mala noche por culpa de los nervios. ¿Cómo diantre voy a explicarle esto?

—¿Me estás diciendo que no le prometiste que hoy te irías con él?

—No, no le prometió nada —interviene Simone.

Adam la mira de reojo.

—Bueno, Simone, para ser justos, tú no estabas allí.

Ella hace ademán de responder, pero decide callarse.

—Mira, Jess, no me acuerdo de lo que dije exactamente —prosigue—. Sí que le dije que iríamos a hacer *rafting* (y lo haremos), pero no pude haberle dicho que lo haríamos hoy porque estoy ocupado. En ese momento, solo quería deshacerme de él.

Estoy a punto de pasar de la incredulidad a algo mucho más intenso.

—¿Qué?

—No quería decir eso.

—En cualquier caso, la realidad es que Adam no puede ir, Jess —grazna Simone.

—Pero Adam lo ha prometido, Simone —digo con tranquilidad, intentando razonar por lo menos con uno de ellos.

—Bueno, pues el niño tendrá que superarlo, ¿no? —espeta—. Además, no fue una promesa.

—Todo es una promesa cuando le dices a un niño de diez años que harás algo con él —le contesto.

Simone suelta un *psssssss*, como si hubiera sufrido un pinchazo.

Adam alterna la mirada entre las dos y luego se centra en mí.

—Jess. Lo del barranquismo lo hicimos hace solo dos días. Yo tenía pensado llevármelo algún día de la semana que viene.

Recuerdo a William metido en la cama con el bañador anoche y siento una punzada de ira.

—¿Me estás diciendo que hemos hecho todo este camino para que pueda pasar un rato contigo una vez por semana?

—Ni siquiera se puede reservar con tan poca antelación —continúa Adam, ignorándome—. No me di cuenta de que estaba hablando de hoy. Fue él quien sugirió lo de las 8.30. Pensé que... era una forma de hablar. Comprendo que fue una estupidez, pero, como te he dicho, estaba distraído. Lo siento, ya le llevaré. —Mira a Simone de reojo y añade—: Pero hoy no.

Hago un último intento de razonar con él.

—Adam —digo con suavidad, con la voz temblorosa—, no tenéis por qué hacer *rafting*. Puede ser cualquier cosa. Solo quiere estar con su padre. A quien quiere. Por eso estamos aquí.

Adam vacila. Por un momento me convenzo de que va a hacer lo correcto.

—Verás, Jess, hemos reservado una habitación en un hotel Mr. and Mrs. Smith —anuncia Simone—. Cuesta una fortuna y es muy difícil conseguir una. Así que tenemos que ir.

Me quedo allí plantada clavándome las uñas en las palmas de las manos mientras proceso la idea de que Adam va a pasar su día libre en la cama con su

novia de veintidós años en lugar de pasarlo con William. De pronto, no puedo soportar estar en la misma habitación que ellos.

Me doy media vuelta y me marcho. Adam me sigue hasta la puerta y me llama.

—Buscaré algo que hacer con William en cuanto vuelva. Lo prometo.

Me paro al final del camino y me doy la vuelta con fuego en las venas. Y me temo que no puedo contenerme:

—Mira, Adam, hay algo que sé perfectamente: tus promesas no significan nada.

No puedo fingir que mi padre fuera perfecto. Lo habría sido si no fuera por un detalle, aunque era bastante importante. Cuando era una adolescente, ya no pude fingir que no me daba cuenta de cómo se comportaba papá cuando había bebido. Cuando no bebía era maravilloso, pero en otros momentos era horrible. Y siempre ocurría cuando había alcohol de por medio.

Como el día que empotró el coche contra la fachada de casa después de convencerse de que estaba en condiciones de conducir hasta la licorería, o la noche que nos lo encontramos desplomado en el porche, incapaz de meter la llave en la cerradura.

Estas cosas no ocurrían todo el tiempo; pasaban meses entre sus crisis, no días. Pero a veces tengo que recordarme tales episodios cuando Adam hace alguna de las suyas, cuando me puede la rabia por cómo trata a su hijo. Aunque hay una diferencia crucial. Mi padre tenía sus problemas, pero hizo algo al respecto. Y lo hizo por mamá y por mí.

Mis padres me tuvieron poco después de que él se graduara como contable y consiguiera trabajo en Arthur Mitchell, en Mánchester, donde mi madre había trabajado como secretaria desde que dejó la escuela a los dieciséis años. Ella dedicaba su tiempo libre a cocinar y cada viernes se llevaba algo de lo que había hecho al trabajo: cremosos *éclairs* de chocolate, bizcochos de nueces y pastitas de limón con crujiente cobertura de azúcar.

—Al final le pedí que saliera conmigo mientras compartíamos un pastelillo Battenberg —solía bromear papá.

El día de su primera cita fueron al cine a ver *Posesión infernal*. Por lo visto, fue idea de mi madre. Y la cosa es que se prometieron cuatro meses después.

Ninguna hija tendría que valorar el matrimonio de sus padres, pero no hay duda de que cuando era niña pensaba que eran felices. A veces miro atrás y me pregunto cómo llegué a esa conclusión. Y es que había momentos en los que cualquier observador objetivo hubiera afirmado todo lo contrario.

Tenía dieciséis años cuando conseguí un papel en la obra de teatro de la escuela, una ambiciosa producción de *Los miserables*. Era un papel pequeño (de tabernera) y solo decía una frase, pero me lo tomé muy en serio. La primera noche estaba entre bambalinas esperando muy nerviosa a hacer mi debut dramático cuando escuché cómo se reía un grupo de alumnos de último curso.

—El lavabo de los tíos está lleno de vómitos. El señor Jones ha resbalado con ellos y por poco se cae de culo. Degsy cree que ha sido el padre de alguien, que está como una cuba.

Me recorrió una oleada de pánico. Sabía muy bien de quién estaban hablando; cuando mamá me había llevado en coche hasta el teatro hacía una hora, papá ya había empezado a beber.

Salí al escenario mientras el miedo se me comía por dentro; miré la grada abarrotada en busca de las caras de mis padres.

Solo tenía que decir una línea, pero cuando vi a mi padre, las palabras se me secaron en la boca.

Papá estaba desparramado en una butaca de la tercera fila, completamente dormido; mamá estaba sentada a su lado tiesa del todo, con el rostro demacrado y el brillo de las luces del escenario en los ojos. Al final conseguí decir mi frase, pero cuando terminó la obra tenía la sensación de que toda la escuela sabía lo que había pasado.

Aquel fin de semana apenas hablamos. Era incapaz de mirarlo. Me quedé encerrada en mi habitación, escuchando el siseo de la lluvia en las ventanas, ardiendo de furia. Mamá intentó convencerme de que nadie sabía quién había sido, pero el lunes fue evidente que se equivocaba: en el comedor del colegio no se hablaba de otra cosa.

Cuando aquella noche salí de la habitación para cenar, mi padre me miró con nerviosismo.

—Mira, lo siento, vale —dijo mientras dejaba la sal y la pimienta en la mesa y mamá se acercaba a nosotros con una bandeja de lasaña casera recién salida del horno—. Pero no creo que lo que hice estuviera tan mal.

Mamá se quedó de piedra y lo miró con incredulidad.

Contuve el aliento mientras intentaba adivinar lo que ella iba a decirle. Pero guardó silencio un momento, podía ver que la rabia ardía en su interior y buscaba una salida.

—¡MALDITO IMBÉCIL! —gritó.

Después levantó la bandeja burbujeante y la estampó en la pared de la cocina. Escuché el jadeo de papá y me quedé boquiabierta mientras ambos contemplábamos el montón de cristales y la salsa de tomate que resbalaba, caliente y espesa, por la pared.

Mamá se quedó mirando el estropicio un momento tapándose la boca con una mano temblorosa, como si sencillamente no pudiera creerse lo que acababa de hacer. Después se marchó corriendo del comedor.

Levanté la vista para mirar a papá presa de esa leve conmoción que conecta el piloto automático del cerebro. Me levanté en silencio para ir a buscar un par de guantes de goma. Él se agachó con un periódico y empezó a recoger pedacitos de cristal.

Y entonces fue cuando me di cuenta de que mi padre estaba llorando.

—Lo siento, Jess —susurró, era incapaz de mirarme—. Lo siento mucho.

Pero todavía no podía perdonarlo.

—Estoy segura de que sí, papá. Igual que las otras veces. Pero esto va a seguir pasando, ¿verdad? Te odiarás por hacer estas cosas, pero nunca cambiarás. Seguirás emborrachándote y lo echarás todo a perder.

Abrió un poco la boca con la cara llena de lágrimas. Parecía muy afectado por mis palabras, pero no pensaba dejarlo.

—A veces me haces sentir fatal, papá. Me avergüenza mucho que te comportes así. Y todo por culpa de la bebida. ¿Es que no te das cuenta de lo que nos estás haciendo a mamá y a mí?

Fuimos a su primera reunión de Alcohólicos Anónimos tres días después.

La transición de mi padre de alcohólico disfuncional a alcohólico recuperado no fue sencilla, pero imagino que nunca lo es.

Siguió acudiendo a las reuniones, pero nunca tuve la impresión de que se limitara a apuntarse, sentarse en círculo con los demás y, de pronto, viera la luz. Mantuvo una relación de amor-odio con Alcohólicos Anónimos y nunca llegó a encajar con los demás miembros. Pero perseveró, porque en el fondo sabía que no podía conseguirlo sin su ayuda.

El primer año hubo algunas ocasiones en las que parecía evidente que estaba a punto de recaer. En las fiestas, mamá y yo conteníamos la respiración cuando veíamos que los amigos lo animaban a tomarse una copa, porque no entendían que alguien pudiera pasarse toda una fiesta bebiendo limonada. En aquella época, parecía que le cambiara la mirada cada vez que olía el alcohol, era como si le tuviera miedo.

A veces era difícil saber cómo apoyarlo. No queríamos estar encima de él y preguntarle constantemente cómo estaba. Pero había veces que yo sentía la necesidad de decirle lo orgullosa que estaba de él. Que ese día a día se había convertido en algo que, en su momento, había parecido imposible.

Una tarde de verano, unos dieciocho meses después de que tomara su última copa, jugamos un partido de tenis. Recuerdo que remató un golpe con todas sus

fuerzas. No me importó nada perder contra él: me hacía muy feliz verlo con aquella vitalidad.

—Quién habría dicho que estarías así de bien hace un par de años —le dije—. La verdad es que estás increíble.

—Venga ya, Jess. Soy un hombre de mediana edad que, por mucho que juegue al tenis, no dejará de tener esta panza fofa.

—Ya sabes a qué me refiero.

Debí de parecer un poco desanimada, porque bajó un poco la voz y me dijo:

—Claro que sí. Pero «increíble» no es la palabra adecuada. Solo estoy decidido a no volver a estar como antes. Ya no tendrás que volver a preocuparte por eso, te lo prometo.

Y nunca lo hago. Porque ha estado ahí, para los tres, cada día durante diecisiete años. Apoyándonos. Queriéndonos. Y lo ha hecho completamente sobrio.

Me aterroriza tener que explicarle a William que se ha cancelado la salida de *rafting* con su padre. Pero él no monta una escena, ni se queja ni grita ni hace ninguna de las cosas que tendría derecho a hacer. Solo escucha en silencio mientras yo invento mentiras a favor de Adam.

—Por lo visto, ha tenido que ir a ayudar a una familia que había perdido los pasaportes —digo—. Si no, no habrían podido volver a casa. Pero estoy segura de que pronto hará algo contigo.

Cuando termino de hablar, él agacha la cabeza con el labio tenso, se levanta de un salto, se marcha corriendo a su habitación y cierra la puerta. Le doy un poco de espacio durante diez minutos. Después me pongo en marcha y organizo un día alternativo con él y con Natasha.

Vamos en coche hasta Lac de Causse, cerca de Brive, que está a una hora de distancia. Allí hay una playa de arena fina y unas aguas limpias perfectas para nadar... y alquilar un patín.

—¿Te apetece probarlo? Esto es lo que sugirió la abuela —le explico con alegría.

—Mmm. Vale.

Se encoge de hombros, pero solo porque el iPad se ha quedado sin batería.

William se anima en cuanto estamos en el agua. Sobre todo porque, por lo visto, le parece tremendamente divertido ver a una mujer crecida pedaleando como si se le estuviera a punto de ir la vida cada vez que se acerca a cinco metros de un surfista. Después de recorrer todo el lago me arden las rodillas; por muy nostálgica que me ponga la situación, me siento muy aliviada de volver a tierra firme.

Mientras William se pasea por la orilla recogiendo palos, me tumbo en una toalla junto a Natasha. Mi amiga está disfrutando de un sueño que yo llevo mucho tiempo sin conciliar. Pasamos un par de horas allí y volvemos al Château de Roussignol a última hora de la tarde.

Cuando vamos de camino a nuestra casita, Natasha me da un codazo.

—Alguien te está saludando.

—¡Hola, Jess!

Charlie está en la puerta de su casita, al otro extremo del patio.

—¡Ah, hola!

Le devuelvo la sonrisa mientras busco la llave.

—Le gustas —susurra Natasha, y yo levanto la cabeza para asegurarme de que William no nos oye.

—No digas tonterías —le siseo—. ¿Cómo lo sabes?

—Para empezar, está viniendo hacia aquí.

Abro la puerta y hago pasar a Natasha y a William. Él entra enseguida, pero ella decide que no piensa ir a ninguna parte.

—¿Cómo estás? —le pregunto a Charlie cuando se acerca.

—Contento de que haya vuelto a salir el sol.

—¡Ja! Sí, espero que solo se tomara un día libre. Esta es Natasha, acaba de llegar.

—Encantada de conocerte —dice Natasha mirándolo de arriba abajo, como si estuviera en un concesionario evaluando la pintura de un modelo nuevo de descapotable.

—Igualmente —contesta Charlie sonriendo antes de dirigirse de nuevo a mí—. ¿Fuiste a la barbacoa familiar por la noche? Nosotros olvidamos que era ayer y salimos a cenar.

—Estuvo bien —contesto—. No sé si a Chloe le hubiera gustado mucho, pero William se lo pasó bien.

Me mira, con esos ojos verdes moteados.

—Ojalá lo hubiera recordado, hubiéramos ido con vosotros.

En este momento, soy incómodamente consciente de la sonrisa expectante de Natasha.

—¡PAPÁ!

Charlie se vuelve y mira a su hija.

—Ah, disculpad, la adolescente me reclama. Pobre de a quien se le ocurra no acudir a su llamada con presteza. Espero que volvamos a vernos pronto.

Y entonces se marcha con Chloe y yo me pregunto si Natasha tendrá razón al afirmar que le gusto.

—No te quitaba los ojos de encima —anuncia mientras entramos.

—Cállate.

—Es verdad. Menos mal que no te vio con esos *shorts* que llevabas ayer. No habría sabido dónde meterse.

Cuando entramos nos encontramos a William en el sofá, ya está enganchado

al iPad.

—¿Te lo has pasado bien hoy, cariño?

—Ha estado bien —contesta.

—Oye..., siento mucho que tu padre te fallara antes.

William levanta la cabeza.

—No me ha fallado. Es el jefe. Cuando tiene que trabajar, no puede evitarlo.

Reprimo una punzada de rabia. Ya sé que he sido yo quien le ha dicho a William que Adam tenía que trabajar, pero escucharle salir en defensa de su padre requiere un autocontrol que nunca supe que tenía. Aun así, imagino que le afecta saber que su padre sigue recurriendo a sus viejos trucos.

El olor del aire cambia cada día a media tarde. Ocurre cuando el sol todavía está alto y su calor penetrante ya ha empapado todas y cada una de las flores y plantas. Su dulce perfume veraniego con olor a hierbas flota en la brisa.

Al día siguiente de nuestra visita al lago, William, Natasha y yo vamos paseando hasta el *château* para tomar algo fresquito. Hay varios niños en el campo de fútbol. Uno de ellos se acerca a nosotros. Estuvo jugando con William en la piscina hace un par de días, aunque parece un par de años menor que mi hijo. Tiene el pelo de color zanahoria y los incisivos muy separados.

—Vamos a jugar un partido dentro de cinco minutos y nos falta un jugador. ¿Te apuntas?

—No sé —contesta William.

—Venga. Pruébalo.

Vacila un segundo y al final asiente poco animado. Se marcha hacia el campo. Veo a Ben, que está ordenando las tumbonas junto a la piscina. Lo saludo con la mano y me devuelve el gesto antes de coger una tumbona nueva. Después vacila, la deja en el suelo y se acerca a mí.

—¿Estás disfrutando de tus vacaciones? —pregunta.

Lleva un montón de pulseras de cuero en sus gruesas y bronceadas muñecas, así como una camiseta vieja del personal del *château* con un eslogan descolorido en el pecho. Tiene la piel bronceada. El color miel potencia la calidez de sus ojos marrones.

—Mucho, gracias. Es una pena que tengas que trabajar con el buen tiempo que hace —le digo.

—Hay trabajos peores. Y por lo menos hoy no me toca limpiar baños.

Caigo en la cuenta de que no los he presentado.

—Esta es mi amiga Natasha.

—Encantada de conocerte. —Lo mira a los ojos—. Parece que tienes acento de Cardiff.

Él sonrío.

—Muy bien.

—Mi abuela era de allí, tengo el oído entrenado.

Hay siete niños jugando, son de distintas nacionalidades y se comunican mediante el lenguaje universal del fútbol. Por desgracia, William no se defiende muy bien en ese idioma. Mientras los demás chicos corren por el campo, mi hijo parece limitarse a... merodear. En realidad, da la impresión de que le hayan explicado que el objetivo principal del fútbol es alejarse de la pelota. De vez en cuando, tiene alguna ocasión, pero no hay forma. William arruga la cara cada vez que pierde la pelota maldiciendo su propia ineptitud. Se me encoge el corazón.

Sigo mirando el partido y solo dejo de prestar atención cuando Ben y Natasha empiezan a reírse; los miro y descubro que él está completamente embelesado. Al final, ella se excusa para ir a prepararse para la cena y él se marcha casi brincando a seguir ordenando las hamacas.

—¿Qué tal?

Adam aparece a mi lado. Levanto la vista y le veo de perfil. Me mata lo guapo que es. Es como si todas esas cosas que en su día me embrujaron (el olor de su piel, el tono de su mirada) ahora existan solo para atormentarme.

—Hola —contesto con frialdad.

Nos quedamos uno al lado del otro en silencio y observamos cómo nuestro hijo se coloca en la esquina más alejada del campo. Somos los únicos espectadores.

—¿Ha marcado? —pregunta Adam.

—No... todavía.

—¡Ánimo, William! —grita Adam.

Mi hijo levanta la cabeza, ve a su padre y la ansiedad le arruga la frente. Pero la determinación no es suficiente. Corre por el campo como si fuera una hada andando de puntillas por un caminito de piedras y es incapaz de acercarse al balón.

Adam tiene una extraña mirada en los ojos, como si acabara de descubrir la peor de las verdades: su hijo es nefasto jugando al fútbol.

—Tiene...

—No digas ni una palabra.

Se vuelve para mirarme.

—Pero tiene...

—Sí, Adam, ya lo sé. Es malísimo. Nunca meterá un gol. Es...

—Solo iba a decir que tiene el cordón desatado.

Levanto la cabeza.

—Oh. Vaya. ¡WILLIAM!

Intento llamar su atención, pero él me hace gestos con las manos para que lo deje en paz, como si estuviera intentando deshacerse de un gato sarnoso.

—¡EL CORDÓN!

Se para y me mira con el ceño fruncido. Pero entonces una de las chicas holandesas le pega un balonazo por accidente: William vuela por el campo, aterriza con la mejilla y termina con la boca llena de polvo. Adam corre hacia él.

—Estoy bien, papá —farfulla mientras Adam lo levanta.

—¿Estás seguro? ¿Por qué no vienes a sentarte?

William adopta una postura heroica y dice que quiere seguir jugando. Los chicos de su equipo se comportan de una forma todavía más heroica aguardando su regreso con expectación. Adam y yo volvemos.

—Pensaba que ibas a quejarte de que no se le daba bien —confieso.

—No pensaba decir nada.

—Lo siento.

Se hace un silencio incómodo.

—Aunque... es sorprendentemente malo.

Lo miro de reojo y se me escapa una carcajada.

—Oh, bendito sea. Menos mal que le quiero un montón.

—Le queremos —me corrige.

En mi cabeza, flotan un montón de objeciones a lo que Adam dijo ayer. Si quisiera de verdad a William, actuaría en consecuencia. Haría las cosas que hace cualquier padre que quiere a su hijo: lo antepondría a cualquier otra cosa. Siempre.

—Siento lo de ayer —me dice.

No puedo ni mirarlo.

—¿Puedo explicártelo? Era el cumpleaños de Simone. Ella había reservado ese hotel antes siquiera de que tú hubieras confirmado que veníais. Fue hace meses. Debería habértelo explicado, pero di por hecho que no tendría importancia porque solo era un día de las cinco semanas que vais a pasar aquí. No tenía ni idea de que querríais pasar conmigo cada día que tuviera libre.

—Yo no. Pero teniendo en cuenta que William lleva meses sin verte, al contrario que Simone, ¿no crees que él tendría que haber sido tu prioridad?

No contesta.

—Parece que piensas que, como lo has llevado una vez a hacer barranquismo, ya has cumplido con tu parte. Has jugado a hacer de superpapá, has subido las fotografías a Facebook y ahora ya puedes volver a tu vida habitual. Una vida en la que William apenas parece existir.

—Eso no es verdad, Jess.

—¡Claro que sí!

—Mira, vivimos muy alejados el uno del otro. Eso es así. Por tanto, me las tengo que apañar con Skype y...

—Apenas le conoces, Adam. —Aparta la mirada, no sabe qué contestar—. Para ti es más como... un sobrino al que le tienes cariño, pero al que no ves mucho. Nunca has tenido que enfrentarte a la parte dura de la paternidad. Has tenido el lujo de estar ausente. De no haber tenido que crecer.

Aprieta los dientes.

—¿Qué ocurrirá en el futuro, Adam? No estoy hablando de mientras sea un

niño, sino de cuando crezca. ¿Quién va a estar con él para aconsejarle cuando quiera comprarse un coche nuevo o cuando quiera alquilar su primer apartamento? ¿Asumes que lo voy a hacer yo sola?

—Jess. No quiero discutir contigo, de verdad. Pero a veces das la impresión de olvidar que fuiste tú la que quiso que rompiéramos.

—Oh, no me tires de la lengua —digo, porque no tiene ni un solo argumento.

Sabe muy bien que no tuve elección. Es posible que, técnicamente, yo fuera la que se marchó, pero él estaba desesperado por poner fin a la relación. Lo dejó muy claro en los meses anteriores y en los años posteriores.

Intenta mirarme a los ojos, pero yo me niego a mirarlo.

—Mira, siento no poder estar con vosotros todo el tiempo, que no pueda apoyaros en el día a día. Y también me disculpo (otra vez) por lo de ayer, pero fue un malentendido, nada más. Se lo voy a compensar.

Aprieto los dientes mientras miro a William y recuerdo la cara que puso cuando le expliqué que la salida se había cancelado.

—Tienes que madurar y comportarte como un padre, Adam —susurro.

Al principio, no contesta. Deja que mis palabras le golpeen en el estómago e intenta asimilarlas.

—¿Puedo decir algo?

Me preparo para el ataque, para la pelea que sé que he empezado con esa frase completamente incendiaria pero justa.

—No lo digo a menudo, pero quiero que sepas lo mucho que valoro todo lo que haces. Eres una madre maravillosa. Y al margen de lo que pasara entre nosotros, estás educando muy bien a William. Ya sé que estás haciendo todo el trabajo duro, y sé que no es fácil. El niño es alucinante, sepa jugar al fútbol o no.

Respiro hondo y noto cómo se me agolpan las emociones. Clavo los ojos en el césped e intento evitar que me tiemble el labio.

—También quiero decir que... no sé por qué has decidido venir aquí de repente, después de haber pasado tantos años intentando evitarme. Pero me alegro.

Una oleada de emociones se adueña de mi pecho y soy incapaz de mirarlo.

—Fue mamá.

—¿Qué?

—Fue mi madre quien quiso que viniéramos. —Me estoy esforzando tanto para no ponerme a llorar que me palpita la cabeza—. Por mucho que odiara lo que hiciste, Adam, ella no soporta la idea de que tú y William viváis separados. Siempre lo ha pensado. Pero, desde que empezó a vivir en la residencia, parece todavía más empecinada. Ella piensa que la familia es importante. No importa lo que haya sucedido en el pasado. —Miro el suelo—. En cierto sentido, está

intentando ser práctica. Ella y papá han criado a William conmigo. Dadas las circunstancias, eso ya no es posible. Y le preocupa que tenga que hacerlo sola.

—¿Quieres más dinero? —pregunta.

—No, Adam. Para serte sincera, cuando te planteé la posibilidad de venir, solo lo hice por ella. —Adam guarda silencio—. Pero esta es la verdad: desde que llegué, he visto con mis propios ojos lo mucho que desea William que formes parte de su vida. Te idolatra. Y, por mucho que me moleste admitirlo, creo que mi madre tiene razón. William necesita que te impliques en su vida. Más de lo que lo haces actualmente.

Me miro las manos antes de proseguir.

—Ya sé que nunca volverás a Inglaterra. Ya sé que tu vida está aquí, pero... quizá si pudieras plantearte la posibilidad de venir más a menudo de visita o de que William pudiera venir o...

—Claro. Claro.

Y entonces, con un palpito en las sienes, susurro la pregunta que me quema los labios.

—¿Crees que alguna vez volverás a Inglaterra? Solo por curiosidad.

Adam tarda un segundo en contestar.

—Me parece que tú ya has contestado a esa pregunta, Jess, ¿no?

Sorbo por la nariz y sonrío con cordialidad.

—Solo quería preguntar. —Me enderezo e intento encontrar una forma de relajarme—. Bueno, prométeme que no volverás a hacerle algo así a William.

Adam suaviza la mirada.

—¿Me estás amenazando, Jess?

—Por supuesto. Si vuelves a cagarla, te pondré una crítica horrenda en TripAdvisor.

Se ríe y después guarda silencio un segundo.

—¿Ya saben lo que tiene tu madre?

Otra vez ese peso en el pecho.

—Es una enfermedad neurodegenerativa.

—Ya lo sé, pero... ¿qué es? ¿Esclerosis lateral amitrófica o algo así?

—No están seguros —contesto.

Pero estoy mintiendo.

Porque todavía me resulta demasiado difícil decirle la verdad a Adam.

Cuando empezaron los síntomas de mi madre, los cambios no fueron evidentes para aquellos que la rodeaban. Básicamente, porque no nos estábamos fijando.

Lo primero que cambió fue su carácter. Pasó de ser una mujer que siempre solía estar de buen humor y alegre, a alguien capaz de perder los estribos por completo por el detalle más insignificante. No ocurría siempre, claro: los ataques eran raros, pero tan volcánicos que eran imposibles de ignorar. Y podía provocarlos cualquier cosa: que yo no tuviera la habitación ordenada; que se le hubiera descosido el dobladillo de la falda; que mi padre intentara afirmar que devolver en los servicios de mi escuela no era para tanto.

Recuerdo varios incidentes que ocurrieron cuando yo estaba en la universidad cuya importancia se hace más clara con la perspectiva del tiempo.

Una vez, cuando volví a casa durante las vacaciones de primavera, salí de mi dormitorio un domingo por la mañana y me la encontré en la cocina rodeada de ingredientes.

—¿Qué estás haciendo?

Amy Winehouse cantaba en la radio y los rayos del sol se colaban por las ventanas.

—Un pastel de Pascua —contestó invitándome a mirar la fotografía de uno de sus libros brillantes.

Mi madre había confeccionado creaciones mucho más complejas, pero aquel pastel era una monada: un bizcocho de coco de un solo piso cubierto de *fondant* verde y un conejito en lo alto.

—Muy mono —dije, y me senté en la mesa para hojear el periódico y charlar antes de que ella tuviera que irse a trabajar.

Pero mientras intentaba hablarle de una clase a la que había asistido antes de las vacaciones, me di cuenta de que no dejaba de leer la receta y de que después contemplaba la pasta con ansiedad. Era como si su cerebro le impidiera conectar ambas cosas. Se ponía a amasar un trocito, le daba la forma que quería y después

se paraba y murmuraba con enfado para sí.

—¿Va todo bien, mamá? —pregunté cerrando el periódico.

—Sí, es que he pasado mala noche —espetó soplando para apartarse el flequillo de la cara—. No estoy de humor para esto. Ya lo haré mañana.

Cerró el libro de golpe.

Pero nunca acabó aquel pastel de Pascua.

Al mirar atrás, me doy cuenta de que hubo un montón de pruebas antes de que nadie hiciera nada al respecto. Su inquietud, sus pequeños tics, movimientos extraños pero casi imperceptibles. Estuvo haciéndolos durante un montón de tiempo hasta que alguien advirtió las señales.

No sabría decir si mi madre realmente no se daba cuenta o si estaba ignorando todo aquello a propósito. En cualquier caso, llegó un punto en que tuve claro que debía ir al médico.

La Navidad anterior al nacimiento de William, ella y yo habíamos decidido ir al Trafford Centre para terminar las compras. Estábamos de camino a casa, llevábamos el maletero de su pequeño Corsa rojo hasta los topes de regalos y toda clase de parafernalia para bebés a la que ella había sido incapaz de resistirse.

—¿Crees que tienes suficientes pijamas? —preguntó cuando nos paramos en un semáforo de su calle.

—Tengo unos cuarenta, así que espero que sí.

—Créeme, nunca son demasiados. Si el bebé se parece a ti, se pasará el día babeando.

El semáforo se puso verde, ella arrancó y se acercó al desvío de casa, pero pasó de largo.

—Mamá, ¿qué haces? —pregunté entre risas.

Ella me miró, pero siguió conduciendo.

—¿A qué te refieres?

—Acabas de pasarte tu casa de largo —le dije con incredulidad.

Puso el intermitente y paró. Se había quedado pálida y tenía pánico en los ojos.

—Mamá, ¿qué ocurre?

Negó con la cabeza.

—Nada. Es que me he distraído. Estaba pensando en el bebé.

Esperó a que no viniera nadie y dio media vuelta. Pero, cuando cogió el volante, enseguida me di cuenta de que algo no marchaba bien. No recordaba el camino a casa.

—La siguiente a la izquierda —dije.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó enfadada.

Sin embargo, sin esa sencilla indicación, no estoy segura de que hubiera encontrado el camino de vuelta a la casa en la que había vivido durante quince años.

Le hice prometer que iría a ver al médico. Me dijo que le habían mandado hacerse pruebas, pero que todo el mundo estaba convencido de que no sería nada. Ocultó lo que estaba ocurriendo decidida a no darme su terrible noticia mientras yo estuviera embarazada, porque le preocupaba que los nervios pudieran afectarme a mí o al bebé.

Como estaba distraída pensando en lo que estaba ocurriendo entre Adam y yo, completamente concentrada en el embarazo, acepté sus palabras de consuelo. Porque en ese momento, antes de que yo supiera la verdad, los efectos devastadores de su enfermedad todavía no habían llegado. Me convencí de que mi madre solo era una de esas mujeres incapaces de estarse quietas y que yo debía de haber exagerado el recuerdo que tenía de lo que había ocurrido en el coche. Me resultó fácil esconderlo en el fondo de mi conciencia.

Añoro aquella época: cuando la enfermedad de Huntington no formaba parte de mi vocabulario. Cuando no sabía que la enfermedad de mi madre era mortal, cuando no había oído decir que era la enfermedad más cruel conocida por el hombre. Y, desde luego, cuando no sabía que yo tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de heredar el gen defectuoso que la provoca.

Antes de descubrir que mi madre tenía la enfermedad de Huntington, la actitud que yo tenía hacia mi cuerpo era la misma que tiene la mayoría de la gente.

Damos por sentado que gozar de una buena salud es un derecho divino, como si siempre fuéramos a encontrarnos así de bien. Las enfermedades graves siempre les ocurren a otras personas. Gente que sale en los periódicos o en Facebook, que comparte historias nobles y batallas personales.

Pero resulta que, de un día para otro, nos convertimos en esas personas.

Mi madre y mi padre me hablaron juntos sobre el diagnóstico de la enfermedad de Huntington algunas semanas después de que Adam y yo rompiéramos.

Nos sentamos juntos frente a la enorme mesa de pino donde comíamos cuando yo era una niña. Recuerdo que la cocina, que solía estar immaculada, ya empezaba a dar señales de dejadez. Había cercos de café sin limpiar encima de la madera, una pequeña pila de platos en el fregadero, un trapo de cocina de flores arrugado en la esquina junto a la lavadora, lleno de furiosas manchas de comida.

Intentaba darle de comer a William, pero él no dejaba de llorar. Solo conseguí apaciguarlo un poco cuando me levanté y me paseé con él en brazos.

—Dame, deja que lo coja —dijo mamá levantándose, y yo le di al niño.

Se calmó automáticamente. Lo miró a los ojos, tenía a mi precioso niño en brazos y parecía tan feliz que nadie habría sido capaz de imaginar lo que estaba a punto de decirme cuando se volvió a sentar meciéndolo en silencio.

—Los doctores han descubierto que padezco la enfermedad de Huntington.

Entorné los ojos mientras asimilaba las palabras.

—¿Qué?

—¿Has oído hablar de ella? —me preguntó con delicadeza.

—Creo que sí... No sé.

—Bueno. Voy a explicarte todo lo que sé.

Cuando me explicó que padecía la enfermedad de Huntington, lo que era y

que yo tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de heredarla, lo hizo con decisión y seguridad.

En aquel momento, ella tenía cuarenta y tres años: era demasiado joven para tener una enfermedad mortal. Estaba extrañamente tranquila mientras hablaba, casi serena. Y, aunque me estaba explicando lo más impactante y cruel que he escuchado en mi vida, no lloró. Contuvo las lágrimas. Las consecuencias de la enfermedad matarán a mi madre, probablemente más pronto que tarde. Es una luchadora nata, pero se le está acabando el tiempo.

—Cuesta asimilarlo, Jess —dijo—. Pero quiero que sepas que... no importa lo difíciles que se pongan las cosas, nos apoyaremos los unos a los otros.

Empecé a sudar. Notaba la humedad en la piel y el mareo. Me sentí como si estuviera viviendo una experiencia extracorporal, un sentimiento que, extrañamente, tardó varios días en desaparecer; cuando ocurrió, fue cuando me eché a llorar. Esos enormes sollozos que era incapaz de reprimir.

Aquella noche la pasé conectada a Internet. Probablemente, podría recitar de memoria el primer artículo que leí acerca de la enfermedad en la página web de la Sociedad Americana para la Enfermedad de Huntington:

La enfermedad de Huntington es un trastorno genético mortal que provoca un fallo progresivo de las neuronas. Deteriora las capacidades físicas y mentales del paciente durante los primeros años de enfermedad. No tiene cura. Cada hijo de un padre con la enfermedad de Huntington tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de heredar el gen defectuoso.

Muchas personas dicen que los síntomas de la enfermedad de Huntington son como padecer esclerosis lateral amiotrófica, párkinson y alzhéimer a la vez.

Los síntomas suelen aparecer entre los treinta y los cincuenta años. Empeoran a lo largo de los diez o veinte años siguientes. Con el tiempo, la enfermedad de Huntington afecta la capacidad del paciente para razonar, caminar y hablar.

Los síntomas son:

- Alteraciones de personalidad, cambios de humor y depresión.
- Descuidos y falta de juicio.
- Inestabilidad para caminar y movimientos involuntarios (corea).
- Habla dificultosa, problemas para tragar y una pérdida de peso significativa.

Al final, el paciente muere de neumonía, enfermedades cardiovasculares u otras complicaciones.

Solo hay unas cuantas personas que sepan todos los detalles, entre ellas Becky y Natasha. Respecto a los demás, bueno, he evitado ponerle nombre a la enfermedad de mamá. Les digo lo mismo que le he dicho a Adam: que es una enfermedad neurodegenerativa. Todo el mundo parece concluir que es una enfermedad de la motoneurona.

No me gusta ser tan reservada. Ya sé que es algo que debería saber todo el mundo. Mi conciencia me dice que debería estar ayudando para que las personas conocieran la enfermedad de Huntington o participar en carreras para recaudar dinero para investigar.

Pero, hasta que no encuentre el momento adecuado para explicárselo a William, tiene que ser así.

He pensado mucho en cuándo debería hacerlo. En si debería dejarlo caer en alguna conversación unas cuantas veces o sentarme con él y tener una superconversación. Pero al final todo se reduce a esto: no puedo soportar la idea de que sepa lo que puede depararnos a los dos el futuro. Solo tiene diez años.

Quiero que William viva como cualquier niño, con emoción y optimismo, que su única preocupación sea si consigue o no darle bien al balón.

Cuando el equipo de William cae derrotado por 18 a 3, yo ya he intercambiado varios mensajes largos con papá y he echado por tierra cuatro meses de clases de *grit* pidiendo un plato de exquisiteces caloríficas: salchichón acompañado de ensalada de col y tostadas.

—No puedo creer que hayamos perdido —dice William suspirando con desánimo.

—Bueno, no te preocupes. ¿Quieres tomar algo?

Le pido un zumo de manzana a Delphine, la joven camarera que está de servicio.

El sol ha empezado a ponerse y la cascada de luz naranja tiñe los cipreses y los tonos suaves de las paredes de piedra del *château*. En la piscina solo hay un hombre haciendo largos, con las gafas pegadas a la cara. El calor residual del día ha potenciado los olores que perfuman el aire, que huele a ciclamen y tomillo.

—¿A papá le pareció que yo lo hacía bien cuando vino a ver el partido? —pregunta William mientras esperamos a que nos traigan el zumo a la mesa.

—Le pareciste maravilloso.

—¿Me vio cuando estuve a punto de marcar ese gol al final del partido?

No imagino a qué puede estar refiriéndose; por lo que he visto, ha tenido tantas probabilidades de marcar un gol como un paseante de São Paulo.

—No se lo habría perdido, William. Lo has hecho genial —le digo con entusiasmo.

Levanto la cabeza y veo que ha llegado Natasha, aunque la han retenido: está hablando con un tipo que está sentado en la terraza.

—Deberías practicar con tu padre —prosigo cuando Delphine aparece con el zumo—. Antes jugaba muy bien al fútbol. Quizá pueda darte algunos consejos.

—Genial —contesta William encogiéndose de hombros, y engulle el zumo mientras Natasha se acerca a nosotros acompañada del tipo con el que estaba hablando y una copa de vino tinto en la mano.

—Jess, este es Joshua. Vive muy cerca de mí en Islington. Somos casi vecinos.

Me atraviesa con la mirada y comprendo, gracias a la intuición femenina (o quizá porque sería más sutil si me tirara un ladrillo a la cabeza) que ve potencial en él.

—Vaya, qué bien. Siéntate con nosotras. —Sonrío y retiro una silla—. Este es William.

—Encantado de conocerte.

Joshua tiene los ojos azules y un bronceado muy trabajado que oculta el leve rubor de sus mejillas rosadas. Está un poco gordo y tiene unos cinco años más que Natasha. Pero luce una sonrisa bonita y la clase de pelo espeso y cuidado que haría las delicias de cualquier abuela.

—Voy a los columpios —anuncia William, que se marcha con los demás niños que están reunidos en la zona de juegos.

—Estaba intentando convencer a Natasha de que se sentirá como en casa en mi apartamento cuando regrese a Londres —comenta Joshua sonriendo.

Frunzo el ceño y me pregunto qué me habré perdido, pero Natasha se ríe.

—Hago mis pinitos en el mercado inmobiliario —explica alzando una ceja.

—Ah.

—Me temo que estoy encantada en mi apartamento —le dice Natasha—. Y tardé mucho en encontrarlo. De momento, no me planteo cambiar.

Él tuerce el gesto.

—Es una lástima. Tendré que buscar otra excusa para volver a verte.

Durante la media hora siguiente, parecen entenderse la mar de bien. Y eso a pesar, o quizá esa sea la razón, de que Natasha no parece darse cuenta de que el tema de conversación preferido de Joshua es claramente... Joshua.

Al final, cuando ya hemos hablado de sus dos coches, su casa, su negocio de antigüedades que lo ha llevado hasta la Dordoña, su hándicap de golf y el viaje a esquiar que hizo a Verbier a principios de año, consulta el reloj.

—Bueno, tengo que marcharme. Pero espero verte muy pronto.

Natasha levanta la mano y se despide de él mientras se marcha.

—¿Crees que le gusto? —susurra.

—Claro que sí. —Le doy un sorbo a la copa—. ¿El sentimiento es mutuo?

—Bueno, lo tiene todo. Es inteligente, solvente, educado, habla cinco idiomas. Tiene un pelo precioso. Vaya, ahí está nuestro vecino otra vez.

Levanto la vista y veo a Charlie, que nos está mirando. Por un momento parece sorprenderse cuando se da cuenta de que le he pillado mirando, pero luego esboza una enorme sonrisa.

Natasha se baja las gafas de sol.

—Lo tienes en el bote.

—Eso ya me lo has dicho.

Sonríe.

—Y ¿qué ha dicho Adam después del desastre del *rafting*?

Suspiro.

—Se ha disculpado, me ha dicho que valora mucho todo lo que hago como madre, que quiere a William y que solo fue a ese hotel porque era el cumpleaños de Simone y ya hacía mucho tiempo que ella había hecho esa reserva.

Mi amiga frunce los labios y suelta un «mmm».

—Bueno, espero que no te creas ni una sola palabra.

—Claro que no. ¿Crees que soy idiota?

Desde que ha llegado Natasha, hemos adoptado una rutina distinta: nos levantamos más tarde de a lo que William está acostumbrado, tomamos un desayuno mucho más copioso del que puede digerir y después vamos a visitar algún lugar o nos relajamos en la piscina.

Disfruto de esos sencillos placeres en cuerpo, pero mi espíritu no está aquí del todo. En cuanto abro los ojos cada mañana, empiezo a pensar en mamá. La ráfaga de pensamientos que siguen a continuación me acompañan el resto del día, lo que dificulta que pueda concentrarme en nada más.

Aun así, me alegro mucho de recibir a Becky y a su familia. Si hay algo capaz de sofocar el murmullo que tengo en la cabeza, es esta pandilla.

—Igual tengo que meter parte del vino en tu nevera, Jess, ¿te parece bien? No sé si habrá espacio suficiente en la nuestra —dice Becky mientras Seb se tambalea bajo el peso de una caja llena de cervezas. Tiene los mismos ojos verdes pálidos y la misma sonrisa juguetona que tenía cuando íbamos a la universidad, pero el tiempo y los tres niños que vinieron a continuación han contribuido a que su pelo se haya vuelto un poco más gris, la piel un poco más cetrina y el ánimo general un poco más cansado.

—Lo que quiere decir es —comenta Seb— que hemos comprado tanto alcohol en el supermercado que parece que haya un canguro en el maletero castigando la suspensión del coche.

Deja la caja en la mesa y se acerca para darme un abrazo de oso.

—Vaya, ¡cómo os he echado de menos! —digo devolviéndole el abrazo.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—En fin de año —le recuerdo—. Una fiesta fantástica, por cierto, aunque alguien tendría que explicarle a tu mujer que debería haber madurado lo suficiente como para no despertarse en la bañera.

La casita de Becky y Seb está un poco alejada de las nuestras. Se alojan un poco más cerca del *château*, en una de las que renovaron el año pasado. Es un

refugio muy acogedor, con antiguas paredes de piedra, lo bastante grande para los cinco y rodeado de cremosas madreselvas de color amarillo. Echo un vistazo a la parte trasera de su 4x4. Llevan carritos, toda clase de cacharros para niños, pañales y muñecas.

—Ya veo que viajáis igual de ligeros que yo.

—En realidad, necesitábamos un camión de cuatro toneladas —admite Becky cogiendo dos botellas de vino, metiéndose un cambiador debajo del brazo y agarrando una bolsa de viaje con la otra mano.

Cojo una maleta y la sigo.

Becky se tiñó el pelo de castaño rojizo cuando íbamos juntas a la universidad; después de probar como dieciséis tonos diferentes, ya hace un año que lleva la melena ondulada teñida de suaves tonos rubios. Ha ganado un poco de peso, pero las curvas le sienta bien; tiene la piel clara, con tonos melocotón; los ojos, de color avellana. Lleva unos vaqueros desgastados, un top holgado color vino y una docena de pulseras de plata repicando en los brazos.

A pesar de vivir en una casa muy respetable de Hebden Bridge, Becky sigue conservando la imagen de alguien que no ha nacido para sentar cabeza. Quizá esté basando mi opinión en la chica que conocí hace tiempo, que cambió dos veces las asignaturas en la universidad, se mudó de apartamento como media docena de veces y la única relación a largo plazo que mantuvo fue con la Compañía de Préstamos para Estudiantes.

En la universidad, Becky y Seb eran amigos míos y de Adam. Lo eran mucho antes de que empezaran a salir. Seb, un estudiante de Económicas de Birmingham, era dulce, tímido. Pero una vez que superabas ese exterior tan callado, era un tipo divertidísimo, tanto que conseguía que te atragantaras de la risa. Era alto y delgado, tenía los ojos verdes y un espeso pelo rubio que a veces tenía vida propia.

Había sido amigo de Adam desde que se conocieron en los pasillos de la residencia. Cuando me lo presentaron en segundo curso, enseguida llegué a la conclusión de que Seb era un encanto. Lo sigue siendo: un marido leal, un gran amigo, un tipo majísimo y el hermano que Adam no tuvo nunca.

El hecho de que no se liara antes con Becky no fue por falta de motivación por parte de Seb. Él la adoraba. Se notaba que moría de deseo cada vez que ella hablaba, le brillaban los ojos de admiración cuando se reía y se sonrojaba cuando flirteaba con él. Pero, por desgracia, en aquella época, Becky habría flirteado con una patata si hubiera creído que estaba interesada en ella.

Sin embargo, Seb no era el tipo de Becky. Su tipo englobaba toda clase de vagos tóxicos. Y cuando ella estaba superando la ruptura con el enésimo imbécil, una de las dos compró entradas para ir a ver a Oasis en el estadio del City.

Aquella noche nos emborrachamos y nos embriagamos de una música y de una vida que siempre asumimos que sería así de sencilla y buena. Adam me rodeó con los brazos bajo la luz tenue del escenario y mientras sonaban los acordes de *Champagne Supernova* algo me llamó la atención. Seb le había dado la mano a Becky. Vi cómo él comprobaba a escondidas si ella se iba a apartar.

Pero en el rostro de mi amiga había florecido una suave expresión de sorpresa. Ya debía de haberse dado cuenta de lo que él sentía por ella. Pero el descaro de su gesto en ese momento pareció darle una imagen completamente nueva. Mientras nos empapábamos de aquella música y de los embriagadores aromas del verano en la ciudad, dos de mis personas favoritas se encontraban por fin.

—Becky, ¿puedes venir un segundo? —la llama Seb desde dentro.

Ella suspira y se adentra tambaleándose con el vino. James y Rufus están en pleno debate sobre quién pegó primero a quién. Poppy patalea en el suelo.

—¿Qué le pasa a Poppy? —pregunta Becky por encima del alboroto.

—Que no hay televisión para ver *Peppa Pig* —contesta Seb frotándose la cabeza.

Becky agacha los hombros y se acucilla delante de su hija.

—A ver, Poppy. —La voz de mi amiga es serena y lo bastante autoritaria como para asustarme incluso a mí—. Si sigues así, tendrás que ir al rincón de pensar.

Seb se vuelve muy serio hacia los dos niños.

—Vosotros dos: ya basta.

Los niños lo ignoran por completo.

—CHICOS. ¡BASTA YA!

Nunca había escuchado a Seb levantar la voz.

—Mirad, se supone que estáis de vacaciones. Y eso significa que tenéis que llevaros bien. Ahora quiero que me expliquéis, con tranquilidad, cuál es el problema.

—Ha empezado él...

—No, has sido tú...

—Pero él me ha pegado y...

—Le odio y...

—¡BASTA! —interviene Becky apartando a Seb para después obligar a sus hijos a sentarse cada uno en una esquina de la casa.

Los niños empiezan a discutir sobre cuál es el mejor sitio.

—Estamos así desde que hemos salido de casa —me explica Becky.

—Estamos así desde 2012 —la corrige Seb.

Becky suspira.

—Bueno, el sitio parece precioso. Y Seb se muere de ganas de ver a Adam.

Seb y Adam han conservado su amistad durante todos estos años, pero no de la misma forma que Becky y yo. Nosotras nos llamamos y nos escribimos varias veces a la semana y hacemos el esfuerzo de vernos de vez en cuando. Seb y Adam han mantenido el contacto como lo hacen los hombres. Comentando posts en Facebook, yendo a despedidas de soltero e invitándose a una pinta cada vez que la vida tiene el detalle de juntarlos.

—Adam está ocupado —le digo—. Tiene una novia nueva.

—Siempre tiene una novia nueva —contesta ella con desdén—. Seb ha conocido a docenas de mujeres a lo largo de estos años. Es incapaz de recordar ni uno solo de los nombres de...

—Matilda —la interrumpe.

—¿Qué? —murmura Becky.

—Matilda —repite—. A esa la recuerdo.

—¿Era aquella chelista con el cuerpo de Jessica Rabbit? —pregunta Becky—. Me pregunto por qué será que recuerdas a esa en particular.

—Ya sabes que me encanta Stravinski —contesta sonriendo.

Como Becky, Seb y los niños han hecho un largo viaje para llegar hasta aquí, Natasha y yo nos ofrecemos a preparar una barbacoa para cenar. Así que por la tarde vamos al supermercado más cercano a abastecernos de hamburguesas, salchichas, un par de bistecs y otro producto carnívoro no identificado que la mujer del mostrador ha decidido, por error, que queríamos. Nos ha parecido demasiado difícil explicarle que no.

La ventaja de estar en la última casita de Les Écuries es que tenemos más espacio que los demás. La casita tiene vistas a una pradera de suave hierba verde flotante; delante, hay una parcela de piedras donde montamos las mesas. Adam nos trajo más de media docena de sillas plegables y una mesa de comedor extra. Y hemos traído de cada casita los platos y los cubiertos que necesitamos.

Mientras el humo de la barbacoa empieza a flotar por el aire, los niños juegan a pillar en la hierba. Becky nos sirve a todos un poco de Rioja y viene a ayudarme a la barbacoa.

—¿Qué es eso? —pregunta mientras yo cojo unas tenazas.

—Carne. Me temo que no puedo ser más concreta.

—Seb se lo comerá, no te preocupes. Tiene un estómago que parece una picadora industrial.

Poppy se escabulle de sus brazos y se marcha corriendo con su padre, que la coge y le hace cosquillas en el cuello mientras ella se convulsiona presa de una risa contagiosa.

—Me encanta ver que los niños se llevan tan bien —dice Becky—. William los relaja. Espero que dure.

La pelea de antes entre James y Rufus no fue un caso aislado. Ya sé que es normal que los hermanos se peleen, pero estos dos críos son enemigos acérrimos que parecen nacidos en planetas diferentes. James es serio, estudioso, fan de One Direction, Barbie y The Sound of Music. Rufus es un niño de cinco años duro y bruto, le encanta la lucha libre, el rugby y hacer ruido. Los dos son niños

encantadores, hasta que los pones juntos. Entonces se convierten en un par de psicópatas.

—¿Quieres que me ocupe yo?

De repente, Adam está a mi lado, tan cerca que puedo oler el sol en su piel. Me aparto y cojo las tenazas.

—Está todo controlado —le digo dándole la vuelta a un bistec.

Esta noche tiene un aspecto completamente relajado, lleva unos *shorts* largos y una camiseta del personal del *château* verde aceituna ajustada al pecho. Había dado por hecho que traería a Simone para presumir de ella delante de Seb, pero nos ha dicho que su novia ha decidido acabar más pronto que de costumbre y se ha marchado al apartamento que tiene alquilado con Ben en Sarlat. No puedo negar que me siento aliviada. Espero que todos hayamos superado el bochornoso incidente que tuvo lugar en la casita de Adam, pero estar en compañía de viejos amigos lo hace más sencillo, más dulce incluso, siempre que no tengas que compartirlos con nadie.

—No me importaría —insiste.

Becky se echa a reír.

—¿Qué os pasa a los hombres con las barbacoas? —Me da un codazo—. Jess, es evidente que estás ocupando lo que él considera sus dominios.

Adam le sonrío.

—Solo me estoy ofreciendo a ayudar. Pero ahora que lo mencionas, estoy seguro de que si me dejaras las tenazas...

—Piérdete —le digo riendo, y le atizo con el trapo de cocina—. Si quieres ayudar, puedes preparar la ensalada.

—Vaya, ya veo. Así que tú te quedas en la barbacoa girando costillas y me mandas dentro a hacer ensaladas. Este podría haber sido el comentario más masculino que has hecho en tu vida, Jess.

—Está claro que no la oyes hablar a tus espaldas —comenta Becky.

—Está bien. Yo prepararé la ensalada. Pero, para que lo sepas, será una ensalada muy masculina.

Becky se ríe cuando Adam se marcha, pero se para en seco.

—Lo siento —susurra—. Es que es divertido. Aunque sigue siendo gilipollas. Definitivamente, un gilipollas.

Bajo la noche estrellada, bebemos vino y recordamos viejos tiempos acompañados por las risas de tres niños cansados pero felices que juegan en el césped. Son las nueve y media y Poppy ya está dormida en su tumbona con el pijama puesto, bien acurrucada bajo una manta. Técnicamente, los otros niños también deberían estar en la cama, pero han decidido quedarse despiertos hasta tarde, y nadie tiene ganas de pelearse con ellos, aunque eso signifique que Seb y Becky tengan que apaciguar alguna que otra riña de vez en cuando. Los adultos están sentados a una mesa con velas de citronela, todos hemos comido y bebido en abundancia; compartimos la alegría de estar con gente a la que queremos.

—¿Va todo bien después de mi metedura de pata del otro día?

Adam se ha inclinado hacia mí. Levanto la mirada sobresaltada; después miro hacia delante, me niego a ver cómo la luz de las velas le ilumina la cara y se refleja en sus ojos oscuros.

—Claro que sí.

—Por si sirve de algo... quiero que sepas que te escucho.

Lleva una nueva loción para después del afeitado. Antes utilizaba Hermès, una que le compré para Navidad, incluso años después de la ruptura.

—Bien, me alegro.

—Y pasaré más tiempo con él mientras estáis aquí.

—Me alegra oírlo. Gracias. —Me planteo dejar la conversación aquí, pero no puedo—. Y... ¿cuándo?

Adam se remueve en la silla, como si lo hubiera incomodado.

—Bueno, tendré que mirar la agenda.

Noto cómo me desanimo.

—Tú haz lo que puedas, Adam. Es lo único que te pido.

—Papá, ¿vienes a jugar?

William aparece a nuestro lado. No ha pedido la atención de Adam en toda la noche. Y tampoco la ha conseguido, Adam lleva toda la noche hablando con

Seb.

—Buena idea. ¿Qué tal si jugamos al Gin Rummy?

Adam se saca una baraja de cartas del bolsillo de atrás.

—Estábamos pensando en un partido de críquet —comenta William.

—Está muy oscuro para jugar al críquet. Ven, siéntate. James, Rufus, ¿venís a jugar?

Los niños se acercan, más cansados que interesados: observan mientras Adam nos reparte las cartas.

—Bien, aquí hay que jugar con dinero —les explica Adam—. Si no, no tiene sentido.

Y eso le da una perspectiva completamente diferente al juego. De repente, los tres niños se muestran interesados.

—A ver, William, la cuestión es: ¿cuánto dinero tienes y cuánto quieres apostar?

—Tengo un poco de dinero que me dio el abuelo —dice levantándose para ir a buscarlo. Adam lo coge del brazo y lo vuelve a sentar con suavidad—. Solo por esta vez, yo te financiaré.

Saca un montón de monedas del bolsillo.

Apostamos con céntimos. Aunque el aire oscuro de la noche ya lleva un rato refrescándonos los hombros, una parte de mí no quiere que el juego termine. Y es algo bastante significativo: al lado, tengo un niño de cinco años que no para de machacarme.

Cuando Rufus celebra su segundo triunfo, me doy cuenta de que Charlie ha apagado las luces de su casa.

—Deberíamos bajar el tono —dice Natasha gesticulando en dirección a su casa.

—Hablemos más flojito —les digo.

Pero cuando retomamos el juego, nadie hace el mínimo esfuerzo por hablar en voz baja, incluido Adam, que celebra ganar a los niños con demasiado entusiasmo.

—Abusón —le susurro al oído un poco borracha y medio en broma.

Adam se echa a reír.

—¡Venga ya! Les he dejado ganar cinco rondas, tenía que recuperar mi dignidad.

—Siento pincharte el globo, pero has fracasado.

—Solo los estoy ayudando a convertirse en individuos polifacéticos. Además, me estoy quedando sin dinero.

Entonces veo que Charlie está en la terraza, la luz de la ventana le ilumina la espalda mientras él habla por teléfono muy concentrado. Levanta la cabeza y yo

aparto la mirada, entonces Natasha me da un codazo.

—Ve y salúdalo de mi parte.

De pronto, me siento valiente. O, posiblemente, achispada.

—Disculpadme un momento —digo con timidez retirando la silla.

Adam ya está repartiendo otra mano de cartas.

Entro en nuestra casita, aguardo el tiempo suficiente para dar peso a mi coartada; después cruzo el patio en dirección a Charlie, que ya ha dejado de hablar por teléfono.

—Siento el ruido. ¿Os hemos despertado a Chloe y a ti? Enseguida acostamos a los niños.

—Qué va, no te preocupes. Chloe todavía está despierta leyendo y yo nunca me voy a dormir antes de la una.

—¿Es el horario habitual de un abogado? —le pregunto.

—Es el horario habitual de un insomne. Tengo demasiadas cosas en las que pensar.

Se hace un silencio extraño pero nada incómodo entre nosotros mientras escuchamos las risas a nuestras espaldas.

—¿Quieres venir a tomar una copa con nosotros? —le propongo.

—Oh, no quiero entrometerme. Tenéis que poneros al día.

—Bueno, sí, pero eso no significa que no pueda unirse nadie.

Al principio no contesta. Me siento como una tonta por haber preguntado. Entonces sonrío.

—Está bien. Solo una copa. Voy a avisar a Chloe.

Cuando vuelvo a la mesa, William le está pidiendo a Adam que le haga una pregunta tipo test.

—Ahora de biología.

Adam piensa un momento.

—Vale, tengo una: ¿qué animal se come a su pareja inmediatamente después de haber..., ya sabes, procreado?

Carraspeo.

—Solo a ti se te ocurriría algo como eso.

—¿Qué? Es una buena pregunta. La respuesta es la mantis religiosa. O podrías haber dicho la Viuda Negra. En cualquier caso, siempre resulta siendo una cita horrible.

—No me has dado oportunidad de contestar —protesta William mientras yo integro a Charlie y lo presento como puedo.

—Vaya, ¿estabais jugando a las cartas? —comenta Charlie—. ¿Quién ha ganado?

—Rufus ha ganado mucho, pero yo he ganado la última —contesta William.

—Le he dejado ganar —dice Adam dándole un codazo a su hijo.

—Ni lo sueñes, papá —contesta William sonriendo y negando con la cabeza.

Pasamos la hora siguiente allí sentados, hablando y bebiendo; empiezo a tener frío. Tanto como para necesitar el suéter que he traído convencida de que no lo utilizaría nunca. A pesar de estar en grupo, en nuestro cara a cara, Charlie y yo parecemos al margen. Me habla sobre su intensa y fascinante vida; me explica que recorrió la Gran Muralla China para recaudar fondos para Asthma UK después de la muerte de su hermano. Comenta que le encanta jugar al tenis y llegó a ser semiprofesional. Que este año cumplió los cuarenta y dos. Y que está pensando en trasladarse a Devon para estar cerca de Chloe, pero la situación es complicada porque tiene un padre muy mayor que vive en Mánchester y «para ser sincero, él me necesita más».

Ya es más de medianoche y todo el mundo ha entrado, pero Charlie se queda a ayudarme a recoger las copas mientras las cigarras cantan a nuestro alrededor en la oscuridad.

—No tienes por qué ayudarme —le digo—. No te he invitado para que vinieras a fregar platos.

—En realidad, me gusta fregar platos.

—¿En serio?

—Bueno, la verdad es que no. —Coge otra botella—. Es una débil excusa para quedarme un poco más.

Me sonrojo. Si se ha dado cuenta, no lo dice.

—Me preguntaba si podrías pedirle a alguien que se quedara con William algún día, un mediodía, quizá.

—Es posible. ¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé adónde quiere ir a parar. Quiero estar completamente segura de que quiere salir conmigo antes de aceptar.

—Tenía la esperanza de que te apeteciera salir conmigo a comer algo.

Contengo la respiración mientras me acerco a la barbacoa para coger las tenazas. Llevaba mucho tiempo sin tener ganas de que me ocurriera nada parecido. No creía que volviera a haber espacio para esto en mi cabeza, nunca más. Y quizá sea el vino o el hormigueo de la piel quemada por el sol en los hombros, pero hay algo que me empuja a aceptar.

—Me encantaría —contesto, y el nudo que se me hace en el estómago provoca que me sienta extraña y bien al mismo tiempo.

—Genial. Bueno, Chloe y yo tenemos planes para mañana, pero ¿qué te parece si salimos a comer pasado mañana? Te recogeré sobre las doce.

Había algo en la forma en la que me miraba Charlie anoche que me recordó lo que es sentirse deseada. Me quedé como flotando cuando nos despedimos, seguía exaltada cuando me metí en la cama en ropa interior. Hacía meses que no dormía tan bien. Ahora, mientras el sol se cuele por las ventanas, estoy tumbada con los ojos cerrados y vadeo entre mis pensamientos tratando de recordar lo que sería volver a sentir las manos de un hombre en mi piel.

Entonces alguien llama a la ventana.

Tiro de la sábana hasta llevármela al cuello, parpadeo mirando el cristal y me doy cuenta de que ayer me dejé los postigos abiertos. Consigo distinguir una figura fuera, la silueta de alguien que me está mirando con el sol a la espalda; después se agacha.

—¡Ahhhh! —grito, levantándome a toda prisa para cerrar los postigos.

Cojo una bata, me peleo un poco con ella, después la descarto y me pongo una camiseta y unos vaqueros. Me tambaleo medio dormida hasta la puerta principal.

Adam está en la puerta. Me irrita darme cuenta de que no parece tener resaca ni de lejos.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días a ti también.

Entra sin que lo invite a pasar.

—¿Por qué estabas mirando por mi ventana? —le pregunto.

—No estaba mirando. Había llamado a la puerta tres veces y estaba a punto de darme por vencido, pero he visto que los postigos estaban abiertos y he dado por hecho que estarías levantada.

—Anoche olvidé cerrarlos.

—Bueno, no pretendía violar tu privacidad —dice.

—Me alegro.

—Especialmente cuando estabas disfrutando tanto.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres, Adam?

Respira hondo.

—He decidido ascender a Ben temporalmente y lo he puesto al mando esta mañana. Y eso significa que tengo la mañana libre para hacer algo con William.

—Ah. Bueno, está dormido, pero...

—¡ESTOY DESPIERTO!

William entra en la habitación con el pijama puesto y frotándose los ojos.

—Hola, campeón —dice Adam, como si tuviera tres años—. ¿Te apetece ir a un castillo?

—Ya ha visto un castillo conmigo. En realidad, ha visto varios. A este paso se acabará sacando un doctorado en arquitectura medieval.

Adam no se desanima.

—Ya, pero este es chulísimo.

—Sería genial —contesta William con entusiasmo—. ¿Tú también vienes, mamá?

Por un momento recuerdo la conversación que mantuve con Charlie la noche anterior.

—Emm..., vale. ¿Aunque no podríais hacerlo mañana? ¿Sin mí?

—¿Por qué?

—Porque quizá tenga algo que hacer, nada más. He pensado que podríais disfrutar de esa salida solo para chicos.

—¿Qué tienes que hacer?

—Solo... le dije a Charlie que le ayudaría con algo.

—¿Charlie es ese tipo de la otra noche? —pregunta William—. ¿Con qué le vas a ayudar?

Noto que me sonrojo.

—No es nada... Yo... Está pensando en apuntarse a unas clases de *grit*, como a las que voy yo: pensaba explicarle cómo son.

—¿Quiere que le enseñes a hacer los ejercicios? —pregunta William.

—No.

—Ah, menos mal. Porque podrían darte ganas de vomitar otra vez.

Estoy a punto de protestar, pero entonces interviene Adam.

—Pensaré en algo para mañana también, si quieres. Tendré que estar por aquí, pero William puede ayudarme a hacer algunas cosas.

Durante un desconcertante momento, las cosas se ponen un poco tensas entre los dos. Es una tontería: no es que Adam esconda, precisamente, sus escauceos amorosos.

—Entonces ¿te vienes hoy, mamá? —repite William.

—¿La salida implica trajes de neopreno o cascadas?

—En absoluto —me tranquiliza Adam—. Solo será una bonita salida en familia.

Esa frase me deja boquiabierta. Siento el impulso de objetar. No somos una familia. Somos dos fragmentos de una pareja rota pegados por el error más bonito que cometimos jamás.

Dejamos a Natasha haciendo planes para pasar el día con Joshua y vamos en coche hasta el Château de Beynac, que despliega su austero esplendor en lo alto de las rocas calizas sobre el río Dordoña. Es una fortaleza medieval enorme, el escenario de guerra definitivo, con un puente levadizo muy grande y murallas coronadas por torretas. Dentro exploramos el laberinto de calabozos cavernosos que serpentea por debajo de las escaleras secretas. William se queda fascinado con su sangrienta historia. Salimos a la luz en lo alto del castillo y disfrutamos de unas magníficas vistas de todo el valle y de los brillos azules del río que serpentea entre la vegetación exuberante de los árboles.

—Ricardo Corazón de León consiguió conquistar este castillo —le explica Adam a William gesticulando en dirección a la colina escarpada de delante—. Subió hasta llegar aquí.

William frunce el ceño con incredulidad tratando de decidir si Adam le está tomando el pelo.

—Venga ya.

—De verdad.

—Mi periodo preferido de la historia es la época de los vikingos —prosigue William—. ¿Sabías que para que no se les decolorara la ropa se meaban en ella?

William sigue vertiendo asquerosos y sangrientos datos históricos sobre Adam, como, por ejemplo, que uno podía endurecer una espada dejándola en el estómago de una persona.

Yo los sigo por el perímetro del castillo. La incesante cháchara de William se pierde en el aire mientras padre e hijo se abren paso entre las hordas de turistas.

—¡Venga, mamá!

William llega al primer peldaño de una escalera de caracol y empieza a subir seguido de Adam.

—¡Ya voy! —exclamo riendo, agarro la barandilla y pongo el pie en el primero de los escalones estrechos notando que, bajo esta luz tenue, la temperatura cae algunos grados.

A medida que voy subiendo por esa superficie fría e inestable, me empieza a latir más rápido el corazón. Resbalo justo cuando llego al final. No estoy muy segura de cómo ocurre; lo único que sé es que yo estaba tratando de canalizar las palabras de mi profesor de *grit* («¡aprieta los glúteos!») y, de pronto, he

resbalado cinco o seis escalones y me he hecho mucho daño en las manos y las rodillas. Noto el contacto de una mano en el hombro, levanto la vista y veo el borrón de la cara de una joven junto a la mía.

—¿Está bien?

—Sí —consigo contestar dándome la vuelta—. Pero gracias.

—De nada. —Me sonrío con timidez—. Tenga cuidado.

Cuando me levanto, noto un hormigueo en la nuca y me sudan las axilas. Me miro las manos y me doy cuenta de que me sangra una de ellas y que tengo las rodillas rasguñadas.

—Jess, ¿estás bien? —pregunta Adam corriendo hacia mí—. ¿Qué ha pasado?

Me posa la mano en la espalda y yo levanto la vista de golpe. Se pega a mí y me mira con aquellos oscuros ojos marrones, ahora llenos de preocupación.

—Solo me he caído. No me he roto nada —insisto apartándome rápidamente: el calor que emana de la palma de su mano me provoca un hormigueo en la piel.

Después damos un paseo por la hierba que crece en la orilla del río. Nos alejamos del pueblo para adentrarnos en el bosque infinito que se extiende más allá, donde los pájaros entran y salen de las copas de los árboles por encima de nuestras cabezas. El sol nos dora los hombros. Adam y William van un poco adelantados, las piernas larguiruchas de mi hijo se apresuran para seguir el ritmo de las de su padre. Al final llegamos a una poza donde se acumula el agua: hay libélulas sobrevolando la superficie y los nenúfares brillan al sol. Un ciclista nos pasa de largo por el camino de piedrecitas. Hay una joven pareja muy glamurosa haciendo un pícnic en la loma.

Lanzamos piedras al agua. William consigue hacerlas rebotar tres o cuatro veces sobre la superficie. Adam finge enfadarse porque las suyas caen al agua y se hunden automáticamente.

Después nos invita a comer en un café muy concurrido de Beynac-et-Cazenac. Nos sentamos bajo un toldo rojo pintalabios rodeado de comensales que devoran ensaladas decoradas con tomates tan brillantes que parecen joyas, cremoso queso de cabra Cabécou y fresas con helado espumoso.

—Veo que nadie pide la molleja —le comento a Adam.

—Lo lamentarán. ¿Qué quieres tomar?

—No pasa nada, ya pido yo. —Me vuelvo a la camarera decidida a pronunciar perfectamente—. *L'eau, s'il vous plaît.*

—*Pardon?* —contesta.

—*L'eau, s'il vous plaît.*

Mira a Adam con expresión divertida y William se ríe.

—He dicho, *je voudrais* un poco de l'... Coca-Cola.

—*Ah, oui!*

Adam pide el resto mientras yo aguardo malhumorada. Después los tres esperamos sentados a la sombra del toldo que nos separa del brillante cielo azul y contemplamos cómo el antiguo pueblo bulle de actividad, tal como ha

sucedido durante siglos.

—¿Qué te parece mi equipo? —pregunta Adam.

—Son estupendos —contesto—. Muy profesionales. Me encanta Ben.

—¿Nuestro rompecorazones local? Es genial, ¿verdad? Parece muy interesado en Natasha.

—Me temo que ella ha conectado con ese anticuario, Josh.

Consulto mi guía de viaje. Cuando levanto la vista, veo que Adam está sacando un librito de papel de liar y un poco de tabaco. Lo fulmino con la mirada. Cuando veo que no funciona, le doy una patadita por debajo de la mesa.

—¡Au! —Entonces se da cuenta de lo que ocurre—. Sí, vale, lo olvidé. Pero William ya es mayor, Jess. Estoy segura de que ya es lo bastante listo como para comprender que algunos adultos hacen esto sin que por eso él tenga que imitarlos.

William alterna la mirada entre nosotros dos mientras Adam termina de liarse el cigarrillo y lo enciende. Después le da una buena calada.

—No hagas eso jamás —le digo a William con firmeza—. Te mataré. Y antes de que ocurra, tendrás unos pulmones que parecerán dos pasas y una boca que olerá como un cenicero.

—Eso es verdad —admite Adam encogiéndose de hombros—. Boca de cenicero, ese soy yo.

Da otra calada.

—Y entonces ¿por qué lo haces? —le pregunta William.

Adam baja el cigarrillo.

—Estoy enganchado. Pero eso no te hace más mayor y no es nada inteligente. Es cierto.

—Pero... ¿no podrías intentar dejarlo? No quiero que te mueras.

Adam se queda de piedra y se le suaviza la expresión. Acerca un cenicero para apagar el cigarrillo en silencio justo cuando aparece la camarera con nuestra comida.

William le da un bocado a su *croque-monsieur*.

—Me alegro de haber nacido en el siglo XXI —dice de repente—. El castillo era genial, pero no me habría gustado vivir ahí.

—A mí tampoco —digo—. Imagínate no tener cadena en el lavabo o calefacción central o...

—iPads —concluye William.

—Aunque no te lo creas, no había iPads cuando tu padre y yo teníamos tu edad.

—Ya lo sé —contesta—. Y la televisión era en blanco y negro y...

—¿Cuántos años crees que tenemos? —le suelto.

Se ríe.

—Bueno, pero siempre dijiste que de niña tuviste todo lo que quisiste.

—Eso es cierto —contesto.

William se queda pensando un momento.

—¿Cómo eran tus padres, papá?

Adam baja el cuchillo y el tenedor.

—Eran un poco distintos a tus abuelos.

Y no está bromeando.

Sé que tuve un padre que bebía demasiado, pero aun así crecí sintiéndome protegida y querida. En realidad, siempre fui feliz. Adam no tuvo ese privilegio, algo que descubrí cinco meses después de empezar a salir con él.

Ya me había dicho que no conocía a su padre y que su madre murió en un accidente de coche cuando él tenía nueve años. Por lo demás, me daba pocos detalles y yo no le presionaba, porque siempre se ponía muy triste cuando salía el tema.

Fue su tía Julie quien me explicó lo demás, un domingo que nos invitó a comer. Julie no era su verdadera tía. Era una prima lejana mayor que había estado unida a su madre Lisa antes de que muriera y que había acogido a Adam después del accidente, a pesar de que ya tenía tres hijos: Mike y Daniel, gemelos de doce años, y Stephanie, un año más pequeña que Adam.

La tía Julie era una de esas mujeres cuya edad resultaba difícil de calcular. Cuando la conocí debía de tener poco más de cincuenta años. Aunque las arrugas que tenía la hacían parecer mayor, desprendía una exuberancia y un positivismo que hacía que le brillaran los ojos.

—Todo está muy tranquilo ahora que tú y Stephanie os habéis marchado —le dijo a Adam colocando un enorme plato de patatas asadas en la mesa, donde estaba trinchando un pollo caliente muy reluciente. Tenía una pequeña casa unifamiliar en Leeds, pero se notaba que cuidaba muy bien de ella: los objetos decorativos que tenía sobre la repisa de la chimenea brillaban muchísimo, y del servicio de la planta baja salía un intenso olor a pino cada vez que alguien tiraba de la cadena—. ¿Te acuerdas de cuando viniste a vivir con nosotros, Adam? Tú, Mike y Danny dormíais en la misma habitación. Era un caos total.

Adam levantó la vista.

—Pero tú me hiciste sentir como en casa.

La mujer se emocionó.

—Oh, gracias, cariño.

Después Adam se marchó a tomar una pinta con Danny al pub de la esquina y yo me quedé a ayudarla a recoger, a pesar de sus muchas protestas.

—¿Cómo era la madre de Adam? —le pregunté—. Casi nunca habla de ella.

La mujer metió las manos en un cuenco lleno de agua caliente y me miró.

—Lisa era... un desastre y un amor, todo al mismo tiempo. Tenía un gusto espantoso en lo que respecta a los hombres y estaba muy loca. Pero era preciosa, por dentro y por fuera.

Lisa solo tenía diecisiete años cuando tuvo a Adam. Si leías entre líneas, comprendías que había sido una madre cariñosa pero disfuncional. Solían pasar hambre y frío. Adam siempre llevaba abrigos con nombres de otros niños bordados en el cuello. No solo le dejaba que hiciera pellas en la escuela, sino que lo animaba a hacerlo, para poder ir a jugar al parque o quedarse acurrucados en el sofá viendo la tele.

—Cuando Adam tenía unos seis años, ella compró una furgoneta —prosiguió Julie—. Tendrías que haber visto esa cosa. Era un bote oxidado, Dios sabe de dónde la sacaría. Un día fue a recogerlo a la escuela con un mapa, algunas latas de comida y un poco de ropa. Entonces se marcharon de viaje por Inglaterra. Estuvieron fuera cuatro meses, lo pasaron en grande —anunció riendo.

Alcé las cejas.

—¿Nadie se preguntó por qué el niño no iba a la escuela?

—Habría sido lo normal, ¿no? Una mujer y su hijo de seis años paseándose por toda Inglaterra como si fueran Thelma y Louise. Pero no. Volvieron cuando se rompió la transmisión de la furgoneta y ella no pudo pagar la reparación.

Había visto algunas fotografías de Lisa. Sabía que había sido tan guapa como Adam: pómulos prominentes y la nariz recta, labios en forma de arco, ojos entornados.

—Se esforzó mucho para ser una buena madre —dijo Julie, y no era la primera vez que lo mencionaba.

Después me habló de Warren, un agente de seguros a quien Lisa conoció alrededor de un año después de aquel viaje.

—A Lisa le gustaba. Era un profesional con un buen trabajo. Al principio la trató como una princesa. No dejaba de explicar que él cocinaba para ella, le compraba regalos y no le quitaba las manos de encima. Pero entonces se volvió malo.

—¿Violento?

Julie asintió.

—Me di cuenta de que estaba pasando algo, pero ella no quería hablar del tema. Entonces Adam se rompió el brazo y se inventaron que el niño se había subido a un árbol... Yo sabía que era mentira. Le dije a Lisa que iba a ir a hablar

con la policía, pero ella me suplicó que no lo hiciera. Para ser justos, por lo menos Warren nunca volvió a tocar a Adam después de aquello. Ella pagó los platos rotos.

Pero los jóvenes ojos de Adam siguieron presenciando cosas que nadie debería ver.

—Cambió durante un tiempo. Siempre había sido cariñoso y travieso, muy divertido. Pero se volvió callado. Era horrible. Todavía no entiendo que ella no mandara a paseo a aquel hombre. No hay excusa. O sea, tú lo harías, ¿no? Si tuvieras un niño pequeño...

—Quizá le tuviera miedo.

—Seguro que sí.

Lisa murió en un accidente de coche cuando iba a buscar a Adam al colegio. Un testigo dijo que había aparecido de la nada, que estaba como distraída y que se empotró contra el capó de un todoterreno.

—Lisa estuvo en el hospital, peleó durante tres semanas. Pero le llegó la hora. Por aquel entonces, Adam dormía en un plegatín en el piso de arriba. De un día para otro, el pobrecillo se quedó sin madre y sin casa.

—Y tú lo acogiste.

—Bueno, no pensaba dejar que se lo llevaran a un hospicio, aunque tuve que pelearlo. Nunca me he arrepentido. Era una joya de niño. Estoy muy orgullosa de él, de todo lo que ha llegado a ser.

Adam fue buen estudiante y sacó buenas notas. Después se mudó a Edimburgo para ir a la universidad.

—Nunca dejaba de trabajar —me explicó—. Fregaba los platos en una cafetería durante el trimestre y sacrificaba los veranos para trabajar para una compañía de construcción en las islas Scilly.

Entonces me di cuenta de que cuando yo conocí a Adam, él ya había vivido media docena de vidas.

—Casi nunca habla de nada de todo eso —dije—, más allá de lo del viaje con la furgoneta. Le he oído hablar de ello un par de veces.

No pareció sorprenderse.

—Creo que ese fue el momento más feliz de la vida de Adam. Cuando Lisa lo recogió en la escuela, lo sentó en el asiento del pasajero de aquel cacharro y se marcharon a vivir aquella aventura loca. —Me sonrió—. Por algún motivo, ya entonces supe que sería la primera de muchas en su vida.

He hablado varias veces con papá desde que me marché, pero intentar hacer una videoconferencia para poder ver a mamá ha sido difícil. Me sería más fácil contactar con la Estación Espacial Internacional que conseguir el wifi necesario para poder llamar vía Skype, aunque sea solo unos segundos.

Pero el domingo recibo un mensaje de papá donde me pregunta si me va bien hablar. Su forma de decirlo me provoca un cosquilleo de pánico en la nuca. Me deja con ganas de hacer algo más que limitarme a llamar y escuchar cómo me tranquiliza y me asegura que los dos están «bien». Quiero ver a mi madre con mis propios ojos.

Dejo a William y a Natasha en la piscina y voy hacia el *château*, donde me encuentro a Simone en la recepción.

—Hola, Jess.

Es educada, pero muy seca.

—Hola, Simone. ¿Adam está en su despacho?

Le flaquea la sonrisa.

—Sí que está. ¿Quieres hablar con él?

—En realidad, no lo estoy buscando a él. Me gustaría poder hablar vía Skype con mi padre. Adam me dijo que podía utilizar su despacho para conseguir mejor conexión.

—Ah. Pues sígueme.

Me acompaña hasta el final del vestíbulo y llama a la pesada puerta de roble, después la abre. Adam está sentado delante del ordenador aporreando el teclado.

—Jess está aquí.

Parece que Simone esté anunciando la llegada de una enfermera de noche.

—Me preguntaba si podría aceptar tu oferta y llamar a mi padre vía Skype desde aquí.

—Claro, no hay problema. ¿Va todo bien?

Miro a Simone. Capta la indirecta y sale del despacho.

—Seguro que sí. Papá me ha enviado un mensaje para preguntarme si podía hablar y... Bueno, solo quiero asegurarme de que mamá está bien de verdad.

Adam se pasa la mano por el pelo y empieza a recoger sus papeles.

—Te anotaré la contraseña.

Coge un *post-it* y garabatea algo en él, se levanta y me lo da.

—Te dejaré sola. Puedo enviar estos correos desde otro sitio.

Coge su portátil y se detiene cuando pasa por mi lado. Después se vuelve y me acaricia el brazo. Es un gesto de apoyo, pero me pone tensa y me provoca una extraña incomodidad que se cuela por debajo de mi piel.

—Gracias —digo.

—Dale recuerdos a tu madre y a tu padre, ¿vale? —añade, y se marcha.

Antes de que todo se fuera al garete entre nosotros, Adam se llevaba muy bien con mis padres, especialmente con mi padre. Siempre encontraban algo de que hablar, ya fuera fútbol, política o sobre la forma de arreglar una lavadora (por lo que recuerdo, hablábamos mucho sobre las cosas que uno podía arreglar en casa).

Mamá también le quería, aunque eso fue antes del número que montó el día que nació su nieto y de que le contara lo mal que nos iban las cosas. Después de eso, Adam presenció en un par de ocasiones sus maquiavélicas transformaciones.

Enciendo el iPad y veo cómo encuentra la red, después tecleo la contraseña. Miro a mi alrededor mientras espero a que conecte. Es el único rincón del edificio donde no hay decoración alguna: paredes blancas, muebles de oficina muy poco inspiradores y unas cortinas horribles que cubren una altísima ventana de piedra.

Es un ejemplo clásico del sistema de archivo de Adam: una montaña de papeles y una basura llena hasta los topes. No diría que no hay ningún orden, pero hay el justo, una de las paredes está llena de ganchos llenos de llaves; al lado tiene un armario archivador medio abierto con una pila precaria de sobres de manila arrugados encima.

Pincho el icono de Skype; cuando empieza a girar, clavo los ojos en el corcho que tengo delante, está lleno de fotografías, algo que la mayoría de la gente ha olvidado desde que se inventó Instagram.

Tiene dos o tres fotos de su madre: deben de ser las únicas que existen. La mayoría son de William, de bebé, después de pequeño y en su primer día de escuela, de un día que lo fotografié en la puerta de casa, sonriendo con sus blanquísimos dientes de leche. La mayoría de ellas son fotos que le he ido enviando yo cada seis meses, más o menos, para asegurarme de que no se olvidaba del todo de nosotros.

También hay algunas en las que sale él con William. Es sorprendente que haya tantas, teniendo en cuenta el poco tiempo que han pasado juntos a lo largo de los últimos diez años. En una de ellas, William parece tener unos siete años y están en la cola para subir al barco pirata de Alton Towers. En otra están comiendo helados gigantes en una pizzería. Y después hay una de la playa de Formby, donde se ve a un William superfeliz enterrando a Adam en la arena.

Al mirar la colección de imágenes, cualquiera pensaría que han sido inseparables durante todos estos años. Pero en realidad solo son algunas ocasiones contadas, una gota en el océano; un gran contraste con los días a los que yo estoy acostumbrada, días con deberes, clases de piano, cuando me toca llevarlo con los Scouts y cuando tengo que gritar las palabras «zapatos» y «dientes» mientras intentamos salir de casa a la hora cada mañana.

Aun así, las fotografías son reconfortantes, un pequeño recordatorio de que, aunque Adam, en esencia, no tiene ni idea de lo que implica la paternidad, tiene potencial, se dé cuenta de ello o no.

Alargo la mano y toco una fotografía de William donde aparece con su uniforme. Le quito la chincheta sin querer y se me caen tres fotografías al suelo. Las recojo y las vuelvo a clavar en el corcho. Entonces veo una imagen borrosa escondida detrás de las otras.

Somos Adam y yo, en Nueva York.

Hicimos el viaje una semana después de graduarnos en Edimburgo: llevábamos un montón de tiempo planificándolo, íbamos a alojarnos con Steph (la hija pequeña de la tía Julie), que había conseguido trabajo como aprendiz para un chef de un hotel nuevo en el Upper Side East. El piso que compartimos con un colega de Steph, un chico búlgaro llamado Boyan, era tan pequeño que la única forma de entrar en el servicio era de lado y aguantando la respiración.

Pero fueron unas vacaciones inolvidables. Cogimos un barco a Ellis Island, exploramos Central Park, subimos a lo más alto del Empire State al caer la noche y vimos cómo la ciudad cobraba vida. La mañana que nos hicimos esa fotografía nos habíamos levantado pronto, todavía teníamos *jet lag* y seguíamos desorientados debido al vuelo de hacía dos días. Pero como fue antes de ser padres, solo teníamos que preocuparnos por nosotros. Pasamos muchas horas metidos en nuestra habitación mientras Steph trabajaba y el sol se colaba por las persianas; por nuestra parte, seguíamos bajo las sábanas explorándonos centímetro a centímetro.

Adam siempre había dicho que era su fotografía preferida de los dos: una fotografía poscoital donde salimos él, yo y un desayuno mastodóntico en un pequeño local chulísimo en el distrito de Meatpacking. Dijo que tenía todo lo que había querido en la vida. Yo le pregunté si se refería a mí o al beicon

crujiente.

—¿Hola?

La voz de papá se cuela entre mis pensamientos y levanto la vista. Lo veo a la entrada de la residencia Willow Bank. Parece que necesita una buena cura de sueño.

—**T**odo va bien —me dice papá; he he descubierto que es lo mismo que diría si estuviera a bordo del *Titanic* rodeado de violinistas—. Solo hemos tenido un pequeño susto esta mañana.

Se me desboca el corazón.

—¿A qué te refieres?

—No hay motivo para asustarse, pero esta mañana hemos estado en el hospital. Lo hemos hecho como medida de precaución, pero ahora ya estamos de vuelta. Lo que importa es que ella está bien.

El calor me trepa por el cuello y se me llena la cabeza de preguntas.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis ido al hospital? ¿Dónde está mamá ahora?

—Mamá se atragantó con el desayuno. —Levanta la vista, pero solo un momento, como si quisiera esquivar mi reacción—. Raheem estaba allí y consiguió ayudarla. Me llamaron al trabajo. Cuando llegué a Urgencias, estaba todo bajo control. Te prometo que está perfectamente bien. Un poco triste, pero bien.

No es la primera vez que ocurre. Antes de empezar a triturarle la comida, yo misma lo presencié. La imagen de su cara poniéndose gris y sus labios azules mientras peleaba por volver a respirar no es algo que quiera volver a presenciar. La doctora Gianopoulos cree que deberíamos empezar a alimentarla con una sonda gástrica, pero mi madre firmó un documento hace años (un formulario para rechazar el tratamiento) que implica que eso no ocurrirá jamás.

—No pasa nada, Jess —dice papá llenando el silencio—. Es solo una de esas cosas. Tendremos que ser cuidadosos de ahora en adelante, eso es todo.

—Creo que debería volver a casa —decido automáticamente.

—No. Para nada. —Niega con la cabeza—. Ahora todo va bien. Ni siquiera iba a decírtelo, pero he pensado que pondrías el grito en el cielo si no lo hacía.

—Y tienes razón. Voy a buscar vuelos esta tarde.

Papá me mira con severidad.

—¿Qué crees que pensaría tu madre si supiera que te estás planteando hacer eso? —me dice con delicadeza—. Ya ha tenido un día lo bastante malo.

Suspiro. Me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Espera un momento.

Recorre el pasillo y abre la puerta de la habitación de mamá, donde la veo sentada en su silla de ruedas, sin hacer ni caso de la telenovela australiana que dan por televisión.

Cuando papá le coloca el iPad delante, me sorprende evaluando su aspecto como suelo hacer. La verdad es que no está ni mejor ni peor que cuando me marché. Pero eso no quiere decir nada.

Tiene las extremidades en posturas que parecen incómodas, el labio inferior parece un poco caído, como si llevara atado un peso invisible que tira de él hacia abajo. La piel le cuelga de los huesos. Es la clase de cuerpo que no parece tener energía suficiente para moverse. Y, sin embargo, ella sigue levantando la cara al cielo.

—Papá me ha explicado lo que ha pasado. ¿Estás bien?

Pasa un segundo durante el que mi madre se convulsiona repetidamente, después contesta con un rugido:

—Maldita tostada.

No consigo sonreír.

—La próxima vez tomaré gachas.

—Sí, es una buena idea.

Ahora mismo quisiera decirle un millón de cosas: que la quiero, que se me rompe el corazón de verla, que haría cualquier cosa para que fuera la mujer feliz y saludable que sería si no fuera por culpa de esta horrenda enfermedad.

Pero pensar en estas cosas hace que se me haga un nudo en la garganta.

—¿Es... bonito aquello? —pregunta.

Cada palabra que dice le requiere mucho esfuerzo. A pesar de ello, nunca queda claro si conseguirá hablar. Se le mueve la mandíbula de una forma distinta a la de antes y emite sonidos extraños y apagados.

Intento animarme.

—Sí, mamá. Adam ha hecho un trabajo fantástico aquí. William disfruta mucho del tiempo que están pasando juntos.

Guarda silencio un momento y yo observo su clavícula, que sobresale por encima de su blusa azul pálido. Se la compré en Oasis para su cumpleaños hace más de una década. Recuerdo haber pensado en ese momento que quizá estaba siendo optimista al comprarle una talla cuarenta y cuatro. Ahora la prenda se la ha tragado, antes mi madre tenía un escote generoso, pero ahora se le ven las costillas.

—William... ¿está ahí?

—No, está en la piscina, pero puedo ir a buscarlo.

—No —responde—. Hoy no.

—Está bien. Quizá mañana entonces.

Pero no contesta. Se retuerce en la silla mientras sus músculos faciales se contraen hasta formar un gesto irreconocible y exagerado. Es una imagen que sé que recordaré cuando me mire al espejo del baño y me pueda de nuevo esa sensación de pánico.

Después de la llamada, salgo al intenso calor del exterior del *château*, esa clase de calor que te quema las suelas de los pies y te escuece en la piel. La piscina está llena de niños chapoteando y vigilados por sus padres, que se refugian debajo de las sombrillas.

Natasha está sentada bajo un toldo de minúsculas flores rosas hablando con Ben, que está de pie junto a ella. O bien no es consciente de que tiene un rival en Joshua por el afecto de mi amiga, o bien le da lo mismo. Por cómo la está mirando ahora mismo, está vendido.

William, James y Rufus están sentados al otro lado de la mesa esperando que les traigan la comida. Cuando me sumo a ellos, están en plena conversación sobre el esófago humano.

—¡Lo vi por televisión! —exclama William, muy serio—. Fue genial. Salía un niño que se había tragado una uña. Pero era muy grande y tuvieron que hacerle una radiografía para asegurarse de que no se había perforado el pulmón ni se había provocado algún derrame arterial importante.

El sol brilla en el agua de la piscina. Me siento justo cuando una camarera sale del *château* con una bandeja llena de comida: ensaladas aliñadas con aceite de nueces, quesos fragantes y carnes sazonadas, panecillos esponjosos por dentro con la corteza crujiente.

—Me encanta tu laca de uñas, Natasha —comenta James.

Ella se mira las manos.

—Ah, gracias, James. Es nueva.

—Te queda muy bien —añade, y ella me sonrío.

—Bueno, dejaré que comáis —dice Ben sonriendo, y vuelve al trabajo con recelo mientras Natasha lo sigue con la mirada durante un segundo.

—¿Dónde está Becky? —pregunto.

Natasha señala la piscina.

Nuestra amiga está intentando hacer algunos largos mientras Seb aguarda de

pie, alargando los brazos para coger a Poppy cada vez que la niña salta al agua y emerge a la superficie parpadeando para quitarse el agua clorada de la cara.

—¡OTRA VEZ! —anuncia entre risas.

Entonces me doy cuenta de que Natasha me está examinando la cara.

—¿Va todo bien?

Pero antes de que pueda contestar, la voz de Seb resuena por toda la terraza.

—¡Venga, cariño! Papá habla en serio. ¡POPPY!

No sé por qué la niña ha salido corriendo. Lo único que sé es que la pequeña está correteando por el perímetro de la piscina mientras el pobre Seb nada como un loco intentando convencerla de que pare.

—¡POPPY, PARA!

La niña se detiene un segundo, pero después escapa corriendo hacia los árboles. Seb y Becky salen corriendo de la piscina y persiguen a su hija mientras la niña se ríe, traviesa, sin mirar atrás. Y, aunque le están dando caza, es alarmante la velocidad que alcanzan esas piernas enanas.

Al final es James quien salva la situación:

—POPPY, ¡TE DOY MIS CAMELOS!

La niña se lo piensa durante un segundo: el tiempo que Becky necesita para cogerla. Cuando se acerca a nosotras con la niña en brazos, tiene cara de estresada. Se sienta a mi lado y empieza a secar a Poppy con la toalla. Seb llega un segundo después.

—¿No te pareció evidente que iba a pasar esto? —pregunta Becky, furiosa.

Seb frunce el ceño.

—¿Qué?

—Que Poppy fuera a escaparse si la dejabas en el borde de la piscina.

—Pues no, no era evidente. Llevaba un buen rato saltando a mis brazos.

—Deberías haberte dado cuenta de que, si se escapaba, quedarías atrapado en la piscina y serías incapaz de cogerla.

—Incapaz no.

—Sí, ¡incapaz! No tiene sentido ponerse a nadar como si fueras el maldito hombre biónico estando tan lejos.

Sobre la nariz de Seb aparece una arruga que parece un desafío.

—Si pensabas que estaba corriendo tanto peligro, ¿por qué no lo has dicho cuando la has visto hacerlo la primera vez?

—¡Porque me habrías acusado de meterme por en medio!

Seb suelta un largo suspiro y nos mira a mí y a Natasha.

—¿Podemos hablarlo después?

—Preferiría no hacerlo.

Seb se levanta con una visible palpitación en el cuello y decide llevarse a los

niños a jugar al *frisbee*.

Becky deja de secar a Poppy y nos mira por debajo de las pestañas.

—Lo siento. No es siempre así.

—Ya lo sabemos —la tranquilizo.

—Pero los niños te cambian, ¿no? —comenta Becky, que suspira.

—Sí —le concedo—. Me di cuenta el día que subiste una frase muy inspiradora de mamá Pig en Facebook.

Becky resopla.

—¿Qué tal ha ido la charla con tus padres?

Miro hacia la piscina.

—Mamá ha acabado en el hospital esta mañana.

Natasha baja la copa.

—Vaya. ¿Está bien?

—Ahora está bien, pero se ha atragantado con algo.

La frase suena fría, pero me estoy clavando las uñas en la palma de la mano.

—Y ¿ya ha salido del hospital? ¿Necesitas volver a casa? —pregunta Becky.

—Sí. Y no. Ellos no quieren que vuelva. Insisten en que no hay por qué preocuparse.

Mi amiga me mira la boca y me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio.

—No pareces muy convencida.

Y tiene razón. No lo estoy.

Me pone nerviosa la idea de pasar la tarde con Charlie, aunque no sé si es bueno, malo o solo algo muy extraño. Tampoco me ayuda que nuestro comedor esté hecho un absoluto desastre cuando tiene que venir a recogerme dentro de quince minutos.

—Oye, William, ¿puedes recoger tu bañador mojado del suelo?

Pero mi hijo está en el sofá, enganchado al iPad, por lo que la comunicación cesó hace ya un rato.

—¿William?

—Un minuto, mamá —murmura—. Casi me he pasado este nivel.

Entretanto, yo cometí el error infantil de comentar lo bien que tenía la piel Natasha. Eso la animó a sacar su neceser y someterme a una sesión de tratamiento facial en el sofá. Pero cuando me miro al espejo me doy cuenta de que me ha dejado la cara como un cuadro de Picasso, con dos triángulos oscuros bajo los ojos y brillantes círculos rosados en las mejillas.

—¿Estás de broma?

—Todavía no he acabado.

—Natasha, llegará enseguida. —Miro hacia la otra punta del sofá—. Venga, William, recoge el bañador antes de que alguien resbale y se rompa el cuello.

Alguien llama a la puerta principal y la abre. Se me desboca el corazón, pero entonces me doy cuenta de que es Adam. Me mira dos veces, como si se hubiera perdido algún chiste.

—Si quieres, tengo una nariz roja y unos pantalones gigantes en mi casa por si te apetece completar el disfraz.

—No hemos acabado —le dice Natasha corriendo al fregadero en busca de un poco de agua. Cuando vuelve, tropieza con el bañador de William y se tambalea, pero consigue recuperar el equilibrio en el último momento.

Miro a William con el ceño fruncido, me levanto y le quito el iPad con decisión. Él levanta la mirada sorprendido y arruga la nariz.

—¿Qué? ¡¿Qué he hecho?!

—Deberías haber recogido el bañador. —Me mira y parpadea como si no tuviera ni idea de lo que le estoy diciendo—. Recógelo ahora mismo o te confiscaré el iPad.

Cualquiera diría que lo acabo de amenazar con estrangular a su perrito.

—Pero tengo que acabar el nivel. ¡Estoy a punto de conseguirlo!

—¡Ahora!

—¡Vale! —me contesta desafiante caminando con rabia hacia el bañador.

Me debato entre la opción de no dejarlo marchar con ese descaro y la desesperada necesidad de arreglarme antes de que llegue Charlie. Me doy la vuelta y miro a Adam, que está ahí plantado. Observando.

—¿Crees que podrías hablar con él sobre esto? —le digo.

Adam mira a su alrededor como si pensara que estoy hablando con otra persona.

—¿Yo?

—Sí.

Piensa un momento. Entonces se encoge de hombros.

—Claro. Ve a prepararte y yo hablaré con él.

—Bien. Genial. Gracias.

Me meto en el servicio y empiezo a quitarme el maquillaje de las mejillas. Natasha me sigue y hace una mueca de dolor mientras yo me paso la toallita por la cara.

—¿No podrías difuminarlo un poco?

—No hay tiempo para difuminar. Además, ¿qué tiene de malo ponerse solo una base y un poco de colorete?

Cuando vuelvo a tener una cara presentable, me acerco a hurtadillas a la puerta. Adam ha rodeado a William con el brazo. Aunque no puedo escuchar la conversación, sí que entiendo algunos comentarios comprensivos que culminan con un «No te preocupes, colega».

—Dios, qué irritante —digo chasqueando la lengua.

—¿El qué? —pregunta Natasha.

—Adam.

—No pienses en él. Tu cita llegará dentro de...

Mira el reloj justo cuando se abre la puerta. Es William.

—Charlie ya está aquí —me dice.

Se me seca la boca.

—Vale. Gracias.

Se queda en la puerta.

—Lo siento, mamá.

Noto cómo mi enfado desaparece.

—No pasa nada. Ven a darme un abrazo.

Me rodea con los brazos y después se aparta.

—Recuerdas que me dijiste que ibas a hablarle a Charlie sobre tus clases de gimnasia... ¿Es verdad?

Natasha carraspea.

—¿Por qué lo preguntas? —digo.

—Porque pensaba que quizá fuera... una cita.

Me pregunto cómo es posible que mi hijo de diez años se haya vuelto tan intuitivo.

Charlie parece comodísimo detrás del volante de su coche, tan elegante. Parece que se lo hayan hecho expresamente para él: un hombre inteligente y profesional, que se siente cómodo en su propia piel y al que no le preocupa ser un adulto. Un hombre que ha aceptado la edad que tiene y las camisas de Marks & Spencer que vienen con ella.

Pujols, el pueblo que Charlie ha elegido para nuestra comida, está a una hora de camino al sur del Château de Roussignol. Recorremos una carretera de curvas suaves hasta llegar a un pueblo de postal erigido en lo alto de una colina sobre la que parece que hayan bajado las nubes del cielo. Paseamos por serpenteantes calles estrechas de casitas de piedra caliza con rosales centenarios enroscados en las puertas, hasta encontrar un restaurante con vistas a la minúscula plaza y sus polvorientos edificios color vainilla.

Charlie me retira la silla y se sienta delante de mí.

El camarero aparece con las cartas.

—¿Qué van a tomar? —pregunta.

—*Badoit, s'il vous plaît* —digo sabiendo que él es quien conduce.

Parece sorprendido.

—Pero estás de vacaciones. Y conduzco yo. Seguro que te apetece una copa de algo.

—Ah. Bueno, visto así...

Un poco de vino parece ayudar mucho a la cita. No es que estuviera yendo mal. Solo me ayuda a relajarme y a valorar mejor las virtudes de Charlie: por ejemplo, que sea un hombre serio e inteligente, pero sin ser intimidante en absoluto. O quizá solo sea que él comprende lo que es tener un hijo de la edad de William. Me sorprende confesándole que he perdido la paciencia justo antes de salir de casa. Me asegura que a él también le ha pasado.

—Es normal tener esta clase de batallas con ellos a esa edad. Por lo menos no está enganchado a ese iPad quince horas al día como algunos niños. —Decido no

corregirle—. Además, nadie ha dicho jamás que ser padre sea fácil, en especial cuando tienes que hacerlo sola.

—No me ha ido tan mal —insisto—. Mis padres me han ayudado mucho.

Termina de masticar un bocado y reflexiona antes de preguntar:

—Y ¿cómo lo lleváis el padre de William y tú? Seguíis pareciendo muy unidos.

—¿Ah, sí?

El rubor me trepa por el cuello.

—Sí. Lo pensé el otro día cuando estuve tomando algo con vosotros.

Niego enérgicamente con la cabeza.

—No estamos tan unidos. Nos toleramos por el bien de William.

—Quizá sea por el hecho de que estés aquí. Mucha gente ni se plantearía pasar las vacaciones con su expareja. Yo no lo haría.

—¿No os lleváis bien?

Me alegro de desviar la atención de mi relación con Adam.

—No mucho. Es una lunática.

Levanto la vista.

—Vaya.

—En serio. Es la mujer más manipuladora que conozco. Es terrorífica.

No sé muy bien qué contestar a eso y solo se me ocurre hacer un chiste.

—Ahora entiendo por qué te casaste con ella.

—Todos cometemos errores. Pero no quiero aburrirte con el drama. Y, además, ¿por qué estamos hablando de nuestras exparejas?

—Creo que has sido tú quien ha sacado el tema —le digo sonriendo con delicadeza.

—Es verdad. Bueno, a ver qué tal esto: ¿podemos repetir esto antes de que acaben las vacaciones?

Bajo el cuchillo y el tenedor.

—Todavía no hemos terminado el primer plato. Podrías haberte cansado de mí cuando lleguemos a los postres.

Me mira fijamente a los ojos con una intensidad casi indecente.

—Lo dudo mucho.

La cita me provoca una sensación de sorprendente ligereza. No solo porque cuando llegamos al *château* tres horas después siento una oleada de lujuria, sino porque sentarse delante de un hombre al que le gustas es embriagador. Y no me lo ha podido dejar más claro. Y ni siquiera es por las cosas que dice, es más bien por cómo me mira, con un deseo que despierta algo en mi interior.

Después de volver al coche y conducir bajo el sol hasta las puertas del

Château de Roussignol, ambos notamos algo evidente. La oportunidad de besarnos ha pasado de largo, flotando, sin que nos diéramos cuenta, como las nubes de esas colinas. Me doy cuenta de que él está pensando lo mismo que yo cuando el coche aminora la marcha. Entonces, cuando dejamos de hablar, el rubor me trepa por el cuello.

—Me lo he pasado muy bien.

Charlie sigue agarrado al volante y mira fijamente al frente.

—Yo también.

—¿Quieres que te deje aquí o en tu casita?

—Por aquí está bien. Tengo que ir a recoger a William.

Para el coche y pone el freno de mano. Después se vuelve para mirarme. Y entonces me viene una idea a la cabeza: este coche tiene las ventanas tintadas.

—Bueno, pues gracias otra vez. No tenías por qué pagar la comida, pero ha sido un detalle y... —balbuceo.

—Jess.

Me posa la mano en el brazo desnudo y el calor que emana su contacto me pone la piel de gallina.

—¿Sí?

Cuando Charlie se inclina hacia mí para darme un beso, me retumba el pulso en los oídos. Cuando sus labios tocan los míos, me doy cuenta de lo mucho que deseo que esto salga bien. Quiero estar serena y seductora, quiero que él me encuentre todo lo atractiva que parece creer que soy.

También me doy cuenta de que estoy tan concentrada pensando en eso que corro el riesgo de acabar babeándolo, así que hago el esfuerzo consciente de relajar los hombros. De recordarme que debo disfrutar del beso.

Me estoy concentrando en esto cuando tomo conciencia de las vocecitas que se escuchan fuera. Al principio no pienso en ello. Incluso cuando empiezan las risitas, lo máximo que pienso es que alguien está disfrutando de una partida de petanca.

Entonces alguien llama a la ventana. Charlie y yo nos separamos: nos encontramos con media docena de niños que se pelean por ver lo que está pasando dentro del coche.

—Pensaba que no se podía ver nada a través de estas ventanas —digo entre jadeos.

—Solo están tintadas las de detrás.

Y entonces escucho otra voz más adulta. Me resulta vagamente familiar.

—*Les enfants!* ¡Niños! ¡Apartaos!

Cuando Simone se inclina y nos miramos a través del cristal, tardo un segundo en advertir cómo le cambia la cara cuando se da cuenta de que soy yo. Su mirada

no es de satisfacción exactamente, sino de alivio.

Y sé muy bien qué se esconde detrás de esa mirada. Lo sé porque yo también lo he sentido.

Cuando era novia de Adam estaba en alerta constante. No es que me estuviera poniendo los cuernos todo el rato, pero cuando estás perdidamente enamorada de alguien es imposible no caer presa del desafortunado efecto secundario del miedo. Vives siempre preocupada de que algún día todas esas chicas que no le quitan los ojos de encima, chicas que son más guapas y probablemente más divertidas e inteligentes que tú, acaben consiguiendo que él vuelva la cabeza.

Al principio de nuestra relación, Adam me había hecho sentirme muy bien conmigo misma: más alta, más delgada, tan ingeniosa y encantadora que podía estar hablando de blanquear las baldosas del baño y él habría seguido escuchándome con atención, mirándome con esos oscuros ojos infinitos.

El hecho de que pasáramos de eso al desastre en el que nos convertimos fue algo complicado y evidente al mismo tiempo: las cosas cambian.

Aunque nuestros problemas comenzaran en cuanto descubrí que estaba embarazada, lo que cambió las cosas para siempre fue la noche que nació William. Antes de aquel día, había vivido convencida de que conseguiríamos arreglar las cosas. Después supe que no había nada que hacer. Lo supe en cuanto Adam entró por la puerta del hospital y fue incapaz de contestar ninguna de mis preguntas de forma convincente.

—¿Dónde estabas?

Mamá se había excusado con el pretexto de ir a por un café a la máquina del hospital. Y, en ese momento, ya no tenía ninguna gana de ser agradable.

—Vale. Es que... estaba con Jules. —Su colega—. Se me hizo tarde. He perdido el teléfono... y no me he dado cuenta de lo que estaba pasando hasta que lo he encontrado.

—¿No estabas con Georgina?

—Ah, no, qué va —dijo, como si la idea fuera ridícula.

—Y ¿por qué llevas su pintalabios por todas partes?

Adam se llevó la mano al cuello.

—No es... —Suspiró, pero se quedó sin energía para continuar casi de inmediato—. Vale. Me he tropezado con ella.

Lo miré con incredulidad.

—¿De verdad quieres que me crea eso? ¿Que tú y tu novia estabais precisamente en el mismo bar de Mánchester?

Adam se cambió el peso de pie mientras miraba por toda la habitación con ansiedad. Parecía incapaz de mirarme a la cara. Mentir no es una de las virtudes de Adam, se le da muy mal.

—Está bien, vale —dijo con la frente salpicada de sudor—. Llevaba varios días llamándome. Ha roto con el chico con el que se veía, Johnny. Y hemos quedado en el Bush Bar.

—Y ¿por qué me has mentido?

—¡No he mentido! Bueno..., vale, un poco sí.

—Y ¿de qué va lo del pintalabios?

Adam tragó saliva.

—Le estaba dando un... abrazo solidario.

Puse la mano sobre la minúscula oreja de William.

—Y ¿ella te devolvió el gesto haciéndote una mamada solidaria?

—Jess, no seas así —espetó.

—Y ¿qué esperas que diga cuando apagas el teléfono durante doce horas mientras yo estoy dando a luz a nuestro hijo?

Siguió insistiendo en que debía confiar en él, insistía en que Georgina se marchó sola a casa y que él acabó retenido en casa de su amigo Jules. Puede que yo estuviera un poco atontada de la anestesia, pero no había perdido la cabeza del todo. Y lo confirmé cuando me encontré con la mujer de Jules, Suzy, la primera vez que iba al supermercado después de salir del hospital. Cuando ella hubo terminado con los halagos obligatorios sobre William, aproveché para preguntarle como quien no quiere la cosa:

—Bueno..., y ¿Jules volvió muy tarde el día de la reunión? Según tengo entendido, algunos de ellos estuvieron de fiesta hasta el día siguiente.

Ella negó con la cabeza.

—Jules es un peso pluma, Jess. Llegó a casa a las doce y media de la noche. Cinco minutos después, ya estaba roncando a mi lado.

Y entonces lo supe con certeza: Adam también me había mentido sobre eso.

No soy una santurrona, pero siempre he creído en el poder del perdón. No soy una mujer rencorosa, no quiero que las cosas me coman por dentro. Pero ¿cómo puedes perdonar a alguien que no deja de mentirte? Y Adam siguió haciéndolo hasta que ya no pudo hacerlo más. Se limitó a decir que lo había malinterpretado, se negó a hablar del tema. Se suponía que las cosas debían

quedarse así.

Seguimos juntos dos meses y dos semanas después del nacimiento de William. Una época en la que supuestamente deberíamos haber estrechado los lazos familiares fue la más horrible de mi vida. Y no fue todo culpa de Adam.

Es cierto que yo me había enamorado completamente de mi bebé, pero no fue un niño fácil. Era precioso, pero agotador, intranquilo, no dejaba de llorar. Y solo quería mamar entre la medianoche y las cinco de la madrugada.

Tenía la sensación de que la falta de sueño y el cansancio serían eternos y me eché la culpa de que William no fuera el bebé feliz y sereno que yo imaginé que sería. Estaba convencida de que debía de estar haciendo algo mal, a pesar de haber leído todos los libros sobre crianza que pude encontrar.

Cuando Adam volvió al trabajo después de una breve baja por paternidad, yo me quedé en casa cuidando de William, sacándome leche como si fuera una vaca y revolcándome en mi desesperación. Estaba físicamente destrozada, la mastitis me estaba matando y estaba tan lejos de ser una mamá perfecta que tenía ganas de quemar mi fantástico portabebés.

Me pasaba el día deseando que Adam volviera a casa. Sin embargo, en cuanto entraba por la puerta y recordaba lo que había hecho, me ponía hecha una furia. Un par de amigas me preguntaron si sufría una depresión posparto. Puede que sí. Pero había cosas peores. De hecho, la situación todavía se iba a poner más fea.

Además de todo esto, mamá me explicó, por fin, que todos esos síntomas raros que había estado padeciendo durante los últimos años se debían a una enfermedad grave. Decir que me quedé muy triste cuando lo supe no describe ni de lejos el impacto que tuvo en mí aquella noticia. Me quedé hecha polvo. Era incapaz de pensar con claridad. Estaba abrumada por la enormidad de mis sentimientos, la idea de que se me estaba escapando la vida de las manos, en una dirección que era incapaz de manejar.

En ese caldero de nervios y tristeza, mi nivel de tolerancia hacia las tonterías de Adam era muy bajo. Así que sí, es posible que tuviera depresión posparto, pero también tenía la depre posmaternidad y postAdam, porque había formado una familia con un hombre que me había engañado y que era incapaz de ser el pilar de fuerza que necesitaba en ese momento.

Y, a pesar de todo, el día que le dije que quería separarme, no creo que se lo dijera segura del todo. Ni siquiera recuerdo qué fue lo que provocó la pelea que tuvimos aquel día. Pero sí recuerdo sentir una ira furibunda, como si todos los miedos, el resentimiento y la rabia por cómo se había comportado se concentraran en un solo momento.

—No mereces ser el padre de William —le dije—. No das la talla. Y, cuanto más tiempo pasa, más convencida estoy: todo el mundo estaría mejor si William

y yo nos marcháramos.

Me quedé allí plantada, con aquellas palabras terribles suspendidas en el aire de ese apartamento en el que tanto amor e intimidad habíamos compartido. Con el paso del tiempo, estoy bastante segura de que fui una ingenua por esperar que espabilara y me suplicara que me quedara. No sé por qué pensé que ganaría con aquel farol, pero estaba demasiado cansada como para pensar con claridad.

Ni siquiera me lo discutió.

—Muy bien —dijo—. Si es lo que quieres.

Hice la maleta y me marché a casa de mis padres sintiéndome casi paralizada, apretando los dientes, completamente derrotada. Lloré toda la noche tumbada, dando vueltas, en la misma habitación donde seguían colgados los pósteres de mi adolescencia, con mi bebé lloriqueando en su cuna de viaje a mi lado.

Por la mañana, pasé horas torturándome, pensando en si debía llamarlo y retirar lo que había dicho. Y no lo hice porque era muy obstinada.

Supe, por instinto, que debía ser fuerte. Se había acostado con otra, por amor de Dios. Si alguien tenía que arrastrarse, debía ser él.

Pero ya podía esperar sentada. Adam no se presentó en mi puerta con flores, un anillo de compromiso ni hizo ninguna demostración que dijera: «Voy a ser el hombre que tú y William necesitáis, que os querrá pase lo que pase. Sí, me acosté con Georgina y me perdí el nacimiento de nuestro hijo. Pero voy a cambiar».

No dijo nada que se pareciera lo más mínimo.

Al contrario, se escabulló en silencio y me dejó indefensa.

Nos vimos una vez tras la ruptura, para ver si podíamos arreglarlo. Pero yo me senté delante de él a llorar mientras Adam fingía hacer algo. El abismo entre nosotros no podía ser más evidente. Quizá fuera yo quien lo empujara, pero él ya llevaba tiempo reculando hacia la puerta. No pensaba suplicarme que lo dejara volver. Y, como no lo hizo, me mantuve firme.

—¿Cómo vamos a vivir juntos después de todo lo que ha pasado? —pregunté. La verdad es que quería que me diera una respuesta convincente, pero guardó silencio—. Creo que lo único a lo que podemos aspirar es a hacer lo mejor para William, ¿no?

Las palabras me salían de la boca como si estuviera escribiendo el guion de un culebrón. Recuerdo haberle tendido la mano para que me la estrechara y desear que la apartara, me abrazara y dijera: «No, no pienso dejar que ocurra esto, porque eres el amor de mi vida».

Pero se inclinó, me dio un rápido beso en la mejilla, dio media vuelta y se marchó.

Pasé los siguientes meses consumida por el arrepentimiento. No obstante, a

medida que fueron pasando los años, me di cuenta de que había hecho lo correcto. Lo que hice fue más difícil, pero más valiente. Puse fin a nuestra relación antes de que mi hijo fuera consciente de nada. Antes de que tuviera que sufrir viendo que sus padres eran incapaces de entenderse.

Entretanto, Adam y Georgina oficializaron su relación menos de un mes después de que nosotros rompiéramos.

Él se fue a vivir con ella a Londres durante un periodo corto. Allí supo que el hermano de su madre (el tío Frank) había muerto de una enfermedad de hígado. Se lo había dejado todo a Adam. Aunque solo era una modesta casa de tres habitaciones y una pensión, bastó para que Adam empezara a pensar en realizar su sueño de vivir y trabajar en el extranjero. Enseguida comenzó a plantearse la posibilidad de emigrar. Y, aunque no conozco los detalles de su ruptura con Georgina, sé que ella nunca formó parte de ese futuro.

No recuerdo cuántas veces vio Adam a William durante el primer año de su vida o antes de marcharse a Francia. Yo vivía en un torbellino de placer y desesperación. Pero sí que recuerdo sentirme desconcertada y furiosa al advertir que él no veía a William como yo lo veía: nuestro ángel, lo mejor que me había pasado en la vida.

Poco después de darme cuenta de eso, algo cambió en mí. Fue como un desafío: si Adam quería mantenerse al margen y dejar que me encargara yo sola de criar a William, pensaba aceptarlo encantada.

El día después de mi salida a Pujols con Charlie, Adam se presenta en mi casita.

—¿Qué tal tu cita?

Tiene una expresión extraña. No consigo descifrar si está interesado, si le parece divertido o si no quiere desaprovechar la oportunidad de meterse un poco conmigo. Intento no reaccionar.

—Fue agradable. Gracias. —Le respondo como si hubiera ido a tomar el té con la condesa de Grantham, en vez de haber ido a comer y a beber un buen vino en una cita que culminó con un poco de besuqueo en el asiento delantero de un Range Rover.

Me mira fijamente.

—Bien. Me alegro.

Siento un desagradable hormigueo en la piel. No es exactamente infidelidad (eso sería ridículo), pero se parece. A pesar de que hace ya diez años que lo nuestro ha terminado, me dan ganas de abofetearme ambas mejillas para recordarme lo que me hizo. Además, tampoco hace tanto que lo he sorprendido con su novia medio desnuda.

—¿Qué pasa? —pregunto para llenar el silencio.

Hace una mueca con los labios, como si estuviera intentando ocultar una sonrisa.

—Nada. Esto de las primeras citas me ha recordado a..., bueno, al pub The Peartree.

El nombre me trae un montón de recuerdos, del principio de nuestra relación.

Era una cálida noche de julio y habíamos pasado toda la tarde y parte de la noche en una cervecería al aire libre de Edimburgo, bajo un toldo de luz dorada que nos calentaba los hombros.

Estuvimos sentados el uno junto al otro en un banco, tan cerca que nuestros muslos se rozaban cada vez que nos movíamos. Yo contemplaba cómo Adam

ladeaba la cabeza al hablar y sentía una calidez embriagadora cada vez que se reía.

Aquel día aprendí muchas cosas sobre él: los lugares a los que había viajado, lo mucho que le apasionaba leer. Me hice una imagen de un hombre que era simpático con los camareros y que dejaba propinas generosas a pesar de no tener mucho dinero. Un hombre que se desviaba de su camino para acariciar al perro guía que estaba sentado con su dueño en la mesa de al lado y que no se enfadaba si alguien le salpicaba los vaqueros de cerveza.

A pesar de haber estado muy nerviosa antes de la cita, no recuerdo ni un solo silencio en nuestra conversación. Hablar con él me resultó extrañamente fácil y natural. Cuando empezó a caer el manto de la noche, sentí cómo me buscaba la mano. Entonces levanté la mirada y noté que me sumergía en esos ojos, convencida de que me estaba enamorando de él.

—Fue una buena primera cita —concedo con toda la indiferencia de la que soy capaz.

Adam me sonrío un momento. Entonces nuestro hijo aparece en la puerta y se embarca en un monólogo sobre cómo a Guillermo el Conquistador le explotó el estómago en su propio funeral.

Y

Durante los días siguientes, empieza a suceder todo lo que mi madre siempre quiso que ocurriera entre Adam y William. Son inseparables. No dejo de buscar un motivo, alguna razón lógica por la que Adam (que, como mucho, ha sido ambivalente respecto a sus responsabilidades y, en el peor de los casos, un padre ausente) parezca incapaz de separarse de su hijo.

Me doy cuenta de que, técnicamente, es algo bueno. Además, cuando se lo explique a mamá se animará muchísimo. Y lo necesita. Pero sigo preguntándome cuál será el motivo. ¿Será que Adam por fin se ha enamorado de William, sin más? ¿De verdad se habrá dado cuenta de que, aunque nosotros la fastidiamos, también conseguimos crear a este ser humano maravilloso?

Sin embargo, lo único que puedo hacer es reprimir el cinismo y ver qué ocurre. Además, no puedo negar que es muy entretenido escucharlos hablar. William sigue a Adam a todas partes y se ofrece a ayudarlo a hacer algunas chapuzas (fingiendo que es capaz de distinguir un tipo de destornillador de otro) mientras le da largas charlas sobre cualquier cosa, como los motivos por los que los cocodrilos son incapaces de mover la lengua o acerca del hecho que los

romanos de la Antigüedad vomitaban durante las comidas para hacerle espacio al postre. Y hay que reconocer que Adam consigue no entrar en coma.

Incluso lo escuché decirle a Simone el otro día: «Ya verás cuando William te explique alguna de sus terribles historias». Y, después, mi hijo le dio toda una lección sobre momificación egipcia.

La mañana del martes, William acompaña a Adam a hacer algunos recados en Bergerac, mientras que Natasha pasa la mañana jugando al golf con Joshua. Por lo visto, si Catherine Zeta Jones lo practica, ella también está dispuesta a intentarlo. Tuve que contenerme para no preguntarle si no preferiría estar jugando al golf con Ben, porque no creo que quiera admitir la respuesta a esa pregunta. Y está claro que ella tiene razón en algo: si lo que quiere es sentar la cabeza o, por lo menos, tener una relación seria con alguien, no es muy probable que suceda con un chico de veintitantos recién salido de la universidad. Por muy fantástico que sea Ben.

Pienso en ir a la casita de Becky, pero primero reúno el coraje para llamar a la puerta de Charlie. Aunque, cuando por fin me decido, descubro que su coche no está: nadie abre la puerta. Como no tenemos pan, conduzco hasta el pueblo de al lado, Pravillac, donde hay una tienda pequeña pero muy bien surtida.

La puerta está abierta. En cuanto piso el umbral percibo el dulce y cálido olor del pan y los cruasanes recién hechos, las *baguettes* salpicadas de harina. Elijo una, cojo un periódico inglés y me descubro en el pasillo de los vinos.

—Un poco pronto para esto, ¿no?

Los serios pero atractivos ojos de Seb me sonrían, tiene el pelo despeinado, como si acabara de levantarse de la cama, cosa que, teniendo en cuenta la hora a la que se despiertan sus hijos, es altamente improbable. Veo que Rufus va detrás de él y está rebuscando emocionado entre los caramelos.

—Cuando estás de vacaciones nunca te parece demasiado pronto. Aunque te prometo que solo estaba mirando.

—Te creo. —Se ríe—. Creo que todavía te falta mucho camino por recorrer antes de acabar como el pobre Richard Potter.

Tardo un momento en recordar que está hablando de un amigo que él y Adam tenían en la universidad.

—¿Qué le ocurrió a Richard Potter?

—¿No te enteraste? Él y Nicky rompieron hará un par de meses.

—La verdad es que no estoy en contacto con él.

—Bueno, pues lo está llevando mal, por así decirlo.

—Vaya. Lo siento —digo.

—Solo se está desfogando un poco, como todos los hombres después de una ruptura. —Se encoge de hombros—. Beber en exceso. Acostarse con la primera

que pasa. Ya sabes cómo va.

—No lo hacen solo los hombres —le recuerdo.

—Es cierto. Aunque, en general, las mujeres parecen llevar mejor estas cosas, ¿no crees? Es el viejo cliché, las chicas saben cómo hablar sobre el tema, pensar en por qué ha ocurrido, cantar *I will survive*. Pero los hombres... hacen cosas raras. —Se estremece—. Me horroriza solo pensarlo.

—Bueno, no creo que tengas nada de qué preocuparte.

Lo digo antes de poder pensarlo. En cuanto lo he soltado y la frase se queda suspendida entre nosotros, me doy cuenta de que ha sonado presuntuosa y que no es del todo cierta.

—Claro que no.

Aprieta los dientes y a mí no se me ocurre otra forma de contestar que esbozar una sonrisa incómoda.

—Aunque ahora las cosas parecen un poco... difíciles —dice.

—Claro. Tenéis tres hijos. Ya sé que no es una vida fácil.

Seb mira un poco nervioso a Rufus para asegurarse de que no nos escucha. Su hijo pequeño está metiendo tantos caramelos en una cesta que casi no puede con ella.

—La idea de perder a Becky me revuelve el estómago.

Por un momento no sé cómo contestar, me preocupa estar metiéndome en un terreno del que no quiero saber nada. Pero me siento obligada a preguntar.

—¿Por qué dices eso, Seb? No estarás preocupado, ¿verdad?

—No. Sí. No sé. —Se le hincha el pecho antes de hablar—. Solo desearía que las cosas fueran bien. ¿Crees que tiene sentido?

Asiento.

—Claro.

—¿Papá? ¿Podemos comprar esto? Creo que es lo que bebe Hulk —dice Rufus levantando una botella de absenta.

—Espera un momento, Ruf —le dice. Y se vuelve hacia mí—: No se lo dirás a Becky, ¿verdad?

—Claro que no —le aseguro mientras él coge por los hombros a su hijo y lo lleva hacia algo menos verde y menos tóxico.

Hoy los niños querían quedarse en el *château*. Seb se ofrece a llevarlos a explorar los alrededores, lo que nos permite a Becky, a Natasha y a mí pasar la tarde juntas.

Después de lo que he escuchado esta mañana, no puedo evitar pensar que Becky necesita relajarse un poco. Así que nos subimos a mi coche y Natasha nos conduce, con ayuda de la guía, hasta un pueblecito llamado Sorges. Como muchos de los pueblos de la Dordoña, está compuesto por casitas de color miel y una preciosa plaza que parece recién sacada de otra época.

—Esta es la capital de la trufa de la Dordoña —anuncia Natasha—. Hay hasta un museo de la trufa.

—Y pensar que los niños querían ir a Disneylandia —murmura Becky.

Llevo cinco minutos esperando con ella en la puerta de una tienda mientras Natasha rebusca en el interior: acaba saliendo con un tarro de mermelada de pera y trufa que cuesta más de lo que pagué por mi último bolso. Después paseamos sin rumbo y nos encontramos un precioso *auberge* con una terraza entoldada pintada de azul aciano, con limpiísimos manteles blancos y el menú escrito en una pizarra.

Natasha pide cafés mientras yo miro el teléfono y me doy cuenta de que tengo un mensaje nuevo. Lo abro con la vaga esperanza de que sea Adam informándome sobre William. No es que no confíe en él, pero me encantaría que me confirmara que mi hijo está vivo y que no está saltando por alguna cascada. Pero el mensaje es de Charlie:

No puedo dejar de pensar en tu beso X

Tamborileo con los dedos en la mesa mientras pienso en la respuesta.

Fue precioso, ¡a pesar del brusco final! X

Bajo el teléfono y veo que Natasha también está enviando un mensaje con una

sonrisita en los labios.

—Vaya para de enamoradas —ruge Becky repasando la carta.

—Yo no estoy enamorada —protesto—. Solo estoy mandando un mensaje.

—Y yo solo lo estoy recibiendo —dice Natasha.

—¿Es de Joshua? —pregunta Becky. Natasha asiente—. Ya sabes que le rompes el corazón a Ben cada vez que os ve juntos, ¿verdad?

—No digas tonterías —contesta Natasha, aunque creo que todas sabemos que es cierto.

—Añoro recibir mensajes románticos —comenta Becky, que suspira—. El último mensaje que me mandó Seb fue para preguntarme dónde había dejado los polvos para el pie de atleta.

Mira a Natasha, que vuelve a estar enfrascada en su móvil.

—No sé qué pone en ese mensaje, pero debe de ser bueno —añade Becky.

—En realidad, estoy mirando otra cosa. No lo he buscado, pero en mi Facebook hay un artículo titulado «los diez consejos sexuales de Cosmo que deberías probar esta noche». No sé por qué las *cookies* habrán pensado que me interesa el tema.

Becky se ríe y le quita el teléfono.

—Dale un masaje a tu pareja sin utilizar las manos. Prueba la postura de la vaquera al revés. Pídele a tu chico que anote las tres cosas que más lo excitan en un papel y haz tú lo mismo. Intercambiad las listas. Este es muy viejo...

Natasha y yo nos miramos.

—Aunque hace mucho que no lo hago —prosigue Becky—. Lo único que me vuelve loca hoy día es cuando él no le pone el tapón a la pasta de dientes.

—Tienes un marido maravilloso —comenta Natasha.

—Sí, pero intenta tú hacer la postura de la vaquera al revés cuando uno de tus tres hijos asoma la cabeza en el dormitorio y pregunta por qué parece que alguien esté torturando a papá. No es que pase mucho. Últimamente nunca tenemos tiempo.

Natasha frunce el ceño.

—Pues tenéis que sacar tiempo.

—Cuando lo conseguimos me lo paso bien, pero la verdad es que... no he vuelto a tener un orgasmo desde que nació Poppy.

Natasha me mira con incredulidad.

—Pero si tiene casi tres años.

—No es tan importante, Natasha. He tenido otras cosas de las que preocuparme.

Natasha no parece convencida. Cuando Becky baja la carta, me suena el teléfono.

—Venga, Jess. Explícanos lo que te ha escrito tu enamorado.

—Jamás —digo con timidez, y después le tiendo el teléfono para enseñarle el mensaje.

No dejo de pensar en tus labios X

—Es un buen hombre —decide Becky mirándome—. Ya sé que ahora mismo las cosas son complicadas, Jess. Pero prométeme que disfrutarás de esto.

Υ

Cuando volvemos al Château de Roussignol, le pido a Becky que me deje antes para ir a buscar a William. Lo veo jugando al fútbol con uno de los niños holandeses.

—Hola, mamá —me grita William saludándome desde el campo.

—¿Te lo has pasado bien con papá?

—Genial. Estuvimos entrenando cuando volvimos, me ha enseñado un montón de trucos con el balón. ¿Puedo quedarme un poco más jugando con Finn? —pregunta acercándose.

Finn parece alarmado. Me parece que ya no puede seguir soportando a un compañero de juegos que es incapaz de chutar la pelota en la dirección adecuada.

—Está bien. Ve con madre. Todo bien.

William frunce el ceño.

—Vale, podríamos volver a jugar mañana.

Finn esboza una sonrisa poco convincente y desaparece todo lo rápido que puede.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto.

—Tenía que hacer una llamada —dice señalando el *château*.

Adam está en la terraza hablando por el móvil.

Me saluda con la mano y yo le respondo con un gesto incómodo.

—Ve a decirle que nos vamos para casa.

William desaparece un momento y después vuelve para pasear conmigo hasta Les Écuries. Después de dos semanas y media de sol casi a diario, de pronto el aire está cargado de humedad y sobre nosotros se ciernen un grupo de nubes amenazadoras.

—Papá ha dicho que van a caer chuzos de punta —me dice William.

—Es posible —murmuro aligerando el paso—. Y ¿qué más habéis hecho?

—He hecho un poco de «seguimiento y observación» en Bergerac: eso significa que lo he acompañado a una reunión. Cuando hemos vuelto, también he ayudado a Simone a hacer algunas cosas. Es muy guapa Simone, ¿verdad?

—Sí —admito.

—Creo que se parece a Megan Fox.

—Megan Fox es morena.

—Ya lo sé, pero aparte de eso. Creo que es muy guapa.

Escuchamos el rugido de un trueno y aceleramos.

—Venga, tenemos que ir más deprisa.

Cojo a William de la mano y empezamos a correr hasta que llegamos a la casita y encuentro la llave antes de que empiece a llover.

—Creo que es la noche perfecta para atrincherarse con el iPad —le digo.

Parece sorprendido.

—¿Estás diciendo que me vas a dejar utilizarlo?

—Sí —contesto encogiéndome de hombros.

—¡Síiiii!

Me río.

—¿Dónde lo has dejado después de utilizarlo esta mañana?

Se le borra la sonrisa y abre tanto los ojos que casi chirrían. Corre a su habitación, vuelve al comedor a toda prisa, jadea y se lleva la mano a la boca.

—¿Qué? —pregunto en voz baja, pero acabo de entender por qué se ha puesto así.

—Acabo de recordar dónde lo he dejado.

Por el aspecto del cielo, deduzco que no tengo mucho tiempo para llegar a la terraza del *château*, que es donde William me ha dicho que ha dejado mi iPad, encima de una mesa. Cuando salgo, me pregunto cómo es posible que hayamos traído una máquina para hacer palomitas y una pistola de agua, pero no hayamos cogido ningún impermeable.

Corro por el aparcamiento hasta el camino; la niebla emana de los húmedos árboles verdes. Cuando salgo de la arboleda, veo que la piscina está desierta y las nubes de carbón se reflejan en su superficie. Entro en la terraza y miro a mi alrededor, pero no hay ni rastro del iPad.

Cuando entro junto al resto de los huéspedes que se están refugiando de la tormenta inminente, lo veo: está en una mesa, bajo una lámpara, supongo que alguien lo ha dejado ahí al ver que cambiaba el tiempo. Lo cojo y me lo meto debajo del suéter justo cuando un relámpago ilumina el cielo provocando una exclamación colectiva.

Vacilo un momento, pero al final decido arriesgarme y cruzo la piscina corriendo en dirección al bosque. Pero, cuando apenas he recorrido unos metros, el cielo se abre y una lluvia intensa y pesada empieza a aporrearne los hombros. Tengo la cara empapada, oigo el rugido de un trueno. De pronto se me ocurre que no ha sido buena idea salir durante la tormenta. Y no solo porque ya esté empapada. Entonces oigo un crujido eléctrico que ilumina el suelo justo delante de mí.

Jadeo y alguien me coge de la mano.

—¡Por aquí!

Adam y yo corremos por el césped en dirección a una pequeña edificación de piedra. Justo cuando otro relámpago ilumina el cielo, Adam me empuja hacia dentro.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—Créeme, Jess, no es buena idea estar fuera en plena tormenta. Por lo menos

tenemos que esperar a que pasen los relámpagos.

Me acurruco contra un montón de madera y me rodeo las rodillas con los brazos, Adam se sienta a mi lado.

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera?

Me resbala una gota de agua por la ceja.

—William se había dejado mi iPad en la terraza. Tenía que recuperarlo antes de que empezara a llover.

Adam frunce el ceño con un gesto desaprobador.

—Ese relámpago ha caído muy cerca, ¿sabes? Unos metros más y te habría carbonizado.

Giro el cuello para mirar al cielo y veo otro relámpago, pero es más pequeño que el anterior. Me doy cuenta de que estoy temblando. También de que Adam me está mirando.

—¿Qué? —le pregunto.

Niega con la cabeza y se desabrocha la sudadera que lleva anudada a la cintura.

—No está precisamente calentita y seca, pero toma.

—Estoy bien —murmuro tiritando.

—Jess, cógela.

Intento ponérmela. Pero hay tan poco espacio en el cobertizo que cuando meto los brazos acabo dándole un golpe a Adam en la cara. Él se echa a reír. Yo sonrío y acabo riéndome también un poco. Al final consigo meter los brazos y después la cabeza. Me limpio la lluvia de la nariz y levanto la vista. A Adam se le suaviza la mirada y me sonrío.

Es un gesto minúsculo, pero me provoca una oleada de cálida felicidad líquida que me afloja las piernas.

—Gracias —susurro.

Pero él no contesta. Solo me mira.

Y yo también le miro. Soy incapaz de dejar de mirarle y estudiar sus rasgos en la oscuridad.

Todo lo que ha pasado entre nosotros (tanto lo bueno como lo malo) se desintegra y lo único que oigo es el latido de mi pulso acelerado en los oídos: retumba por encima de la lluvia. Me doy cuenta de que quiero algo que no he deseado desde hace años. Quiero algo instintivo y animal, que desafía todo aquello que creía, pero lo deseo tanto que estoy a punto de cogerle del cuello y hacerlo. Quiero besarle. Me muero por besarle.

Adam gira el cuello para mirar hacia la puerta.

—La tormenta está amainando —murmura.

Pero yo no miro fuera. Solo puedo mirarlo a él. Entonces la lluvia escampa y

desaparece el hechizo.

—Será mejor que vuelva.

Adam asiente y vuelve a apoyarse en la pared, pero noto su mirada, con una intensidad que deja muy claro sus pensamientos ilícitos.

Estoy empapada y despeinada, pero tan acalorada que me arden las mejillas. Cojo el iPad y lo meto dentro de la sudadera. Después salgo del cobertizo de la leña, pero esta vez no me vuelvo para mirarlo: tengo demasiado miedo de lo que podría ocurrir si lo hago.

Natasha abre la puerta de la casita cuando me ve llegar.

—¿Te ha pillado la tormenta? —pregunta horrorizada—. He imaginado que te habrías quedado en el *château* hasta que pasara.

—Eso habría sido mejor plan —murmuro, y entro y me sacudo como un labrador mojado.

—¿Lo has encontrado? —pregunta William, avergonzado, mirándome desde el sofá.

—Sí —contesto fulminándolo con la mirada y con los labios fruncidos—. Pero tengo que secarlo bien y asegurarme de que ha sobrevivido a la experiencia antes de que vuelvas a ponerle tus manazas encima. Pero primero voy a quitarme la ropa mojada.

Voy al baño, seco el iPad por encima, lo dejo en la cama y me quito la camiseta. Tengo la piel congelada. Cojo unos vaqueros y una camiseta, y empiezo a secarme el pelo con una toalla. Todavía me siento mareada por lo que acaba de pasar. Me siento en el borde de la cama y me concentro en el iPad, lo enciendo y me conecto a Internet para probar si todo funciona bien. Sin embargo, en lugar de aparecer una página en blanco, carga lo último que busqué: por lo visto había olvidado borrar el historial: «Prueba genética para la enfermedad de Huntington».

Cuando vuelvo a leer las palabras, me quedo sin aliento.

Es una de mis búsquedas más populares. Y eso que, por mi bien, no debería seguir leyendo sobre el tema.

—Dios mío —digo entre dientes pinchando el enlace para recordar qué decía el artículo exactamente. Mientras contemplo la página siento una oleada de náuseas, algo que me recuerda cuál es el tema principal de mi vida:

La enfermedad de Huntington la produce un gen defectuoso. El hijo de una persona con esta enfermedad solo necesita una copia de este gen de cada padre para desarrollar la enfermedad.

Mediante un test genético se puede confirmar el diagnóstico de la enfermedad. El hijo de una persona con la enfermedad de Huntington puede hacerse este test una vez cumplidos los dieciocho

años para saber si ha heredado el gen defectuoso.

Si lo tiene, desarrollará la enfermedad, pero es imposible saber a qué edad.

La prueba consiste en un análisis del ADN mediante una muestra de sangre donde se cuenta el número de repeticiones de CAG. Las personas que no padecen la enfermedad de Huntington suelen tener veintiocho repeticiones o menos. Los que la padecen tienen cuarenta o más repeticiones.

Tomar la decisión de hacerse la prueba puede ser difícil. Un resultado negativo alivia la preocupación y la incertidumbre. Un resultado positivo permite que el individuo tome decisiones sobre su futuro.

Algunas personas afirman no querer saberlo porque quieren disfrutar de su vida antes de empezar a padecer los síntomas que, generalmente, aparecen durante la mediana edad.

Otra vez se me forma ese nudo en la garganta mientras leo. Empiezo a sudar. William podría haberlo leído. Podría haberlo descubierto todo.

Podría ser que mi hijo hubiera leído acerca de todo lo que le he escondido a él y a los demás durante la última década. Lanzo el iPad sobre la cama con el corazón acelerado y corro a la puerta, la abro y miro fuera.

En realidad, mi hijo está en el sofá con la cabeza enterrada en un libro y metiéndose patatas de pollo asado en la boca con la mano que le queda libre. Empieza a reírse de algo y pasa la página. Me obligo a relajarme.

No lo sabe. No puede saberlo.

Incluso aunque haya visto lo que yo estaba leyendo, eso no significa que lo haya conectado, que haya unido los puntos para descubrir el panorama al que nos hemos enfrentado desde que a mi madre le diagnosticaron la enfermedad de Huntington.

Descubrí lo del test genético poco después de su diagnóstico, pero al principio intenté convencerme de que era mejor no saberlo. Muchos hijos de pacientes con la enfermedad de Huntington deciden no saberlo. No me extraña.

Sí, la idea de que el resultado pueda ser negativo es una perspectiva tentadora. Quedarías liberado de esta ansiedad despiadada y retorcida. Serías libre para disfrutar de la vida y pensar en un futuro largo y lleno de salud. Pero un resultado positivo es algo muy distinto. Es imposible ignorar que has heredado ese monstruo. Antes de que los síntomas aparezcan ya arruinan cualquier pizca de felicidad que haya en tu vida.

A algunas personas les va muy bien sin saber el resultado. Son capaces de seguir adelante con sus vidas y esperar lo mejor mientras se preparan para lo peor. Pero a medida que fue pasando el tiempo, cada vez llevaba peor lo de no saberlo. Lo he intentado durante años.

Nunca he conseguido arrinconar ese pensamiento; siempre estaba ahí, como un pasajero ruidoso que viajaba sentado delante de mí en el tren y cuya voz era incapaz de acallar.

Y el volumen subió todavía más cuando empecé mi primera relación después

de Adam, aunque no fuera tan seria.

Pasé mucho tiempo evitando liarme con nadie. Pero entonces conocí a Toby, hace ya algunos años. Fue muy insistente, en el buen sentido. Y parecía un tipo tan encantador y sincero que me convencí de que no tenía por qué seguir viviendo presa de aquel largo martirio. Así que enseguida le expliqué lo de la enfermedad de mi madre y que yo tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de haber heredado el gen.

Toby estuvo genial: comprensivo, compasivo y muy optimista. Por lo menos, al principio. El problema fue que, cuanto más amor sentía por mí, más comentarios hacía sobre la necesidad de sentar la cabeza y formar una familia.

Una noche salimos a cenar a un pequeño restaurante italiano de Didsbury y me abrió su corazón:

—Te quiero, Jess. Quiero construir una vida contigo. Nos imagino formando una familia: tú, yo, un par de chiquitines.

—Y William —señalé.

—Sí, claro, William. —Deslizó las manos por la mesa y me cogió los dedos—. Pero necesitamos saber en qué situación estamos, ¿no? Me refiero a la enfermedad de Huntington.

Era evidente lo que estaba insinuando: yo era candidata a ser su futura esposa y la madre de sus hijos. Pero solo si me hacía el test genético y conseguía el resultado correcto.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el problema no era solo que yo no estaba tan enamorada de Toby como él lo estaba de mí. El problema era que la decisión sobre si debía hacerme el test o no tenía que ser mía. Y de nadie más.

Así que cuando Toby empezó a insistir en que me lo hiciera, repitiéndome que él me acompañaría, yo levanté todas mis barreras. No pensaba dejar que un hombre me arrastrara a la clínica para hacerme el test, para que él pudiera decidir si se quedaba conmigo o me dejaba.

Cuanto más me presionaba para que lo hiciera, menos ganas tenía de hacérmelo.

Y él se marchó y todo terminó. Estuve triste durante un tiempo, pero si soy sincera, me sentí aliviada de volver a ser soltera.

Sin embargo, a medida que iban pasando los años, seguía dándole vueltas al tema de la prueba. Y durante el amargo invierno que tuvimos a principios de este año, cada vez que llegaba a Willow Bank sentía más intensamente el dolor de la enfermedad de mi madre, que cada vez es peor. No sabría decir si me estaba imaginando su empeoramiento o si el gélido viento de enero había intensificado sus problemas de habla y sus manos deformadas.

Lo único que sé es que una tarde, mientras le hacía compañía tomándome una

taza de té frío, me di cuenta de que el ser en el que se estaba convirtiendo me estaba carcomiendo por dentro lentamente.

Supé que había llegado la hora de averiguar mi destino.

Así que lancé los dados y me hice la prueba.

Papá me acompañó a recoger los resultados de la prueba cuatro tortuosas semanas después de hacérmela. No era la primera vez que veía a la doctora Inglis: ella me había hecho un examen neurológico básico poco después de nuestra primera reunión con el consejero genético. Concluyó, después de que yo resolviera con éxito todas las pruebas que me pidió, que no demostraba síntomas de tener la enfermedad de Huntington.

Yo sabía que eso no significaba nada, pero me dio esperanzas.

Mi padre estaba guapo aquel día. Llevaba una chaqueta azul marino y unos pantalones nuevos; se había vestido para una ocasión alegre. Mientras esperábamos en la sala, sentí una extraña sensación de ligereza. Me obligué a ignorar el reloj de la pared y me concentré en la luminosa manicura de la recepcionista y en cómo la cortina ondeaba por encima del radiador.

—Anoche volví a ver *Frasier* —le expliqué a papá—. Me había olvidado de lo buena que es esa serie.

—¿Qué capítulo?

—Vi tres. Uno era ese de cuando lanzan la silla de Marty por la ventana.

—¡Ja! Es genial —exclamó, pero la risa se le secó en la boca—. Genial.

Desde que habíamos salido de casa, ninguno de los dos había mencionado por qué estábamos allí en ese momento. Hubo un instante en que pensé en decir algo, pero al rato comenté que la basset hound de mi vecino Graham estaba preñada.

Al final me sorprendí preguntando algo en lo que llevaba años pensando.

—Cuando mamá y tú os conocisteis..., crees que si hubieras sabido... lo de la enfermedad, digo. ¿Crees que las cosas habrían sido distintas?

—¿Te refieres a si me habría casado con ella?

Me encojo de hombros.

—Supongo.

Parece decepcionado con mi pregunta.

—Jess, cuando amas a alguien, algo así no se interpone en tu camino. Recuerdo haber pensado: «Bueno, qué va a decir en estas circunstancias». Pero entonces añadió algo que me sorprendió.

—Ahora la quiero más que nunca. —Debí de parecer asombrada—. Es cierto, lo digo en serio. Hemos tenido mucho tiempo para compenetrarnos.

Papá y yo seguimos a la doctora Inglis por el pasillo que conduce a su despacho. Mientras caminábamos, mi padre alargó el brazo y me cogió de la mano por primera vez desde que yo tenía ocho años. El arco de su mano era fuerte y suave, como siempre había sido. De pronto, el corazón no me cabía en el pecho.

Una vez dentro, me senté en el borde de la silla y antes de que la doctora empezara a hablar ya sabía lo que iba a decir. No se hizo esperar. Fue directamente al grano.

—No eran las noticias que esperábamos, Jess —empezó, y por un momento, antes de llegar siquiera a comprender sus palabras, recuerdo sentir ástima por ella, pensar en lo terrible que debía de ser ese trabajo.

Pero no me di cuenta de que estaba temblando hasta que papá y yo salimos al aparcamiento. Me temblaban todos los brazos y se me habían aflojado las piernas.

Nos detuvimos junto a su ranchera y él me estrechó entre sus brazos y me susurró con la boca pegada al pelo:

—Todo irá bien, Jess. Todo irá bien.

Debió de ser la primera vez que me mentía desde que estaba sobrio.

No se lo dijimos a mamá ese día. El consejero nos había dicho que no siempre era buena idea: «Cuando existe un nivel tan alto de conmoción y carga emocional, a veces comunicarlo acaba provocando angustia a los progenitores».

Pero no podíamos posponerlo para siempre, incluso sabiendo lo que eso suponría para ella. Porque sé lo que se siente cuando existe aunque sea una minúscula posibilidad de haberle pasado un gen mortal a tu hijo.

La fuerza del amor maternal te embarga desde el primer momento que notas las pataditas de esos piecitos dentro de ti. Lo respiras junto a su olor a bebé recién nacido cuando te lo ponen en los brazos. Va aumentando en ti a medida que crece, cuando le das la mano el primer día de escuela o le besas la rodilla rasguñada cada vez que se cae.

Y sé que hay momentos en los que las madres rozan la locura: desde la falta de sueño hasta las peleas de la adolescencia o las rabietas y los desafíos. Pero siempre les querrás, de una forma que no existía antes de que llegaran ellos.

El peor día de la vida de mi madre no fue cuando descubrió que tenía la enfermedad de Huntington. Fue ese inhóspito día de febrero en que descubrió

que mi resultado había dado positivo.

En cuanto a mí, ni siquiera era capaz de procesar lo que me pasaba por la cabeza en aquel entonces. A veces tengo tanto miedo que ha habido mañanas en los últimos cinco meses que apenas he sido capaz de levantar la cabeza de la almohada.

Y todo esto ha echado una sombra negra sobre el futuro de la persona más importante de mi vida: mi hijo. Como es menor, William no puede hacerse el test hasta que tenga dieciocho años. Así que, por lo menos, dispongo de ocho años antes de poder averiguar si le he pasado el gen a él. Eso asumiendo que él quiera hacerse la prueba.

Tengo treinta y tres años. Mi madre empezó a tener los primeros síntomas cuando tenía treinta y siete. Quizá no me quede mucho tiempo antes de que empiecen a pasarme cosas a mí, síntomas que afectarán mi capacidad de ser la persona que quiero ser: la hija, la amiga, la colega. Y, sobre todo, la madre que quiero ser.

Alguien que sonría desde la banda cuando William se convierta en un hombre, igual que lo hice cuando era un pequeñajo con manoplas y gorrito con borla.

A veces sueño que tiene treinta o cuarenta años.

A veces proyecto una imagen muy real de él: a veces es científico, otras veces es historiador; en un par de ocasiones, ha sido basurero. Me lo imagino enamorándose, con el corazón roto, graduándose, comprándose su primer coche, eligiendo una universidad, consiguiendo el trabajo de sus sueños.

Y me descubro pensando en cuántas de esas cosas podré apoyarle, si es que puedo apoyarle en algo.

Sin embargo, por extraño que parezca, en lo que más pienso es en las pequeñas cosas, como si todavía estaré con él cuando sus rizos mengüen o si todavía estaré con él cuando empiecen a salirle canas en la barba, si le saldrá barriga de tanto jugar al dominó.

Soy incapaz de aceptar la idea de que me voy a perderme su futuro.

Lo que me lleva al motivo real de que esté en Francia, el motivo por el que mi madre quería que viniéramos. Mi hijo necesita un padre, por un motivo mucho más grave del que he dado a entender; un motivo que, a la luz de los resultados de mi prueba, ya no puedo seguir ignorando. Rezo para que Adam sea capaz de estar a la altura y se convierta en el padre que William necesita.

El sol brillante de la mañana se cuele por la ventana de mi dormitorio. Estoy tumbada boca arriba entre las suaves sábanas blancas, con los ojos clavados en el techo, después de haberme pasado la noche entera convenciéndome de que William no puede haber averiguado nada sobre la enfermedad de Huntington. Además, estoy intentando interpretar lo que ocurrió en el cobertizo del bosque.

La única conclusión a la que puedo llegar es esta: tengo que fingir que no ocurrió nada. Porque no pasó nada. Como diría William, solo estoy «rarita». Cada vez que pienso en cómo me miró Adam y en la reacción que me provocó esa mirada, no me parece del todo real. Parece un sueño extraño.

Pasamos casi toda la mañana en grupo en la piscina, después Natasha se ofrece a preparar la comida para todos. Becky y Seb han dejado de pelearse, pero me sorprende advertir que, aunque no estén discutiendo, la comunicación entre ellos no pasa de ser algo funcional: ella le pregunta dónde están los manguitos, él le pregunta si ha traído crema hidratante. Hablan sobre eccemas, técnicas para enseñar a la niña a ir al lavabo sola, los límites sobre el uso de dispositivos electrónicos y acerca de dientes de leche, pero no mencionan ninguna de las cosas de las que hablaban cuando hervían de deseo el uno por el otro. Y son incapaces de relajarse. En cierto momento, me llevo a James y a Rufus a la piscina para organizar un partido de voleibol acuático, pero cada vez que los miro, veo que uno de ellos está intentando apaciguar a Poppy mientras él otro rebusca en la bolsa de los pañales.

Son el mejor y el peor anuncio de paternidad que imagino.

A la una y media recogemos nuestras cosas y nos vamos a casa, donde Natasha nos ha prometido un festín. Mientras los demás cruzan el patio como pueden, Charlie sale de su casita y me saluda con la mano. Dejo la toalla y la bolsa de playa en una silla y me acerco a él.

—¿Has estado en la piscina? —me pregunta.

—Sí, pero hay mucha gente. Todo el mundo quiere sol después de lo de ayer.

—Oye, me estaba preguntando si William y tú querríais venir a dar un paseo conmigo y con Chloe después.

—Me encantaría. Estoy segura de que William se apuntará.

—Nada demasiado cansado —comenta—. He cogido un mapa de excursiones en el *château* y he descubierto una ruta muy bonita junto al lago.

—Tenemos una cita. —Me trepa una oleada de calor por el cuello—. Bueno, no es una cita como tal. Pero estaremos allí.

Charlie se ríe y desvía la mirada cuando oye el sonido de su móvil.

—Discúlpame, Jess.

Mete la mano en el bolsillo para contestar. Tiene las manos bonitas: suaves y bronceadas, adornadas con un reloj caro. Pienso en que el reloj más caro que jamás tuve fue un Swatch.

Me quedo allí plantada sintiéndome un poco incómoda, no sé si se supone que es una despedida o no.

—¿Nos vemos luego? —artículo reculando.

Él tapa el auricular del teléfono con la mano.

—¿Sobre las cuatro?

—Vale.

Charlie es simpático. Es exactamente lo que me recetó la doctora. No es una relación seria, que, dadas mis circunstancias, provocaría una docena de preguntas complicadas sobre el futuro. Solo es un tipo inteligente y simpático que vive cerca de mí. Podríamos salir juntos a cenar a algún restaurante o ir al cine. Podríamos divertirnos un poco y quizá besarnos un sábado por la noche. Sería muy agradable. Y soy incapaz de poner el énfasis necesario en lo mucho que me atrae la idea de pasar un rato agradable. Ya he tenido demasiadas emociones revueltas y me encantaría disfrutar de algo así de relajado.

Mis pensamientos se desintegran en cuanto entro en la casa y escucho la voz estrangulada de Natasha:

—Mira, Becky, ¡yo no me estoy metiendo contigo!

—Pues no lo parece.

Becky suelta las bolsas encima de la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero es evidente que se avecina una pelea.

Y ninguna de las dos parece dispuesta a ceder.

Natasha tiene cara de enfadada, pero se está esforzando por controlarse. Está haciendo esas respiraciones profundas que enseñan en las clases de yoga, esas que son muy fáciles de hacer cuando estás en un aula, pero que se complican cuando estás delante de alguien que tiene pinta de querer estrangularte.

—Querías saber por qué no estaba lista la comida —le dice Natasha a Becky—. Y yo solo estaba diciendo que es porque la barbacoa que tomasteis prestada Seb y tú la otra noche no estaba limpia, y he tenido que limpiarla yo.

—Bueno, lo lamento. —Becky no parece sentirlo mucho—. Intenta tú lidiar con tres niños, dos de los cuales están librando la tercera guerra mundial, otro tiene diarrea y otro ha estado despierto toda la noche metido en nuestra cama porque tiene pesadillas después de haber visto *Coraline*.

Natasha frunce el ceño.

—Eso son cuatro niños.

—¿Qué?

—Que son cuatro niños. Y tú solo tienes tres.

—¡Ya sé cuántos niños tengo, joder!

Natasha se cruza de brazos.

—Becky, siento haberlo dicho. Pero me lo has preguntado tú.

—Solo lo he preguntado porque tengo una niña pequeña que empieza a comportarse como uno de esos gremlins que han comido pasada la medianoche cuando lleva demasiadas horas sin alimentarse. No esperaba que reaccionaras así.

—No he reaccionado de ninguna forma —contesta Natasha con delicadeza—. Te juro que no lo he dicho con mala intención.

Le toco el brazo a Becky.

—¿Va todo bien?

Ella se frota la frente.

—Pues déjame que haga alguna otra cosa, ya que has tenido que limpiar tú la

barbacoa. ¿Qué hay que cocinar?

—No tienes que hacer nada más —prosigue Natasha lanzándome una mirada—. Mira. Relájate. Por favor. Ve a sentarte, la comida estará lista dentro de diez minutos, eso es todo.

Becky asiente, parece que esté a punto de echarse a llorar.

—Vale. Lo siento —murmura antes de dar media vuelta para salir.

Natasha sigue picando la lechuga para la ensalada.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente y mira a su alrededor un tanto alterada.

—Becky está fatal últimamente.

—Está estresada.

—Ya lo sé, pero eso no significa que el resto tengamos que recibir continuamente. Se supone que también estamos de vacaciones. Dios, mira tu situación.

—Intento no hacerlo.

Se muerde el carrillo por dentro.

—¿Cómo estás tú, Jess?

Alzo las cejas.

—Por lo que respecta a la salud, estoy perfectamente bien. Por lo menos por ahora. Pero me pongo paranoica cada vez que se me cae un vaso o me resbalo en un escalón. Salí volando por la escalera cuando estaba en el Château de Beynac con Adam y William, el otro día. Vivo pensando en todo momento que ya ha llegado. Y ver cómo está mamá no me ayuda.

—Lo siento por tu madre. —La preocupación le arruga los ojos—. Y por ti.

No quiero la compasión de Natasha. En realidad, odio eso. Cuando se lo expliqué a ella y a Becky, poco después de que mamá me lo confesara hace ya tantos años, ellas solo querían hablar sobre mi enfermedad. Cada vez que quedábamos para tomar una copa, un café, se plantaban allí, cargadas de preguntas y de preocupación.

Sé que tenían buena intención, pero acabé completamente asqueada del tema. Es como si, de pronto, mamá y yo hubiéramos quedado definidas por la enfermedad, como si todo girara en torno a ese tema. No se hablaba de mi bebé recién nacido. No se mencionaba el deterioro de mi relación. Tampoco hablábamos de política, de *Los Soprano* o de las nuevas lacas de uñas de Chanel. De todas las cosas sobre las que habíamos hablado siempre.

Un par de meses después, se lo dije directamente: «No quiero volver a hablar de esto, no quiero que salga el tema cada vez que nos vemos. Sigo siendo yo, no una de esas personas tan valientes víctimas de alguna enfermedad sobre las que leéis en los periódicos, en especial porque de valiente no tengo nada. Soy lo

opuesto de una persona valiente. Así que ya basta. Por favor».

Y aunque todo volvió a comenzar (inevitablemente) cuando descubrí que había heredado la enfermedad, creo que al final captaron el mensaje.

—Oye, no te tomes lo de Becky de forma personal —la tranquilizo.

Natasha se endereza.

—Ah, no lo hago. O sea, lo siento por ella. Pero no pienso dejar que se descargue conmigo.

Cojo un cuchillo para cortar una *baguette* justo cuando a ella le suena el móvil: un mensaje.

—Está claro que el wifi ha decidido ser benevolente contigo.

Mi amiga coge el teléfono y contempla la pantalla.

—Joshua ha subido fotografías de los dos en Facebook. Creo que está entusiasmado.

Me pasa el teléfono para enseñarme una fotografía en la que salen brindando con copas de champán; otra donde salen posando con los palos de golf.

—¿Cómo te fue?

—Josh lo hizo genial, pero no creo que sea mi deporte. Tardé tanto en el sexto hoyo que al final lo dejamos y nos fuimos a tomar una copa.

—Y te has... —digo alzando las cejas.

—¿Acostado con él? No, me estoy esperando. Quiero saber si tiene madera de novio.

Vuelvo a mirar el teléfono y repaso su perfil. Desearía haber sido más maja con Joshua; estoy empezando a pensar que me estoy volviendo muy crítica. Pero sus amigos de Facebook (entre los que hay varias bailarinas cutres de *burlesque* y un blog llamado «Contra la opresión del hombre blanco de mediana edad») no ayudan mucho.

Cuando salgo, me encuentro a Becky tratando de hacer acopio de energía para leerle *El libro sin dibujos* a Poppy, mientras Seb instruye a James y a Rufus en el arte del pogo saltarín.

—Tienes un talento natural —le digo sonriendo cuando él consigue dar tres saltos antes de caerse en una mata de lavanda.

Me siento junto a Becky y le ofrezco un trozo de pan a Poppy.

—*Gaciaz*, tía Jess. Eres muy buena.

—Escucha, he tenido una idea —le digo a Becky—. ¿Por qué no salís una noche Seb y tú solos, y yo me encargo de los niños?

Me mira y su expresión se viste de gratificación e incredulidad.

—Oh, por eso te quiero tanto, Jess.

—¿Eso es un sí?

—De ninguna manera. No pienso dejarte con tres niños, aparte de William.

Pero eres un ángel por ofrecerte.

—Becky, no pasará nada. No he perdido mi toque —argumento.

—Claro que no. Pero Poppy se pasaría la noche llorando porque no estamos, James te destrozaría el maquillaje y yo me pasaría la noche preocupada por haberte puesto en esa situación.

—Pues no tendrías por qué.

—Lo pensaré —concluye, pero ya veo que ha decidido que no va a aceptar—.

Pero tengo que ir a hacer una cosa.

Mira la puerta y suspira.

—¿El qué?

—Ir a pedirle perdón a Natasha.

Es evidente que Chloe preferiría que le estuvieran arrancando todas las uñas que pasear con nosotros. Aunque tampoco es que se esté quejando exactamente. Para quejarse hay que hablar: ella apenas ha dicho una sola palabra. Va callada detrás de mí y de Charlie. William, sin embargo, está decidido a hablar con ella.

—¿Hablamos de algo? —le sugiere con entusiasmo.

Ella arruga el labio superior.

—¿De qué?

—Mmmm. ¿Qué te parece si hablamos sobre la peste negra?

Me doy media vuelta y sonrío a la chica.

—Tienes que admitir que es un temazo.

William recibe mi deslealtad con el ceño fruncido.

—Lo siento, cariño. Pero probablemente Chloe no quiera...

—¿Qué sabes sobre el tema? —pregunta Chloe.

Mi hijo se yergue un poco.

—Bueno, comenzó en 1347, la transmitían las ratas y acabó con un tercio de la población de Europa.

—¿Sabías que si la contraías se te desintegraba el bazo? —comenta Chloe.

William está impresionadísimo.

—Guau.

Charlie y yo intercambiamos una sonrisa.

—Bueno, y ¿de qué hablamos nosotros? ¿De la viruela? —sugiero.

Nos hemos alejado del *château* adentrándonos por la pradera contigua, una extensión de hierba alta y espesa, y sopla un aire fragante cargado del olor de las orquídeas salvajes. Al poco llegamos a una puerta de esas que impiden el paso del ganado que separa dos campos. Charlie se hace a un lado.

—Venga, chicos, vosotros primero.

William y Chloe cruzan la puerta sin problemas y después Charlie me invita a pasar detrás de ellos.

Al poco, me doy cuenta de que tiene unas vistas en primera línea de mi culo. Pero las dudas resultan ser mi perdición, pierdo el equilibrio y acabo sentada a horcajadas sobre la valla al tiempo que exclamo: «¡Au!».

—¿Estás bien?

Asiento y sonrío sin decir una palabra mientras los niños avanzan. Al rato llegamos a un campo abierto salpicado de frondosos robles verdes y me doy cuenta de que Charlie se está acercando a mí. Cuando levanto la vista, me susurra:

—Estás guapísima.

—Para, que me sonrojo —contesto fiel a mi instinto de toda la vida que me empuja a recibir cualquier cumplido con un chiste.

Carraspeo e intento cambiar de tema.

—¿Chloe está disfrutando de las vacaciones?

Charlie capta la indirecta y se endereza.

—Eso parece, cuando no se queja de estar mortalmente aburrida.

—Vaya.

—A decir verdad, creo que preferiría estar en Orlando —dice.

—Orlando es genial.

—¿Has estado?

—Una vez. William y yo fuimos cuando él tenía seis años, con mi ex, Toby. No esperaba que me gustara, pero me encantó en cuanto puse un pie en él. Soy una triste fan de Disney. Toby lo odió. No creo que todo el mundo se sienta a gusto en un sitio donde alguien se pone a cantar en cualquier esquina, ¿no?

—Debo admitir que lo comprendo. Y ¿por qué no funcionó lo vuestro?

—¿Te refieres aparte de nuestras diferencias sobre el Reino Mágico?

Charlie espera a que yo diga algo menos frívolo.

—La cosa se fue apagando —digo—. Nunca estuvimos locamente enamorados. Fue todo muy amigable.

—¿A William no le importaba que te vieras con alguien que no fuera su padre?

—No, creo que no. Adam y yo nos separamos cuando William era muy pequeño; nunca ha conocido otra vida. Y Toby nunca fue una figura paterna para William. Y ¿qué me cuentas de la madre de Chloe?

—Chloe sí que tiene un problema con el hecho de que su madre y yo no estemos juntos.

—Ah.

—Por desgracia, no puedo hacer nada al respecto. —Yo no digo nada y él sigue hablando—. Gina (así es como se llama la madre de Chloe) es azafata de vuelo. Yo confiaba en ella al cien por cien, a pesar de los rumores que se

escuchan sobre las aventuras entre el personal de las aerolíneas. Un día me quedé sin batería en el coche y tuve que coger el suyo para ir a trabajar. Abrí el maletero y me encontré una botella de champán vacía. Cuando le pregunté por ella, me dijo que había comido con sus compañeras hacía una semana o así y que se la había traído a casa.

—Suena creíble.

—Entonces descubrí su segundo móvil.

—Oh, no.

—Ya lo sé, menudo cliché.

Charlie sigue contando cosas, una retahíla de revelaciones sórdidas: un piloto que confesaba haberse acostado con media plantilla de la aerolínea, fiestas en *jacuzzis* en los hoteles e incluso, según otra de las azafatas, un incidente en la cabina en el que su exmujer estuvo manejando unas palancas que no tenían nada que ver con el avión. Al final ella confesó tener una aventura después de que un amigo que trabajaba en el mismo bufete que él la viera en Chester besándose con otro hombre.

—Lo que más me dolió fue que me hubiera mentido —confiesa Charlie—. Yo sabía, en el fondo, que estaba ocurriendo algo, pero ella siguió negándolo hasta que la verdad salió a flote. Me llevó al límite.

—Hasta que no tuviste otra opción que ponerle fin.

Y entonces aparto la mirada porque no quiero explicarle que a mí me ha pasado lo mismo.

—En realidad, tenía la intención de perdonarla.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero ella quiso marcharse.

De pronto quiero decir algo para levantar el ánimo. Me acerco a él y susurro:

—Parece una auténtica imbécil.

Se ríe.

—Gracias. Eso hace que me sienta mucho mejor.

El terreno empieza a elevarse; me arden los muslos cuando caminamos hacia arriba.

—El lago debería estar en lo alto de esta colina. Venga, chicos. —Chloe y William se han quedado atrás y han dejado de hablar sobre enfermedades de transmisión aérea para quejarse de que los hayamos llevado hasta allí. Los últimos pasos de la cuesta me provocan más ardor en las piernas. Charlie alarga el brazo y me coge de la mano para ayudarme a subir—. La vista es increíble —dice.

Y lo es: un campo verde, el lago brillante; la superficie del agua parece un cristal hasta que un pájaro aterriza en ella y provoca un montón de círculos que

se expanden hasta la orilla. El aire es cálido y silencioso, no hay un ápice de brisa y el único movimiento procede del silencioso vuelo de una mariposa que pasa por nuestro lado. Me quedo momentáneamente hipnotizada por la criatura, por sus sedosas y cerúleas alas brillando al sol.

Entonces veo una figura en el muelle, al otro lado del lago.

Adam está tumbado boca arriba, solo lleva unos pantalones cortos, tiene la cabeza apoyada en una camiseta o en un suéter... o algo. Tiene el pecho desnudo y está leyendo un libro.

Verlo me trae una oleada de recuerdos que por poco me levantan los pies del suelo: de cuando íbamos juntos en bicicleta al parque, en verano, y nos tumbábamos a leer uno al lado del otro y parábamos entre un capítulo y otro para abrazarnos y robarnos besos.

—¡Mira, es papá! —grita William—. ¡PAPÁ!

Baja corriendo por la ladera en dirección a Adam, que se yergue y empieza a reírse cuando ve a su hijo trotando hacia él. William abraza a su padre como si llevara varios meses sin verlo. Adam le devuelve el abrazo antes de invitarlo a sentarse. Los observo en secreto durante un momento mientras mi mente conjura todo tipo de absurdos y desagradables pensamientos sobre lo que podría haber pasado si las cosas hubieran sido diferentes.

Nadie se convierte en padre esperando que le den las gracias.

Por eso, cuando William me trae un fragante ramo de lilas al día siguiente, casi me quedo sin habla.

—¿Me has traído flores? —Las acepto con incredulidad—. ¿Cuándo las has comprado?

—Cuando estaba con papá esta mañana. Pero las he pagado con mi dinero — se apresura a añadir.

—Pero ¿por qué?

Me siento tan conmovida por su gesto que William parece casi preocupado.

—Me dijo que te gustaban. Dijo que eran tus flores preferidas y que sería una buena forma de demostrarte que te quiero.

—Oh, cariño, eso es precioso.

No puedo evitarlo, lo abrazo y lo estrecho contra mi cuerpo. Él me devuelve un abrazo mecánico.

—¿Ya puedo marcharme?

—¿Adónde?

—A ningún sitio, es que me estás asfixiando.

No sé de dónde ha sacado Adam la idea de que estas son mis flores preferidas, pues nunca me han regalado las flores suficientes como para darme el lujo de tener una preferida, por lo menos últimamente. William se marcha a su habitación mientras yo me acerco al fregadero y cojo un jarrón azul y blanco del armario. Lo lleno de agua y coloco bien las lilas, después lo dejo en la mesa.

A pesar de todos los defectos de Adam, debo reconocer que siempre fue detallista, nunca dejaba de hacerme regalitos, pequeños símbolos de amor y amistad con los que me demostraba lo contento que estaba de tenerme en su vida. Aunque eso no se limitaba a mí. Recuerdo que una vez estábamos en Londres un año después de haber empezado a salir. Paramos a echar un vistazo en Liberty, en el Soho, y cogió una de sus corbatas clásicas de seda azul marino

estampada.

—Esta corbata es perfecta para tu padre —decidió Adam.

La verdad era que a mi padre le encantaban las corbatas buenas. Todavía tiene una colección enorme que ocupa demasiado espacio en su armario.

—Mira el precio, Adam —dije—. La pondré en la lista de Navidad.

—No pasa nada. La pago yo —afirmó, y se fue a la caja antes de que pudiera discutirlo.

A veces podía ser desesperante. Mientras a mí me quitaba el sueño no saber cómo íbamos a impedir que nos cortaran el gas, él se presentaba con una pulsera nueva para mí que había visto en alguna tienda de antigüedades. Y aunque una parte de mí quería darle un pescozón, a la otra parte le encantaban las pulseras y lo que representaban.

Esta noche, Adam va a celebrar una barbacoa en su casita. Iremos todos, exceptuando a Natasha, que ha salido con Joshua. Vino a buscarla hace media hora y se la llevó envuelto en una nube de colonia mientras le explicaba cómo acababa de corregir con elegancia la puntuación de uno de sus colegas en Facebook para impedir que siguiera poniéndose en ridículo.

Voy al baño a prepararme. Aunque no tendría por qué costarme tanto, no consigo decidir qué ponerme. La perspectiva de tener que sentarme al lado de Simone y sus minúsculos *shorts* no me ayuda nada.

Me decido por una fina camisola de flores que veo todavía metida en la maleta; como no encuentro ninguna plancha en la casita, me veo obligada a buscar otras formas ingeniosas de quitarle las arrugas. Justo cuando estoy deslizado la plancha del pelo de Natasha por encima de la tela alguien llama a la puerta.

Las desenchufo y abro. Es Charlie.

—Vaya, ¡hola! ¿Cómo estás? —pregunto esforzándome en no mirar el reloj para comprobar cuánto tiempo tengo antes de tener que marcharme a casa de Adam.

—Bien.

Cuando levanto la vista, me doy cuenta de que en sus ojos arde tanto deseo que me pongo nerviosa. Es como si hubiera estado pensando en mí y hubiera venido corriendo. Eso me halaga, pero su mirada es tan intensa que reculo un poco.

—¿Qué estás haciendo?

—Pues en este momento estoy intentando averiguar si seré capaz de planchar mi camisa con una plancha para el pelo.

Guarda silencio un momento y arruga la frente sinceramente asombrado.

—¿Una plancha para el pelo?

—Es una broma —murmuro con poca convicción.

Él alarga el cuello para mirar por detrás de mí.

—¿Hay alguien más?

—Está todo el mundo.

La decepción se refleja en su rostro. Después se inclina hacia delante y me toca los dedos, los entrelaza con los suyos.

—No puedo dejar de pensar en ti.

—¡Ya estoy! —anuncia William entrando a toda prisa en el comedor.

Aparto la mano de la de Charlie mientras él me mira.

—Ah. Vais a salir.

—Solo vamos a una barbacoa a casa de Adam.

—Vaya. Esperaba poder convencer a William y a Chloe para que fueran a jugar al fútbol o a algo y poder tomar algo contigo.

—Vaya, qué lástima. Podemos hacerlo otra noche —le sugiero.

—Me encantaría —interviene William.

Las palpitaciones en la sien de Charlie aumentan.

—Bien. Os dejo con lo vuestro. Pasadlo bien.

Y fuerza una sonrisa que no consigue ocultar su decepción.

El humeante olor del verano impregna el aire que flota en la terraza de la casita de piedra de Adam. Entretanto, un grupo de viejos amigos charlan mientras toman vino tinto y los niños juegan al *frisbee* durante por lo menos cinco minutos sin querer matarse los unos a los otros. Nos sentamos alrededor de tres mesas de madera de distintas alturas que hemos unido, algunos en bancos, otros en esas sillas en las que te acabas hundiendo, con los respaldos combados y cojines de lona color crema.

William se ha pegado a su padre y no deja de parlotear mientras Adam va girando las hamburguesas en la parrilla. Los contemplo juntos, iluminados por una luz color miel y mi imaginación avanza diez, quizá veinte años. Los imagino charlando, de adulto a adulto, de padre a hijo; fantaseo con la idea de que esa situación es algo habitual en sus vidas, no algo que solo ocurre un verano excepcional.

—Hay un parque de aventura cerca de Loussons, podríamos ir mañana —dice Seb pasándome una guía de viaje.

La hojeo mientras intentamos averiguar cuánto nos costará llegar. Entonces me doy cuenta de que Adam está detrás de mí. Me coge la copa y empieza a rellenarla.

—No me pongas mucho.

—¿Por qué? —pregunta llenándola hasta arriba.

—Bueno, si insistes —contesto suspirando al cogerla, él se sienta a mi lado.

Lleva una camisa de algodón blanco que se le ajusta al pecho; las mangas arremangadas dejan ver sus brazos bronceados. De pronto, recuerdo cómo me dio la mano en el cobertizo y me trepa un rubor incómodo por el cuello.

—Gracias por las flores —contesto con amabilidad.

Sonríe.

—Fue idea de William.

—¿Ah, sí? Él me ha dicho que fue cosa tuya.

—Labor de equipo.

—Bueno, fue un gesto precioso. Es agradable sentirse valorada.

Guarda silencio, baja la voz y dice:

—Esta noche estás preciosa.

—Gracias —consigo responder, pero estoy sudando. De pronto, tener que estar sentada a su lado me resulta asfixiante—. Será la camisa que acabo de planchar con una plancha para el pelo.

Se echa a reír y yo me siento tan aliviada que también me río.

—Siempre has tenido recursos para todo.

—¡Hola a todos!

Dejamos de hablar y nos volvemos hacia Simone. Lleva un vestido azul marino con minúsculos topos blancos de una tela suave que se le ajusta seductoramente a los pechos y a los muslos bronceados. Adam se excusa y se levanta a recibirla. Ella se pone de puntillas con sus bailarinas, le rodea el cuello con los brazos y le planta un lánguido beso en los labios. Clavo los ojos en la copa de vino.

Cuando se pone el sol, Adam empieza a traer un plato tras otro a la mesa: kebabs espolvoreados con especias fragantes, pollo marinado en ajo y limón, gruesas salchichas de cerdo y pato. Hay cuencos de patatas y ensaladas coloridas, iluminadas por las vinagretas aromáticas, también bandejas de pan crujiente.

Comemos hasta hartarnos y saboreamos cada bocado.

A pesar de lo bien que estamos, me siento extrañamente nerviosa estando con Simone. Casi culpable. Y me sorprendo solucionándolo tratando de integrarla en la conversación, piropeando su vestido, sus zapatos, lo amable que es recomendándome las cremas antiarrugas que le encantan a su madre.

Comparada con los demás, no he bebido mucho en estas vacaciones. No suelo hacerlo. Crecer con mi padre fue la mejor campaña contra el alcohol que pude tener. Pero esta noche, mi habitual copa de vino se ha transformado en otra y otra y otra; al final, he bebido mucho más de lo que es habitual en mí. Es algo que se hace evidente cuando acepto con entusiasmo participar en una carrera de carretillas que organizan los niños: Becky y yo acabamos riendo en la línea de salida con nuestros hijos de diez y siete años respectivamente.

No puedo decir que haya nada de digno en arrastrarse por un campo con tu hijo agarrado a tus tobillos y gritando «¡más rápido!» como si fueras un asno anciano. Pero es divertido, es la clase de distracción de la vida real (o por lo menos de la mía) que me ha faltado últimamente.

Durante la hora siguiente, nos lo tomamos con calma, volvemos a picotear lo que ha sobrado del festín, hasta que los niños vuelven a animarse y solicitan la

participación de los adultos. Adam se ofrece sin que nadie tenga que animarlo mucho.

—Creo que deberíamos jugar a algo. ¿Críquet o petanca? ¿William? Eliges tú. William no duda.

—Petanca. Mamá es la mejor.

Toso dentro de mi copa de Bergerac.

—Yo no diría tanto.

—Una vez me dijiste que lo eras —protesta William—. Que eras la mejor.

—Debía de estar bromeando.

—Venga —dice Adam.

Hace además de cogerme por el brazo entre bromas, pero me aparto porque me aterra descubrir lo que pueda sentir al notar el contacto de sus manos. Rufus también se levanta. Todos los adultos parecen advertir a la vez que, con Adam, Simone y yo, somos cinco y solo tenemos cuatro pares de bolas de plástico, de esas de colores que venden aquí en los supermercados.

—Ya me retiro yo —me ofrezco encantada.

—¡No! —protesta William.

—Bueno, a mí no me importa —dice Adam encogiéndose de hombros.

—Venga ya, papá.

Ya solo quedan dos niños y Simone. William y Rufus la fulminan con la mirada.

—Por lo visto, seré yo la que se quede sin jugar —dice esbozando una sonrisa escueta, vuelve a sentarse y se cruza de piernas.

Miro a Adam.

—De verdad que no me importa...

—Adelante, Jess —dice Adam—. Demuéstranos lo que vales.

Intento recordar por qué dije que era la mejor jugando a la petanca. Papá siempre me decía, cuando yo tenía diez años, que tenía un talento natural para jugar, pero cuando cojo la bola me doy cuenta de que he bebido demasiado para tener la puntería necesaria que requiere el juego. O incluso para poner un pie delante del otro.

—Lancemos una moneda para decidir quién tira el boliche —anuncia Adam sacándose un montón de monedas del bolsillo.

—Cruz —grita William.

Adam lanza un euro y lo aplasta contra el reverso de la mano.

—Cruz.

William coge la pelotita blanca y, frunciendo el ceño con concentración, la lanza hacia delante. Su primer lanzamiento no está mal: la bola aterriza a solo veinte centímetros del boliche. Adam es el siguiente en lanzar y se acerca todavía más, pero Rufus desvía su bola.

Avanzo y sopeso la bola en la mano mientras me pongo en posición siendo plenamente consciente de que Simone me está observando. Esta circunstancia tiene un efecto particularmente fortalecedor en mis niveles de adrenalina; de pronto, soy superconsciente de mis movimientos, balanceo el brazo hacia atrás y lanzo la bola con un ángulo pésimo para gran diversión de todos los demás, que están mirando.

Y eso solo es el principio. Durante los veinte minutos siguientes, caigo derrotada repetidamente por todos. Eso se convierte en una fuente inagotable de bromas por parte de Adam.

—No es tan difícil, Jess.

—Solo estoy un poco desentrenada —digo—. Además, si no lo dejas ya, tendré que sacar a relucir tu forma de lanzar piedras al lago.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Si quieres puedo enseñarte algún truco.

—Me las apañaré sin tus clases.

—Como quieras.

—A lo mejor aprendes algo, mamá —interviene William.

Teniendo en cuenta que es una frase que le he repetido un montón de veces en la vida, escucharla de sus labios me pone en una posición complicada.

—Está bien. Enséñame qué estoy haciendo mal.

Adam coge una bola y se acerca a mí sonriendo mientras la balancea.

Estoy esperando a que me haga una demostración de la maniobra correcta, a la cual responderé poniendo los ojos en blanco y llamándolo listillo. Pero antes de que me dé tiempo a reaccionar, se coloca justo detrás de mí, me rodea la cintura con el brazo y pone la mano debajo de la mía.

Me quedo de piedra cuando me toca y me palpita la frente. Miro con nerviosismo para comprobar que Simone no nos está viendo. Pero ha ido a buscar algo dentro.

—Así.

Noto la caricia de su aliento en la oreja.

Por un momento me planteo darle un empujón y bromear con él por ser tan condescendiente. Pero cuando me pega el cuerpo a la espalda no puedo hacerlo. Y menos sin llamar la atención sobre las sensaciones que me está provocando. Así que me quedo quieta con un nudo de placer culpable en el estómago mientras intento relajar la respiración.

Cuando balanceamos la bola y la lanzamos, noto cómo el contorno de su pecho se mueve pegado a mi espalda. Aterrizo en el suelo, a varios metros del boliche. Es el peor lanzamiento de la partida.

Adam se pone derecho y yo lo miro nerviosa. Él está demasiado serio y susurra:

—No importa.

—Menudo favor me has hecho —contesto.

Estoy intentando rebajar la tensión con un chiste, pero mi frase parece un flirteo y me sonrojo todavía más.

—¿Qué te parece si volvemos a intentarlo?

Cuando él esboza esa sonrisa suya capaz de parar cualquier corazón, nos interrumpe la voz aguda de Simone:

—Adam, me marchó.

La chica se cruza de brazos y yo me siento muy avergonzada.

—Simone, por qué no te quedas y ocupas mi puesto —comento apartándome de Adam—. A mí se me da fatal. Venga, insisto.

—Gracias, pero tengo migraña —dice secamente.

—Oh, vaya. Son una lata —contesto fingiendo que no he advertido el tono de

su voz—. ¿Te pasa a menudo?

Ella fulmina a Adam con la mirada.

—Últimamente parece que sí. Nos vemos por la mañana. Pasadlo bien —se limita a decir, y se marcha.

Le doy un codazo en las costillas a Adam.

—Ve tras ella.

Parece sinceramente confundido por mi sugerencia.

—¿Por qué? Le duele la cabeza.

—Está enfadada contigo, Adam.

—Y ¿yo qué he hecho?

Pero no puedo contestar a eso porque supondría admitir el intercambio silencioso que ha ocurrido entre nosotros. Un sentimiento que, de pronto, me está costando mucho ignorar.

Los hijos de Becky y Seb se quedan dormidos en el sofá de Adam cayendo como si fueran fichas de dominó, primero cae Poppy, después Rufus y, por último, James. Adam y Seb llevan a los chicos a su casa cargando los pesos muertos sobre sus hombros. Becky los sigue empujando el carrito de Poppy, que va agarrando su conejito rosa por las orejas.

Entretanto William está decidido a demostrar que la película *Los guardianes de la galaxia* sigue siendo un clásico y se acurruca en la habitación de invitados de Adam a verla en mi iPad por decimoséptima vez mientras yo me ofrezco a lavar algunos platos.

Asomo la cabeza y William me mira, sorprendido; minimiza la pantalla.

—¿Qué estás viendo? Espero que no sea nada inapropiado.

Mi cabeza proyecta pensamientos fragmentados y ebrios sobre la página web de la enfermedad de Huntington que había olvidado cerrar después de la tormenta.

—No, no —contesta tendiéndomelo para demostrar que no ha conseguido ver un vídeo titulado *Derrotas épicas*.

—¿Dicen palabrotas?

—No... muchas —admite, y bosteza con cansancio—. Estoy muy cansado.

—Venga, tenemos que volver, eres demasiado grande y ya no puedo llevarte en brazos.

Gruñe y se da media vuelta tapándose con la sábana.

—Puede dormir aquí esta noche si quiere.

Al notar el calor del cuerpo de Adam junto al mío me da un escalofrío y me aparto.

—Estoy segura de que puede ir caminando hasta casa, incluso a estas horas.

—No, quiero quedarme aquí —protesta William.

Alterno la mirada entre mi hijo y su padre.

—Está bien, pero quítate los zapatos y los calcetines; por lo menos, arrópate

bien. Vendré a buscarte por la mañana, ¿vale?

—Vale —dice entusiasmado metiéndose debajo de las sábanas y quitándose los calcetines, que después lanza en mi dirección.

—Vaya, gracias —le digo haciendo una mueca mientras me acerco para darle un beso. Le rozo la piel con la mejilla y cuando me aparto noto cómo se me encoge el corazón, abrumada por uno de esos momentos en los que siento una inmensa gratitud de tenerle en mi vida.

—Te quiero —susurro.

—Yo te quiero más.

—No, yo más.

—De eso nada —contesta mientras me río y salgo de la habitación pensando que Adam ya se habrá marchado.

Pero nos está mirando con los ojos vidriosos, asaltado por una avalancha de emociones inesperadas, después entra en la habitación y le da un beso en la frente a William.

Cuando salgo, la luz de la luna proyecta sombras en la hierba y las constelaciones están suspendidas en el cielo como si fueran telas de araña celestiales. Adam empieza a apilar las sillas y yo me cuelgo la correa del bolso en el hombro.

—Será mejor que me marche —digo—. ¿Estás seguro de que estaréis bien?

Se queda quieto y se endereza.

—Claro.

Asiento y hago ademán de marcharme.

—¿Jess?

—¿Sí?

—¿Te apetece una infusión? Odio presumir de poseer sustancias ilegales, pero tengo té de Yorkshire.

Sonrío automáticamente.

—¿Quién te lo pasa?

—Se llama Maureen. Tiene sesenta y seis años, viene una vez al año desde la tienda que tiene en Shropshire y es mejor no meterse con ella. Ven, calentaré el agua.

Me siento en el banco descolorido que hay fuera de la casita y espero escuchando el lírico canto de los grillos.

Cuando Adam aparece con la tetera, la imagen de su silueta recortada contra la luz de la puerta me provoca un burbujeo en la tripa. La lleva hasta la mesa y pasa por encima del banco para ponerse frente a mí. Yo aparto la mirada y examino los nudos que hay en la superficie de la madera.

Sirve dos tazas, después levanta la suya y la hace chocar con la mía.

—Salud.

La bebida caliente resbala por mi garganta y me descubro percibiendo el olor de Adam con la cabeza llena de recuerdos.

—¿A qué huele?

Levanta la cabeza y se olfatea las axilas en broma.

—¿El qué?

—No es desagradable. Me refiero a... es tu loción para después del afeitado. Me ha parecido reconocerla.

Se hace un silencio.

—Es Terre d'Hermès.

Me trago la bola de algodón que se me ha formado en la garganta.

—Siempre usabas esa.

Pone una cara rara, como si lo hubiera pillado.

—Bueno, hacía años que no la utilizaba, pero la vi en Sarlat y recordé que me gustaba.

Me clava esos ojos oscuros y me provoca una sensación tan poderosa que me hace temblar los dedos. Ahora que estoy sentada al lado de este hombre al que he amado y he odiado, de pronto me resulta imposible recordar por qué no estamos juntos.

Desde los confines de mi cerebro, oigo un susurro lógico que me dice que debería marcharme. Pero la sensación de que otra persona pueda poner tu mundo patas arriba con solo una mirada es tan embriagadora que cuando te ocurre no quieres que desaparezca nunca.

Ahora mismo me muero por él. Le miro los labios y me muero por su sabor. Quiero pasarle los dedos por la mandíbula y descubrir si me siento igual que en aquella época.

Empiezo a notar una presión muy intensa en el estómago y reconozco un sentimiento que hacía años que no sentía. Un deseo caliente y blanco que cada vez es más intenso porque Adam no deja de mirarme a los ojos.

Y aquello sobre todo me hace pensar en una cosa: no sé lo que me deparará la vida, pero ahora mismo estoy viva.

No estoy sentada en una esquina atormentada por mi futuro. No estoy destrozada por el miedo que siento por mi hijo, por mi madre y por mí. Estoy viviendo, respirando y sintiendo. Adam se acerca a mí.

Cuando nuestros labios se tocan, el beso es nuevo y antiguo al mismo tiempo. Adam desliza mi pierna por el banco, me agarra de la mano y tira de mí hasta pegarme a él, moldeando mi cuerpo al suyo a través de la ropa mientras su boca se interna un poco más en la mía.

—No deberíamos estar haciendo esto —susurro arqueando el cuello mientras sus labios resbalan por debajo de mi oreja.

—Sí que deberíamos —contesta enterrándome la mano en el pelo, besándome los labios, las sienes, el cuello, mientras yo pienso por un momento que estoy borracha y por eso he dejado que las cosas vayan tan lejos.

Pero no es eso.

Quizá haya bebido un montón de vino, pero deseo esto.

Lo deseo cuando me coge de la mano y se levanta, invitándome a hacer lo mismo. Lo deseo mientras me guía hasta el interior de la casa y pasamos de largo por la puerta de la habitación donde hemos acostado a William; solo se para un momento para comprobar que está dormido. Lo deseo mientras caminamos por el pasillo hasta la otra punta de su casa y cuando entro en su dormitorio, donde Adam cierra la puerta mientras me besa al tiempo que me desliza las manos por la espalda.

Nos desnudamos el uno al otro lentamente, saboreando cada centímetro de piel desnuda.

Había olvidado lo guapo que está Adam desnudo. Me debato entre las ganas de tocarlo o contemplar la agónica perfección de su cuerpo. No puedo elegir. Cuando el peso de su cuerpo se posa sobre mí, lo agarro de la espalda y noto cómo se me acelera el pulso. Entonces para un momento y me posa la mano en la barbilla.

—¿Sabes lo preciosa que me pareces? ¿Sabes lo preciosa que me has parecido siempre?

Sus palabras me provocan lágrimas. Pero no quiero hablar. Solo quiero sentir su calor dentro de mí y experimentar esa sensación de vértigo y destrucción, igual que al principio.

El canto de un gallo se me cuela en los oídos hasta que me despierto sobresaltada y levanto la cabeza del pecho de Adam. Paseo los ojos por la habitación luminosa y observo todo lo que me rodea: los postigos que dejamos abiertos, las partículas de polvo que se reflejan en los haces de luz del sol, la ropa tirada por el suelo, como si fueran las pruebas de la escena del crimen.

Me vuelvo para mirar a Adam y me da un vuelco el corazón al ver sus labios separados, su cuello desnudo, la piel de sus hombros.

Y entonces me estalla la cabeza.

Hay tantas cosas mal aquí que me palpita la cabeza al recordar la locura de lo que ocurrió anoche.

Lo primero de la lista es William. ¡Mi hijo estaba justo ahí, al otro lado de la casa, cuando ocurrió todo esto! Ya sé que estaba profundamente dormido y que los padres de todo el mundo practican sexo en las mismas casas que sus hijos, aunque no cuando se supone que se han separado hace una década.

Ha pasado toda su vida reconciliándose con el hecho de que Adam y yo no estamos juntos y que nunca vamos a estarlo, así que no quiero ni pensar en lo que esta situación podría hacer con su pobre mente preadolescente.

No solo le confundiría, sería peor. Le daría esperanzas. Tendría la terrible y equivocada impresión de que esto puede significar algo.

Y yo sería absolutamente incapaz de tranquilizarlo con alguna explicación lógica porque no la hay, aparte de que fue un error de borrachera. Se vería abocado a ver algo más de lo que hay. No es que haya practicado mucho sexo sin compromiso en mi vida. Lo más promiscuo que he hecho fue imaginar que le estaba tocando el pelo a Jamie Dornan cuando estaba en la cama con Toby.

La única opción que me quedaría sería la de mirar a William a los ojos y decirle que esto ha sido solo eso: una aventura de una sola noche, con su padre.

Lo que me lleva a la otra parte desagradable de esta historia: el hecho de que soy la otra mujer. Yo. He pasado tanto tiempo sintiéndome mal que la punzada

de desprecio que siento por mí misma por lo que le he hecho a Simone es como un puñetazo en el estómago. Me da igual no conocerla apenas o que quizá ella no sea más que la última conquista de Adam. En este momento, se supone que él está con esa chica.

Y ya sé que ha habido docenas como ella y que pronto aparecerá alguna que bajará a Simone de su pedestal. Pero yo no quiero ser la siguiente. ¿Cómo narices me he convertido en la siguiente?

Ese pensamiento me hace saltar de la cama como si las sábanas estuvieran ardiendo. Adam se mueve. Yo hago una mueca y lo fulmino con la mirada mientras él cambia de postura con los ojos todavía cerrados.

Me agacho en silencio y cojo mi camiseta, me bajo de la cama y empiezo a caminar por la habitación recogiendo mi ropa. Me la pongo con el corazón acelerado mientras rezo para no abrir la puerta y encontrarme a William en el comedor buscando algún enchufe para conectar el cargador del iPad.

Cuando ya casi he terminado, me siento a los pies de la cama y me pongo una sandalia. Cuando cojo la otra, una mano me agarra de la muñeca y jadeo. Estoy esperando a que Adam diga alguna frivolidad hasta que veo la expresión de su cara.

—No te arrepientas de esto.

Al principio, no sé qué contestar, así que me limito a apartarle la mano y levantarme. Después me doy media vuelta y frunzo el ceño.

—Bueno, Adam: pues sí que me arrepiento.

—¿Por qué?

—¿De verdad tengo que explicártelo? ¿Qué pasa con Simone?

Pone su cara de enfado, casi desdeñosa, como si el pequeño detalle de que tenga novia fuera irrelevante.

—Jess..., no hay comparación. Lo que teníamos tú y yo...

—«Teníamos» es la palabra clave.

Escuchamos un ruido al otro lado de la puerta y los dos guardamos silencio.

—William no puede enterarse de esto.

Adam traga saliva.

—No. O sea, sí. Probablemente tengas razón.

Me vuelvo a sentar en la cama, nerviosa, y empiezo a morderme las uñas mientras escucho si hay movimiento al otro lado de la puerta.

—Mierda, ¿y si se ha levantado?

—Era la puerta del lavabo. A veces, si la ventana se ha quedado abierta, se cierra de un portazo. Estoy seguro de que a estas horas todavía estará dormido.

Miro el reloj. Son las 7.15 de la mañana, más o menos una hora más temprano de lo que se levanta desde que llegamos aquí.

—Entonces me marchó.

—Supongo que un beso de despedida es implanteable.

Carraspeo.

—¿Tú qué crees?

Voy hasta la puerta, la abro y asomo la cabeza fuera. No hay moros en la costa.

—Recuerda: ni una palabra.

—Sí. Vale.

Los tablones del suelo crujen bajo mis pies, y eso que voy de puntillas y avanzo pegada a la pared como si estuviera haciendo una mala imitación de un ladrón esquivando los láseres en el Louvre.

Paso junto al lavabo en silencio y consigo llegar a la puerta de la entrada con el corazón desbocado. Y, justo cuando tengo la mano a escasos centímetros del pomo, un maldito gallo vuelve a cantar y casi me muero del susto.

—¿Mamá?

Levanto la vista y me doy cuenta de que si no respiro acabaré desplomándome en el suelo.

—¡William! ¿Has dormido bien? He pensado en venir pronto a buscarte. ¿Acabas de levantarte?

—No, ese gallo me ha despertado hace mucho rato. He estado viendo *Los guardianes de la galaxia*. Entonces te he escuchado y he pensado que papá se habría levantado.

—Mmm..., no, todavía debe de estar en la cama. Yo acabo de llegar, así que no estoy segura.

—¿Acabas de llegar?

—¡Sí!

—Y ¿cómo has entrado?

—Yo... he forzado la cerradura.

Solo Dios sabe por qué se me ocurre esta explicación en lugar de optar por un sencillo «la puerta estaba abierta».

William abre los ojos como platos.

—¿Sabes forzar cerraduras?

—Mmmm. Bueno, estaba un poco abierta. Vamos, estaba abierta. ¡Ja!

Se frota los ojos.

—Entonces... ¿estás preparado para que podamos irnos? —le pregunto.

—Todavía no me he vestido.

—Bueno, pues hazlo deprisa. Tenemos mucho que hacer. Venga, ¡garbo! No había utilizado esa palabra en mi vida.

Justo en ese momento se abre la puerta de la habitación de Adam y él sale

bostezando y desperezándose con un par de calzoncillos Paul Smith. Me pongo como un tomate. Él sonrío. En realidad, por la cara que pone, parece que acabe de ganar la lotería.

—Buenos días —dice revolviéndole el pelo a William y tirando de él para darle un abrazo. Yo me muerdo la mano temiendo que Adam huelga a sexo—. Hace un día espectacular, ¿verdad?

—Buenos días, papá. —William lo mira muy sonriente—. Estás de muy buen humor.

—Solo me alegro de estar vivo, hijo —dice mirándome a los ojos.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Bueno —dice Adam llevándose hacia la cocina—, ¿qué tal unos huevos con beicon para desayunar?

—Tenemos que volver —me apresuro a comentar.

Adam abre la boca para protestar, pero después decide no hacerlo.

—Muy bien. Pero podéis quedaros siempre que queráis, los dos.

Oh, quiero estrangularlo.

—¿Te has quedado a dormir? —pregunta William volviéndose hacia mí.

—Ha dormido en el suelo —comenta Adam sonriendo y pensando, sin duda, que me está haciendo un favor—. Espero que hayas dormido bien, Jess. Habría puesto unas sábanas mejores en la cama hinchable si lo hubiera sabido antes.

Adam debería plantearse en serio dejar de mentir. Se le da increíblemente mal.

—Me has dicho que acababas de llegar —dice William con tono acusador.

—Tú ve a vestirte.

Alterna la mirada entre los dos.

—¿Qué está pasando?

—¡Nada! —exclamamos Adam y yo al mismo tiempo.

William se mete en su habitación y se viste mientras lo espero fuera, tamborileando los dedos contra la mesa y completamente incapaz o con ningunas ganas de darle conversación a Adam.

Después William y yo volvemos a nuestra casita con la misma ropa de la noche anterior, mientras la niebla de la mañana da paso a un sol cegador y las familias salen a la puerta de sus refugios con los ojos rojos y preparados para afrontar el día.

De pronto pienso que debo de ser la primera mujer de la historia que ha vuelto a casa por la mañana, acompañada de su hijo de diez años, después de haberse acostado con alguien.

Cuando le explico a Becky que me he acostado con Adam, mi amiga reacciona con una calma previsible.

—¡¿Que has hecho qué?! —exclama escupiendo el café.

Estamos en la puerta de su casita mientras sus dos hijos mayores intentan encontrar formas nuevas de romperse las piernas el uno al otro.

Cuando estoy a punto de contestarle, Seb la llama desde dentro.

—¿BECKY? ES UNA EMERGENCIA.

Ella respira hondo.

—Eso quiere decir que Poppy ha ensuciado el pañal y él se ha quedado sin toallitas —comenta arrastrando las palabras mientras entra en casa.

Sale tres minutos después para separar a Rufus y a James; a continuación, vuelve conmigo.

—¿Por qué será que los hombres cambian los pañales como si estuvieran haciendo una operación a corazón abierto? Tú tienes que estar ahí preparada con todos los instrumentos necesarios para poder pasárselos mientras el maestro trabaja. En fin... Adam. No me lo puedo creer.

—No se lo digas a nadie, ¿eh?

—¿A quién se lo voy a decir?

—A Seb, por ejemplo.

—En este momento de nuestras vidas, apenas tenemos tiempo de hablar sobre a quién le toca hacer el café. Madre mía, Jess. —Esboza una sonrisa—. ¿Cómo ha ido?

—Horrible.

Se le borra la sonrisa.

—¿De verdad?

—Me refiero a que es horrible que haya hecho eso. ¿En qué estaba pensando? Tampoco estaba tan borracha.

—Discrepo. Hubo un momento, cuando estabas jugando a la petanca, en que

casi decapitas a Seb con el boliche. En serio, ¿tan terrible fue?

Me muerdo el carrillo por dentro.

—¿Tú qué crees?

Se le ilumina la cara.

—Fue alucinante, ¿verdad? Apuesto a que tuviste media docena de orgasmos. Apuesto a que gritaste, te colgaste del techo y de las lámparas y...

—Sí, vale, estuvo bien —siseo—. En realidad, fue fantástico. Posiblemente fuera una de las diez mejores experiencias sexuales de mi vida.

—Oh, Dios. Una experiencia única, ¿eh?

—Lo sé —sollozo.

—¡Ja! ¡Genial!

Se me escapa un rugido.

—¿Por qué estás preocupada, Jess? Comparado con todo lo que tienes en la cabeza..., ¿qué daño puede hacerte un poco de sexo salvaje? —Abro la boca para contestar, pero ella sigue—: Yo daría cualquier cosa para volver a sentirme así. No es que Seb no sea bueno en la cama, sí que lo es. Eso no ha cambiado, pero ahora, cuando lo hacemos, acabo deseando que acabe rápido porque tengo mucha ropa por planchar. Y estoy segura de que a él le pasa lo mismo.

—La verdad es que lo dudo, Becky. ¿Estás segura de que todo va bien entre vosotros?

—Emm, sí —dice con desdén, y toma un sorbo de café con los ojos vidriosos—. La verdad es que no lo sé. —Deja la taza en la mesa—. Había supuesto que unas vacaciones cambiarían las cosas. Pero todo es exactamente igual. Los niños siguen peleándose. Y Poppy, por muy fantástica que sea, no nos deja en paz ni un momento. Seb y yo estamos exhaustos y... me parece que la estamos tomando el uno con el otro. —Me mira con los ojos rojos—. A veces pienso que no se me da bien ser una mujer casada con tres hijos. En el fondo, sigo sintiéndome igual que cuando tenía veintidós años, pero todo ha cambiado a mi alrededor. Es como si no supiera cómo me ha ocurrido todo esto.

—Becky, muchas personas se sienten así. Todos queremos a nuestros hijos, pero ¿a quién no le resultaría atractiva la idea de ser joven y estar libre de esas responsabilidades? Fue una gran época. Y podías quedarte en la cama hasta la hora que quisieras cada fin de semana.

—No quiero parecer dramática, Jess. Pero a veces me planteo si..., pienso en si Seb y yo acabaremos separándonos.

Admito que me sorprende escucharle decir eso.

—¿Es lo que quieres?

Frunce el ceño.

—No, claro que no es lo que quiero. Pero tampoco quiero sentirme así. Antes

era una buena amiga. Era una tía divertida, le caía bien a la gente. Y mírame ahora. Estoy hecha un desastre, me paso el día gritándoles a los niños, incluso me metí con Natasha el otro día cuando no se lo merecía. Quiero a mi familia por encima de todo. Pero a veces no disfruto de ella. —Cierra los ojos y sorbe por la nariz—. Me siento como una fracasada y una mala persona por decir esto. ¿Qué clase de madre soy?

—Una madre cansada —contesto alargando el brazo para estrecharle la mano—. Becky, tienes todo el derecho a sentirte cansada y harta a veces. No pasa nada por sentir que, en ocasiones, la situación te supera. Eres humana.

Respira hondo y asiente.

—Pero lo primero que tienes que hacer es aceptar un poco de ayuda. Deja que Natasha y yo nos quedemos con los niños —prosigo.

Ella ruge.

—Ya hemos hablado de esto, también son vuestras vacaciones.

—No son ninguna molestia.

Resopla.

—Adoro a esos niños, pero si hay algo que no se puede decir de ellos es precisamente eso.

—Bueno, me da igual —insisto—. Deja que lo hagamos. No lo discutas.

Vuelve a vacilar y me mira poco convencida.

—Vale. Pero solo si lo dices realmente en serio. Solo espero que después sigas hablándome.

Sonríó satisfecha y alargó la mano para coger la taza de café. Pero, en lugar de agarrar el asa, me resbala la mano, la vuelco y derramo todo el líquido en la mesa. Me levanto de un salto y me pongo a limpiarlo con pañuelos de papel que llevo en el bolso, mientras Becky entra en casa para coger un trapo de cocina. Cuando vuelve, lo extiende en la mesa para que absorba el líquido. Yo me dejo caer en la silla y me agarro la mano temblorosa, mirándola fijamente presa de la desesperación.

A veces tengo la sensación de que, si me miro la mano con la intensidad suficiente, seré capaz de ver lo que está ocurriendo bajo la piel de mis nudillos. Ver con mis propios ojos si ya está sucediendo algo en el interior de mi cuerpo, si la enfermedad de Huntington ya se está apoderando de mí.

—¿Estás bien? —susurra Becky.

Asiento.

—Sí, estoy bien.

Pero sigo girando la mano, observándola, buscando la respuesta a una pregunta que ya conozco: ¿ha sido la clase de accidente que le ocurre a todo el mundo o ha sido algo más?

Miro la pila de pañuelos de papel, abultados por el café frío. Becky me está mirando.

—Solo ha sido un accidente, Jess. No ha sido nada.

Asiento con rigidez y parpadeo para contener las lágrimas que estoy decidida a controlar, aprieto los dientes y me trago las emociones que se agolpan en mi interior. Ya sé que Becky podría tener razón. No es que nunca haya tirado nada. Cualquiera puede ser patoso.

He experimentado docenas de sensaciones raras en los últimos dos años: hormigueo en la cara, flacidez en las piernas, como si no me pertenecieran. Hace algunas semanas aparqué el coche en Tesco, compré algunas cosas y cuando salí no recordaba dónde lo había dejado. Tardé cinco minutos en localizarlo, tiempo durante el cual estuve paseándome por todo el aparcamiento apretando el botón de la llave intentando dar la impresión, a las personas que pasaban por allí, de que me estaba dando un paseo bajo la lluvia porque me apetecía.

Después de aquello me convencí: había llegado. Era exactamente lo que le había ocurrido a mi madre al principio; era lo que todos los pacientes de la enfermedad de Huntington explicaban en los foros; eran los primeros síntomas.

Entonces Becky me explicó que a ella le había pasado lo mismo varias veces en los últimos cinco años, incluso en una ocasión había llegado a llamar a Seb para que fuera a rescatarla convencida de que le habían robado el coche. Él pasó junto a su Ford Focus cuando entró en el aparcamiento, donde ella lo había dejado, al lado de los contenedores.

La doctora Inglis dice que, en este momento, cree que estos incidentes son fruto de la ansiedad. Dice que no muestro ningún síntoma clínico de la enfermedad, mi última resonancia salió bien. A pesar del gen mutante, estoy bien. De momento.

El problema es que cuando sabes que el futuro te deparará lo que ha tenido que padecer mi madre no resulta nada fácil olvidarlo. Por eso no puedo evitar hacerme la misma pregunta una y otra vez: ¿cuándo llegará el día en que la enfermedad se me cuele dentro y se lleve todo aquello que me define? Mi forma de pensar. Mi forma de moverme. Mi forma de mirar. Todas esas cosas que me convierten en la persona que soy.

Aquella misma mañana, un poco más tarde, consigo hablar con mamá por Skype. Cuando aparece en imagen, procedo al habitual repaso de su estado físico y siento una oleada de extraño optimismo cuando me doy cuenta de que está quieta. Luego me doy cuenta de que la imagen se ha congelado. Cuando vuelve a la normalidad, veo cómo se le eleva el hombro en un espasmo y la agonía me hace un nudo en el estómago.

Sonrío.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo va todo?

Mi padre le está sujetando el iPad. Se hace un silencio cuando intenta contestar, pero no consigue articular las palabras.

—Ha sido una mañana ajetreada —comenta papá por fin—. Gemma ha estado aquí una hora más o menos. —Su amistad con mamá se remonta a la adolescencia. Eran inseparables. Y, en cierto modo, lo siguen siendo—. También han venido de visita los niños de una escuela de por aquí, y tenemos hora con el doctor Gianopoulos.

—Ah, qué bien.

El doctor Gianopoulos ha sido el médico de mamá desde el principio, básicamente porque es un hombre inteligente que la apoya mucho, pero también, como ella dijo una vez, porque le recordaba a Rob Lowe.

—Bueno... William está jugando al fútbol, mamá. Perdona, tendría que haber esperado a que terminase el partido para traerlo. Está disfrutando mucho jugando al fútbol por aquí. No creo que vaya a convertirse en Ronaldo, pero, por lo menos, lo intenta.

No contesta. Hoy su mirada parece vacía, es incapaz de mirarme a los ojos desde el otro lado de la pantalla, donde aguarda con la fina blusa colgada de los hombros. Papá se inclina, se saca un pañuelo del bolsillo y le limpia una gota de humedad de la boca.

—Y ¿para qué han venido los niños de la escuela? —le pregunto.

Hay una gran pausa mientras busca la palabra correcta. Al final dice:

—A cantar.

—Vaya, qué bonito.

—Desafinaban —me corrige, y yo me río.

—Pues William se pasa el día pegado a Adam. Se lo está pasando muy bien. Al principio, tenía mis dudas sobre esto, como ya sabes, pero tengo que reconocerlo: se llevan de fábula.

Suelta un rugido. Consigo entender un: «Bonito».

—Pensé que te gustaría saberlo. Yo también me alegro.

—No, tú. Hoy guapa.

—¿Ah, sí? Gracias.

Después de otra pausa larga añade:

—Feliz.

No me cabe ninguna duda de que el rubor de mis mejillas y mi imagen de bienestar pueden atribuirse al hecho de haberme acostado con Adam, pero no me apetece compartir esa información.

—He estado... comiendo mucha fruta fresca —murmuro.

Hubo un tiempo en que le hablaba a mi madre de lo que sentía por Adam. Ya sé que hay madres e hijas que no hablan sobre relaciones, pero para nosotras siempre fue algo natural.

Yo le hablé de la gran felicidad que sentí cuando lo conocí y de cómo me destrozó nuestra ruptura. Fue en esa época, los meses posteriores a nuestra separación, cuando me di cuenta de lo mucho que dependía de ella. Ella era fuerte. Era capaz de razonar, mientras que yo era incapaz de pensar con claridad. Me dijo, y tenía razón, que no importaba lo deshecha que estuviera, porque resurgiría de mis cenizas y aprendería a vivir sin él.

Una tarde, poco después de trasladarme con mis padres, antes de saber por lo que mi madre estaba pasando, me dio una buena charla.

—Jess, eres fuerte, inteligente y vas a ser una gran madre. Las cosas no han salido bien entre Adam y tú, pero tienes muchas cosas por las que preocuparte. Lo superarás.

Esa era la actitud que mi madre tenía ante cualquier cosa en la vida: sin quejas, sin lamentos, seguir adelante y hacerlo lo mejor posible. Y nunca cambió.

El último año de preescolar, William actuó en la obra de Navidad y llevé a mamá y a papá a verla. Por aquel entonces, mamá todavía no iba en silla de ruedas, pero la corea (los movimientos involuntarios) era tan pronunciada que provocó un murmullo general en la sala cuando ella entró agitándose.

—Ven, mamá. Allí hay un sitio —dije, asintiendo con la cabeza para saludar a un par de padres del AMPA.

—Jess, ¿quieres boletos para la rifa? —Diana, la madre de un amigo de William, Oliver, apareció haciendo ondear un librito—. Hay premios geniales: tres botellas de Buck's Fizz, una bandeja de carne para barbacoa y una bañera de hidromasaje para los pies. Que no te desanimen los embalajes sucios. Son completamente nuevos, ¡te lo prometo!

—Pues claro —contesté sacando el monedero mientras ella miraba a la desconocida que aguardaba a mi lado.

Cuando le di el dinero, me di cuenta de que ya no me estaba mirando a mí. No dejaba de observar a mi madre y el modo en que ella contraía el rostro. Para los que no sabían nada de su enfermedad probablemente fuera una imagen monstruosa. La reacción de Diana fue muy habitual, pero yo nunca me acostumbré. Y, aunque estaba convencida de haberle mencionado a Diana en una ocasión que mi madre no estaba bien, era evidente que no estaba preparada para aquello. No tuvo tiempo de relajar la expresión de su rostro.

—Gracias, guapa —me contestó algo incómoda mientras yo descodificaba el espectro de emociones que desfilaban por sus ojos: desconcierto, alarma, repugnancia.

Papá cogió a mamá del brazo y empezamos a abrirnos paso entre la gente para sentarnos en tres sitios al final de la grada.

—Apártate —susurró una mujer tirando de su hija después de haber visto a mi madre, era evidente que había sentido miedo de que estuviera borracha o loca.

Otra niña le preguntó a William un poco después si su abuela se había escapado del psiquiátrico.

Al poco empezó la obra y, a pesar de que estábamos lejos del escenario, los sonidos inhumanos que escapaban de la boca de mamá se seguían escuchando mientras yo rezaba para que empezara una canción nueva que pudiera amortiguarlos. Después sirvieron pasteles de carne y vino con especias en el comedor de la escuela. Yo quería irme directamente a casa, pero William tenía muchas ganas de quedarse.

—No, vamos a volver, cariño.

—No pasa nada —nos interrumpió mamá—. Podemos quedarnos un rato.

Solo llevábamos allí un minuto cuando mamá derramó una copa sobre la nueva profesora de William, que nos había repartido vasos de plástico.

La señorita Harrison era dulce, amable y se quedó visiblemente asombrada de ver que hacía un segundo estaba hablando con los padres sobre la entusiasta representación del *Rey Herodes* y, de pronto, tenía la blusa de gasa empapada de vino caliente.

Mi madre lo afrontó con su habitual humor flemático:

—Lo siento, querida, últimamente tengo la coordinación por los suelos.

—Oh, no se preocupe —contestó la señorita Harrison sonrojándose.

—Le pagaré la tintorería —añadió mamá—. Soy su mejor cliente.

Escapo de mis pensamientos y vuelvo a mirar la pantalla de Skype.

—Bueno, mamá. Será mejor que me marche.

Mi madre me mira sin dejar de sacudir la cabeza mientras se esfuerza por enfocar. Entonces se le vuelve a contraer la cara en lo que podría o podría no ser una sonrisa. Me marcho eligiendo creer que lo es. Quiero pensar que, en esa masa oscura en la que se ha convertido su cerebro, a veces todavía es posible encender una luz.

Cuando cuelgo, voy al campo de fútbol y me encuentro con Natasha, que está viendo cómo William juega con los demás chicos.

—Ha sido muy buena idea que sugirieras lo de quedarnos con los niños —me dice—. Tengo muchas ganas de hacerlo. He estado pensando en las cosas que podemos hacer esta tarde.

—No tenemos por qué planificar mucho. Aquí tienen actividades. Podemos limitarnos a jugar con ellos.

—Me he bajado el libro *Domar niños* hace un rato —prosigue—. Solo le he echado un vistazo, pero parece útil. ¿Estás bien? Pareces ausente.

Miro a William, que está intentando placar a un niño alemán mucho más bajito que él y con aspecto de poder caerse tras el impacto de un mero estornudo. Mi hijo nunca se acerca a la pelota, solo consigue tropezar con sus propios pies, tambalearse hacia el suelo y levantarse al mismo tiempo.

—Anoche pasó algo. —Cuanta menos gente lo sepa mejor, pero va contra las leyes de la amistad explicárselo a Becky y no decírselo a Natasha—. Algo que no tendría que haber ocurrido.

Me mira parpadeando y dice:

—¿Adam y tú?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Lo predije hace mucho tiempo. Nunca dije nada, pero ya sabía que pasaría esto.

No consigo decidir si lo que siento es incredulidad o indignación. Pero no importa porque alguien nos interrumpe.

—Hola, señoritas. —El sol brilla en los suaves mechones del pelo del Simone. Tiene una piel radiante, suave y sin rastro de maquillaje. Me sonrío directamente y noto un hormigueo acalorado en las mejillas—. William cada vez juega mejor al fútbol, Jess. Ha mejorado mucho.

—Ah..., eres muy amable, Simone.

Sonrío con incomodidad y clavo los ojos en mi hijo, que se está acercando a la portería. El espacio entre él y el fondo de la portería está completamente vacío, pero aun así se las arregla para lanzar la pelota hacia el córner.

—Vaya, ¡ha estado muy cerca! —exclama Simone.

Empiezo a ponerme muy nerviosa y pienso en alguna excusa para marcharme. Natasha se da cuenta y se adelanta para darle conversación.

—Simone, estábamos comentando dónde podíamos ir mañana. ¿Nos recomiendas algún sitio?

—¿Ya habéis estado en La Roque Gageac? Hay varios jardines botánicos. Una vez, Adam me llevó allí e hicimos un pícnic muy romántico.

Habla largo y tendido sobre los lugares más interesantes de la zona y los infinitos gestos de devoción que Adam ha hecho por ella en ellos. Y, entretanto, yo intento no morirme allí mismo de vergüenza, culpabilidad y arrepentimiento.

La única cosa positiva que puede decirse de todo esto es que es evidente que Simone no tiene ni idea de lo que Adam y yo hicimos anoche. Cualquier sospecha que pudiera haber tenido mientras jugábamos a la petanca se ha disipado por completo, lo que es extraño, porque me siento como si llevara, colgado del pecho, un enorme cartel luminoso que anunciara mi traición.

—¿No crees, Jess? ¿Jess?

Me doy cuenta de que Natasha acaba de preguntarme algo.

—Emm..., me parece genial —contesto con entusiasmo.

—Me estaba quejando de los gusanos que he visto esta mañana junto a los contenedores de la carretera.

—Ah. Perdona. Estaba en las nubes.

—Yo también llevo un tiempo así —prosigue Simone con alegría—. No estoy muy concentrada ahora que sé que me marcho.

Levanto la cabeza y veo que me está clavando sus ojos azules con una sonrisita en los labios.

—¿Te vas?

—Cuando termine la temporada. Lo hemos estado manteniendo en secreto, pero ya lo llevamos pensando un tiempo.

—Y ¿adónde vas? —le pregunto tratando de procesar la noticia. Supongo que habría sido todo un récord que hubiera seguido siendo la novia de Adam cuando terminara la temporada.

—A dar la vuelta al mundo. O a una parte. Todavía lo estoy planeando.

—Vaya. Qué suerte. Eso es genial. —Noto una inyección de adrenalina—. ¿A qué países irás?

—La primera parada será en Asia. Adam conoce a alguien en Tailandia con quien estuvo trabajando: nos quedaremos con él durante una semana. Después

iremos a Vietnam, que dicen que es maravilloso, aunque la semana pasada vi que allí cocinan un plato con ratones de campo a la brasa. No sé si eso me gusta mucho —dice entre risas.

Mientras ella parlotea, me siento como si alguien me estuviera extrayendo todo el aire de los pulmones. Intento entender lo que está diciendo, trato de procesarlo. Al final, es Natasha quien formula la pregunta del millón de dólares.

—Perdona..., ¿estás diciendo que Adam se irá contigo?

—¡Sí!

Sonríe, es evidente que está disfrutando del momento.

Y entonces abre los ojos como platos con mucho dramatismo.

—¡Oh, Dios, perdona, Jess! Probablemente quería decírtelo él, con lo de William y todo eso. Aunque tampoco es que lo vea mucho en circunstancias normales, ¿no? Tampoco habrá mucha diferencia: lo verá dentro de un año, en lugar de dentro de seis meses.

—Pero y ¿qué pasa con este sitio? —pregunta Natasha—. ¿Quién lo dirigirá?

—Los Blanchard.

—¿La pareja a la que le compró la propiedad?

—Exacto. Es algo temporal, pero ellos conocen el lugar a la perfección. Adam confía plenamente en sus aptitudes y ellos se mueren por estar al mando. Tened en cuenta que el *château* ha pertenecido a su familia durante generaciones. Adam irá controlando cómo va todo mientras estemos fuera. —Parezco perder toda la fuerza en las piernas—. Lo siento, Jess. —Le brillan los ojos, su precioso rostro está radiante—. Pero te ibas a enterar tarde o temprano. Y probablemente ni siquiera te sorprenda. Si hay algo que todos sabemos sobre Adam, es que odia las ataduras.

Me cuesta mucho entender que Adam se vaya a largar a dar la vuelta al mundo con Simone. Y el hecho de que se estuviera reencontrando con las estrías que tengo en la cara interior de los muslos hace apenas unas horas solo es una parte del problema.

En las docenas y docenas de conversaciones que hemos mantenido desde que llegamos (acerca de nuestro hijo, sobre él, sobre dónde comprar los mejores helados de Domme o respecto a cómo abrir una botella de cerveza sin necesidad de abridor), por lo visto, no le ha parecido que mereciera la pena mencionar esto.

Sin embargo, lo que me está matando básicamente es que el motivo fundamental por el que estoy aquí no tiene sentido. Tendré que volver a Inglaterra y decirle a mi madre que he fracasado. Que Adam no ha cambiado. En realidad, no ha cambiado nada.

Me he estado engañando al pensar que él había pasado página y que, de pronto, se había convertido en el padre devoto que se arrepentía de haber ignorado a su hijo durante años. Nada más lejos de la realidad. Solo ha pasado algunas semanas disfrutando con nosotros, ha hecho que William lo idolatrara y ahora va a desaparecer de su vida por segunda vez. Pero ahora William ya no es un bebé que no pueda entender lo que está ocurriendo.

Esta vez tiene diez años y adora a Adam. Es más, William le necesita, mucho más de lo que los dos saben.

Me invade una sensación en el pecho hasta que tengo que alejarme de Simone para que no se dé cuenta de mi reacción. Natasha percibe mi angustia y me dice que ella se quedará con William mientras yo voy a hacer... lo que sea.

Ni siquiera sé lo que es ese «lo que sea» que no implique entrar en el *château* y buscar refugio temporal en el servicio, lejos de todo el mundo. Acabo saliendo con la cabeza llena de rabia y la abrumadora necesidad de regresar a Inglaterra en ese mismo instante.

La sensación no desaparece cuando William y yo volvemos a la casita; el

dulce olor a hierba que crece bajo mis pies es absolutamente contrario a mi estado de ánimo.

—He impedido que marcaran un gol, mamá —me explica emocionado.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —Se ríe—. Me habría encantado que lo vieras. ¡Ha sido alucinante!

—Eso es genial, cariño —murmuro—. ¿Has marcado alguno?

Se le oscurece el rostro.

—Bueno, no —murmura antes de explicarme con todo detalle por qué lo de marcar goles está sobrevalorado.

—Estoy muy orgullosa de ti —le digo pasándole el brazo por encima de los hombros—. ¿Cómo has llegado a ser tan bueno?

—Papá —dice sin más—. Es un profesor genial.

Noto que se me tensan los músculos de la espalda.

—Se le da muy bien el uno contra uno, mamá —prosigue—. Es muy fuerte, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Y corre muy rápido.

—¿Sí? —murmuro mientras me viene a la cabeza una imagen en tinte de Adam besándome el cuello.

—¿Mamá?

—Sí.

—¿Te está dando un mareo? Estás como la señora Garret de la escuela. Siempre está con mareos. Nos dijo que eso es lo que pasa cuando cumples cincuenta años.

—No tengo ningún mareo. Y estoy muy lejos de los cincuenta. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Vale. ¿Sobre qué?

—Sobre lo que tú quieras.

Reflexiona un momento cuando llegamos al pequeño aparcamiento que hay detrás de Les Écuries.

—¿Qué te parece si hablamos sobre el Jurásico?

Charlie está atando una tabla de surf al capó del coche. Ya sé que no somos pareja precisamente, pero el hecho de que me haya acostado con otra persona (y no importa que esa persona sea Adam) es tan vergonzoso que me cuesta muchísimo mirarlo, y todavía más saludarlo.

—Hola, Charlie —le digo incómoda.

Levanta la cabeza, termina de apretar el nudo y se acerca.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias —contesto.

—¿Lo pasaste bien en la barbacoa? Chloe me ha dicho que te ha visto volver esta mañana.

Me examina el rostro como si estuviera buscando una explicación.

—Emm..., sí, tuvimos un... Sí.

Esboza una sonrisa tensa.

—¿Un «sí»?

Asiento.

—Nos quedamos a dormir en casa de Adam.

Charlie tarda un segundo en descodificar mi frase.

—William se quedó dormido y yo pasé la noche en la habitación de invitados —le miento.

De pronto, desearía poder rebobinar el reloj unos días, cuando estaba viviendo un romance de verano, algo que quizá no hubiera superado las vacaciones, pero que podría haber derivado en algunas salidas al cine y en unas cuantas cenas agradables.

—¿Te gustaría salir a comer otra vez? —le pregunto.

Enseguida me doy cuenta de que es un lamentable intento de castigar a Adam, de demostrarme, tanto a mí como a él, que lo de la otra noche no significó nada para mí. Ya sé que es una actitud adolescente, pero ahora mismo es lo único que tengo.

Charlie está visiblemente sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Estaba empezando a pensar que había algo entre tú y... —Se le apaga la voz cuando mira a William—. Lo siento. —Sonríe—. Me encantaría.

Mientras recorro el *château* buscando a Adam, mi rabia crece con cada segundo que pasa y no consigo encontrarlo. Al final voy a recepción y me encuentro con Ben en el mostrador. Me sonrío con esos dulces ojos marrones; las pecas de su nariz morena parecen exagerar su juventud.

—¿Hoy no vas con William, Jess?

—Emm..., hoy no. ¿Has visto a Adam? No coge el móvil y he ido a su casa, pero no le encuentro.

—La última vez que le he visto iba camino del cobertizo a buscar una sierra. ¿Puedo ayudarte en algo?

Me conmueve la preocupación de su rostro.

—No creo. Pero gracias.

Encuentro a Adam delante del cobertizo, inclinado encima de un banco empujando una sierra de delante hacia atrás: la piel desnuda de los brazos salpica una humedad brillante. Levanta la cabeza cuando me acerco y me sonrío. Y entonces ve mi expresión.

Deja la sierra con cuidado y se acerca a mí limpiándose las manos en un trapo. Toma un trago de agua antes de hablar.

—He ido a buscarte hace un rato.

El deseo brilla en sus ojos, pero ahora soy inmune a él, la revelación de Simone ha arrasado con todo. Me acerca la mano y yo la aparto.

—Me preguntaba si podrías explicarme una cosa.

—Claro, ¿qué pasa? ¿Quieres ir a tomar algo?

—No. —Las palabras pelean por hacerse sitio dentro de mi cabeza hasta que consigo decir algo—. He visto a Simone hace un rato.

Adam se pasa la mano por el pelo con nerviosismo.

—Ha debido de ser incómodo para ti. Lo siento, Jess. Hablaré con ella hoy mismo.

—Adam, me ha dicho que te vas a dar la vuelta al mundo con ella —espeto—.

Dice que lo has organizado todo para que los Blanchard dirijan este sitio durante un año y que tú te marcharás sin más. ¿Es verdad? ¿Estás planeando un superviaje con ella?

Por la cara que pone, me doy cuenta de que es cierto.

—Vale. Esto es complicado...

—No, Adam. Es muy simple. ¿Es verdad? ¿Ya has comprado los billetes y has planeado tomarte un año sabático como me ha dicho? ¿O está mintiendo?

Hace una mueca y la confesión empieza a escapar de su boca.

—No está mintiendo. Pero eso fue antes de...

—¿Antes de qué? No fue antes de que supieras que tenías un hijo que no te vería durante un año porque tú estabas por ahí comportándote como si todavía tuvieras dieciocho años. Una persona sin responsabilidades. Sin ninguna preocupación.

Parezco una auténtica gruñona. Una aguafiestas. Por un segundo me pregunto si estoy celosa de que Adam pueda hacer algo que yo no tengo el lujo ni de soñar.

—Iba a explicártelo cuando llegasteis.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

—Porque cambié de opinión.

—Vaya, qué bien. Así que ibas a ser sincero, pero después decidiste que preferías mentirnos.

—No quería decir eso. Cambié de opinión sobre lo de marcharme.

Estoy a punto de continuar, pero entonces entiendo sus palabras.

—¿Qué?

—Cambié de opinión sobre lo de marcharme tanto tiempo. Y sobre... todo.

—Emm, ¿en serio, Adam? —pregunto con sarcasmo—. ¿Se supone que tengo que creerme que no te vas a ir pero que todavía no se lo has dicho a Simone?

Arruga la frente.

—Lo he ido aplazando. Quería esperar a que pasara su cumpleaños y a ver cómo iban las cosas con William.

—¿Tanteando el terreno?

Se planta delante de mí y cruza los brazos.

—Claro que no. Me di cuenta de que no había visto a William lo suficiente, que no había sido el padre que debería haber sido.

—Muy cierto.

—Pero tú también tuviste algo que ver en eso.

—¿Yo? —Me recorre una oleada de adrenalina y me doy cuenta de que le gustaría retirar lo que ha dicho. Pero es demasiado tarde—. ¿Cómo te atreves a decir eso, Adam?

Cierra un momento los ojos y respira hondo.

—Jess, siempre he estado convencido de que sería un mal padre. Pero lo que debería haber hecho, ahora me doy cuenta, es hacerlo de todas formas. Como hacen todos los padres, tanto si se sienten cualificados como si no.

Ya sé lo que va a decir a continuación.

—No te estoy culpando, Jess. Pero me dejaste absolutamente claro que no me querías en tu vida ni en la de William. Me dijiste que él estaría mejor sin mí. Nunca lo he mencionado antes porque..., bueno, porque estaba convencido de que tenías razón.

Trago saliva mientras se me va normalizando la respiración.

—Tendría que haber luchado más —prosigue—. Debería haberte demostrado, a ti y a mí, que podía ser mejor padre que los que tuve yo. Pero me dejé arrastrar por esa idea.

Me quedo sin palabras mientras él sigue hablando.

—Aunque había una parte de mí que esperaba que las cosas pudieran ser diferentes, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Pero he pensado mucho en la posibilidad de que él pudiera pasar unas vacaciones conmigo aquí, como ahora.

Adam me preguntó en una ocasión si quería venir de visita con William cuando el niño era todavía muy pequeño. No recuerdo exactamente qué le contesté, pero estoy bastante segura de que fue una versión educada del clásico «vete a la mierda». Esta conversación me está asfixiando.

Se limpia el sudor de la frente con una mano y se sienta en un tronco.

—Cuando, de pronto, me escribiste un correo para decirme que veníais, me puse como loco de contento. Me refiero a eso. Y a medida que iban pasando los días, cuanto más tiempo pasaba con él, algo empezó a carcomerme. Supe que no podía marcharme a dar la vuelta al mundo con Simone. No quería irme a dar la vuelta al mundo con ella. Pero Simone es una buena persona. Es simpática. Y me he portado muy mal con ella. Para empezar, me he acostado contigo. —Clavo los ojos en el suelo—. Por eso estaba intentando elegir un buen momento para decirle que no puedo ir. Pero tienes razón. Este es el momento. En realidad, debería haberlo hecho hace semanas.

Cierro los ojos y lo asimilo todo. La ira que sentía hace unos minutos se ha disipado; en su lugar, ha florecido un sentimiento completamente distinto. Las lágrimas saladas asoman a mis ojos e intento parpadear para hacerlas desaparecer antes de que Adam se dé cuenta.

—Tengo que acabar con esto —dice.

—Oh, Dios, ahora me siento como si estuviera confabulando contigo —digo sorbiendo por la nariz.

Adam se levanta y alarga el brazo para tocarme la mano. Entonces tira de mí y

me abraza mientras yo peleo contra el dolor que siento en el pecho. Lo aparto con suavidad.

—Tengo que marcharme —susurro, pero él vuelve a cogerme de la mano.

—Primero tengo que decirte algo.

—¿Qué?

—Jess..., lo de anoche... Para mí fue algo especial.

Miro el suelo.

—No hagas esto, Adam.

—¿Por qué no? Quizá para ti solo haya sido una noche de borrachera. Si es el caso, pues..., bueno, no puedo discutir contigo. Pero necesito que sepas que para mí no fue así. Para mí significas más que...

—Para —susurro, y retiro la mano—. Por favor..., no.

Y después me doy media vuelta y corro hacia el bosque oscuro. La hierba me araña los tobillos mientras tropieza con mis propios pies. Me gustaría seguir corriendo hasta Mánchester.

Paso el resto del día pensando si debería irme antes de lo previsto. Y eso a pesar de contar con la distracción de tener una casa llena de niños.

—Venga, Poppy —dice Natasha sentándose en el sofá—. ¿Qué te parece si te explico un cuento?

Poppy levanta la vista.

—Hambre.

—Ah. Vale. ¿Quieres un poco de plátano?

Coge uno del frutero.

—Me gustan los caramelos.

—Oh, cariño, no tenemos. ¿Qué te parece el plátano? Mmm..., qué rico.

Natasha se arrodilla y pela el plátano antes de dárselo. Poppy pone cara de asco.

—¡NOOOOO! —Se lo devuelve a Natasha—. ¡Guárdalo!

—¿Que lo guarde?

—¡GUARDA, GUARDA, GUARDA!

Poppy se tira al suelo.

—¿Qué quiere? —pregunta Natasha, sorprendida.

James levanta la cabeza del dibujo que está coloreando.

—Quiere que vuelvas a ponerle la peladura al plátano.

Poppy tarda diez minutos en tranquilizarse y Natasha nos sirve una copa de vino a cada una.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —digo cuando me la da y se sienta.

—Parece importante —contesta con una sonrisa, pero no consigo devolvérsela.

—¿Qué te parecería si William y yo nos marcháramos antes de lo previsto?

Respira hondo y suelta el aire como si no estuviera muy sorprendida.

—Me siento fatal porque fui yo la que te convenció para que vinieras — prosigo—, pero seguirías estando con Becky y Seb, y podrías continuar

disfrutando de lo tuyo con Joshua sin que te molestemos. Lo último que quiero es dejarte en la estacada, pero...

Natasha empieza a negar con la cabeza.

—No me estarías dejando en la estacada, Jess, ya soy mayorcita. ¿Estás preocupada por lo que está pasando con Adam? ¿O es que quieres volver con tu madre?

—Ambas cosas. Ya sé que mi madre está con papá, pero aun así... Y sí, no puedo creerme lo que hice con Adam, borracha o no. Aquí todo parece muy complicado.

Mi amiga mira a los niños para asegurarse de que no nos oyen y luego se acerca a mí.

—Entiendo que estés preocupada, Jess. Adam cambia de novia con la misma alegría que yo me cambio las deportivas. Entiendo que te preocupe que a ti pueda ocurrirte lo mismo, y sería horrible para William. Pero...

—Pero... ¿qué? —susurro.

—Tú no eres una mujer cualquiera.

—Técnicamente, sí.

—Me refiero a que siempre significarás más para él. —Me pregunto adónde quiere llegar—. ¿Y si las cosas funcionaran entre vosotros? —prosigue—. ¿Y si consiguierais superar las diferencias que os separaron en el pasado?

—No nos separaron las diferencias, Natasha. Fue lo que hay dentro de los pantalones de Adam. Además, no funcionaría. Es ridículo siquiera plantearlo.

Mi amiga se reclina con aire desafiante.

—¿Por qué?

—¿Por dónde empiezo? Porque fuimos incapaces de conseguirlo la primera vez. Porque el hecho de que Adam y yo lo intentáramos sería perjudicial para William.

—Sí, pero...

—Y por encima de todo eso junto, multiplicado por un millón —prosigue con ferocidad—, está el hecho de que yo me enfrento a un futuro con una enfermedad mortal.

Natasha se hunde en la silla.

En lugar de poder protestar, de intentar convencerme de que me lance de cabeza porque no tengo nada que perder, se da cuenta de que no puede hacer eso conmigo. Con otras amigas sí. Pero conmigo no. Casi puedo ver sus pensamientos, lo que me deparará la próxima década.

—No es algo que pueda siquiera plantearme, Natasha —prosigue con delicadeza. Parece que cada vez tenga más ganas de llorar—. Por eso pienso que sería mejor para todos que me fuera a casa.

Se vuelve hacia la pared y toma un sorbo de vino en silencio, luego se lo traga con fuerza.

—No es justo, Jess.

Alargo la mano y le estrecho los dedos, todavía fríos del contacto con el cristal.

—No lo es. Pero son las cartas que me han tocado.

Miro a los niños y ella se enjuga las lágrimas y se recompone antes de que se den cuenta de nada.

—Está bien, lo entiendo —prosigue—. Pero no huyas, Jess. Acabarás en casa sola. Becky y yo no estaremos para apoyarte. Y queremos hacerlo, ¿sabes? Por eso hemos venido. —Miro la luz que se refleja en el borde de mi copa—. Además, William se quedará destrozado.

La miro un segundo.

—Eso es jugar sucio.

—Pero es cierto —argumenta.

—Tienes razón, pero lo superará.

Nos volvemos las dos para mirar a William, que en este momento está jugando con Poppy y enseñándole a deletrear GATO.

—B-C-T-R-P-E-D-G —dice la niña.

—¡Muy bien! —exclama mi hijo.

Natasha y yo nos reímos. Luego nos quedamos calladas. Y entonces me dice algo que me encoge el corazón:

—Sigues enamorada de Adam, ¿verdad?

Abro la boca, pero no digo nada.

Porque las dos sabemos la respuesta.

Al día siguiente, le pregunto algo a Becky:

—¿Por qué volvisteis tan pronto?

—Bueno —dice con una mueca—, estaba preocupada por lo que pudiera estar pasando aquí.

—¡No pasó nada! Fue facilísimo. Los niños se portaron genial.

—¿De verdad no hubo ninguna pataleta?

—No, a menos que quieras contar la de Natasha cuando no encontraba el sacacorchos. Mira, la idea era que tú y Seb os relajaraís y os lo pasarais bien.

—Y lo hicimos, más o menos —protesta, aunque no me deja muy convencida—. Aunque preferiría no haberme comido ese postre tan copioso. Mañana me pongo a dieta.

—No tienes por qué, estás perfecta como estás —contesta Seb, que aparece en la puerta.

—Gracias, pero mis vaqueros no están de acuerdo.

Me río y entonces escuchamos un grito ensordecedor fuera seguido de un: «¡MAMAAAAAAAÁ!».

Becky mira con cansancio a Seb, que suspira y dice:

—Iré yo.

—Os dejaremos en paz —me dice Becky cogiendo a Poppy de la mano y parándose en la puerta—. Quería decirte que nos topamos con Adam cuando nos marchábamos. Estaba... un poco raro.

—¿A qué te refieres?

—Como intenso. ¡Mira!, hablando del rey de Roma.

Adam viene hacia nosotras. Me pongo tensa.

—Hola, Becky. ¿Lo pasasteis bien anoche?

—Genial, gracias —contesta. Adam sonrío y yo me descubro mirándole los labios—. Bueno, tengo que ir al supermercado para alimentar a la prole o lo pagaré caro. Venga, Poppy, vamos a buscar tus pasas y al supermercado. Os veo

luego.

Mi amiga me fulmina con la mirada, muy poco sutilmente, antes de irse hacia el coche.

—¿Te apetece dar un paseo? —me sugiere Adam.

—William volverá a casa cuando termine el partido de fútbol y quiero estar aquí cuando llegue.

—¿Qué te parece si lo esperamos juntos?

Asiento con sequedad.

—Vale.

Vamos hacia la arboleda y tomamos el camino, donde la luz del sol dibuja formas en la alfombra de helechos oscuros. Mientras miro al suelo, Adam me dice que ya le ha comunicado a Simone que no puede irse de viaje.

—Le he dicho que no quiero dejar a William tanto tiempo. Y... que sentía algo por otra persona.

Me obligo a mirar hacia delante.

—¿Te preguntó por quién?

Noto cómo me mira.

—No creo que necesitara que se lo deletreara.

Trago saliva.

—Y ¿cómo se lo ha tomado?

—Ha dimitido y me ha dicho que se marchaba para coger un vuelo de vuelta a casa de sus padres esta tarde. Después me ha dicho que el abogado de su padre se pondrá en contacto conmigo para demandarme por forzar su dimisión.

Suspiro.

—Entonces ha ido bien.

Cuando nos acercamos a la casa y nos sentamos en las sillas de la entrada noto que tengo un nudo en el estómago. Levanto la barbilla y cierro los ojos para sentir el calor rojo del sol en los párpados mientras fantaseo por un segundo que podría encontrar la forma de que esto funcionara. Pienso en que podría reparar los pedazos rotos de nuestra familia y volver a montar el rompecabezas.

Quizá sea el motivo por el que sienta la necesidad de decir algo que es probable que llegue lamentablemente tarde.

—Lo siento.

Adam parece sorprendido.

—¿Por qué? Tenías toda la razón sobre Simone y el viaje.

—No, me refiero... He estado pensando en lo que dijiste. Sobre eso de que no eras un buen padre para William. Siento haber dicho que estaría mejor sin ti. Estuvo muy mal.

Observo las emociones que pasan por el rostro de Adam mientras continúo.

—Además... no era verdad, tal como has demostrado desde que estamos aquí. —Le examino el rostro—. William te quiere, Adam. Te quiere mucho. Y, desde que estamos aquí, pienso que te has ganado su amor. Te lo mereces.

Cierra los ojos con fuerza, avergonzado de su reacción.

—Jess —dice con urgencia—, podemos hacer que funcione, ¿sabes? Seguro. Mis sentimientos por ti... han cambiado. No, en realidad, solo es que son... Lo tengo muy claro.

Adam sigue hablando, argumentando, como si estuviera en un debate del instituto, sobre el sentido que tiene que estemos juntos, que lo intentemos de nuevo.

Pero yo no consigo concentrarme en sus palabras. En lo único que puedo pensar es en lo que todavía no le he dicho. En lo que llevo ocultándole una década.

—¿Por qué estás llorando?

Cuando se vuelve hacia mí su mirada me encoge el corazón.

—No funcionaría, Adam. No podemos estar juntos.

Me doy cuenta de que tengo que explicárselo todo. Debería haberlo hecho hace años.

—Lo que ocurre es...

Pero se me apaga la voz: las palabras se niegan a salir de mi boca. ¿Cómo le dices algo como esto a un hombre al que nunca has conseguido olvidar? Sabiendo que cambiará todo lo que siempre ha pensado sobre ti. Sabiendo que ya nunca te mirará y verá en ti a una mujer deseable, sino a una mujer digna de lástima. Abro la boca para intentarlo, pero él habla primero.

—Es por ese tipo de la casa de enfrente, ¿no?

Se me escapa la risa.

—¿Qué?

—Ese tal Charlie. Es evidente que está loco por ti.

Niego con la cabeza.

—No es por él. —Se cruza de brazos a la defensiva—. Adam. Nunca me ha gustado siquiera. Solo es un tío al que he conocido estando de vacaciones.

Le arden los ojos.

—Lo entiendo.

—No, ¡no lo entiendes!

Quiero llenarme de aire los pulmones y gritar por la pradera: «No es por el tal Charlie. ¿Cómo puede ser él cuando todavía estás tú? Encendiéndome cada vez que me acerco a ti. Provocándome un deseo insoportable cada vez que percibo el olor de tu piel».

Pero eso no ayudaría. Así que digo entre risas:

—Adam, ese tío lleva chaquetas de punto, con cuello. Te aseguro que no es por él.

Levanto la vista y veo a Charlie fulminándome con la mirada, ha escuchado todo lo que he dicho. Aparta la mirada un momento, después se da la vuelta, entra en su casa y cierra la puerta.

Una hora después estoy hecha un ovillo en el sofá. Me da demasiada vergüenza salir, por si acaso me topo con Charlie. Preguntándome si debería ir a explicarme o a disculparme. William está a mi lado, sin hablar mucho y perdido en sus pensamientos.

—¿Por qué has vuelto antes del partido? —le pregunto.

Se encoge de hombros sin contestar.

—¿Has vuelto a caerte?

Levanta la vista y me fulmina con la mirada, entristecido por la idea de no parecer un jugador del Real Madrid.

—No, he marcado.

—¡Vaya! —Es posible que parezca demasiado sorprendida por la noticia—. Guau, eso es genial, William. Y ¿por qué estás triste? —Mi hijo niega con la cabeza y frunce el ceño—. Venga, escúpelo.

—Los otros niños han llamado «gay» a James. Les dije que lo dejaran en paz; entonces dijeron que yo también era gay. Pero no lo soy.

—Oh, William —digo suspirando; me siento enfadada y orgullosa al mismo tiempo—. Has hecho bien en defenderlo. Aunque..., si fueras gay, no pasaría nada, ¿sabes? Solo para que lo sepas.

Frunce un poco el labio.

—Es que no quería que fueran desagradables con James.

—Sí, ya lo sé. ¿Dónde estaba Seb cuando ha pasado todo esto?

—Estaba leyendo el periódico junto al campo, demasiado lejos como para escucharlo.

—Cariño, has hecho lo correcto.

Me acerco a él y rodeo sus hombros huesudos con el brazo con la intención de darle un abrazo, pero me aparta.

—Ahora ya no puedo jugar al fútbol con nadie. Y justo cuando empezaba a ser bueno.

Se levanta y se marcha a su habitación.

Lo dejo marchar hasta que la necesidad de seguirlo se me vuelve irresistible. Me acerco a su puerta y la abro. Me lo encuentro tumbado boca arriba en la litera de arriba.

—William —digo con suavidad.

Si estuviera en su cama, en casa, me sentaría a los pies del colchón y le frotaría la espalda para consolarlo hasta que mi contacto le resultara tan irritante que se viera obligado a hablar conmigo.

Subo el pie al primer escalón y empiezo a trepar. Sin embargo, cuando voy por el tercero, me doy cuenta de lo inestable que es la litera; probablemente no fuera diseñada para soportar el peso de dos personas, y menos cuando una de ellas es una mujer adulta que ha comido tanto queso en las últimas semanas que está pensando en quemar sus vaqueros. Aun así, consigo llegar hasta arriba y sentarme en el colchón.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta William, que se sienta, con la nariz arrugada.

—Solo vengo contigo —contesto después de haber subido hasta arriba y haberme sentado con las piernas cruzadas. Es como si fuéramos colegas en una fiesta de pijamas—. ¿Te preocupa algo más?

Me contesta con una de esas miradas preadolescentes, una de esas que se supone que deberían indicar que está confuso, pero solo porque he hecho una pregunta absurda.

—No.

—Bueno, escucha... Creo que se me ha ocurrido una solución para eso de que lo del fútbol no esté funcionando del todo —le digo.

—¿Qué?

—He estado pensando. —Levanta la vista como si eso fuera muy peligroso—. He pensado que quizá sería buena idea que volviéramos antes a casa. Quizá mañana. He mirado los horarios del ferri y solo cuesta un poco más cambiar el billete que tenemos. Así podrás ver a tus amigos y podrás jugar al Garden Warfare con Jake y...

—¿Qué?

—Solo estoy diciendo que he pensado que podríamos marcharnos. Mañana.

—¡No! —grita, con tanta violencia que me quedo asombrada.

—Mira..., tú piénsalo.

Se cruza de brazos con fuerza.

—Ya lo he pensado y no quiero irme.

Se ha quedado pálido. Ha pasado de estar triste a enfadado en el espacio de diez segundos. Está casi temblando.

—Ya sé que te lo estás pasando muy bien con tu padre, pero está muy ocupado con el negocio. Y ¿no te gustaría volver con tus amigos? —insisto.

Me fulmina con la mirada apretando los dientes.

—¿Es porque no te llevas bien con papá?

No sé si echarme a llorar o reírme aliviada de que no haya descubierto lo que ocurrió la otra noche.

—Bueno, no es eso.

—Sí que es por eso, ¿verdad? —dice enfadado—. Le odias. Ni siquiera puedes aguantarte por mí. Justo cuando empezamos a ser buenos amigos y me está enseñando a jugar al fútbol y...

—No es eso, William —le interrumpo—. Tu padre tiene mucho trabajo, pero ya ha dicho que organizará un viaje a casa para venir a verte.

¿Cómo le explico a William que no es a él a quien quiero alejar de Adam, sino a mí? No soy consciente de lo mucho que me asusta la perspectiva de quedarme hasta que mi hijo fuerza las cosas.

—Bueno, pues yo no pienso marcharme —anuncia—. Tú puedes hacer lo que quieras.

Parpadeo incrédula al escuchar ese tono nuevo y desagradable de su voz.

—¿Disculpa?

No sé qué hay en su forma de decirlo, de rugirlo casi, pero de pronto me siento abrumada por lo descontrolado que me parece todo. Equivocado. Tengo ganas de gritar.

—Creo que olvidas que soy tu madre —anuncio con el énfasis suficiente como para que se note que estoy enfadada—. Así que..., si... digo que te marchas, quiere decir que te marchas. Y no vuelvas a hablarme así nunca. Tienes diez años, no veinticinco. Y, aunque tuvieras veinticinco años, no deberías hablarme así. Ni a mí ni a nadie.

—¿Cómo? —grita—. No puedo creerme que me estés regañando cuando no he hecho nada. Eres tú la que está cambiando todos los planes y echándolo todo a perder. Y lo estás haciendo a propósito.

Hay algo en su tono de queja y de mártir que me saca de mis casillas. De pronto me importa un pimiento todo lo que he leído en los libros de la Supernanny, donde se explica que si le gritas a un niño él gana. No quiero ser razonable. No puedo seguir soportando todo lo que me está pasando. Esto es la gota que colma el vaso.

—¡Muy bien, se acabó, William! —aúllo—. Literalmente no tienes ni idea de por lo que estoy pasando. No sabes nada. Porque, si lo supieras, quizá me echarías un cable y me seguirías un poco la corriente. Y seguro que no irías por ahí hablándome como si yo fuera alguna porquería que tienes pegada a la suela

del zapato, en vez de la mujer que te ha criado ella sola.

—¡Lo hiciste tú sola porque no dejaste que papá se acercara a mí!

Me muerdo el carrillo.

—Eso no es verdad, William. No es verdad.

—Me da igual. No pienso irme a casa.

—Dos cosas: primero, si vuelves a hablarme así, no pienso volver a dejarte el iPad hasta que tengas setenta años. Y segundo, mañana nos vamos a casa. Así que, si no te gusta, te aguantas. A veces la vida es dura, William. Acostúmbrate.

Al escucharlo, retira la sábana, descuelga las piernas por el lateral de la litera y salta hasta el suelo. Después sale por la puerta y la cierra de un portazo dejándome con una sensación de pánico nauseabunda en el pecho.

Nunca había tenido una pelea como esta con él.

Una parte de mí no sabe qué me ha pasado. Otra parte sigue enfadada con él por ser tan insolente. En cualquier caso, la culpa me envuelve como una manta y quiero rebobinar y borrar lo que ha ocurrido durante los últimos siete minutos.

Empiezo a bajar la escalera, pero hace mucho tiempo que no me subo a una litera y yo no salto al suelo como ha hecho William. Cometo el error de bajar de frente y me doy cuenta, mientras forcejeo con la pelvis en el aire y las rodillas separadas, que esto no va a funcionar. Así que vuelvo a subir, me doy la vuelta y bajo de espaldas. Aguardo un momento para reflexionar antes de seguir a William hasta el comedor.

Pero cuando salgo no está.

—¿Dónde está William? —pregunto.

Natasha me mira desde el fregadero.

—Supongo que estará fuera. ¿Estás bien? No sonaba fenomenal.

—No lo ha sido.

Abro la puerta y echo un vistazo en la terraza. Aparte de la pareja de ruiseñores que brinca por el muro y las abejas que zumban alrededor de la buganvilla, está completamente vacía.

—¿Ha dicho adónde iba? —pregunto.

—No. Lo siento. ¿Va todo bien?

Me froto la frente con la base de la mano.

—La verdad es que no lo sé.

Natasha y yo nos separamos para buscar a William. Acordamos que yo probaré en el *château* y que ella irá a casa de Adam. Decidimos que, pase lo que pase, nos reuniremos en casa dentro de veinte minutos, porque intentar comunicarse por teléfono aquí es casi imposible.

Corro por el camino del bosque mientras grito el nombre de William, pero solo recibo silencio y el errático sonido de mi pulso acelerado. Cuando salgo de la arboleda y corro hacia el *château*, Adam aparece en la puerta y enseguida se da cuenta de que pasa algo.

—¿Qué sucede?

—Es William. Hemos discutido y ha desaparecido. A saber dónde se ha metido.

Aguarda un momento para procesar la información.

—Bueno, no te preocupes, es un niño sensato. Saldré a buscarlo yo también. Iré en el carrito de golf.

Adam se marcha por el otro lado de la propiedad mientras yo tomo el otro camino y grito el nombre de William una y otra vez parándome para hablar con todas las personas que me voy encontrando para preguntar si lo han visto.

Sin embargo, cuando vuelvo a casa y veo a Natasha esperando fuera, empiezo a gimotear. Corro más deprisa, desesperada por alguna noticia.

—No te preocupes, Jess. —Es todo cuanto puede decirme—. Estoy segura de que no puede andar muy lejos.

Después buscamos en el cobertizo de la leña, en la casita de Becky y Seb, y también en los demás edificios que la rodean. Acabamos volviendo a Les Écuries y yo paseo de un lado a otro sintiendo que un reguero de sudor frío me resbala por la espalda. Unos minutos después, Adam todavía no ha aparecido. Nos sentamos a esperar fingiendo calma mientras yo intento convencerme de que doblará la curva conduciendo con mi hijo sentado al lado en el cochecito de golf y todo irá bien. Natasha levanta la cabeza y yo sigo su mirada hasta Adam.

Viene solo. Corro hacia él cuando se baja del cochecito.

—No ha habido suerte.

Ni siquiera lo formulo en forma de pregunta.

Niega con la cabeza y la expresión de su cara me asusta. Él también parece preocupado.

—He buscado por todas partes a las que he podido llegar con este cacharro. Pero no puede haber ido muy lejos.

—Espero que no haya hecho ninguna estupidez —digo.

—Claro que no —insiste Natasha.

—Tú no viste lo enfadado que estaba.

—Mira, Natasha tiene razón —afirma Adam convencido—. Se habrá ido a algún sitio a pensar. Voy a volver al *château* para pedirle a Ben que me ayude a buscar. —Se vuelve hacia mí y me mira a los ojos—. Por favor, no te preocupes.

Después alarga el brazo, me estrecha la mano y por un minúsculo segundo las cosas parecen un poquito mejores.

—Bien, vamos. ¿Por qué no buscáis por la zona este del bosque? Yo iré en dirección contraria. Nos volveremos a encontrar aquí dentro de treinta minutos.

—¿Qué pasa si todavía no lo hemos encontrado?

Adam aprieta los dientes.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Y

Natasha está en mejor forma que yo. Lo sé porque también va a clases de *grit*, pero ella disfruta. Para mí, cada clase es como estar de parto: tan terrible y dolorosa que solo cuando termina vas olvidando gradualmente lo mal que lo has pasado y te planteas volver a repetir la experiencia.

A pesar de ello, apenas consigue seguirme mientras corremos por el bosque gritando el nombre de William.

Al final, mi amiga aúlla:

—¡Jess! —Cuando me doy la vuelta, me la encuentro inclinada hacia delante, con los codos clavados en los muslos, tratando de coger aire—. Jess..., tenemos... que volver.

Miro el reloj y me doy cuenta de que ha llegado la hora de reunirse con Adam y su grupo de búsqueda. Cuando volvemos, advierto que vamos más despacio, que yo voy más despacio, abrumada por una oleada de pesimismo. No sé si podré soportar cruzar esa carretera y ver a Adam delante de nuestra puerta sin

William.

Volvemos antes que los demás.

—Podría ser una buena señal.

No estoy segura de entender la lógica de Natasha, pero asiento para que deje de temblarme la mandíbula.

Entonces Adam dobla la esquina acompañado de otra figura y se me encoge el estómago.

—Lo ha encontrado.

—Oh, gracias a Dios.

Me pongo a recitar plegarias mentalmente, dándole gracias a Dios, prometiendo ser mejor persona. Pero entonces levanto la vista y mi esperanza estalla en mil pedazos. La persona que va con Adam lleva pantalones largos. William llevaba *shorts*. Además, es demasiado alto, demasiado mayor, demasiado...

Viene con Ben. Ese no es William.

Una hora y media después de que William haya desaparecido, quiero llamar a la policía. Por mucho que desee creer que Adam tiene razón y que William se ha escondido enfurruñado en algún sitio, esta situación no tiene ningún precedente.

Aun así, reconozco que me ayuda que Adam esté absolutamente convencido de que encontraremos a William.

Ansío su seguridad y no dejo de pedirle que me repita una y otra vez que todo saldrá bien, que volverá en cuanto empiece a tener mono de iPad. Pero al final hasta él accede a ir hasta el *château* para poder hacer la llamada telefónica que ningún padre quiere hacer.

Tiene la mano en la manecilla de la puerta del despacho cuando Julien, uno de los trabajadores de la cocina, pasa por allí y saluda.

—*Est-ce que tout va bien?*

Adam abre la puerta y rodea la mesa para sentarse en su silla.

—*Nous ne pouvons pas trouver William* —dice distraído mientras empieza a teclear con rabia los números del teléfono.

—¿William? —repite Julien volviéndose hacia mí—. Lo acabo de ver junto al lago. He ido a pescar antes de empezar mi turno.

—¿Qué? ¿Mi William?

—Sí, estaba hablando con un tipo.

Adam cuelga el auricular.

—Vamos a ver.

Conducimos con el carrito de golf hasta que el terreno se complica. Entonces lo abandonamos y los tres echamos a correr: Natasha, Adam y yo. No recuerdo cuánto tardamos en llegar hasta el lago con Charlie y Chloe aquel día, pero sé que fueron treinta minutos o más. Esta vez, el trayecto se me hace eterno.

Cuando llegamos a lo alto de la colina, estoy casi mareada del cansancio. Subo galopando la ladera de hierba, pero no subo tan rápido como Adam, cuyas piernas y brazos se mueven como pistones hasta llegar a lo alto. Yo aparezco a

su lado un par de segundos después.

Y allí, junto al lago, hay una silueta que está lanzando piedras al agua.

No grito su nombre; estoy jadeando demasiado y además me he quedado muda. Pero Adam empieza a bajar por la ladera. William nos mira cuando estamos a medio camino, nos ve y se vuelve de nuevo hacia el agua.

Cuando llego hasta él, le toco el hombro, le doy media vuelta y lo abrazo con fuerza.

En la cabeza me palpita la abrasadora certeza de que haría cualquier cosa por ese niño.

—¿A qué narices estás jugando, William? —Apenas consigo formular las palabras—. Tu padre y yo estábamos muy preocupados. Pensé que te habías escapado. O... ahogado... o un montón de cosas más. ¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando?

Me mira por debajo de las pestañas.

—Solo era Charlie. Había salido a dar un paseo con Chloe.

Se me tensa el pecho y me obligo a relajar los hombros. Me tiembla el labio cuando una lágrima se desliza por la mejilla de William y aparta la mirada con insolencia.

—Lo siento —me dice limpiándosela.

—Prométeme que no volverás a hacer nada parecido, ¿vale? —le imploro—. Jamás. —Me ignora y yo lo cojo de la barbilla para obligarlo a mirarme—. William, prométemelo.

—¡Vale!

Tengo la sensación de que me van a explotar los pulmones.

—William, hablo en serio.

—¡Ya lo sé! —grita.

—Pues no lo parece. No das la sensación de estar arrepentido.

Hace ademán de marcharse, pero Adam le toca la mano y lo detiene. Entonces le veo rodear a nuestro hijo con sus enormes brazos y me quedó allí con la impotente sensación de ser una extraña. William se pone a llorar pegado al pecho de Adam mientras él acaricia su pelo, tan suave.

—No pasa nada —susurra dándole un beso en la cabeza—. No te preocupes. Todos estaremos bien.

Entonces William me mira con los ojos en llamas.

—No, no lo estamos, ¿verdad, mamá? No vamos a estar bien.

Me trago el papel de lija que tengo en la boca.

—Esto es por lo de marcharnos a casa...

—No es por lo de irse a casa —dice frunciendo el ceño—. Es porque tú no eres sincera. Siempre me dijiste que tenía que ser honesto. Y hablar sobre mis

problemas. Pero tú no se lo has dicho a nadie. Y yo lo sé... Lo sé.

En silencio, intento descifrar el significado de las palabras de William. ¿Es posible que haya conseguido esconder el secreto a todo el mundo excepto a la persona a quien más quería ocultárselo?

—Venga, tenemos que calmarnos todos un poco —interviene Adam, volviéndose hacia William—. ¿Por qué no vuelves con Natasha y jugáis al pimpón o a algo mientras tu madre y lo charlamos? Y nada de escaparse, ¿vale?

William niega con la cabeza. Natasha sonrío con timidez.

—Te aviso de que soy buenísima jugando al pimpón. Te voy a dar una paliza.

—Si Ben sigue por aquí, ve a que te dé algunos consejos, William. Aquí es el campeón. Nadie le ha ganado desde el principio de la temporada.

Vacila un momento antes de empezar a subir por la ladera con ella, está claro que ha decidido que estar con Natasha es preferible a estar conmigo en este momento. Adam se sienta y mira el lago. Yo me siento a su lado justo cuando una cigüeña se acerca al agua y después remonta el vuelo. El olor del aire es cálido y dulce, el cielo se ve azul bajo el sol, que brilla en lo alto; las suaves briznas de hierba me hacen cosquillas en las pantorrillas.

—Ha sido aterrador —dice Adam.

Entonces, después de vacilar un momento, me rodea los hombros con el brazo y me estrecha contra él. Dejo que lo haga porque no tengo fuerzas para impedirselo. Me siento demasiado bien dejando que alguien me abrace, segura y reconfortada. Últimamente nadie ha sido capaz de consolarme. Es una sensación extraña y maravillosa.

Me doy cuenta de que me está mirando y lo miro yo también, negándome a objetar cuando se inclina para besarme; tiene unos labios tan suaves que necesito esforzarme para apartarme.

—No vuelvas a decirme que pare —dice.

—Bueno, tienes que hacerlo.

Y los besos paran, pero sigue clavándome la mirada.

—Me he enamorado de ti, Jess. Otra vez. No quiero dejar de besarte nunca. Me estremezco y me concentro en el espejo de la superficie del lago.

—Haces que parezca muy sencillo.

—Y ¿no lo es?

—No.

Vuelve a apoyarse en sus manos y entorna los ojos.

—¿De qué va ese secreto del que hablaba William?

Intento decírselo otra vez. Sé que es lo correcto, aunque estoy convencida de que ninguno de los dos está preparado para esto. Cuando abro la boca para hablar, una brisa cálida me acaricia el pelo y noto un hormigueo en la piel al contacto con el sol.

Y puedo inventar un millón de excusas, pero todo se reduce a esto: es un momento y un lugar precioso, no quiero hablar de la enfermedad de Huntington con Adam. Quiero besarle y fingir que todo va bien.

Así que me acerco a él y le beso. Disfruto del calor de su cuerpo mientras mis pechos rozan su pecho, cálido. Él me devuelve el beso con gula y luego se retira.

—Vale —susurra apartándome el pelo de la cara—. Pues si no me lo vas a contar, volveré a lo que estaba comentando yo.

—¿Qué estabas comentando?

—Que me he enamorado de ti.

Suspiro.

—Eso es muy bonito, Adam —digo con ligereza, apartándome de él—. Pero estás olvidando unas cuantas cosas. Como, por ejemplo, que te has enamorado de todas las mujeres que se han cruzado en tu camino en los últimos diez años.

—Eso no es verdad.

—Y que, hipotéticamente, si yo también sintiera algo por ti, y no estoy diciendo que sea el caso, ya me entiendes...

—Claro.

—Estaría loca si dijera: «¡Yupi! Adam y yo podemos volver a estar juntos». El mismo Adam que decidió largarse a pasarlo bien mientras yo me esforzaba para superar la incontinencia y los pezones agrietados. —Hace una mueca de dolor—. El mismo Adam que se estaba acostando con Georgina mientras yo estaba de parto.

—No me largué a pasarlo bien. Y no me acosté con Georgina. Ya te lo dije.

—¡Te fuiste a vivir con ella! —protesto.

—Me refiero a que no me acosté con ella ese día.

No discuto con él. Ya hemos mantenido esta conversación demasiadas veces como para volver a tenerla. Se separa de mí y suspira.

—Eso sigue siendo importante para ti, ¿verdad? Que no estuviera cuando

nació William.

—Claro, Adam. Siempre lo será.

—También era importante para mí —insiste—. Importantísimo. Sabes que quería estar allí, pero...

—Pero estabas con Georgina.

—No estaba con Georgina. Bueno, sí. La vi aquella noche, pero no me acosté con ella ni con ninguna otra. Ojalá me hubieras creído, Jess. Ojalá me hubieras creído cuando te dije que estuve toda la noche en The Northern Tap y que intenté llegar a tiempo, pero...

—Un momento —le interrumpo—. ¿The Northern Tap?

—¿Qué pasa?

—Me dijiste que estuviste en The Bush Bar. Me dijiste que estuviste allí toda la noche.

Adam contiene la respiración y se pone tenso.

—¿Eso dije?

—Sí, Adam. Me dijiste eso.

—Bueno..., y ¿qué más da dónde estuviera? Lo importante es que no me estaba acostando con otra y es verdad. ¿Por qué no me crees?

—Porque es completamente evidente que mientes.

—En eso no.

—Mmm.

Aparta la mirada y se pasa la mano por el pelo pensando muy concentrado.

—No puedo ganar esta discusión.

Tiene razón.

—Mira, da igual —prosigo—. Fue hace mucho tiempo, es agua pasada. Pero lo importante es que sería muy mala idea que tú y yo volviéramos a juntarnos, Adam. Por muchas razones. Y William es la más importante.

—A William le encantaría.

Estoy a punto de explicarle el resto. El gran motivo. El devastador. El motivo que cogería cualquier argumento que me lanzara y lo machacaría hasta dejarlo hecho trizas. Pero las palabras vuelven a quedarse atrapadas en mi boca.

—En este momento, su vida es sencilla. Tiene una madre y un padre que no están juntos pero que le quieren. ¿Por qué querríamos hacer algo tan egoísta como subirlo a una montaña rusa que puede llevarlo de ser el niño más feliz del mundo a destrozarlo en caso de que volvamos a separarnos?

Me mira fijamente.

—Te aseguro que eso no pasará.

—Adam —le respondo—, no creo que ninguno de los dos podamos garantizar tal cosa.

Paso el resto de la tarde intentando descifrar lo que está ocurriendo tras los jóvenes ojos de William; puede que sus crípticas palabras se refirieran a algo inocuo.

Al final se lo pregunto directamente un domingo por la noche mientras estoy remetiéndole las sábanas subida a la litera de abajo y preparándome para mantener la conversación que he estado temiendo desde el día que mi madre me habló de la enfermedad de Huntington.

—Ayer dijiste algo sobre mi falta de honestidad. ¿A qué te referías?

No levanta la vista, tiene los ojos clavados en su ejemplar manoseado de *The Maze Runner*.

—Nada, mamá. Lo dije porque estaba enfadado. Siento mucho haberme escapado.

—Ya lo sé, lo dijiste. Yo también lo siento. Odio pelearme contigo. No quiero que vuelva a pasar nunca.

—Yo tampoco.

Teniendo en cuenta que dentro de tres años William será un adolescente, me cuestiono en silencio las probabilidades de que eso ocurra y sonrío para mis adentros.

—Entonces ¿mañana volvemos a casa? —pregunta llevándose la sábana hasta la barbilla.

Vacilo.

—No.

Le brillan los ojos.

—Pero no es por lo que hiciste. Solo decidí que debíamos aguantar hasta que tengamos que irnos. —Sonríe—. Lo cierto es... que tú y yo tenemos que hablar en algún momento.

—¿Sobre qué?

Cuando me mira, la expresión que veo en su cara me deja de piedra. Me

pregunto si realmente este es el mejor momento para decírselo, teniendo en cuenta que solo le queda una semana de vacaciones. ¿De verdad voy a explicarle a mi hijo que podría acabar como su abuela cuando se supone que debería pasar los siguientes siete días relajándose y nadando al sol? Me parece que ya he tenido demasiados dramas en estas vacaciones.

—Pensaba que podrías tener más preguntas sobre tu libro *Growing Up* —comento improvisando.

Adopta una expresión reflexiva.

—Ahora mismo no.

Gracias a Dios.

—Bueno, ¿conseguiste ganar a Natasha al pimpón?

—Sí, le pedimos a Ben que jugara con nosotros, como sugirió papá. Se le da de muerte.

—¿Sí?

—Sí, pero no paraba de dejar ganar a tía Natasha por algún motivo. Me parece que se gustan. Debería ser su novia.

—¿Tú crees?

—Sí. —Asiente orgulloso de sus poderes de percepción—. ¿O está saliendo con ese otro tipo, el viejo?

—Joshua no es tan viejo.

—¿No? Bueno, Ben es mucho más divertido.

—Muy bien, Cupido. Hora de dormir —decido.

Se acurruca en la cama.

—Te quiero —le digo.

—Yo te quiero más.

Luego cierro la puerta y me prometo que se lo diré en cuanto volvamos a casa.

La mañana siguiente, mientras estoy tumbada en la cama escuchando el suave zumbido del ventilador, en la habitación brilla una luz brumosa. El final de las vacaciones se está precipitando sobre mí, pero, al mismo tiempo, parece muy lejano.

Estar cerca de Adam es agónicamente agrisado: por un lado, me muero de deseo por él; por otro, estoy convencida de que solo podría estar con él bajo falsos pretextos. Él piensa que soy la misma mujer que era cuando nos conocimos: una joven con brillo en los ojos y con un futuro lleno de salud por delante.

Me convengo de que me quedo por William. Y, a pesar de todo, el hecho de que ahora esté tan deslumbrado por su padre solo puede ser bueno. Ahora estoy convencida de ello. Incluso a pesar de tener la minúscula y molesta

preocupación de que Adam vuelva a las andadas cuando terminen las vacaciones. Sigue comportándose más como un amigo que como un padre.

Oigo unas voces fuera y me siento en la cama para averiguar si se trata de Charlie y de Chloe.

Me levanto de un salto para cepillarme los dientes, me lavo la cara y me pongo un vestido de playa.

Abro la puerta ensayando mentalmente mi discurso y salgo a la terraza muy decidida. Sigo las voces hasta el aparcamiento que hay detrás de Les Écuries y cuando advierto la ausencia del coche de Charlie comprendo que lo que he escuchado es a la pareja de enfrente, que llegaron ayer con su hijo pequeño.

Me desinflo sintiéndome aliviada y decepcionada al mismo tiempo por no haber podido afrontar esta conversación hasta hoy. Vuelvo a la terraza cuando me doy cuenta de que la colchoneta roja de Chloe, la que siempre estaba apoyada en la pared derritiéndose al sol, ya no está. Las chanclas que había junto a la puerta tampoco están. Ya no hay toallas sobre los respaldos de las sillas ni la vela de citronela de la noche anterior.

Me acerco lentamente a la casita, pego las manos al cristal y miro dentro. El comedor está vacío. Han dejado la casa, sus huéspedes se han ido.

Después de todo el drama, es un alivio poder tumbarse boca arriba y sentir los rayos del sol en las piernas. El ruido que hacen los hijos de Becky, que se están peleando, es lo único que me impide disfrutar todavía más de la situación. Entonces se me ocurre una solución para separarlos y le sugiero a William que se lleve a Rufus a ver si convencen a más chicos para montar un partido de fútbol. James se queda con nosotros hojeando el ejemplar de *Glamour* de Natasha.

Los chicos vuelven justo cuando estoy a punto de ponerme el protector solar. Intento interrogar a William con delicadeza para descubrir si alguien ha vuelto a meterse con él, pero mi hijo se encoge de hombros y comenta que su padre le ha dicho que vendría enseguida a darse un chapuzón con él. Adam llega diez minutos después y yo aparto la mirada cuando se desnuda junto a la piscina.

—¿Cuándo volverán a emitir *Poldark* por la tele? —pregunta Natasha bajándose las gafas de sol.

Becky deja de pelearse con Poppy, a quien está intentando ponerle un sombrerito.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso? —pregunta dándome un codazo con suavidad—. Ya veo que lo pasaste bien la otra noche.

Me acomodo en la tumbona para concentrarme de nuevo en mi libro e intento no mirar por encima de las páginas.

Después me pregunto por qué me molesto. ¿Por qué no me permito mirar a Adam a pesar de estar delante de William y de todos los demás? Bajo el libro y paseo los ojos por las cenefas de luz que brillan en el agua. Hay niños con el pelo mojado, nadando con sus flotadores, chupando helados fluorescentes y vertiendo agua con cloro en tacitas de té que después ofrecen a sus madres. Oigo el sonido de la risa impotente de mi hijo cuando Adam lo salpica y veo la reacción de William, que le hace una ahogadilla. Se adueña de mí una calma surrealista, un sentimiento..., no, un recordatorio, de las muchas cosas buenas que hay en mi vida, de la belleza, el sol y las risas.

—Tía Natasha —comenta James—, estás muy marrón.

Natasha se mira los brazos y se inclina hacia delante.

—Es un bronceado artificial, cariño, pero no se lo digas a nadie.

—¿Puedo ponerme un poco?

—No —contesta Becky riendo.

James frunce el ceño.

—¿Tú te lo ponías cuando eras pequeña, tía Natasha?

—No, cariño. Cuando yo era pequeña, todavía no lo habían inventado.

El niño pasa otra página de la revista.

—¿Qué otras cosas no se habían inventado en la Antigüedad?

Natasha se atraganta con la Coca-Cola *light*.

—¡Hola!

Josh está plantado delante de nosotras con una sonrisa cegadora y el polo remetido por los pantalones.

Natasha levanta la vista y sonrío.

—Coge una silla.

Da una palmadita en la silla que tiene al lado y él se sienta abriéndose de piernas todo lo que puede.

—Estáis todas guapísimas —anuncia.

Becky me mira abriendo los ojos como platos.

Cuando Josh se inclina hacia Natasha y empiezan a hablar, veo a Ben al otro lado de la piscina: está limpiando la barbacoa y mirando hacia nosotras. La decepción que asoma a su atractivo rostro me empuja a mirar a Joshua y a preguntarme qué será lo que Natasha ve en él.

Becky se acerca a mí.

—No deja de mirar —susurra metiéndose una nuez en la boca.

—¿Ben? Ya lo sé.

—No hablo de Ben, sino de Adam —murmura.

Miro hacia la piscina, desde donde Adam nos mira fijamente. Aparto la mirada.

—¿Sabes? La verdad es que hacíais muy buena pareja.

Le clavo los ojos.

—Becky, déjalo.

Me vuelvo hacia Natasha y Joshua; intento colarme en su conversación.

—Ya sé que está de moda, pero ¿por qué hay que hacerlo en público? —Por lo visto, Joshua está hablando sobre dar el pecho—. No soporto a todos esos modernos que argumentan que es algo natural. También es natural defecar y no me bajo los pantalones para hacerlo delante de todo el mundo.

Becky tuerce el gesto.

—Eso no es comparable a alimentar a un bebé. Es darle de comer, ya me entiendes.

—Y ¿qué problema hay con los biberones? —argumenta—. O, por lo menos, con meterse en un servicio para hacerlo.

Becky y Joshua se enzarzan en un debate del que es evidente que él no piensa retirarse hasta asfixiarnos a todas con sus opiniones. Y es igual de evidente que Natasha está deseando con todas sus fuerzas que cierre el pico.

—Siento interrumpir —digo—. Pero voy a volver.

Becky aprovecha la oportunidad.

—Vale, yo también voy. —Entonces mira hacia la piscina, donde Seb está jugando con Poppy y Rufus—. Seb, voy a ducharme antes de cenar. ¿Me llevo a los niños para que puedas darte un baño?

—No, no pasa nada —contesta—. Yo me llevaré a estos dos dentro de un rato.

William se queda con Adam. Becky coge a James de la mano y los tres nos marchamos hacia el bosquecillo.

—Interesante conversación con Joshua —murmuro.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—Es una forma de describirlo. Es horrible.

Después mira a Seb, que lanza a Poppy en el aire: la niña aúlla con una risa contagiosa que nos hace sonreír a las dos.

Cuando empezamos a caminar, me doy cuenta de que Becky está sonriendo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Yo elegí bien, ¿eh?

Niego con la cabeza y me río.

—¿Qué? —pregunta, divertida.

—Que me ofrecí para quedarme con tus hijos con la esperanza de que reavivaras la llama con tu marido, y resulta que lo único que necesitabas era pasar cinco minutos con Joshua.

Se ríe.

—No creo que necesites compararlo con él para entender lo fantástico que es tu marido.

—No seas tonta —dice carraspeando, después esboza una sonrisa de medio lado—. Pero ha ayudado.

El día siguiente, William y yo llenamos una mochila de sándwiches, patatas fritas de pollo asado y caramelos fosforescentes, y nos marchamos de excursión al valle de Vézère con un grupo. La idea de ir con un guía oficial me pareció una buena idea para hacer un poco de ejercicio sin correr el riesgo de perdernos por la montaña. A William no le entusiasma mucho la idea, pero cuando llegamos allí su recién descubierto amor por la aventura enseguida saca lo mejor de él. Rápidamente, empieza a gatear por cuevas húmedas y brillantes, cruzando caminos montañosos llenos de piedras mientras escuchamos el canto de los pájaros y vemos brotar flores silvestres por entre las rocas.

Descansamos en lo alto de una colina encaramados a los peñascos rodeados de niebla y aprovechamos para rehidratarnos y descansar las piernas. William se termina la manzana y me da el corazón.

—¿Seguiré siendo tu papelera personal andante cuando tengas veintiún años?
—pregunto buscando una bolsa de plástico en la mochila.

—Es mejor que tirar la basura al suelo.

Sonríe con timidez.

Envuelvo el corazón de la manzana y me lo meto en la mochila.

—Estaba pensando que esta noche podría ir a verte jugar al fútbol.

No se muestra muy entusiasmado ante la idea.

—Entonces pensarán que necesitaba que mi madre viniera a defenderme.

—Bueno, pues no diré nada. Pero si fuera solo a mirar, ya sabes, poniendo mala cara... Seguro que la cosa cambiaría.

Se queda un poco sorprendido.

—Tampoco se me da tan bien el fútbol.

—Oh, venga ya. Estas vacaciones has aprendido un montón —le discuto, aunque admito que estoy exagerando un poco.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Me termino el chocolate y saco un pañuelo de papel para limpiarme las

manos.

—Vale, ¿sobre qué?

Reflexiona un momento.

—¿Qué tal de política?

Y nos embarcamos en otra conversación que parece sacada de las noticias del Canal 4 y para la que me siento muy poco preparada hasta que no tenga una buena conexión 4G y acceso a Google.

—Ya he decidido lo que quiero ser de mayor —concluye cuando empezamos a descender por la montaña.

—¿El qué?

—Voy a trabajar en campos de refugiados, para ayudar a las personas que están allí. Quizá sea médico.

Le rodeo los hombros con el brazo.

—Eso me haría sentir muy orgullosa. Pero me sentiré orgullosa de ti hagas lo que hagas.

—Claro. Aunque igual no pasa eso. Podría acabar siendo modelo.

Empiezo a toser hasta que William me mira con indignación y me golpeo el pecho como si la culpa del ataque la tuviera un trocito de manzana mal digerida.

—Claro.

—Papá dice que soy lo bastante guapo —prosigue—. Me dijo que él no era tan guapo como yo cuando tenía mi edad, así que seguro que podré hacerlo.

Cuando llegamos a la casita alrededor de una hora después, el primer impulso de William en cuanto cruza por la puerta es coger el iPad. No lo ha vuelto a tocar desde que discutimos, supongo que para no recordarme el castigo de seis décadas que le impuse.

—No te pongas con eso —le digo—. Esta noche cenamos en casa de Becky y tienes que ducharte antes de ir.

—Vale, mamá. Solo un minuto.

Cuando estoy a punto de contestarle, se abre la puerta y entra Natasha.

—Hola. ¿Has estado con Josh todo el día?

Me fulmina con la mirada.

—No. Lo estoy evitando.

—Vaya. Entonces ¿has acabado con él?

Asiente con desánimo.

—Lo tenía todo, pero le fallaba un pequeño detalle: actuaba como un gilipollas.

—Lo siento, Natasha.

—No te preocupes —dice quitándole importancia—. Se marcha mañana y Londres es lo bastante grande como para que no vuelva a verlo jamás. Al final

solo era un tipo que se gustaba demasiado.

—¿Por qué me pitan los oídos?

Levantamos la vista y vemos que Adam está en la puerta.

—No hablo de ti —dice Natasha entre risas—. Bueno, cojo mi suéter y voy a casa de Becky. ¿Venís?

—William tiene que ducharse primero. ¿Verdad, William? —le digo con énfasis.

—Sí, ya voy —murmura sin moverse.

Cuando Natasha entra en la habitación para coger su suéter, me doy cuenta de que Adam me está mirando.

—¿Te ha dicho Becky que esta noche no puedo venir a cenar porque tengo que ir a una cena de negocios en Montignac?

—Sí.

Miro a mi hijo.

—William —digo apretando los dientes. No me contesta—. ¡WILLIAM!

—Un momento, mamá.

Me considero una persona razonable, pero esto es ridículo.

—Ya he esperado un minuto. En realidad, llevo esperando mucho más de un minuto.

Me acerco a él, le quito el iPad y lo apago.

—¡Noooo! —aúlla alargando el brazo como Kate Winslet en aquel bote al final de *Titanic*.

—Te lo he pedido por lo menos cinco veces. No arruines el gran día que hemos pasado.

—¡Vale! Tú ganas —murmura.

Se levanta y hace ademán de marcharse a su habitación.

—William. Espera un momento. —Está claro que es la voz de Adam, pero no la reconozco. William se da media vuelta—. No le hables así a tu madre.

William se sonroja y yo me quedo de piedra.

—Nadie debería pedirte que hagas algo tantas veces —prosigue Adam. Hay una nota de incertidumbre en su voz, como si no estuviera del todo seguro de estar haciéndolo bien—. ¿Cómo te sentirías si los demás te lo hiciéramos a ti?

William se encoge de hombros con rigidez.

—Pues no lo hagas, ¿vale?

Por el rostro de William desfilan una colección de emociones: primero resistencia, vergüenza, después una humillación silenciosa y arrepentimiento.

—Lo siento, mamá.

Asiento.

—Está bien. Ahora ve a darte una ducha rápida.

—Gracias —le digo a Adam cuando William se marcha.

Natasha me toca el codo antes de que él pueda contestar.

—Nos vemos allí. ¿Tardarás mucho?

—Diez minutos —contesto.

Sale por la puerta y la cierra.

Entonces me doy cuenta de que Adam parece nervioso.

—¿Podemos salir un momento?

—Claro.

Cuando salimos, el sol ya está muy bajo: proyecta un brillo dorado sobre las flores silvestres del prado que tenemos delante. Adam se sienta; yo elijo una silla que no esté a su lado, por el simple motivo de que estar cerca de él me resulta demasiado intenso e insoportable.

—He estado pensando mucho acerca del futuro de este lugar. Y no quiero hacerle promesas a William porque todavía no he hecho las maletas... Además, habría mucho que hacer antes de poder hacerlo...

—Adam, ¿qué intentas decirme?

—Quiero volver a vivir en Inglaterra. —Me clava sus ojos oscuros esperando mi reacción. Pero estoy demasiado asombrada para contestar. Sigue hablando—: Creo que podré encontrar la forma de conseguirlo. No será fácil y no será algo inmediato, pero es una solución.

Asimilo sus palabras antes de que mi cabeza se llene de preguntas.

—Y ¿qué pasa con este sitio? Y ¿cómo te ganarás la vida?

Se le escapa una risita, como si no tuviera que pensar en esas cosas.

—Hace mucho tiempo que tengo comprador, pero siempre le he dicho que no. El negocio va bien, pero sigo endeudado debido a las reformas que he tenido que hacer a lo largo de todos estos años, y ahora era cuando se suponía que iba a empezar a sacarle beneficios... —Se le apaga la voz—. La cuestión es que he empezado a planteármelo seriamente y me salen los números. Justito. O más o menos. Y, aunque no sea así, no importa, porque si consigo trabajo en Mánchester estaré cerca de William y podré ayudarte. A hacer esto juntos. A hacer de padre, me refiero.

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza, pero soy incapaz de convertirlos en palabras.

—No estoy diciendo que espere nada de ti, Jess —prosigue clavando los ojos en el suelo—. Respeto lo que dijiste sobre no querer estar otra vez conmigo..., por lo menos en ese sentido. —Entonces levanta la vista—. Pero quiero formar parte de la vida de William. Quiero ir a las reuniones de padres y llevarlo a las actividades extraescolares. Y haré todo lo que pueda para conseguirlo.

Pienso en lo inviable que me había parecido eso hace poco.

Cuando llegué a Francia, estaba muy enfadada con Adam; no dejaba de pedirle que fuera mejor padre sin creer por un momento que pudiera conseguirlo. Quise hacer lo que me pidió mamá solo para poder decirle que lo había hecho. Iba a pasar por todo esto completamente convencida, sin decirlo, de que él no iba a estar a la altura. Pero no ha sido así. Adam ha superado mis expectativas. Sin embargo, todavía no sabe que está aceptando mucho más que reuniones de padres y actividades extraescolares.

Convencida de que el mundo no implosionó la última vez que lo hizo, Becky vuelve a aceptar nuestra oferta y nos deja a los niños a Natasha y a mí al día siguiente.

—¿Mamá y papá han vuelto a salir? —pregunta James.

—En realidad, van a echarse un sueñecito —contesta Natasha.

—Y ¿por qué querrían hacer eso? Dormir es aburrido.

—Teniendo en cuenta que los dos están despiertos desde las seis menos cuarto de la mañana, creo que no estarán de acuerdo contigo —le contesto.

Poppy se reveló contra la ausencia de sus padres con una buena llantina que cesó en cuanto desaparecieron. Ahora está sentada con William y juntos hacen cuatro puzzles, leen dos cuentos y ella se ríe hasta que le da hipo viendo un episodio de *Los Simpsons* en el iPad, como si tuviera la mínima idea de lo que está ocurriendo.

Los dos mayores también lo llevan bien, aunque se crea cierta confusión cuando Rufus intenta explicarnos su excursión a Domme del día anterior.

—Mamá se comió un clip —nos dice convencido.

—No es verdad —contesta James resoplando.

—¡Claro que sí! Se comió uno enorme y dijo que le había gustado tanto que quería otro.

—Eres un mentiroso —murmura James.

—¡No es verdad! Tú también te comiste uno, con fresas y helado.

—¿Te refieres a un *crêpe*? —deduce Natasha.

—Sí. Un clip. Estaba buenísimo.

Una hora después, el cielo azul y el sol nos animan a salir a la piscina. Hace menos calor que el día anterior, el aire es más fresco y claro, y trae el olor de las flores amarillas que brotan de las macetas que hay junto a las paredes del castillo.

William, que no se quita ni un momento las gafas empañadas, juega en el agua

con Rufus y James. Se divierten lanzando anillas acuáticas al agua y sumergiéndose para cogerlas.

Entretanto, Natasha, está tumbada boca arriba con un bikini atado al cuello y los pies con las uñas rojas colgando por el borde de la tumbona, mientras juega a tomar el té con Poppy, que lo prepara ayudándose de una regadera en miniatura y de un par de tazas.

Cuando Ben se acerca para llevarse los vasos de nuestra mesa, ella levanta la mirada y sonríe. Se los ve un poco tímidos a los dos. Es una escena dulce e insoportable al mismo tiempo: ambos se mueren por decir algo.

Por suerte, William sale del agua, se acerca a ellos salpicándolo todo y les ahorra el mal trago rompiendo el silencio.

—¿Sabíais que los loros pueden ver lo que ocurre a sus espaldas sin mover la cabeza?

Se ríen.

—Yo sí que lo sabía —le dice Ben.

—Te graduaste en Veterinaria, ¿no? —le pregunto.

—Exacto. Aunque no recuerdo saber esa clase de cosas a tu edad, William.

—William es muy inteligente —le dice Natasha—. Está en el grupo avanzado de matemáticas.

—Inteligente y talentoso —la corrijo, pero ninguno de los dos me está escuchando y William ya está volviendo a la piscina. Cojo una taza y le pido a Poppy que me la llene, para que Natasha pueda hablar con Ben.

—¿Qué vais a hacer esta semana? —pregunta él.

—Nos estamos quedando sin ideas —contesta Natasha sentándose sobre las piernas—. ¿Qué haces en tu tiempo libre? ¿Podrías recomendarnos algo?

—Suelo ir a Lac Du Causse. Allí se puede hacer esquí acuático.

—Vaya, me encanta el esquí acuático. Aprendí en el Caribe hace un par de años, pero no he vuelto a practicarlo desde entonces. Probablemente, me haya oxidado.

—Yo aprendí en el norte de Gales. Es mucho más glamuroso.

Charlan un rato más hasta que la cosa decae y entonces Ben la mira y anuncia:

—Si te apetece, podría llevarte mañana. Es mi día libre.

Por un momento pienso que va a decir que no, por todos los motivos de los que me habló cuando llegamos aquí. Porque Ben es demasiado joven, porque vive en Francia, porque sencillamente aquello no puede conducir a ese capítulo significativo de su vida que está buscando.

Pero la luz dorada del sol se refleja en la piel del chico y la brisa nos envuelve cargada de los olores del verano: en este lugar hay demasiada magia como para atender a razones.

—Me encantaría.

Ben esboza una sonrisa que le ilumina toda la cara.

—Genial. Te recogeré a las diez.

Cuando se marcha, ella suspira.

—Soy mi peor enemiga.

—Yo no me preocuparía por eso —contesto.

—Pero es verdad. Es encantador, pero no creo que vaya a acabar eligiendo vajillas en Habitat con él.

—Cuando te llegue el momento de enamorarte, encontrarás al Hombre Vajillas de Habitat, Natasha. Pero estas cosas no pueden forzarse. Entretanto, si yo fuera tú, disfrutaría del esquí acuático.

—¡Mamá! —exclama Poppy, y levantamos la vista para ver a Becky y a Seb, que vienen hacia nosotras con las manos entrelazadas.

—Me siento como una mujer nueva —dice Becky sonriendo y agachándose para darle un beso a Poppy—. Había olvidado lo bien que sienta echar una siesta.

—Muchísimas gracias, chicas. Ha sido un detallazo. Estábamos destrozados —añade Seb quitándose la camiseta para meterse en la piscina con los chicos.

Becky bosteza, coge una tumbona y dos segundos después de untarse crema por todo el cuerpo se sume en un sueño tan profundo que los párpados se le agitan atrapados en algún sueño.

Natasha me da un golpecito en el muslo y se acerca para susurrarme:

—Becky se ha quedado frita, ¿crees que nos ha engañado con eso de que ha estado durmiendo?

Reprimo una sonrisa y le susurro:

—Eso espero.

La sonrisa de mi padre parece más apagada cada vez que lo veo.

Solía iluminarse todo su rostro cuando se reía, algo que hacía a menudo. Añoro ese sonido, casi tanto como la voz de mi madre, una voz que solía cantarme nanas cuando yo era pequeña, que aliviaba el dolor de mi hijo cuando se rasguñaba las rodillas.

Estoy en el despacho de Adam, rodeada de papeles y hablando vía Skype con mi padre, que está intentando asegurarme que está bien. Natasha se ha ido a hacer esquí acuático y William ha ido a pescar al lago con Seb y los chicos.

—Gaynor ha venido hace un rato, ha estado bien —comenta papá.

Gaynor es una de las amigas más antiguas de mi madre. Fueron juntas al colegio; aunque ahora vive en Peterborough, sigue haciendo el esfuerzo de venir a visitarla cada dos meses.

—Y ¿cómo está?

—Muy bien. Ella y Barry acaban de volver de Kenia: hicieron un gran safari con toda la familia. Nos han dicho que fue maravilloso.

—Qué bien.

Desvía la mirada un momento y sé lo que está pensando. A mamá le habría encantado hacer algo así.

—Creo que Gaynor se ha quedado sorprendida —dice.

—Por... ¿Por cómo está mamá?

Papá tarda un rato en contestar, pero al final consigue asentir.

Como él está con mamá cada día, sus cambios son casi imperceptibles. Son tan lentos y progresivos que es como ver morir una flor; eres incapaz de ver que ocurra nada mientras la miras. Solo cuando te separas y vuelves al poco te das cuenta de que se ha marchitado. Y, en el caso de mamá, no hay nada más inquietante que ver la devastación en los rostros de los amigos que llevan un tiempo sin verla.

Observo en desolado silencio cómo mi padre se lleva una mano temblorosa a

la boca, no consigue ocultarme su emoción, la decisión de mantenerse fuerte se derrumba bajo la presión de la tristeza.

Y eso me recuerda que él no es solo mi padre. Me recuerda que ella no es solo mi madre.

Son dos personas que se han apoyado durante treinta y cinco años. El ardor de su amor ha brillado en los malos tiempos, en los buenos tiempos y en los tiempos que habrían acabado con otras parejas.

El deterioro de mamá ha sido largo y agotador. Y aunque sé que todavía no da muestras de que vaya a dejarnos, cuando lo haga será demasiado pronto para nosotros. La verdad es que no sé qué voy a hacer sin ella.

—Voy a volver a casa, papá —decido. No solo por ella, también por él. No puede hacerlo solo. Cuando pasa una enfermera que lo distrae, cambio de tema antes de que intente disuadirme—. Ah, ¿sabes?, Adam quiere volver a Inglaterra.

Papá parece asombrado, y se yergue un poco.

—¿Ah, sí?

—Sí, quiere pasar más tiempo con William.

El cariño que mi padre le tiene a Adam se refleja en las arruguitas que aparecen a ambos lados de sus ojos. Esto va más allá de hacer feliz a mamá; cuando el resto estábamos furiosas con Adam, papá nunca fue capaz de sentir lo mismo.

—Eso es fantástico, Jess. Será muy bueno, tanto para ti como para William.

—Sí. Aunque ya se verá.

Papá se pone serio un momento.

—¿Estás diciendo que no crees que Adam esté interesado cuando vuelva?

—No, no estoy diciendo eso...

Pero cuando se me apaga la voz todavía sigo pensando en lo que quiero decir.

Y entonces me doy cuenta. Me estoy conteniendo. No quiero creer que Adam vaya a convertirse en un superpapá hasta que lo vea con mis propios ojos. Y menos teniendo en cuenta que solo hemos venido de vacaciones.

—Adam ya nos ha decepcionado las veces suficientes como para saber que podría volver a ocurrir. Espero que no pase, pero tengo que ser realista.

—No te decepcionará, Jess.

Le sonrío con curiosidad.

—Ya sé que siempre le has tenido cariño, papá, pero no ha demostrado ser alguien en quien se pueda confiar. Demostrar que puedes ejercer de padre va más allá de pasar algunas semanas al sol. Sigue siendo el hombre que me dejó en la estacada para acostarse con una exnovia cuando nació William.

Papá se recuesta en la silla.

—¿Creías que se estaba acostando con una exnovia?

—Sé que se estaba acostando con una exnovia.

Papá traga saliva.

—Tu madre también me lo dijo, pero pensaba que era una conclusión a la que había llegado ella.

—En absoluto. Lo que hizo fue imperdonable.

—Pero... yo pensé que te gustó estar con tu madre cuando nació William.

No puedo evitar enfurecerme al escuchar su comentario.

—Bueno, sí, pero habría preferido que estuvieran los dos —admito, exasperada—. ¡Adam era el padre!

Mi padre asiente apartando la mirada.

—Es que... las cosas eran diferentes cuando tú eras pequeña. Nadie decía nada si el padre no estaba.

Entonces levanta la cabeza y me mira con el pecho rígido y haciendo muecas nerviosas con la boca.

—¿Qué pasa, papá?

—Jess, tengo que decirte algo.

Se abre la puerta que mi padre tiene al lado y una enfermera asoma la cabeza. Tiene unos cincuenta años, lleva una identificación que no consigo leer y, como no la reconozco, doy por hecho que es nueva.

—Su esposa ha terminado su baño —le dice a papá.

—Ah. Bien, gracias.

Deja la tableta para abrir la puerta. Me quedo viendo una pantalla borrosa mientras dos enfermeras entran empujando la silla de ruedas de mamá y la meten en la cama.

Cuando ya está tumbada y papá le sostiene la tableta para que pueda verme, veo que no está en una posición que parezca muy cómoda; está rígida y torcida, sus extremidades son como las ramas retorcidas de un árbol.

—Estoy hablando con Jess, querida —le dice—. ¿Quieres hablar?

Contesta haciendo ese conocido ruidito que reconozco como un «sí». Ahora está tumbada, pero aparte de eso la veo exactamente igual que la última vez. Aunque «igual que la última vez» no es que sea muy bueno.

—¿Cómo estás, mamá?

Gira la cabeza sin responder.

—Estoy...

Pero se le apaga la voz antes de que pueda acabar la frase. Espero un momento para ver si va a decir algo más, pero no lo hace.

—Mamá, volveré pronto a casa. Las cosas van muy bien entre Adam y William y... tengo la sensación de que llevo demasiado tiempo fuera —digo—. Habría vuelto antes, pero William quería quedarse, la verdad es que fue él quien me convenció. Pero tendré que volver a hablar con él. O sea, tiene diez años y no es decisión suya. Tendría que haber vuelto hace mucho y...

—No. —Dejo de hablar mientras mamá se contorsiona y la observo asombrada de su reacción—. No.

—¿No qué? ¿Que no vuelva antes? Pero quiero volver, mamá.

Guarda silencio un momento, se le cae la cabeza y tiene la boca abierta. Noto una presión en el pecho mientras observo cómo mi madre intenta hablar. Pero al principio solo hay silencio, se me revuelve el estómago al ver que su boca se niega a obedecer sus deseos.

Al final habla; aunque su voz es entrecortada y apagada como de costumbre, la entiendo perfectamente.

—Recuerda.

—¿El qué, mamá?

—Lo que... dije.

Papá alarga el brazo y le frota el brazo con las manos, tranquilizándola con las yemas de los dedos.

—¿A qué te refieres, amor?

Pero yo ya he empezado a recordar. Ya sé a qué se refiere. No tiene por qué decir nada.

Celebramos sus cuarenta y ocho años en el Venice-Simplon Orient Express. Fue un viaje de un solo día, pero casi me quedo en bancarrota, el viaje a Venecia me costó un dineral.

Sin embargo, el gasto valió la pena solo por verla entrar en el glamuroso interior del tren con su vestido de topos preferido. La experiencia fue todo lo que yo esperaba que fuera: estuvimos rodeados de un lujo inolvidable, el entorno era la elegancia personificada, las cortinas de damasco estaban impolutas, había lujosos paneles de roble y mantelerías más blancas que el azúcar glas. Mientras el tren recorría la campiña inglesa, comimos langosta y tomamos champán ataviados con nuestras mejores galas.

Sí, le temblaron las piernas cuando subió los escalones, como si no pudieran soportar su peso. Sí, mi madre tenía tics y se convulsionaba, y la gente se quedaba mientras yo le vertía el champán de la copa de cristal a su taza de plástico.

Para entonces la enfermedad ya se había manifestado con fuerza, pero aquel día no importó.

El personal fue maravilloso. Había llamado antes de llegar para explicarles su enfermedad e hicieron todo lo que pudieron para que su día fuera lo más especial posible.

Mamá disfrutó de cada segundo. El tren, la comida, estar conmigo.

Y hubo un momento casi al final en que quiso decirme algo, algo que quería que yo recordara siempre.

—Disfruta de todos los momentos como este que te sean posibles, Jess —me dijo—. Cuando la vida es dura, como lo será para todos nosotros, tienes una

obligación contigo misma. Tienes que vivir sin arrepentirte de nada.

Me embargó la emoción, pero ella no quería que yo dijera nada. Solo quería que escuchara.

—Puede que pienses que me arrepiento de muchas cosas, Jess, pero no me arrepiento de nada. Me casé con un hombre al que amo y adoro a mi hija; tengo la suerte de haber disfrutado de muchos años a su lado gozando de buena salud. —Alargó el brazo y me cogió de la mano—. La enfermedad de Huntington no me está matando.

Levanté la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—La estoy viviendo —dijo—. Es diferente. Estoy viviendo la vida como si cada día fuera el último. Y es lo que pretendo hacer hasta que las cosas se pongan muy difíciles. Voy a pensar en todas las cosas buenas que tengo y no en lo que me depara el futuro. Haré todas las cosas que me gustan, solo por el placer de hacerlas. Voy a nadar en el mar. Haré galletas. Bailaré más.

Vaciló un momento.

—Pero tienes que recordar el día de hoy y lo que te estoy diciendo. No importa lo feas que se pongan las cosas, no importa lo que pueda llegar a pasarte, todavía te queda mucha vida por vivir. Recuérdalo, Jess. Si quieres algo, ve a por ello. Solo hazlo.

Y ahora, mientras miro la pantalla, asiento con la cara empapada de lágrimas.

—Me acuerdo, mamá.

Espero a que ella sonría, ansiando otro momento de conexión. Pero vuelve la cabeza con la mirada vacía mientras mi padre le aparta los mechones de pelo de la cara y le da un tierno beso en la mejilla.

Salgo tambaleándome del *château* y me agarro a los barrotes de la valla de hierro forjado, cuyo calor me arde en las palmas de las manos. No son solo las palabras de mi madre lo que me empuja a concentrarme en lo más importante ahora mismo, hay algo más: lo que ha dicho papá sobre Adam y la noche en que nació William.

Las cosas que recordaba: las horas que pasaron, el pintalabios y el alcohol en la camisa de Adam... Estoy convencida de que pasó. Pero he llenado los vacíos con mi propia versión de los hechos, imaginando una habitación de hotel, las manos de Adam en el pelo sedoso de Georgina, sus extremidades ebrias entrelazadas, mientras yo me sentía abandonada y vulnerable.

Solo se me ocurría una forma de explicar su ausencia. Pero ahora empiezo a sospechar algo y me pongo a correr hasta acabar esprintando por el césped. Veo a *madame* Blanchard cogiendo flores justo en la entrada de la arboleda y le pregunto sin aliento si sabe dónde está Adam.

Ha vuelto a su casita, Jess. Pero tienes que darte prisa, pronto saldrá para Bergerac.

Cuando llego a la casa de Adam tengo el corazón desbocado. Cuando él abre la puerta, parece tan preocupado que tardo un momento en recomponerme.

—¿Qué pasa? Dime que no se trata otra vez de William.

Niego con la cabeza.

—No —jadeo intentando coger aire—. Está bien.

—¿Quieres sentarte? Parece que vayas a desplomarte.

—Estoy bien.

—Oye, tengo que estar en una reunión en Bergerac dentro de una hora, y tendría que salir ya. —Coge una pila de papeles de encima de la mesa—. Lo siento mucho, Jess, pero ¿podemos resolverlo rápido?

Se da media vuelta para meter los papeles en su bolsa.

—¿Qué pasó realmente la noche en que nació William?

Se queda de piedra un momento, pero luego sigue organizando las hojas para ganar tiempo.

—Ya hemos hablado de esto dos docenas de veces, Jess. ¿Por qué quieres volver a hablarlo?

—Estuviste con mi padre, ¿verdad?

No levanta la vista.

—Tengo que marcharme. Pero hablaremos luego —dice saliendo e invitándome a mí a hacer lo mismo antes de cerrar la puerta y apretar el botón de la llave del coche.

—Saliste por Mánchester, te encontraste a mi padre y pasó algo —prosigo—. Por eso no pudiste llegar a tiempo.

Pero Adam se niega a hablar conmigo y se limita a abrir la puerta del coche.

—Adam, quiero la verdad, podré soportarla. Y no es justo. Todos estos años has estado cargando con esto cuando...

—Ya basta, Jess —dice con firmeza levantando la mano—. Estaré encantado de hablar contigo sobre esto. Pero ahora tengo que irme a Bergerac. Ya llego tarde.

Sube al coche, pero yo me siento cada vez más frustrada. No pienso quedarme aquí sin más mientras él se marcha evitando un tema que llevo diez años esperando resolver. Abro la puerta y me subo al asiento del pasajero.

—Iré contigo. Puedes explicármelo por el camino.

—No seas ridícula. ¿Quién está con William?

—Seb. Han ido de pesca.

Adam enciende el motor.

—Por favor, baja, Jess.

Me pongo el cinturón.

—No hasta que me expliques lo que pasó.

Mira por la ventana, un enorme pétalo azul aterriza en el cristal. Resbala y baila bajo la luz del sol. Adam suspira y apaga el motor.

—Tu padre no me perdonaría nunca.

—Sí que lo haría —le aseguro—. En realidad, lo hará, te lo prometo. Ha estado a punto de explicármelo él mismo, pero nos han interrumpido.

Niega con la cabeza y el sudor le salpica la frente.

—Esto no está bien. Sería una traición.

—Adam, no estás traicionando a nadie, salvo a ti mismo, a menos que me digas la verdad.

Se le hincha el pecho al tomar aire, cierra los ojos y lo suelta. Después empieza a hablar y me explica lo que ocurrió aquella noche. Aquella que durante tanto tiempo fue la pieza clave de lo que nos separó.

Adam había estado en Mánchester aquella noche, festejando el final de la reunión de equipo en el Bush Bar. Y también estaba Georgina.

—No te había dicho que había quedado en verme con ella porque ya sabía que creías que había algo entre nosotros —explica—. Y teniendo en cuenta que volvía a estar soltera... No pensé que lo entendieras. Pero es la verdad. Se quedó destrozada cuando rompió con Johnny. No era solo por la ruptura, había algo más. Estaba muy deprimida..., muy mal.

—Pero ¿no dijiste que estaba mejor sin él?

—Ya lo creo, pero en ese momento ella no lo veía. La había engañado por lo menos dos veces y le había robado los ahorros. Por algún motivo incomprensible, ella quería que él volviera.

Adam me cuenta que Georgina lo llamó aquel día, triste y decidida a suplicarle a su exnovio que volviera con ella. Pero él la convenció para que quedara con él en el Bush Bar, donde sabía que estaría con sus colegas del trabajo. A las diez de la noche, ella todavía no había aparecido y él estaba desesperado por volver a casa, pero esperó para ver si llegaba, completamente sobrio y rodeado de amigos que llevaban encima seis pintas más que él.

Me envió un mensaje para preguntarme si iba todo bien y yo le dije que me iba a la cama. En nuestros últimos mensajes intercambiamos palabras simples, un «buenas noches» y algún «te quiero», frases que yo interpreté durante mucho tiempo como la forma que teníamos de seguir la corriente.

—Cuando Georgina apareció por fin, estaba completamente borracha —prosigue—. Iba con dos chicas más, amigas tuyas que yo no había visto nunca. Estaban decididas a llevársela al Northern Quarter a beber hasta olvidar y dejar que se abalanzara a los brazos del primer tío que se cruzara en su camino.

Estaba sofocada, llorosa y lo bastante envalentonada para que Adam concluyera que, por mucho que dijera, la frágil alma de su amiga estaba en peligro. Y no se apartó horrorizado cuando ella lo rodeó con los brazos y le

aseguró que solo quería que la abrazara.

—Y me quedé como... de piedra. Pero empezó a besarme el cuello y tuve que apartarla. No pude hacerlo con sutileza. —Traga saliva—. Estaba muy avergonzada.

Georgina salió corriendo del bar muerta de vergüenza, todavía no iba lo bastante borracha para fingir que no había ocurrido. Una de sus amigas salió corriendo detrás de ella y él las estuvo mirando desde la puerta hasta que se subieron a un taxi. Después se marchó, cansado de todo lo que había pasado aquella noche y con ganas de meterse en la cama. Describe que paseó por las calles mojadas por la lluvia, con la ropa empapada de agua sucia, mientras corría en busca del coche. Ya casi había llegado cuando vio la figura de un hombre al que estaban echando del Northern Tap.

—Al principio me aparté de él —dice Adam—. Estaba muy mal.

—¿Borracho?

Asiente.

Imagino a un hombre que podría haber sido cualquier viejo borracho: agresivo y vulnerable al mismo tiempo, indignado de que lo agredieran de esa forma.

—Entonces se desplomó en el suelo y empezó a hacer unos ruidos horribles. No podía dejarlo allí sin más. Así que me agaché e intenté ayudarlo. Pensé en llamar a una ambulancia, intenté darle la vuelta y entonces me di cuenta de que... conocía ese abrigo.

Interpreto su silencio y me da un vuelco el corazón.

—Te refieres a que conocías a ese hombre.

Tarda un poco en asentir, confirmando lo que ya sabía: que ese viejo borracho que se revolcaba en la lluvia era mi padre.

Un hombre que llevaba años sin beber y cuya sobriedad había sido, para mí y para mamá, una fuente de orgullo y alivio.

—Intenté despertarlo, pero empezó a golpearme. No sabía que era yo. Estaba... desorientado.

Adam está eligiendo las palabras con cuidado, pero no es necesario. Ya me imagino la escena.

—Recordé todas las historias que me habías contado de cómo eran las cosas cuando eras pequeña. Pero aquello me impactó. Nunca había visto así a tu padre.

Resulta que a mi padre lo habían echado del bar porque había vomitado en el suelo. Y lo que es peor, se había desplomado encima de su propio brazo. Adam estaba convencido de que se lo había roto.

Estaba sudando presa del pánico, la cabeza le iba a mil por hora, pero no pensaba llamar a su embarazadísima novia, que ya estaba durmiendo.

Así que volvió corriendo al Bush Bar y le pidió ayuda a Chris, el único de sus

colegas que aún estaba medianamente sobrio.

—Conseguimos meter a tu padre en el asiento trasero de mi coche para poder llevarlo al hospital. Estaba en muy mal estado. Yo rezaba para que aguantara, le gritaba para que intentara contestarme. Pensaba que estaba...

—¿Pensabas que tenía un coma etílico?

Asiente.

El personal de Urgencias no actuó de una forma muy profesional. Están acostumbrados a ver de todo cada sábado por la noche.

Cuando papá volvió en sí, estaba aterrorizado, casi frenético; se agarraba a la mano de Adam y le suplicaba que no se marchara.

—Y en medio de aquella situación me di cuenta de que me había quedado sin batería —confiesa aturdido—. Me obligué a no perder la calma. No dejaba de pensar que si te habías puesto de parto lo habrías mencionado en el último mensaje. Pensé en utilizar el móvil de tu padre, pero eso habría significado explicarte por qué estábamos juntos. Ya había imaginado que Martin no querría que nadie lo supiera. Y lo más importante, yo no quería ni pensar en cómo te afectaría a ti saber lo que había pasado.

Adam sabía que me habría roto el corazón, eso es lo que habría pasado.

—Al final resultó que tu padre se había dado un buen golpe en el brazo, pero no lo tenía roto. Cuando por fin salió del hospital algunas horas después, lo que más necesitaba era un sitio para ducharse. Me lo llevé a casa de Chris (no podría haberlo llevado a casa de tu madre en ese estado sin que lo descubriera). Cuando estábamos en el coche, tu padre estaba... triste. Estaba llorando. Yo no dejaba de repetirle: «Todo irá bien, Martin. Te sentirás fatal, pero sobrevivirás».

Pero aquello iba mucho más allá de sentirse fatal y ambos lo sabían.

—Cuando aparcamos en casa de Chris, me agarró del brazo. Y me hizo jurar que no te lo contaría nunca. Ni a ti ni a nadie. Le prometí que no lo haría. Le dije que no se preocupara, que aquello quedaría siempre entre nosotros.

Cuando consiguió meter a mi padre en la ducha, eran casi las siete de la mañana. Después fue a la cocina de Chris y conectó su teléfono. Y cobró vida por primera vez desde las diez de la noche anterior.

La desolación que veo en los ojos de Adam me convence de que su historia es verdad. Tiene todo el sentido, en el mejor y el peor de los casos. No necesito que mi padre me confirme la historia de Adam, pero sé que lo hará en cuanto podamos hablar de ello. No solo sobre aquella noche, sino de los motivos por los que tuvo esa recaída. Fue cuando mamá se estaba haciendo las pruebas para la enfermedad de Huntington, antes del diagnóstico, pero cuando ya veían lo que podría estar ocurriendo.

—No podía traicionar a tu padre —dice Adam—. A pesar de lo enfadado que estaba Martin, hizo bien en pedirme que lo guardara en secreto. No lo hizo por él, sino por ti. Por tu madre. Os habría destrozado.

—Pero, Adam, eso lo cambió todo. Ese fue el motivo...

—¿El motivo por el que te marchaste? —Alza una ceja—. No fue por eso, Jess. Seamos sinceros. Hubo docenas de motivos y ese fue solo uno.

—Uno muy importante —le discuto.

Adam mira la brumosa luz del sol por la luna delantera, es incapaz de mirarme a los ojos al hablar.

—No había querido ser padre porque estaba asustado, era un inmaduro y no quería admitir ninguna de esas cosas. Debería haber espabilado cuando te quedaste embarazada. Pero no lo hice. Y lo agravé todavía más cuando William nació porque elegí quedarme al margen.

Me muerdo el carrillo por dentro.

—Tampoco es que yo te lo pusiera muy fácil...

—Tú no me dijiste nada de lo que yo no estuviera convencido, Jess. Hasta tu madre pensaba que tenía que retirarme y desaparecer de la faz de la Tierra. Y supe que, si habíamos llegado a ese punto, las cosas debían de estar muy mal.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué dices eso de mi madre?

Adam aprieta los dientes.

—Una vez, aparecí de la nada para veros a ti y a William. Ella se ensañó conmigo. La verdad es que me aterrorizó. Yo siempre me había llevado muy bien con ella, y tu madre siempre había sido la clase de mujer que te hacía sentir bienvenido en cuanto cruzabas por la puerta. Cuando vi lo mucho que me odiaba...

—Ella no te odiaba, Adam. Es verdad que no tenía muy buena opinión de ti después de aquella noche. Pero esos ataques... eran consecuencia de su enfermedad. Ella no era así.

Adam mira hacia delante mientras rasca la parte inferior del volante con el pulgar.

—Fuera lo que fuese, fue una de las cosas que me hizo pensar que lo nuestro no iba a funcionar. Que debía alejarme de ti y de William. Tenía que hacer algo con mi vida. Fui un idiota.

—Yo también me arrepiento de cosas, te lo aseguro.

De pronto me quedo sin palabras al pensar que Adam ha estado guardando aquel secreto durante todo ese tiempo mientras yo sentía un rencor absolutamente injustificado por él.

—Oye, Jess. Tengo que irme. Ya llego veinte minutos tarde.

Pone el coche en marcha y espera a que me baje.

Pero no quiero hacerlo.

En lugar de bajarme, alargo la mano y le toco el brazo. Después me desabrocho el cinturón y me inclino hacia delante para cogerle una mano con las mías. Sus ojos vuelven a parecer jóvenes, brillan de emoción. Al principio, le beso con suavidad, rozando la piel suave de sus labios; entonces él abre la boca y acepta el beso. Le desabrocho el cinturón a él también.

—¿Qué estás haciendo?

Vuelvo a besarle, con más intensidad: le contesto con los labios pegados a los suyos.

—¿Por qué? ¿Te parece mal?

—No —ruge—. En absoluto. En realidad, puedes continuar. —Se retira y le echa un vistazo al reloj—. Aunque... quizá mejor después de la reunión.

Le beso con más fuerza y él reacciona automáticamente estrechándose contra su cuerpo. Después para, me mira y se le hincha el pecho.

—Vale —dice con urgencia—. Al cuerno con la reunión. Le enviaré un mensaje y le diré que se me ha pinchado una rueda.

Me echo a reír. Entretanto, Adam saca la llave del contacto y abre la puerta del coche. Yo le sigo. Salimos del coche poniéndonos bien la ropa.

Nos tambaleamos hasta el interior de su casa y la puerta se abre de un golpe a nuestra espalda. Pego la espalda a la madera mientras Adam entrelaza los dedos

con los míos y dibuja un camino de besos que me resbala por la cara y el cuello. Noto el contacto caliente de sus labios en la piel, silenciosos y febriles. Lo suelto y le paso la mano por la camisa, voy repasando el contorno de sus costillas mientras noto cómo aumenta mi deseo. Alargo la mano hasta los botones de su camisa, pero no voy lo bastante rápido para él, que se desabrocha los dos primeros y se la quita por encima de la cabeza.

Cuando veo su cuerpo empiezo a palpar de deseo. La humedad salada de su piel. Las curvas atléticas de sus músculos. El pelo oscuro que le roza la clavícula.

Empiezo a besarle el pecho, pero él me levanta la cabeza con suavidad, me desabrocha la blusa y me la quita sin dejar de mirarme. Nuestra ropa se va amontonando en el suelo; después Adam me coge de la mano y me lleva al dormitorio.

No puedo explicar los motivos por los que el sexo con Adam siempre ha sido mejor que con cualquier otro. Quizá solo sea porque se le da particularmente bien. Pero hay una química mágica cuando estamos juntos: nunca he sentido nada parecido con nadie.

Mientras los feroces rayos del sol se cuelan por la ventana, Adam me hace el amor como lo ha hecho siempre: como si fuera la primera y la última vez. Como si cada momento fuera tan precioso como la propia vida.

Cuando terminamos, me quedo tumbada con la cabeza apoyada en su pecho mientras él me acaricia el contorno de la mandíbula; el roce de sus dedos me hace estremecer. Está extrañamente callado.

—¿Va todo bien?

—Sí —contesta. Pero luego dice—: No.

Levanto la cabeza.

—Adelante, escúpelo.

Se apoya en un codo y tarda un momento en hablar.

—¿Vas a volver a decirme que te arrepientes de esto?

Esbozo una sonrisa agrisada.

—No. —Me incorporo y le doy un beso rápido en los labios—. No, no me arrepiento. ¿De qué iba a arrepentirme después de tener dos orgasmos?

Estoy bromeando a propósito, no creo que nos convenga ponernos dramáticos. Pero aunque Adam se ríe, no parece más tranquilo.

—No te sientas tan orgulloso —le digo insistiendo con el tono bromista.

—¿Por qué? ¿Esperabas que fueran tres? —Después se mira las manos muy serio—. Mira, me alegro de que hayas tenido dos orgasmos. Pero quiero que haya mucho más que eso.

Relajo los hombros.

—Sí, Adam. Definitivamente hay más.

—Genial, entonces voy a preguntarte algo.

Me aparta la mano y se arrodilla delante de mí sosteniendo una almohada estratégicamente para ocultar sus partes.

—Jess, te quiero.

Casi se me para el corazón. Permitirme creer esas palabras después de todo lo que ha pasado hoy me parece demasiado temerario.

—El caso es, Adam...

—No he terminado. Quiero casarme contigo.

Me quedo boquiabierta.

—Adam, tranquilízate, por el amor de Dios.

—Ya sé que probablemente parece repentino —comenta—, pero en realidad no lo es. Estaba enamorado de ti desde el principio.

—Al principio ni siquiera te fijaste en mí.

—Estás desviando el tema, lo importante es esto: te quiero. Te quise durante todos y cada uno de los momentos que pasamos juntos, lo creas o no, y he pasado diez años intentando olvidarte. He salido con otras mujeres con la esperanza de que se parecieran a ti, pero me daba cuenta, después de algunos meses o semanas, de que con ninguna de ellas podía conseguirlo.

Las emociones se me agolpan en la cabeza. Me he quedado sin palabras.

—Ya sé que esta es la declaración más lamentable de la historia. No tengo anillo, no he preparado ningún discurso, no lo he hecho bien. Pero la verdad es que lo he dicho en serio. Cada palabra.

No parece que esté bromeando.

—¿Te casarás conmigo, Jess? —repite—. Si quieres, hincaré la rodilla en el suelo.

—No será necesario, Adam. Y menos con el culo al aire.

Se le escapa la risa, pero deja de hacerlo y se frota la frente.

—No me has contestado.

Tengo ganas de ponerme a llorar.

—No, no te he contestado. Tengo que explicarte una cosa, Adam. Debería habértelo explicado hace mucho tiempo. Pero casi no se lo he dicho a nadie. No he sido sincera contigo sobre quién soy. Sobre los motivos por los que no puedo casarme contigo. Y por los que tú tampoco querías hacerlo.

Frunce el ceño, no entiende nada.

—¿Hay otra persona? Ya sé que me dijiste que no se trataba de Charlie, pero ¿hay otro hombre?

Niego con la cabeza deseando que fuera así de sencillo. Que mis únicas preocupaciones fueran el romance y las relaciones, como para cualquier otra persona.

Me cubro el pecho con la sábana y me siento; me paso las manos por el pelo.

No empezaré llorando.

No quiero.

—Esto no es solo por ti y por mí, Adam. Es por ti, por mí, por todo.

—¿A qué te refieres?

—La enfermedad que padece mi madre se llama enfermedad de Huntington.

Adam entorna los ojos tratando de comprender por qué le hablo ahora de esto.

—Es una enfermedad del cerebro que afecta a su sistema nervioso y que es

mortal. No hay cura y no hay forma de frenarla.

—Había escuchado hablar de ella. No sé mucho sobre el tema, pero me suena.

—Bien. —Respiro hondo con la intención de coger fuerzas, pero no lo consigo—. Bueno, a lo que me refiero es a que no se trata solo de lo que le ha hecho a mi madre, que se ha convertido en un ser humano destrozado que no puede pensar con claridad, ni comer correctamente o hablar o...

Levanto la vista tratando de encontrar el valor para decir las palabras que llevan tanto tiempo atormentándome.

—Es una enfermedad hereditaria. Y yo también tengo el gen defectuoso que la provoca. —Aprieto los dientes mientras trato de ganar tiempo antes de continuar—. Y eso significa que me pasará exactamente lo mismo que a mi madre, Adam. La enfermedad me hará cosas horribles, física y mentalmente. Y al final acabará matándome.

Por un momento, me pregunto si se lo habré explicado con demasiada calma, si no me habrá entendido. Adam se limita a mirarme o a mirar a través de mí, intentando asimilar lo que he dicho.

—Y como yo tengo el gen defectuoso, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que William también lo tenga.

Me recuesto y dejo que Adam asimile toda la información mientras lo observo: se le relaja la mitad inferior del rostro y separa los labios. La expresión de su mirada va más allá de la conmoción. No es rabia ni miedo ni lástima, pero hay un ápice de cada una de esas emociones. Es una incredulidad tan abrasadora que todavía no ha soltado el aire.

—Hay una prueba para saber si vas a desarrollar la enfermedad —prosigo—. Y me la hice. Por eso sé que la padeceré. William no se la puede hacer hasta que cumpla los dieciocho.

—Pero tiene que estar mal.

—No está mal, Adam. La prueba es definitiva. Padeceré la enfermedad de Huntington. No puedo librarme.

Es evidente que su cabeza es un hervidero de preguntas, pero empieza por una:

—Y ¿estás enferma? Me refiero a ahora.

—No. Mi doctora dice que no tengo síntomas, aunque la experiencia me ha demostrado que puedo convencerme de que los tengo si los busco. Cada vez que se me cae algo, pienso que empiezo a tener problemas de coordinación. Cada vez que me olvido de comprar algo o me enfado con alguien, pienso que ya está. Pero mi doctora dice que solo es ansiedad.

—Vale.

La cabeza le va a mil por hora, está pensando en cómo reaccionar. Yo me

quedé igual cuando mamá me explicó su caso. Adam quiere encontrar una solución. Pronto se dará cuenta de que no la hay.

—Dices que no tiene cura, pero ¿están trabajando en ello? La medicina no deja de avanzar, seguro que no acabas igual que tu madre.

Esa es la única esperanza que tengo, el tema sobre el que leo continuamente. Pero la ciencia todavía no ha encontrado la solución a todo esto.

—Es posible. Se están haciendo estudios en todo el mundo. No dejo de leer sobre los nuevos avances.

Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo dejar que se aferre a la esperanza.

—Pero de momento ni siquiera hay un medicamento que consiga ralentizarlo. Solo algunos medicamentos que enmascaren los síntomas. Pero no para la enfermedad propiamente dicha.

Pronto habrá docenas de preguntas, pero ahora lo único que queda en los ojos de Adam es el deseo de consolarme, de tocarme y abrazarme, de ayudarme todo lo que pueda. Pero ahora es el momento de hablar con claridad acerca de todo.

—Por eso vinimos aquí, Adam.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre siempre ha querido que William y tú tuvierais una relación más estrecha. Sin embargo, cuando hace algunos meses mi resultado salió positivo, nuestra visita se convirtió en un tema práctico, aparte de emocional.

Traga saliva en silencio.

—Mi madre empezó a experimentar síntomas cuando tenía solo algunos años más de los que yo tengo ahora, Adam. Y, aunque es una enfermedad larga (dura diez o incluso hasta veinte años), llegará un momento en el que no podré ser la madre que quiero ser para William.

Y en este momento aparecen las lágrimas por primera vez, noto el calor en los ojos y el picor en la piel.

—Y, si eso ocurre, te necesitaré.

Por suerte, Adam no llora. Solo está devastado. Entonces me coge la mano y me acaricia los nudillos con suavidad.

—William puede contar conmigo, Jess. Te lo prometo. Pase lo que pase, puede contar conmigo.

Llevo tanto tiempo pensando en cómo explicarle a Adam lo de la enfermedad de Huntington que, ahora que lo he hecho, no sé cómo comportarme.

Aun así, durante los últimos días de nuestra estancia en Francia, me siento más ligera, como si la carga de mi secreto ya no me hiciera tambalear. Por fin hay un resquicio de certidumbre en mi incierto futuro.

Me ha ido bien haberme disculpado por no habérselo explicado hasta ahora y saber al fin lo que ocurrió la noche que nació William. Pero lo que más me ayuda es que los dos comprendamos que debemos enfocar como adultos lo que ha ocurrido este verano. Me refiero a lo que ha pasado entre nosotros.

Saber que no puede continuar no evitará que yo reviva cada uno de los dulces momentos que he pasado con Adam. El hormigueo que sentía en la piel cada vez que lo escuchaba reír. Cómo ardía bajo sus caricias. Las preciosas y agridulces cosas que me hizo y, por primera vez desde hace mucho tiempo, que consiguiera que dejara de ver mi cuerpo como el enemigo.

Sin embargo, el cuento de hadas acaba ahí. Se ha convertido en otra de las cosas que me ha robado la enfermedad de Huntington. Adam y yo no podemos estar juntos y cualquier idea que pudiéramos albergar al respecto ha quedado congelada. Porque nuestra historia ya no puede tener un final feliz.

Adam y yo no podemos envejecer juntos, llegar a los noventa bailando salsa y hacer esos cruceros con profesores de yoga a bordo.

Este verano me he vuelto a enamorar de él. Y debe de ser amor verdadero, porque lo que siento por Adam es tan altruista que quiero que siga teniendo la oportunidad de vivir esas cosas con otra persona. Con Simone no (no iría tan lejos), pero con alguien.

Aunque sigo sonriendo cada vez que recuerdo que me pidió que me casara con él.

Me recordó todas las cosas buenas que tiene Adam. Era divertido y poco convencional, dulce y apasionado. Y todo era posible antes de que la realidad se

impusiera.

En el caso de Adam, la realidad sigue presente. A veces lo sorprendo con la mirada perdida, atormentado por todo lo que está ocurriendo. Es como si hubiera pasado las últimas semanas caminando hacia algo más grande y mejor en la vida, pero que ha desaparecido de un plumazo.

Aun así, la forma en que nos ha separado es bastante definitiva.

Ya no hay besos. Se acabó el flirteo. Ya no hay más sexo con dos orgasmos.

El verano de las segundas oportunidades está llegando a su fin de la mejor forma que una persona con mi futuro podría esperar, sabiendo que, me pase lo que me pase, William podrá contar con el amor y la protección de su padre. Adam es mejor hombre de lo que yo imaginaba.

Soy optimista y pienso que acabaremos siendo algo maravilloso: padres que también son amigos. Creo que se nos podría dar muy bien, un equipo ganador, hasta que yo ya no pueda ganar más.

Cuando llegue ese momento, por lo menos tendré esto: sé que alguien cuidará de William. No solo cuando sea pequeño, sino después. Y, aunque los consejos que Adam pueda darle a nuestro hijo adulto nunca serán los mismos que yo le habría dado, sé que estará en las manos de un hombre que le quiere y que lo hará lo mejor que pueda. Ningún padre es perfecto. Los míos no lo fueron. Y yo tampoco lo soy.

Pero si un padre ama a su hijo con todo su corazón, no puede pedirse más.

Evidentemente, tenemos que hablar sobre muchos detalles prácticos, cosa que hacemos muchas veces mientras tomamos café, pero todo llegará. Hablamos sobre la posibilidad de que Adam vuelva a Mánchester en octubre y de que, en principio, quiere alquilar algo por Castlefield, que no esté lejos de donde vivimos nosotros. Hablamos de la posibilidad de que William se quede a dormir en su casa los miércoles y los sábados, aunque los dos opinamos que es un acuerdo flexible. Decidimos que Adam puede venir a tomar el té de vez en cuando, y nosotros podremos ir a comer a su casa cada domingo.

No deja de decir cosas como: «Estoy impaciente, Jess. Va a ser genial». Y lo dice con tanta convicción que le creo. Casi.

Pase lo que pase, estoy impaciente por llegar a casa. Llevo demasiado tiempo separada de mamá; de pronto, solo puedo pensar en volver con ella. Sin embargo, Natasha no parece compartir mi entusiasmo por nuestra inminente partida.

—Pensaba que estabas impaciente por volver al trabajo.

Si se tratara de cualquier otra persona, mi frase podría sonar sarcástica, pero a ella se lo digo en serio.

—Bueno sí, pero... —Espero a que termine, pero se retuerce avergonzada de

lo que va a confesar—. Me gusta mucho Ben.

—No me sorprende, es fantástico.

—Sí, pero tú no tienes que superar un romance de verano a mi edad. La última vez que me tocó hacerlo, tenía catorce años.

—¿Vais a seguir en contacto?

—No estoy segura. Hemos evitado el tema deliberadamente, aunque nos hemos hecho amigos en Facebook. Y eso que solo sirvió para evidenciar la enorme diferencia de edad que hay entre nosotros.

—Nadie se extrañaría de una diferencia de nueve años si fuera al revés —comento—. Además, no parece que estés a punto de cumplir los cuarenta.

—Gracias, Jess. Se lo debo todo al yoga.

—¿Ah, sí?

—Bueno..., y al bótox.

Aquella misma tarde, un poco después, Natasha, William y yo nos reunimos con los demás en la zona de juegos a presenciar un partido de fútbol entre los niños. Cuando llegamos al campo de arena, la cancha está cubierta por una luz color miel; encontramos un sitio que está a una distancia prudente y a salvo de los balonazos. Natasha retira una silla y se sienta con las piernas extendidas, sus estilizados y bronceados pies asoman por la punta de las sandalias de piel.

Enseguida me doy cuenta de que William está a un lateral del campo con aire inquieto. Cada vez hay más gente.

—¡Venga! ¡Parecéis un rebaño de gatos!

Becky y su familia emergen de la arboleda como lo hacen siempre que van todos juntos: ruidosos, sin orden ni concierto, con un niño por delante y dos por detrás, mientras los padres intentan, sin mucho éxito, conseguir que se desplacen todos en la misma dirección. Poppy nos ve y corre emocionada a mis brazos para sentarse en mis rodillas.

William me da una palmadita en el hombro.

—Creo que prefiero darme un baño.

Rujo.

—Ya estamos todos aquí y te has dejado el bañador en casa.

—Bueno, pues iré a buscar mi iPad y...

—Pero James y Rufus también han venido a jugar. No vas a sentarte aquí con tu..., con mi iPad durante una hora.

Empieza a morderse el labio justo cuando James se planta a su lado.

—Yo tampoco quiero jugar al fútbol.

Y entonces lo entiendo.

—¿Es por esos niños tan desagradables? Puedo ir a decirles algo si queréis.

—¡No! —contestan, tan preocupados que cualquiera diría que los he amenazado con distraerlos corriendo desnuda por el campo.

Se marchan algo reticentes con los otros niños murmurando que pueden

ocuparse ellos solos; después, se unen al partido. El resto nos adelantamos y les clavamos la mirada a los demás para que sean conscientes de nuestra presencia.

—¿Hoy no sales con Ben? —le pregunta Becky a Natasha.

—Cuando salga de trabajar. Me ha dicho que quiere cocinar para mí, así que...

Escucho un gran aullido y miro al campo. William está corriendo en círculos con los brazos en alto con una pose en plan Mesías que cualquiera reservaría para cuando marcara en el último minuto de la final del Mundial.

—¡Vaya golazo! —exclama Seb sonriendo.

Me levanto y entorno los ojos deseando poder rebobinar.

—¿Ha sido William?

Se echa a reír.

—No me digas que te lo has perdido.

—¿Has visto eso, mamá?

Mi hijo está pletórico de felicidad.

Me levanto de un salto y aplaudo tan fuerte que me duelen las manos.

—Alucinante, hijo. ¡Genial!

Después vuelvo a sentarme y Becky me sonrío.

—Espero que nunca quieras ser actriz.

—No digas eso, podría hacerlo si quisiera —le contesto en voz baja.

—¿Qué diantre está ocurriendo ahora?

Clavo los ojos en el campo por si acaso me estoy perdiendo algún otro ejemplo de excelencia deportiva por parte de mi hijo. Pero no estoy mirando a William, sino a uno de los chicos mayores, que por lo visto le está diciendo algo a James, algo que no le está sentando bien.

—Oh, Dios..., me pregunto si será uno de los niños que se metió con ellos el otro día. Pensaba que ya había pasado.

—Pues no lo parece.

Becky se levanta furiosa. Pero no consigue llegar a tiempo. Antes de que consiga siquiera acercarse, se le adelanta otra persona.

—No te pases con mi hermano... o lo que sea.

Puede que la amenaza de Rufus haya sonado poco específica, pero lo que le falta en definición le sobra en fuerza. Es como si le brotara de las orejas. Por desgracia, Rufus es como medio metro más bajo y doce kilos más ligero que su oponente.

El niño reacciona empujando a Rufus por el pecho con ambas manos, con tanta fuerza que Rufus se tambalea hacia atrás y acaba cayéndose de culo.

—¡Rufus! —grita Becky.

Pero Rufus se levanta a toda prisa y reacciona asestándole un golpe en el

estómago al otro chaval: se le salen los ojos de las órbitas.

—Arrgh, ¡no os peléis! ¡Esto no es el Oeste! —aúlla Becky, y aparta a Rufus cuando el otro chico recula y se marcha corriendo. Coge a su hijo de la mano y vuelve con nosotros—. ¿De qué diantre iba eso? —pregunta Becky.

—Se estaban pasando con James y les he dicho que se callaran.

James aparece a su lado y asiente sin aliento.

—Es verdad, mamá. Solo me estaba defendiendo. No le regañes.

Becky alterna la mirada entre sus hijos.

—Mira, Rufus, has hecho bien defendiendo a tu hermano. Pero la próxima vez no pegues, ¿vale?

Después los dos se marchan corriendo al campo de fútbol y Becky vuelve con Seb.

—En momentos como este, es cuando pienso que quizá nuestros hijos salgan bien.

—Claro que saldrán bien. Pero recuérdalo cuando empiecen a pelearse dentro de diez minutos.

Becky le coge la mano a su marido y se la lleva a los labios para darle un beso.

Él la mira.

—¿Y eso?

—Lo he hecho para rebajarme un poco el pintalabios.

—No llevas.

Ella le mira y sonrío.

—Entonces lo habré hecho porque te quiero.

La penúltima tarde que pasamos en Francia, William va pateando el suelo del camino polvoriento junto a su padre, mientras nos acercamos a la suave colina de un viñedo teñido del color violeta de las uvas maduras.

—¿Sabías que si te comieras el hígado de un oso polar morirías de sobredosis de vitamina A? —comenta William.

—Todo el mundo lo sabe.

William se queda boquiabierto.

—Estoy de broma. ¿Qué otras cosas sabes?

—Mmmm. Sé de dónde salen los mocos.

Rujo.

—Vale, ¿qué sabes tú? —me pregunta William, sonriendo.

Hoy hay una cortina de luz en el cielo y el horizonte se ha vestido de tonos rosáceos y naranjas con algunos toques de blanco.

—Los padres de Shakespeare eran analfabetos —le digo—. Caracas es la capital de Venezuela. Emmm..., y sé cómo hacer el *spagat*.

—Pues hazlo —me sugiere William.

—No pienso hacer eso aquí.

Llegamos a un minúsculo caserío y seguimos a Adam hasta el restaurante. Ha reservado una mesa en la terraza, con vistas a un patio de piedra flanqueado por una iglesia bizantina y unas casitas preciosas cubiertas de madreSelva. El restaurante ya está lleno. Adam me retira la silla y yo me siento.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta William.

—Porque es lo que se hace cuando uno va a comer con una dama —contesta Adam.

William se queda perplejo un momento, como si nunca se le hubiera ocurrido pensar que yo formara parte de ese grupo. Aparece un camarero que nos toma nota del vino y la comida del menú, después pregunta si queremos algo más.

—*Je voudrais l'eau, s'il vous plaît.*

Asiente y lo anota en la libreta, sin más. Miro a Adam, alucinada.

—Ahora ya puedo marcharme contenta.

—Ya casi lo hablas con total soltura.

William se disculpa un momento para ir al servicio y me quedo un momento a solas con Adam. Me siento incómoda, como si no supiéramos de qué hablar, como si no supiéramos qué decir. En parte porque solo tenemos un minuto hasta que vuelva William; en parte porque ninguno de los dos quiere hablar de nada demasiado complicado en este momento. Ya hemos tenido bastantes dificultades.

—Bueno, Natasha va a añorar esto cuando se marche.

—A todo el mundo le cuesta volver a acostumbrarse al clima y la comida británica...

—Y, en el caso de Natasha, a la ausencia de Ben.

A Adam le salen unas arruguitas alrededor de los ojos cuando se ríe, algunas más que antes.

—Estoy seguro de que se lo compensará en Londres.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que se verán en casa, ¿no?

—Pero Ben se queda aquí.

—Se le acaba el contrato en octubre y volverá a casa para buscar un trabajo de verdad —me explica Adam.

Frunzo el ceño.

—No creo que se lo haya contado a Natasha.

—Qué raro. Igual la cosa se ha enfriado. A veces pasa.

Cuando William vuelve y se sienta, Adam le da un codazo en el costado y le revuelve el pelo mientras él intenta apartarse riendo.

—Te echaré de menos, ¿sabes?

William levanta la vista con nerviosismo.

—Pero lo de mudarte a Mánchester sigue en pie, ¿no?

—Sí. Dentro de tres meses estaré en casa. Entonces ya no habrá quien me pare. Para Navidad estarás harto de mí.

—¿Eso significa que podrás pasar las Navidades con nosotros?

Nunca hemos llegado tan lejos cuando hemos conversado sobre los pormenores.

—Ya hablaremos de eso cuando se acerquen, ¿eh? —contesta Adam.

—Pero estoy segura de que haremos algo juntos —le aseguro—. Y también con la abuela y el abuelo, claro.

William clava los ojos en el mantel.

—¿La abuela seguirá viva en Navidad?

La pregunta me pone el vello de la nuca de punta.

—Pues claro que sí. La abuela está enferma, pero no va a... ir a ninguna parte antes de Navidad.

Termino la frase con media risita, como si la mera idea fuera absurda.

—Vale —dice en voz baja—. Pero lo cierto es que lo que tiene la matará, ¿verdad?

—Espero que la abuela esté mucho tiempo con nosotros —le digo sin mucha convicción.

Al principio no contesta.

—Es la enfermedad de Hunting, ¿no? Lo que tiene la abuela.

Me mira fijamente parpadeando mientras espera una respuesta. Siento que se me sale el corazón del pecho.

—De Huntington —lo corrijo, aturdida—. ¿Cómo lo sabes?

—Estaba en tu historial de búsqueda del iPad. Sé que es el motivo de que hayas estado tan preocupada últimamente. Lo busqué en Google.

Palidezco. Esto era justo lo que temía, pero me había convencido de que había conseguido evitarlo y que William no tenía ni idea. No puedo creerme que, después de todas las cosas horribles que me preocupaba que pudiera ver en Internet durante todos estos años, lo peor que haya encontrado sea la página web de *New Scientist*.

Adam parece tan poco preparado como yo para mantener esta conversación. Y por lo menos él tiene excusa: acaba de enterarse esta semana. Yo he tenido diez años para prepararme de lo que iba a decirle a William y he fracasado miserablemente.

—¿Tú también la tienes, mamá?

Se me entumece la boca cuando intento pronunciar las palabras.

—No la tengo, cariño, no. De momento, estoy perfectamente bien.

—Vale.

—Pero tengo el gen defectuoso que la provoca —añado—. Y eso significa que algún día la tendré.

Le miro la cara en busca de su reacción.

—Yo también podría tenerlo, ¿verdad?

Trago saliva e intento que mi boca vuelva a funcionar como es debido.

—¿El gen defectuoso? Sí, podrías tenerlo. Pero podrías no tenerlo. Y, aunque lo tengas, lo más probable es que tardes muchos años en desarrollar la enfermedad de Huntington.

—Ya lo sé. La edad media es, como, cuarenta. Sería muy viejo. —Me muerdo el carrillo por dentro mientras prosiguo—. Pero no creo que lo tenga.

Asiento notando la picazón de las lágrimas en los ojos.

—¿Y eso?

Encoge los hombros.

—Soy optimista.

Se me oprime el pecho, pero me niego a llorar. Me niego a hacer otra cosa que no sea aguantar el tipo. Cierra las compuertas, Jess. No permitas que se abran.

—No creo que tengas por qué preocuparte, mamá —prosigue William con tanta alegría que no sé si podré soportar mirar sus ojos brillantes, la joven piel suave de sus mejillas—. Los científicos están buscando la cura. Seguro que pronto encuentran algo. Se han hecho estudios en San Diego y en Londres, donde han probado medicamentos con ratones. Está claro que debe de ser terrible para los ratones. Pero en algunos casos han conseguido que los animales mejorasen. O sea, que si eso termina funcionando también con los humanos, habrá valido la pena. —Soy incapaz de soltar el aire y me limito a asentir—. Quizá me haga científico de mayor para encontrar una cura, si no la han encontrado para entonces.

—Eso sería genial, William.

—Aunque quizá todavía quiera ser modelo —añade como diciendo «no te hagas muchas ilusiones».

Miro a Adam.

—No tengo miedo, mamá —continúa William.

No sé si sabe instintivamente lo que necesito escuchar, pero dice las palabras justas.

—Bien. Yo tampoco —contesto, con tal convicción que, durante el pequeño instante que tarda en aparecer el camarero con nuestra comida, me lo creo de verdad—. Pero lo que sí tengo es un hambre de loba.

Cojo el cuchillo y el tenedor y empiezo a cortar la pechuga de pato; me concentro en el contenido de mi plato en vez de mirar a Adam. Sé que está implosionando en silencio mientras escucha la conversación que estamos manteniendo su hijo y yo, que hablamos sobre nuestro futuro con absoluta frialdad. Mi destino está escrito. Ya solo podemos rezar para que sea más amable con William.

—Bueno, papá —dice—. No nos has dicho qué cosas sabes tú.

Adam sale de su trance.

—Oh. Ah, sí, tienes razón. Vale. —Reflexiona un segundo—. Sé que, en todas las películas de *La guerra de las galaxias*, alguien dice la frase «tengo un mal presentimiento». —William parece impresionado—. Sé que los frailecillos se aparean de por vida. —Arruga la nariz—. Y sé... —Adam vacila y me mira—. Sé que tu madre y tú sois las dos mejores personas del mundo.

—Mamaaaaaaaaaá.

Salgo de la casita y veo a Becky, que viene cojeando hacia nosotros con Poppy sollozando y agarrada a su pierna. Al final, mi amiga se para, la coge y deja que su hija le rodee la cintura con las piernas.

—Es el Conejito Rosa —explica Becky dándole a Poppy un beso en la frente con el que no consigue tranquilizarla—. Por fin estaba empezando a relajarme desde que empezaron las vacaciones, pero perder al Conejito Rosa es una catástrofe para la que no estaba preparada. ¿Lo hemos dejado aquí?

—Creo que no —digo con comprensión.

Mi comentario hace que Poppy empiece a aullar.

Becky la sienta en una silla y rodea la casita por fuera, luego vuelve. Mira debajo del banco, detrás de la puerta, debajo de los cojines de nuestro sofá; luego vuelve a mirar detrás de la puerta exterior.

—¿Alguien ha perdido esto?

Natasha aparece en el umbral con el juguete de Poppy en la mano.

—¡Conejito!

Poppy baja de la silla y corre hacia ella.

—Te lo has dejado en la mesa del desayuno, iba a traértelo luego.

Becky se relaja y se pasa la mano por la frente.

—Siempre estaré en deuda contigo.

—No pasa nada. Solo se estaba tomando unas vacaciones, ¿verdad, Poppy?

—Eres una buena chica, tía Natasha —sentencia Poppy.

Natasha parece contentísima con las alabanzas de la niña.

—Hola a todos.

Levantamos la cabeza y vemos a Ben cruzando el patio, el sol se refleja en su pelo salado. Al acercarse, desprende un agradable olor cítrico.

—¿Te apetece dar un paseo, Natasha?

—Me encantaría —contesta ella sonriendo.

Natasha y Ben se marchan hacia la arboleda como si fueran dos desconocidos, tímidos. Becky los mira.

—Es una pena que lo de estos dos no vaya a ir a ninguna parte.

—Mmmm. Por lo visto, Ben va a volver a Londres, pero todavía no se lo ha dicho.

—¿Ah, sí?

Parece tan sorprendida como me quedé yo al enterarme.

Asiento.

—La verdad es que no lo entiendo, ¿y tú? Estuve pensando en ello un buen rato después de averiguarlo.

Miro a la mesa y veo que me ha llegado un mensaje de texto.

—Oh, Dios —rujo al abrirlo—. Es de Charlie.

—¿Qué dice? —pregunta Becky.

Leo el mensaje y sonrío pasándole el móvil a Becky para que lo lea:

Siento no haberme despedido, pero decidimos marcharnos de improviso para quedarnos con unos amigos en Carcassone algunos días antes de volver a casa. Ha sido un placer conocerte, Jess. Disfruta del resto de tu estancia, Charlie X. (P. D.: ¡He tirado la chaquetilla de punto!)

Me lo devuelve tapándose la boca con la mano y yo me muero de vergüenza.

Por la tarde, William se adelanta mientras Natasha y yo cruzamos la arboleda en dirección a la casita de Becky y de Seb. Ella lleva una bolsa enorme de caramelos; yo, una botella de champán que compré en el supermercado. Incluso me he puesto un poco elegante para nuestra última noche, pero solo lo he hecho porque Natasha ha visto mi precioso vestido amarillo encima de mi maleta y ha insistido en que me lo pusiera para la última noche.

Y no ha dejado de hablar desde entonces.

—Ben no sabía cómo decirme que iba a volver a Londres —dice esbozando una sonrisa e incapaz de esconder su alegría—. Había estado evitando el tema porque le preocupaba que yo pudiera pensar que era alguna especie de acosador, que creyera que había decidido seguirme después de nuestra aventura.

—Por lo que dice Adam, siempre tuvo la intención de volver cuando terminara la temporada. Supongo que habréis hecho planes para veros allí cuando él vuelva, ¿no?

—Quedaremos para tomar algo, sí. —Esboza una sonrisa silenciosa—. Oh, sigo pensando que es demasiado joven...

—Pero te gusta. Y tú le gustas a él.

—Bueno, sí —reconoce vacilante.

—Natasha, ya sé que estás buscando al Hombre Vajillas de Habitat, pero Ben

y tú tenéis química, al margen de la diferencia de edad. Y nunca se sabe..., quizá algún día acabéis comprando platos juntos.

—Paso a paso, Jess.

Reprimo una sonrisa.

—Eso debería haberlo dicho yo.

Hemos organizado una barbacoa para nuestra última noche juntos. Parece la mejor manera de ponerle el broche al verano: una cena desenfadada, como muchas de las que hemos compartido durante las últimas dos semanas. Una de esas noches en las que los niños juegan a lanzarse el *frisbee*, los adultos juegan a las cartas y todos podemos relajarnos en compañía de buenos amigos. Amigos leales, divertidos, que se pelean de vez en cuando, pero a los que adoro igualmente.

Cuando llegamos, ya percibimos el olor de la barbacoa, cuyas ascuas brillantes se reflejan en la cara de Seb, que está hablando con Ben.

—Oh, vaya, he olvidado las salchichas —adviento llevándome la mano a la frente.

Becky me agarra del brazo antes de que pueda darme la vuelta.

—No necesitas las salchichas.

—Pero son caseras —protesto.

—No importa.

—Claro que sí, me han costado una fortuna. Estoy segura de que las han hecho con la carne de los cerdos más privilegiados de Francia.

Natasha me coge del codo.

—No necesitas las salchichas, ni el champán del supermercado, ni nada parecido. No adonde vas.

—¿De qué estás hablando? —pregunto frunciendo el ceño.

—Te marchas —contesta.

—Claro que no.

—Me temo que sí.

Y, de pronto, Adam se planta delante de mí con las llaves del coche en la mano. Lleva una camisa negra, con el último botón desabrochado, unos vaqueros ajustados color carbón. Todavía tiene el pelo un poco revuelto de la ducha. Desprende esa clase de atractivo que la deja a una sin respiración.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de conspiración?

—¡Sí! —exclama William

Enseguida me doy cuenta: no tengo escapatoria.

Cuando me acomodo en el asiento del pasajero del coche de Adam, no estoy pensando en adónde iremos ni por qué. Solo puedo pensar que este hombre

siempre tiene la capacidad de deslumbrarme, sorprenderme e iluminarme el corazón.

—Me rindo, ¿adónde me llevas?

Me mira.

—Vamos a hacer espeleología.

—Espero que estés bromeando —contesto.

Adam esboza una sonrisa luminosa.

—Estoy bromeando.

Me río.

—Me alegro.

Mientras el coche de Adam se desliza por el campo, apago el aire acondicionado, abro la ventana y cierro los ojos: la brisa me acaricia la piel.

—¿Estás bien? —pregunta Adam.

Hace ademán de tocarme la mano, pero se para y la retira.

—Estoy bien. Gracias.

—Ya hemos llegado —contesta mientras nos internamos por un camino ancho.

Nos recibe un cartel donde se lee Château La Pradoux. Se percibe la voluptuosa fragancia del tomillo y la glicinia.

Nos deslizamos lentamente por un camino de grava en dirección a dos enormes verjas de hierro forjado, el brillo del cielo rosáceo se cuele por sus filigranas intrincadas. Al otro lado, el *château* se erige en lo alto de una ladera verde, encaramado sobre el suave césped del jardín.

Adam baja del coche para abrirme la puerta y lo rodea mientras yo me peleo con el bolso.

—¿Este sitio no es tu competencia?

—Más bien nuestra inspiración. Aunque aquí no hay niños. Además, ellos tienen una estrella Michelin. Y por muy buenas que estén las hamburguesas que Ben hace en la barbacoa, creo que estamos un poco lejos de conseguir eso.

—Y ¿qué hacemos aquí?

—He pensado que sería un buen sitio donde poder charlar. Es evidente que tenemos mucho de lo que hablar y...

—Adam, no. No quiero seguir hablando de eso.

Se relaja.

—Bien, porque estaba mintiendo. Solo quería compartir contigo una cena alucinante la última noche que pasaremos juntos. Y he escuchado que hacen una pierna de cordero maravillosa.

Me ofrece el brazo. Lo acepto y sonrío con timidez, pensando que parecemos recién salidos de la serie *Downton Abbey*.

Un camarero recibe a Adam llamándolo por su nombre y nos acompaña dentro. Han conservado hasta el último elemento de la arquitectura renacentista. Cruzamos el suelo pulido de una elegante recepción donde hay dos enormes jarrones de cristal con peonías y azucenas. El hombre nos acompaña hasta una escalera de piedra que da al restaurante, un espacio muy tranquilo iluminado por velas donde solo hay algunos comensales. Cuando llegamos a la puerta de la

terraza, Adam me coge de la mano y entrelaza los dedos con los míos.

Continuamos hasta una mesa del borde de la terraza con vistas a los cuidados jardines de viñas trepadoras, el sitio perfecto desde donde contemplar la puerta de sol por detrás de las colinas.

—Tengo que admitirlo, Adam, sabes elegir los mejores sitios.

Esboza una sonrisita cuando el camarero vuelve con la carta de vinos. Lo contemplo mientras él repasa la lista con seriedad. Entonces me sorprende mirándolo. Esboza una sonrisa de medio lado y yo aparto la mirada.

Me llama la atención que no haya precios en la carta, una señal inequívoca de que cenar aquí cuesta un riñón. Adam me traduce los platos y dejo que pida por mí mientras la luz del cielo empieza a dejar paso a tonos morados.

—Estás preciosa —dice Adam, sorprendiéndome—. Perdona. Tenía que decírtelo.

Tomo un sorbo de vino para ocultar el rubor de mis mejillas y me recuerdo que debo darle las gracias a Natasha por insistir en que me pusiera el vestido amarillo.

La comida es sublime y, aunque no bebemos mucho, la noche me embriaga: el paisaje, los recuerdos, estar aquí con él. Y esa extraña y encantadora sensación de seguridad: la absoluta certeza de saber que William estará en buenas manos.

Y nos reímos mucho. Del vecino que ocupaba el piso de abajo cuando vivíamos en Mánchester y que solía secar la ropa interior en la ventana del dormitorio. De aquella vez que volvimos después de haber salido y él (en plan romántico) intentó subir las escaleras conmigo a cuestas, pero me golpeó la cabeza contra el techo y casi me provoca una conmoción.

—¿Recuerdas la primera vez que te dije que te quería? —pregunta.

Me pongo tensa al escuchar esa pregunta, no estoy segura de poder soportar una conversación que me recuerde que una vez fuimos mucho más de lo que podemos ser ahora.

—Fue después de la fiesta de Patrick Goldsmith —dice mientras retuerzo la servilleta por debajo de la mesa.

—Claro que me acuerdo.

—Nos sorprendió la lluvia cuando volvíamos a casa y tuvimos que correr. Cuando llegamos a casa, se te había corrido el rímel hasta la barbilla, tenías el pelo pegado a la cara..., y la nariz, azul.

—Me alegro de que recuerdes los mejores detalles.

Se ríe.

—Pues sí. Porque recuerdo haber pensado que seguías estando guapísima. Y tuve que decírtelo. Que te quería.

Me avergüenzo.

—No tienes por qué recordarme eso, Adam. Estaré bien. Podré afrontar todo esto —le digo, porque si lo digo las veces suficientes quizá acabe creyéndomelo.

—Eso ya lo sé. Pero no estaba hablando de eso.

Trago saliva.

—Y ¿de qué estabas hablando?

Coge aire y empieza a hablar.

—Cuando me arrodillé, medio desnudo, y te pedí que te casaras conmigo...

—Estabas completamente desnudo —le corrijo—. Nada de medio desnudo. Desnudo.

—Da igual. Fue una declaración espantosa. Supe, incluso mientras lo hacía, que merecías algo mejor. Tenía que decirte lo que sentía. Y lo que intento decirte es esto: el hecho de que algún día vayas a tener la enfermedad de Huntington no cambia nada.

Me asalta una oleada de emociones.

—Ni un ápice —prosigue—. Te querría tanto si vivieras una larga vida muy saludable como si fuera una más corta y complicada. Seguirás siendo la misma mujer de la que me enamoré hace ya tantos años.

La sangre se me sube a la cabeza hasta que me doy cuenta de que es Adam quien está hablando y que, de pronto, ha clavado una rodilla en el suelo y que el tipo que tenemos detrás por poco se atraganta con el pescado.

—Jess, ¿quieres casarte conmigo?

No puedo hablar.

—Espera, me olvidaba de algo —dice metiéndose la mano en el bolsillo, saca la mano, se palpa ambos costados con pánico en los ojos.

La pareja de la mesa de al lado está que no se lo cree. Hasta el pianista parece distraído y se equivoca con las notas.

—Oh, Dios mío, ¡lo he perdido! —murmura.

Entonces hace una pausa como si hubiera recordado algo y se mete la mano en el bolsillo superior de la camisa. Yo tengo el corazón desbocado.

—Me lo he metido ahí para no olvidarme de dónde estaba.

—Ha funcionado.

Estoy bromeando porque no sé qué decir. En absoluto. Pero Adam me tiende el anillo: es de diamantes y se ve radiante a la luz de las velas. Es precioso. Intento no mirarlo demasiado porque sé que no puedo dejarme arrastrar por todo esto solo por el anillo. Pero, para que conste, es increíble. No me refiero a que sea grande o brillante, es sencillamente precioso: de platino, creo, con un solitario tallado en forma de almendra.

Pero esto no tiene nada que ver con el anillo. Ni con el temblor de su mano ni con el brillo en sus ojos marrones. Ni siquiera tiene que ver con el hecho de que

quiera contestar que sí. Tiene que ver con algo más grande.

—Adam..., no podemos hacer esto —le digo.

De pronto, los dos somos incómodamente conscientes de que nos está mirando todo el restaurante.

—¿Por qué no te levantas?

Mira a su alrededor con timidez y vuelve a tomar asiento.

Parece avergonzado.

Me odio a mí misma, pero sé que no tengo elección.

—**A**dám, no entiendes lo que me estás pidiendo.

Espera a que siga hablando.

—Si hubieras visto cómo está mi madre, no estarías ahí sentado..., arrodillado..., pidiéndome que me casara contigo. —Aprieto los dientes hasta que encuentro la fuerza para seguir hablando—. Le cuesta muchísimo hablar, Adam. No puede caminar, no puede comer, ya no puede ir al lavabo. La mayoría de las veces ni siquiera puede estar sentada, últimamente se pasa el día en la cama. Y mi pobre padre tiene que verlo y es incapaz de hacer nada para impedir su deterioro. Son incapaces de vivir la vida que imaginaron que tendrían.

Adam mira su servilleta y la retuerce antes de contestar.

—Dime una cosa, Jess: ¿por qué crees que tu padre sigue con ella?

—¿A qué te refieres? ¿Me estás preguntando por qué no ha dejado a mi madre?

—Sí. Porque hay relaciones que no sobrevivirían a algo así, ¿no?

No le contesto. Nunca lo había pensado; había dado por hecho que mi padre estaría siempre allí.

—¿Crees que es porque siente lástima por ella? —Hago una mueca de dolor al escucharlo—. ¿O porque cree que es su deber? O que lo hace por ti, porque tú lamentarías mucho que se separaran.

Noto la picazón de las lágrimas.

—Probablemente, sea por todas esas cosas.

—Y una mierda, Jess. Está ahí cada día, a su lado, porque la quiere.

Trago saliva.

—Puede que odie la enfermedad. Quizá odie lo que le ha hecho. Pero quiere a tu madre. Ella compensa todo por lo que él está pasando. Y resulta que yo siento lo mismo por ti.

Me tiemblan las manos cuando toco el dobladillo del mantel.

—Jess, escúchame. Desde que me lo explicaste no he dejado de leer sobre el

tema ni un solo minuto, he estado viendo vídeos de personas que tienen la enfermedad, incluso de pacientes que están en la recta final. He leído informes, las directrices de la Asociación de la Enfermedad de Huntington, he visitado blogs y foros. Sé perfectamente cómo afecta a las personas que la padecen. No te he pedido que te cases conmigo sin saberlo. —Hace una pausa antes de continuar—. Y esto es lo que hay, Jess: soy consciente de que las cosas van a ser muy difíciles para ti. Para nosotros. Pero todavía no has llegado a ese punto. Ni siquiera estás cerca. Estás bien. En este momento, estás sentada en este restaurante y eres la mujer más guapa que he visto en mi vida, no tienes la enfermedad de Huntington. Así que tienes que dejar de preocuparte por tu futuro y vivir. Preferiblemente, con un marido como yo.

Niego con la cabeza y sorbo por la nariz mientras me esfuerzo por mirarlo a los ojos.

—Pero, Adam..., ¿cómo puede ser que alguien quiera esto?

—Yo no soy una persona cualquiera.

—Ya lo sé, pero...

—Cuando uno se casa, se supone que es en la salud y en la enfermedad. La mayoría de la gente no ha tenido que pensar en esas cosas al principio, pero yo sí. Mucho. Y lo acepto.

Vacilo, no sé qué decir. Hasta que sonrío y me doy cuenta de que no tengo que decir nada.

—Bueno, ahora que hemos aclarado esto (y dado que el pianista ha empezado a tocar otra vez), voy a probarlo por segunda vez —anuncia.

Me echo a reír y me limpio las lágrimas.

Adam levanta el anillo y lo sostiene en alto, el diamante refleja el brillo de la luz.

—No me vas a obligar a hincar la rodilla de nuevo, ¿verdad? O sea, hacerlo una vez en una noche es aceptable, pero dos veces parece desesperado.

Me río.

—No lo hagas.

Vacila.

—Está bien. No voy a avergonzarte. Pero te lo volveré a preguntar. Jess, ¿quieres casarte conmigo?

Dejo de sonreír y miro a los ojos al único hombre al que he amado.

Nunca fuimos una pareja perfecta, pero estábamos hechos el uno para el otro. Nos ha tomado diez años, un hijo, una enfermedad terminal y una montaña rusa de emociones descubrirlo.

Así que supongo que solo puedo contestar una cosa.

—Está bien, Adam.

Frunce el ceño.

—¿Eso es un sí?

—Sí, es un sí.

Esboza una sonrisa satisfecha.

—Dios, cómo me ha costado —dice rodeando la mesa para abrazarme.

El hombre del pescado empieza a aplaudir.

Esa noche duermo inquieta entre los brazos de Adam. Cada vez que me despierto, noto el suave vaivén de su pecho bajo los dedos. El brillo de la luna llena se cuela por las rendijas de los postigos y proyecta sombras misteriosas en la habitación.

No puedo dormir porque estoy demasiado emocionada por esta inesperada emoción que burbujea en mi interior. Por primera vez desde hace años, estoy pensando en el futuro con optimismo y una certidumbre casi sobrenatural de que todo va a ir bien, sin importar lo que me depare la vida.

Esbozo una sonrisa cuando noto que Adam me estrecha entre sus brazos medio dormido; casi inconscientemente, se inclina para besarme con los ojos todavía cerrados.

—Estás despierto —susurro.

—Acabo de despertarme. ¿Qué hora es?

—No lo sé, las seis de la madrugada o así.

Me desliza la mano por la espalda y yo me pego a él; le rozo la barbilla con los labios. Entonces suena el teléfono.

Tardo un momento en darme cuenta y los dos nos quedamos de piedra al mismo tiempo. Me separo de Adam, bajo de la cama y cruzo la habitación hasta el teléfono, que dejé encima del bolso debajo de la ventana. Lo manoseo, los dedos no me van todo lo rápido que querría, hasta que al final consigo presionar el botón para descolgar.

—¿Papá? —pregunto agitada.

Cuando mi padre habla, el temblor de su voz me deja muy claro que esta es la llamada que llevo temiendo diez años.

—Jess. Te llamo por tu madre.

Apenas recuerdo haber comentado que volvía a casa. Lo único que sé es que conseguí coger un vuelo aquel mismo día un poco más tarde, sola. Dejé a William y a los demás en Francia; también el coche y todo mi equipaje.

Recuerdo mirar las nubes por la ventana del avión y pensar en lo apacible, azul y perfecto que parecía todo desde allí, consciente de que pronto, en cuanto el avión aterrizara, volvería a un mundo mucho más oscuro.

Cinco días después, el «cuando ocurra» del que llevo hablando con mi padre durante los últimos diez años es inminente. Y es ahora cuando me doy cuenta de lo poco preparada que estaba para esto. No creo que nadie esté preparado.

Mi madre está sufriendo una muerte horrorosa, una muerte que parece irreal. El problema han sido los atragantamientos, que han empeorado durante los últimos meses.

Los médicos piensan que inhaló algo de comida: eso le ha provocado la neumonía contra la que su cuerpo, ya muy debilitado, no puede luchar. Desde entonces le han dado muchos antibióticos, pero sus pulmones ya están muy cansados y no pueden continuar.

Y no es que el personal no esté intentando facilitarle las cosas, porque lo hacen. Todo el mundo está haciendo lo que puede. Pero no pueden. Y pasaré toda la vida atormentada por la visión que tengo ahora mismo de mi madre. Incluso estando sedada, nunca parece cómoda. Parece que la estén torturando.

Papá y yo nos hemos turnado para estar a su lado y le acariciamos los nudillos mientras observamos cómo se mueve bajo su fino camisón de algodón. Tiene la piel pegada a los huesos.

A mi padre se le rompe el corazón cada vez que a ella se le escapa un sollozo. Y yo me siento tan abrumada por esta situación tan espantosa que algunos días tengo que esforzarme mucho para no mirar por la ventana y odiar a todas las personas que veo. He llorado tanto estos últimos días que se me ha irritado la piel de las mejillas.

Adam trajo a William a Mánchester en mi coche poco después de que yo me marchara. Ahora está en casa, con él. Mi hijo no deja de decir que quiere ver a su abuela, pero no se lo he permitido. Le he echado la culpa a los médicos y le he dicho que son ellos quienes no le dejan verla. Ya sé que, cuando estábamos en Francia, le prometí que sería sincera, pero no le haría ningún bien ver cómo su abuela muere asfixiada por su propio cuerpo.

—Deberías irte a casa y descansar un poco, cariño —me dice papá por cuarta vez hoy.

Pero la decisión de irme supone un riesgo. Quiero estar aquí cuando muera. Había imaginado que ocurriría hace días, cuando todavía intentaba comunicarse lo mejor que podía.

Me preparé muchas veces convencida de que había llegado la hora, estaba segura de que nadie podría seguir peleando cuando su cuerpo estaba en ese estado.

Y, sin embargo, ahí está, aferrándose a la vida. Una parte de mí se odia por querer que esto termine. Pero ella ya no parece mi madre, ni huele como mi madre, ni suena como ella.

—Ahora me voy, papá.

Pero no me muevo. Lo que hago es pasear los ojos por la habitación, el alféizar, las fotografías que papá ha traído de la residencia de ancianos, objetos decorativos para que ella los mirara, cuando todavía podía concentrarse en algo.

Hay una foto del día de su boda, una cálida tarde de septiembre, que ambos aseguraron siempre que debió de ser el día más caluroso del año. Mamá tenía diecinueve años. Se la ve muy joven. Llevaba un vestido de cuello alto, con mangas de encaje. Lucía un sombrero: una pamelita ladeada, con un velo que se descolgaba por su espalda.

Yo adoraba ese vestido cuando era pequeña; solía ponérmelo y bailar delante del espejo de la habitación, haciendo ondear el tul a mi alrededor como si fuera una gimnasta. Mi madre está radiante en esa fotografía, mi padre está repeinado y esboza una sonrisa traviesa mientras posan juntos, preparados para embarcarse en la gran aventura de sus vidas.

Hay otras cinco o seis fotografías enmarcadas, de personas, lugares y (en el caso de nuestra antigua perrita) animales a los que mi madre tenía mucho cariño. La que me llama la atención es una en la que estamos las dos juntas, en mi sexto cumpleaños, posando detrás del pastel que ella misma me había preparado.

La gente siempre ha dicho que nos parecemos, pero en esta fotografía el parecido es sorprendente. Tengo sus mismos labios carnosos, la piel blanca y las pecas en la nariz. Lo único que espero es que, cuando me llegue el turno, yo también tenga la misma fuerza que ella para luchar.

La adquisición más reciente es una fotografía que yo había imprimido en un puesto del supermercado cuando fui a comprar unos sándwiches para papá y para mí hace un par de días. Es la foto que hice con mi móvil, de Adam y William riendo junto al lago aquel día. No sé si mi madre la habrá visto, pero espero que sí. Eso y el anillo de prometida que les enseñé a ella y a papá, mientras él le estrechaba la mano y sonreía por primera y única vez desde que volví a casa.

Como tengo ganas de estirar las piernas, decido levantarme para poner bien las cortinas que quedaron arrugadas en una esquina cuando la enfermera las abrió esta mañana. Rozo la mano de mamá al levantarme y me doy cuenta de que está fría.

Se me desboca el corazón y me entra el pánico al pensar que ya puede haber ocurrido. Entonces mi madre hace un ruidito.

—Jess —susurra papá, pero no me está mirando a mí, sino a la mujer a la que ha amado durante toda su vida adulta.

La abraza mientras ella emite un sonido áspero y deja de respirar un momento para volver a hacerlo poco después. Yo estoy pegada a la silla; entonces el ritmo de sus pulmones cambia.

Cuando la vida abandona el cuerpo de mi madre, ocurre más rápido de lo que había imaginado.

Se le suaviza la expresión del rostro. No hay más movimientos ni más tics, ninguno más de esos sonidos o rugidos a los que todos estamos tan acostumbrados. Y entre nuestras lágrimas, la conmoción y una tristeza abrumadora, la habitación se llena de algo que precede al dolor.

La habitación está en paz.

Doce meses después. Verano de 2017

Adam pone en marcha la furgoneta Volkswagen. Cuando se enciende el motor, William y yo vitoreamos. Nunca le había visto las ventajas, pero, después de haberla comprado el año pasado y de pasar los tres meses siguientes reparándola con William, Adam está completamente encantado. Nunca lo había visto tan contento como cuando se sienta en el asiento del conductor; parece que esté conduciendo un Lamborghini.

Es verde y blanca por fuera; tiene un interior antiguo, con asientos de piel, armarios nuevos y cortinillas de guingán atadas con lazos amarillos. La hemos llamado Lisa, por la madre de Adam. Dentro, pegada al parasol delantero, lleva la fotografía que más le gusta de ellos dos: posando delante de su furgoneta hace tantos años.

Evidentemente, la desventaja de conducir un vehículo fabricado en 1962 es que no es muy compatible con los terrenos montañosos, en especial si pretendes desplazarte más rápido que un cortacésped. Eso significó que nuestro viaje desde Mánchester a la campiña francesa duró más de lo que habíamos imaginado. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta lo pesimista que era al respecto.

Aun así, ya estamos cerca de nuestro destino, y eso que a mí se me paraba el corazón cada vez que nos enfrentábamos a algunas de esas traicioneras carreteras de montaña.

—¿Por qué estás tan nerviosa, mamá? —pregunta William.

—Pues no sé, quizá tiene algo que ver con ese acantilado.

—Es una ladera —interviene Adam con una sonrisita cambiando a segunda.

—Si tú lo dices —contesto aliviada al ver que la carretera se abre y que paramos en el punto donde hemos acordado encontrarnos con Enzo, el guía que nos llevó de barranquismo el verano pasado.

Cuando salgo de la furgoneta y contemplo el magnífico valle, recuerdo la singular pero monumental lección que aprendí el año pasado.

Todo el mundo tiene un futuro incierto.

La mayoría de nosotros no pensamos que podríamos morir atropellados por un autobús en cualquier momento. Nos paseamos por la vida dándolo todo por hecho.

Pero yo, sin embargo, no doy nada por hecho. Ni una sola cosa. Disfruto de cada uno de los besos de mi hijo, de cada trocito de chocolate, de cada hoja que cae de los árboles del otoño y de cada una de las risas que comparto con mis amigas.

Tengo una buena vida.

Una vida alucinante.

Ya no la vivo aterrorizada por el futuro, porque eso sería malgastar mi tiempo. Vivo mi maravillosa y plena vida con el valor que nunca he tenido hasta hace poco. A veces necesitamos oscuridad para ver cómo brillamos.

Eso no significa que el último año haya sido fácil, aunque esta semana, con el aniversario de la muerte de mi madre planeando sobre nuestras cabezas, es probable que esa sensación se haya magnificado. Volver a Francia de vacaciones nos ha ayudado a todos, papá incluido: vino en avión hace unos días, para reunirse con nosotros. Y, aun así, siempre llevará consigo el dolor por la pérdida. Ahí, en su corazón, roto para siempre. La añora desesperadamente. Todos la echamos de menos.

Yo extraño su sonrisa. Sus consejos. Sus pasteles. Y añoro su desenfadado sentido del humor, un sentido del humor que no le faltaba nunca. No importaba lo que le deparara la vida.

No hay duda de que han sido doce meses difíciles.

Y a veces mis instintos me superan. Cada vez que se me cae un vaso o me cambia el ánimo o me olvido del nombre del vecino, regresa esa conocida punzada de pánico.

He llegado a la conclusión de que, teniendo en cuenta lo que he visto y lo que sé, sería imposible vivir de ninguna otra forma. Pero me niego a vivir dominada por el miedo. Mi madre me enseñó a pelear. No pienso malgastar mi tiempo sintiéndome triste.

Me ayuda que también hayamos vivido momentos bonitos. Por ejemplo, la mudanza. Cuando consiguió vender el *château* y Adam volvió a instalarse en Inglaterra del todo, nos dimos cuenta de que vivir amontonados en una casita unifamiliar no iba a funcionar, especialmente ahora que tenemos un hijo que es casi tan alto como yo y que parece ocupar todo el sofá cada vez que se deja caer en él.

Así que buscamos un sitio más grande donde vivir. La verdad es que me pareció tan divertido pasar los fines de semana curioseando en las casas de los

demás que casi lamenté encontrar al fin una que nos gustaba.

Ahora vivimos en una casa de cuatro habitaciones de Didsbury. Está hecha de ladrillo rojo y nos trasladamos a ella hace tres meses. Y me encanta. Me encanta que entre la luz por sus ventanas gigantes, que la antigua y enorme escalera parezca que haya estado ahí desde los albores de los tiempos y que cada recoveco y nudo de la naturaleza parezca incrustado en los dibujos de las enormes puertas de pino. Además, William está encantado con su nueva habitación, que es un altar al programa deportivo *Match of the Day*: una zona en tecnicolor sin gusto alguno llena de fotos de futbolistas que ocupan todas y cada una de las superficies.

También tenemos que pensar en la boda, lo que ha provocado algunas discusiones, por así decirlo. Yo había pensado en algo desenfadado, un hotel o algún pub elegante con pocos invitados. Pero Adam había pensado en algo más parecido a la inauguración de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro.

Nos encontramos en un punto intermedio y estamos planeando casarnos en Navidad, acompañados de cincuenta o sesenta invitados, entre amigos y familiares; no será una ceremonia muy discreta, pero sí lo bastante informal como para poder gritar desde los tejados que hemos vuelto a encontrarnos.

No podíamos plantearnos gastar mucho más. No estamos en la ruina, pero las ganancias de la venta del *château* las estamos invirtiendo, en su mayoría, en la nueva apuesta de negocio de Adam. Quiere meterse en el sector inmobiliario. Ha encontrado una casa preciosa para reformar; un lugar que antes era una residencia de ancianos. No es tan grande como el Château de Roussignol, pero tiene los mismos problemas que tenía esa propiedad cuando la compré, probablemente más. Sin embargo, no hay nada como unas buenas goteras y unas vigas putrefactas para poner en marcha a Adam.

Su plan es restaurarlo, convertirlo en un edificio de apartamentos elegantes y después, o bien venderlo, o bien alquilarlos él mismo mientras busca el siguiente proyecto. Así que no hemos tenido mucho tiempo para hacer vacaciones hasta ahora, cuando llevamos tres días explorando Francia y hemos terminado de nuevo en la Dordoña. Pasamos la última noche en el Château de Roussignol, como invitados de los nuevos propietarios.

Es genial estar otra vez aquí y sentir esa punzada nostálgica de los paisajes y los sonidos que nos acompañaron el año pasado: las flores trepadoras escalando por las paredes, los ruiseñores y las mariposas, el aire fragante y la brisa cálida.

Mientras seguimos el mismo recorrido de cascadas por el que nos llevó Enzo el año pasado, recuerdo lo precioso que es todo esto, rodeada de esa hierba húmeda que huele tan bien y los helechos que crecen en las orillas rocosas del río.

También recuerdo lo ridículamente espeluznante que era.

Aunque viendo cómo William se zambulle en las pozas turquesas y cómo se deja llevar por la corriente del río, nadie lo diría. Yo los sigo obedientemente al principio, trepando con recelo por las rocas, gritando cada vez que doy un resbalón.

Sin embargo, aunque tengo la piel de gallina, ya no tengo frío. Estoy demasiado ocupada chapoteando con mi hijo, riéndome con mi prometido, sintiendo la caricia del agua helada en las mejillas calientes mientras la luz del sol la seca en cuanto me toca la piel.

—Está bien, tenías razón —le digo a Adam—. Esto está bastante bien.

Me mira.

—¿Bastante bien? Es genial. Solo tienes que dejarte llevar.

Estoy a punto de contestar cuando William llega caminando por el agua, viene tan deprisa que casi se cae de morros.

—¡Mamá! Ahora viene la grande. ¿Vas a saltar? Vamos.

—Tu madre no tiene que demostrar nada —le dice Adam, después se dirige a mí—. De verdad que no.

Me acerco al borde de la roca y miro hacia abajo mientras el agua me pasa por encima de los pies y la adrenalina se me acumula en el estómago. Junto los pies y cojo aire.

—Podríamos hacerlo juntos.

William me coge de la mano.

Adam me coge de la otra mano y yo levanto la cabeza hasta concentrarme en el brillante azul del cielo.

Tengo a William a un lado. Tengo a Adam al otro lado. Lo único que he de hacer es saltar. Cuando empiezan la cuenta atrás hasta el momento de lanzarnos a la poza que tenemos bajo los pies y me estrechan los dedos con las manos, calientes, me recuerdo otra de las cosas que aprendí el año pasado.

Cuando estás rodeada de amor, no tienes nada que temer.

Nota de la autora

En diciembre de 2017, después de varias décadas de investigaciones, los científicos anunciaron un gran avance relacionado con la enfermedad de Huntington.

Las pruebas que se hicieron en humanos con un medicamento nuevo para reducir la enfermedad de Huntington consiguieron disminuir, de forma segura, los niveles de la proteína dañina que provoca el trastorno. Los miembros del equipo de investigación de la University College de Londres afirman que ahora existe la esperanza de que la enfermedad pueda retrasarse o prevenirse.

Todavía se necesitan datos vitales y las próximas pruebas que se hagan determinarán si esos niveles más bajos de Huntington cambian el curso de la enfermedad.

Si quieres saber más sobre la enfermedad de Huntington o descubrir cómo puedes ayudar, visita la Asociación de la Enfermedad de Huntington en Inglaterra (www.hda.org.uk) o la Sociedad Americana para la Enfermedad de Huntington (www.hdsa.org).

Agradecimientos

Me cuesta mucho decidir por dónde empezar a dar las gracias a todas las personas que han apoyado este libro. Pero Sheila Crowley, de Curtis Brown, es un buen comienzo. Sin la ambición, la energía y la visión de Sheila, *Tú, yo, todo* no existiría. Tampoco habría impulsado mi carrera como escritora de esta forma tan inesperada y tan maravillosa.

También quiero darle las gracias a Rebecca Ritchie por su entusiasta participación y por todo el cariño. Y darle las gracias a Anne Bihan, cuyo trabajo y pasión por esta novela es lo que han hecho posible que el libro se esté traduciendo a tantos idiomas.

Una de las preguntas que suele hacerse cualquier novelista es si le gustaría que su libro se convirtiera en una película. Yo apenas me había permitido fantasear con tamañas ambiciones hasta que Luke Speed de Curtis Brown me comunicó que John Fischer, de Temple Hill, había propuesto *Tú, yo, todo* para una película.

Quiero darle las gracias a mi editora de Penguin, Pamela Dorman, con quien ha sido un honor y un placer trabajar. Le agradezco no solo la oportunidad de escribir para los lectores de Estados Unidos, sino lo mucho que se ha dedicado a este libro y lo mucho que he aprendido de ella durante el proceso de edición.

Ha sido estupendo trabajar en la nueva dirección de mi escritura con mis publicistas de siempre, Simon & Schuster UK. Quiero darle las gracias a Suzanne Baboneau, Jo Dickinson y Sara-Jade Virtue, por su compromiso, por lo mucho que han trabajado y, en el caso de S-J, por la ginebra. También quiero agradecerle a Clare Hey el entusiasmo y las directrices que aplicó sobre el primer borrador.

Estoy en deuda con la Asociación de la Enfermedad de Huntington por lo mucho que me ayudó cuando me estaba documentando para escribir este libro. Me parecía abrumador hasta que conocí a Bill Crowder. Sus consejos y lo predispuerto que se mostró a contestar a mis interminables preguntas no tienen

precio, así como el tiempo que me regaló tan generosamente Cath Stanley, que fue tan amable de leerse el borrador final.

Gracias a la Sociedad Americana para la Enfermedad de Huntington, que me permitió reproducir el fragmento del texto de su página web que aparece en la página 142 del libro.

Gracias a Frédérique Polet, mi editora en Éditions Presses de la Cité, por pulir las frases en francés y mejorar tanto mis líneas, que había escrito basándome en un nivel elemental y bastante oxidado del idioma.

Y, por último, quiero dar las gracias a mi querida familia: Mark, Otis, Lucas, Isaac. Y a mi madre y a mi padre. También quiero darle las gracias al tío Colin por ayudarme con los números. Y a mi hermano Stephen, por utilizar su mejor foco de luz para hacerme las fotos.

Título original: *You, Me, Everything*

© 2017, Jane Costello

Primera edición en este formato: junio de 2018

© de la traducción: 2018, Laura Fernández

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167479

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

1. [Prólogo](#)
2. [1](#)
3. [2](#)
4. [3](#)
5. [4](#)
6. [5](#)
7. [6](#)
8. [7](#)
9. [8](#)
10. [9](#)
11. [10](#)
12. [11](#)
13. [12](#)
14. [13](#)
15. [14](#)
16. [15](#)
17. [16](#)
18. [17](#)
19. [18](#)

20. [19](#)
21. [20](#)
22. [21](#)
23. [22](#)
24. [23](#)
25. [24](#)
26. [25](#)
27. [26](#)
28. [27](#)
29. [28](#)
30. [29](#)
31. [30](#)
32. [31](#)
33. [32](#)
34. [33](#)
35. [34](#)
36. [35](#)
37. [36](#)
38. [37](#)
39. [38](#)
40. [39](#)
41. [40](#)
42. [41](#)
43. [42](#)
44. [43](#)
45. [44](#)

46. [45](#)
47. [46](#)
48. [47](#)
49. [48](#)
50. [49](#)
51. [50](#)
52. [51](#)
53. [52](#)
54. [53](#)
55. [54](#)
56. [55](#)
57. [56](#)
58. [57](#)
59. [58](#)
60. [59](#)
61. [60](#)
62. [61](#)
63. [62](#)
64. [63](#)
65. [64](#)
66. [65](#)
67. [66](#)
68. [67](#)
69. [68](#)
70. [69](#)
71. [70](#)

- 72. [71](#)
- 73. [72](#)
- 74. [73](#)
- 75. [74](#)
- 76. [75](#)
- 77. [76](#)
- 78. [77](#)
- 79. [78](#)
- 80. [79](#)
- 81. [80](#)
- 82. [81](#)
- 83. [82](#)
- 84. [83](#)
- 85. [Nota de la autora](#)
- 86. [Agradecimientos](#)

Table of Contents

[Portada](#)

[Acerca de...](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)
[66](#)
[67](#)
[68](#)
[69](#)
[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[80](#)

[81](#)

[82](#)

[83](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)